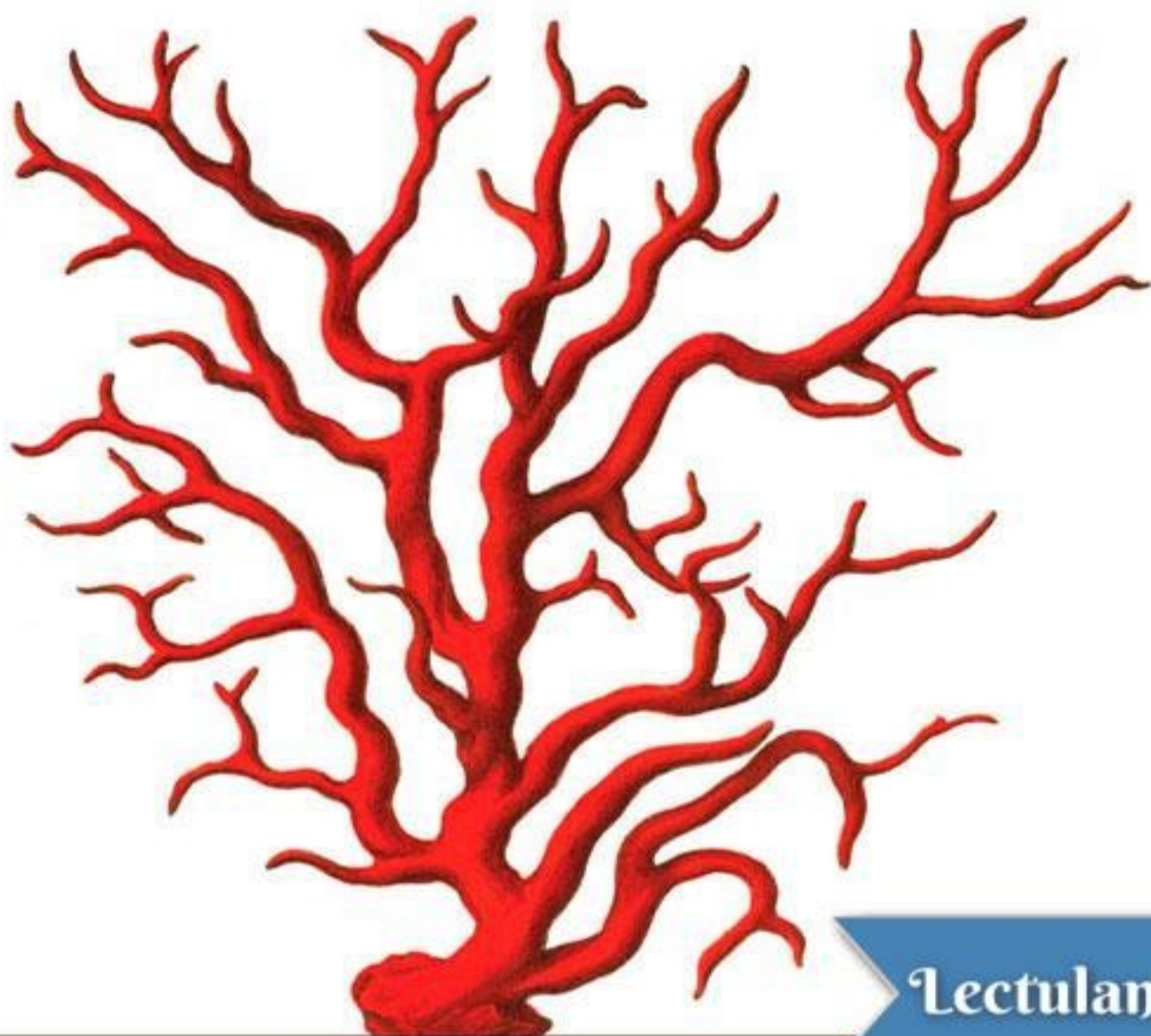


DANIEL DEFOE

Diario del año de la peste

Traducción de Pablo Grossmichd

Introducción de José C. Vales



Lectulandia

Considerado una de las cumbres de la literatura inglesa de todos los tiempos, el *Diario del año de la peste* es un escalofriante relato novelado en el que se describen con crudeza los horribles acontecimientos que coincidieron con la epidemia de peste que asoló Londres y sus alrededores entre 1664 y 1666.

Daniel Defoe, con precisión de cirujano, se convierte en testigo de los comportamientos humanos más heroicos pero también de los más mezquinos: siervos que cuidan abnegadamente de sus amos, padres que abandonan a sus hijos infectados, casas tapiadas con los enfermos dentro, ricos huyendo a sus casas de campo y extendiendo la epidemia allende las murallas de la ciudad. El *Diario del año de la peste* es una narración dramática y sobrecogedora, con episodios que van de lo emotivo a lo terrorífico, un relato preciso y sin concesiones de una altura literaria que todavía hoy es capaz de conmovernos hasta las lágrimas.

Lectulandia

Daniel Defoe

Diario del año de la peste

ePub r1.1

Daruma 05.09.13

Título original: *A journal of the Plague Year*

Daniel Defoe, 1722

Traducción: Pablo Grossmichd

Introducción: José C. Vales

Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN



LA ÚLTIMA DANZA DE LA MUERTE

por José C. Vales

En 1720, como tres siglos atrás, el puerto francés de Marsella tembló ante una feroz epidemia de peste bubónica que finalmente acabó con la vida de la mitad de la población. Al parecer, la infección saltó a tierra desde un barco procedente de Siria o Turquía.

Los científicos de toda Europa asistieron con estupefacción a las procesiones mortuorias que recorrían la Provenza francesa y se preguntaban cuáles serían las verdaderas causas de la pestilencia. Sospechaban que había algo microscópico que se transmitía al contacto con las llagas, o con la transpiración, o con los orines, o por algo que impregnaba las ropas, y los colchones, y los alimentos. Debían de ser «partículas gorgónicas» o «miasmas de antimonios», o gusanillos o insectos que penetraban en la piel, o se inhalaban. Para evitar el contagio, convenía especialmente el aislamiento, pero no sólo: también eran recomendables la combustión de carbones e inciensos, las pociones cordiales, las tinturas, el azufre, las piedras de cauterio y otros remedios asépticos y olfativos. El problema de la peste a principios del Siglo de las Luces —y la razón que enloquecía a los científicos— era que aquellos malditos seres «horribles y monstruosos», «como dragones, serpientes y diablos», escapaban al dominio del Hombre sobre la Naturaleza. Resultaba de todo punto inconcebible que cuando precisamente la Historia se abría al Conocimiento y la Razón, aquellos seres diminutos y pestilentes escaparan a la indagación científica.

Aquel mismo año de 1720, y ante la posibilidad cierta de que la epidemia volviera a extenderse por toda Europa, se publicó en Londres un tratado de divulgación médica llamado *Ensayo sobre las diferentes causas de las enfermedades pestilentes, y cómo se tornan contagiosas, con observaciones sobre la infección que se ha producido en Francia y los medios más apropiados para prevenirla si se extienden a nuestra patria*. El ensayo del doctor John Quincy se vendía junto a la traducción de la *Loimologia, sive, Pestis nuperae apud populum Londinensem grassantis narratio historica*, un compendio histórico-analítico de la peste que había assolado Londres entre 1664 y 1665. La *Loimologia* era obra de un médico llamado Nathaniel Hodges (1629-1688), que fue uno de los pocos doctores que no abandonó Londres cuando la mortal epidemia diezmo la capital inglesa. El doctor Hodges, aparte de sus observaciones médicas, incluye en su obra tablas de mortandad y consejos para huir

de una muerte segura.

Efectivamente, Londres había sufrido una implacable peste bubónica en 1665 y los impresores comprendieron la utilidad y la rentabilidad de dar a la prensa, en 1720, aquellos ensayos sobre la terrible enfermedad que comenzaba a asolar el sur de Francia.

Seguramente el ensayista, gacetillero, panfletista, comerciante, estafador, espía, soplón y suplantador Daniel Defoe (Daniel Foe, en realidad, con un «De» por medio de ínfulas nobiliarias) también advirtió la posibilidad de abordar el tema de la peste de 1665, bien fuera por su actualidad o por su rentabilidad. En 1722, tras revisar cuidadosamente el trabajo de los doctores Hodges y Quincy, y cuando aún se temía que la peste alcanzara la ciudad del Támesis, el famoso autor del *Robinson Crusoe* entregó al impresor *A Journal of the Plague Year (Diario del año de la peste)* con la intención declarada de advertir al lector «en caso de que se aproximase una calamidad similar».

Algún malintencionado podría advertir que, dados los antecedentes vitales de Daniel Defoe, era evidente que acabaría dedicándose al oficio de periodista. Robert Harley, conde de Oxford, *whig* y *tory* en períodos sucesivos, liberó a Daniel Defoe del cepo y lo sacó de la cárcel de Newgate (1703), donde había sido recluido por deudas, más que por sus sátiras panfletarias. A cambio, Defoe tendría que ocuparse de publicar tres veces por semana una gaceta conocida como *Review*, redactada íntegramente por el autor del *Robinson Crusoe* y cuyo objetivo era favorecer la política gubernamental de su benefactor. El periódico se imprimió ininterrumpidamente hasta 1714. La fama posterior de aquel panfleto se debe con seguridad a que su autor fue el mismo que años después redactaría la historia de un naufrago y las aventuras de una miserable cortesana. En realidad, *Review* era la hoja de los comerciantes, de los campesinos, de los artesanos y de los taberneros desocupados. Los periódicos de la alta cultura eran *The Tatler* y *The Spectator* de Joseph Addison y Richard Steele, cuya influencia recorrió todo el siglo XVIII y cuyos artículos fueron modelos incluso para el periodismo decimonónico. (Tanto Jouy en Francia como Larra en España consideraban que no había mejor periodismo que aquel que iniciaron Addison y Steele en Londres).

Era dudoso que un comerciante de vinos con ínfulas nobiliarias, con tantas deudas como pleitos, y con una tardía formación en un colegio de disidentes presbiterianos, pudiera ocuparse de la alta política, de la filosofía, de la estética y de la poesía que ofrecían *The Tatler* y *The Spectator*. Así que Daniel Defoe debía «conformarse» con ofrecer pequeñas crónicas y ser la voz de su amo en lo que a política se refería. Sin embargo, aunque las obras de Defoe rezuman espíritu puritano, también se desprendieron de la retórica cultista y clasicista de los que estaban acostumbrados al

aire enrarecido de las alturas.

El lector que se asoma ahora al *Diario del año de la peste* reconoce de inmediato en sus páginas la habilidad del gacetillero, más que la del novelista. Es el periodista el que selecciona las anécdotas emocionantes, dramáticas, «sentimentales», moralizantes e incluso humorísticas, el que exige responsabilidades al gobernante, el que sugiere hipótesis, el que describe las calles vacías de Londres y el que propone —naturalmente— los medios adecuados para sobrevivir en caso de nueva epidemia.

Y, sin embargo, no hay nada de periodismo real en el *Diario del año de la peste*. La obra se presenta como una recopilación histórica de los acontecimientos que tuvieron lugar en Londres durante la peste de 1664 y 1665; sin embargo, el autor apenas contaba cinco años de edad cuando Londres sufrió la devastación de la peste y el fuego. (En 1666, como se sabe, Londres sufrió el gran incendio que destruyó prácticamente toda la ciudad). Narrado en primera persona —el autor firma con unas enigmáticas H. F. que algunos especialistas han asociado a su tío Henry Foe—, el *Diario* adopta una fórmula básica de la ficción: el narrador dice haber vivido los años de la peste y da buena cuenta de todo lo acontecido durante esos meses de terrible mortandad. Pero esa añagaza no es suficiente para que la obra pueda considerarse ficción y, desde luego, en ningún caso novela.

En nuestros días, cuando los límites de la novela parecen más difusos que nunca, podría darse la confusión con una obra como el *Diario*. Pero a principios del siglo XVIII la cuestión resultaba bastante más sencilla y a ningún lector avisado se le ocurriría catalogarla junto a *Robinson Crusoe* o *Moll Flanders*. (Desde luego, tampoco es una «novela histórica», ni un «reportaje periodístico», como se ha dicho en ocasiones con cierta precipitación). El *Diario* es una investigación, un estudio que se ajusta a los paradigmas de los *essays*, *treatises*, *enquiries*, *dissertations* que constantemente se publicaban en Inglaterra, y también en el resto de Europa, durante la primera mitad del siglo XVIII. Uno de esos ensayos fue el decisivo y determinante *An essay concerning human understanding* (1690), de John Locke. Y una de las revoluciones lockianas fue proponer que no existen ideas innatas, sino que todo conocimiento es adquirido o reflexionado. En definitiva, sólo sobre la *experiencia propia* se construye el conocimiento. Hoy se entiende bien cómo la teoría de Locke sentó las bases de la literatura del yo que alcanza hasta el romanticismo. Pero en aquellas últimas décadas del siglo XVII y primeras del siglo XVIII lo esencial era asegurar que todo se basaba en la experiencia propia. Sólo la experiencia personal era certeza y verdad. «Escucharé siempre, con preferencia a toda autoridad privada, lo que me dictaren la experiencia y la razón», sentenció por aquellos años el fundador de la Ilustración española.

Así pues, era bastante razonable que Daniel Defoe asegurara la verosimilitud de

su narración utilizando la primera persona y abordando la historia mediante una ingenua fórmula que se aprende en los primeros cursos de retórica y que consiste en el uso de documentos falsos, traducciones inventadas, memorias fingidas, etcétera. La forma en que el autor ha accedido a la narración (*locus a modo*) sólo le sirve a Daniel Defoe como bastidor para exponer una crónica de la peste de 1665, basada, ahora sí, en la *Loimologia* del doctor Hodges y en otras recopilaciones de la época. Con seguridad, Daniel Defoe estudió los diarios y memorias de los días de la peste, y también recogió anécdotas de conocidos e incluso pudo valerse de los lejanos recuerdos de su infancia. Con todos estos materiales, el escritor ofrece un sobrecogedor tapiz del «lugar afligido y abandonado» que también Pepys taquigrafó en su oscuro diario. El protagonista fingido recopilará anécdotas, extractos de periódicos, conversará con el mismísimo doctor Hodges, comentará las costumbres de sus conciudadanos, narrará algún cuento y censurará a los que no se esforzaron patrióticamente en aquellos días.

Pero Defoe no es un historiador. («No sé si esto será verdad», «Esto me contaron», «Esto sería verdad en líneas generales», «Ni de ésta ni de otras historias fui testigo presencial», son coletillas habituales en la narración). No cuenta con la técnica ni los conocimientos ni la capacidad analítica de Gibbon, Hume o Robertson, aunque la intuición del gacetillero le indica que «el hombre debe ser el tema de cualquier historia», tal y como sentenció Bolingbroke en sus *Cartas* (V), y dónde se encuentra la emoción y los resortes que captarán la atención del público. De modo que su relación o crónica de los años de la peste parece ceñirse a una sucesión de anécdotas protagonizadas por tipos londinenses durante la gran epidemia de 1665.

La impresión que produce una lectura apresurada es que Defoe ha ido acumulando historias breves, leyendas urbanas, cuentos, chismes, habladurías y noticias curiosas sin ningún criterio organizativo. Por esa razón suele hacerse hincapié en las abundantes repeticiones, en el desaliño de la narración y en lo caótico del conjunto. (¡Ni siquiera cuenta con un índice!). Estos hipotéticos defectos del *Diario* se excusan acudiendo al estilo periodístico, pero la obra de Defoe obviamente está trazada bajo un plan minucioso que responde, entre otras cosas, a la habilidad del periodista que pretende «mover» al lector curioso y a la taimada ocultación del moralista. Desde los primeros días de la epidemia, con sus augurios y presagios, a las ordenanzas de salud pública, la pequeña historia (una verdadera «utopía») de los tres amigos, a los métodos de enterramiento, la prevención y la medicación, y la influencia de la peste en el comercio y en los asuntos políticos y religiosos, el *Diario* recorre las calles de Londres, entra en las casas y los negocios, curioseas en las tabernas y los cementerios, y recorta periódicos y libros para componer su tétrico fresco urbano.

Pero si no es un verdadero tratado histórico ni una crónica, y si no es, desde

luego, una novela o un relato de ficción, ¿cómo entender el *Diario* de Defoe?

Hay toda una parte del *Diario del año de la peste* que se ajusta bien a la tradición del ensayo ilustrado o, más bien, del artículo ilustrado destinado a explicar una circunstancia especialísima que merece reflexión y consideración. Al escritor de estas memorias fingidas no le basta con una descripción ni se concentra en la peripecia del supuesto protagonista —en el *Diario* no hay, de hecho, más protagonistas que Londres y la peste—, sino que elabora buena parte de su discurso conforme al paradigma europeo de los «desengaños de errores comunes» (como la *Pseudodoxia* de Thomas Brown o el *Teatro crítico* de Feijoo). Casi un tercio del *Diario* de Defoe, por ejemplo, se destina a combatir las supersticiones relacionadas con la infección, tales como los avisos celestes (estrellas flameantes o cometas que se vieron antes de la peste y antes del incendio), la visión de ángeles en las nubes y en los objetos, la creencia en almanaques y augurios, la aparición de espectros, las astrologías... «Todo esto contribuye a demostrar hasta qué punto la gente estaba poseída de irrealidades». A la hora de llevar a cabo su *relación* (fórmula literaria para la narración histórica cercana o vivida), Defoe no puede obviar que está asistiendo a la revolución ilustrada y científica, y ha de dar su opinión, basada en la razón y la experiencia.

Defoe no sólo narra los acontecimientos, con sus ejemplos particulares y sus anécdotas, sino que los evalúa y los comenta tal y como se exige a cualquier espíritu ilustrado. Daniel Defoe sucumbió, desde su primer libro, a la pasión ilustrada por los ensayos, los proyectos, los planes y las ideas novedosas: *An Essay upon Projects*, publicado en 1697, estaba dirigido a mejorar las condiciones sociales y económicas del país, pero también redactó ensayos sobre las apariciones, sobre los comerciantes, sobre literatura, sobre la famosa tormenta de 1703 o sobre las condiciones de vida en Escocia tras la unión con Inglaterra. En el *Diario* comenta si las cifras de muertos que se publicaban se ajustaban a la realidad, critica las acciones de la Corte y los clérigos, duda de algunas historias que le han contado, propone métodos para enfrentarse a una nueva epidemia, evalúa «científicamente» las opiniones generales y, en fin, se muestra como un verdadero ensayista ilustrado. «Podría proponer varios esquemas que pueden servir de base al gobierno de esta ciudad», advierte Defoe, y de hecho, los propone, pues al parecer todo el *Diario* está destinado a servir de advertencia y prevención ante la posibilidad cierta de otra epidemia. Otros guiños, como la confianza en la ciencia médica, la superioridad moral de los hombres piadosos y compasivos, las novedades higiénicas, el menosprecio de la Corte frente a los políticos cercanos, el interés por la actividad comercial o la preocupación por el bienestar y el desarrollo social son elementos característicos de la mentalidad ilustrada.

Y, sin embargo, hay algo que no encaja en ese discurso pretendidamente racional e

ilustrado. Queda en el lector un poso moralizador cuando cierra el libro; quizá achacará los arranques religiosos de Defoe al puritanismo presbiteriano que impregna su obra. Pero si se detiene a estudiar el texto, observará que uno de los principales problemas del autor consiste en «explicar» ideológica o filosóficamente la horrorosa, injusta y arbitraria mortandad que provocó la peste. (Recuérdese que ésta era una de las cuestiones y contradicciones centrales del pensamiento medieval: ¿cómo explicar la existencia del mal y las desgracias en un mundo creado por el Supremo Bien? La solución agustiniana pasaba por sentenciar que los males no existen, a no ser que sea un bien que deban existir. El problema era que muchos filósofos consideraban que Dios podría haber hecho las cosas *mejor* de lo que las había hecho).

Al puritano Defoe también le preocupaba explicar, desde el punto de vista filosófico, cómo era posible que Dios hubiera permitido aquella desgracia. El autor opta por dar una solución curiosamente antigua y medieval: la peste era un mal que tenía causas naturales y que se expandió por causas naturales, lo cual no significa que no fuera fruto de una decisión divina, pues «place al Señor el actuar a través de causas naturales como instrumento corriente de Su Voluntad». Defoe está persuadido de que la Providencia es la causa última de la peste, que utiliza la Naturaleza para «cumplir» sus designios. Y aunque al final de la obra Defoe lamenta que tal vez esté dando la impresión de sermonear al lector, no duda en afirmar que la epidemia remitió «y esto no fue producido por el hallazgo de ninguna nueva medicina, ni por ningún nuevo método de curación descubierto; tampoco por la experiencia que hubiesen adquirido los médicos y cirujanos en la operación; sino que era, indudablemente, la obra secreta e invisible de Aquel que primero nos había enviado esta enfermedad como castigo».

A pesar de sus intentos ilustrados, Defoe es incapaz de avanzar por el camino de la Ciencia y la Razón, y vuelve su mirada hacia la religiosidad tradicional, cuya sencillez le permite explicar irracionalmente la existencia de una desgracia tan desoladora como la peste. Y así construye la última danza de la muerte europea y muestra a la Parca recorriendo las calles de Londres para emponzoñar con su mano la ajetreada y feliz vida de la urbe. Las danzas de la muerte se regodeaban en las agonías, en los enterramientos, en los cadáveres, en la descomposición de la carne y en otros efectos llamativos, y Defoe no desprecia la posibilidad de entregarse también a este «efectismo periodístico».

La lección final de estas danzas consistía en mostrar que todos los hombres eran iguales ante la muerte y ante Dios, o, como dice Defoe, «más allá de la sepultura, seremos todos hermanos nuevamente. En el Cielo, adonde confío que podremos ascender desde todos los partidos y confesiones, no hallaremos ni prejuicios ni escrúpulos; allí seremos todos de la misma opinión y tendremos los mismos principios».

Al concluir las últimas páginas de estos diarios fingidos, el lector tiene la impresión de haber asistido a la última danza de la muerte medieval (incluso la peste bubónica parecía un residuo de los siglos medios). Allí el autor muestra su auténtico rostro de moralista y no duda en revelar finalmente su verdadera intención: recordar que la peste fue un castigo divino que se desató sobre Londres por la iniquidad de sus habitantes. «Quizás alguien pueda sentirse inclinado a creer [...] que es una oficiosa gazmoñería religiosa que predica un sermón en lugar de escribir una historia», se excusa Defoe. Y entonces el lector comprende que el autor sólo ha escrito «una historia». Y de paso, un sermón.

JOSÉ C. VALES

DIARIO DEL AÑO DE LA PESTE



Fue en los comienzos de septiembre de 1664 cuando, mezclado entre los demás vecinos, escuché durante una charla habitual que la peste había vuelto a Holanda; pues había sido muy violenta allí, particularmente en Ámsterdam y Róterdam, en el año 1663, sitio al que había sido llevada, según unos desde Italia, según otros desde el Levante, entre algunos géneros traídos por su flota; otros dicen que fue traída de Candía, otros que provenía de Chipre. No se dio importancia a la procedencia; mas todos concordaron en que había vuelto a Holanda.

En aquellos días no teníamos nada que se pareciese a los periódicos impresos para diseminar rumores e informes sobre las cosas y para mejorarlos con la inventiva de los hombres, cosa que he visto hacer desde entonces. Pero las noticias como ésta se recogían a través de las cartas de los mercaderes y de otras personas que mantenían correspondencia con el extranjero, y se hacían llegar verbalmente a todas partes; así, las noticias no se divulgaban instantáneamente por toda la nación, como sucede hoy día. Pero al parecer el Gobierno tenía un informe veraz sobre el asunto, habiéndose celebrado varios consejos para discutir los medios de evitar que el mal llegase hasta nosotros; mas todo ello se mantuvo muy en secreto. De ahí que este rumor se extinguiese nuevamente, y que las gentes comenzasen a olvidarlo como si fuese una cosa que realmente no les concerniese y de la que esperaban que no fuese cierta; hasta el final de noviembre o los primeros días de diciembre de 1664, cuando dos hombres, que se suponía franceses, murieron de peste en Long Acre; o mejor dicho, en el extremo superior de Drury Lane. La familia con la que vivían se esforzó todo lo posible por ocultarlo, pero tan pronto como las conversaciones del vecindario ventilaron la cuestión, ésta llegó a conocimiento de los secretarios de Estado; ciento cinco que, sintiéndose preocupados, ordenaron a dos médicos y a un cirujano que fuesen a inspeccionar la casa, a fin de estar seguros de la verdad. Así lo hicieron éstos, y habiendo encontrado señales evidentes de la enfermedad sobre ambos cadáveres, dieron públicamente sus opiniones de que habían muerto a causa de la peste. Después de lo cual se notificó al escribano de la parroquia, quien también dio parte al Consistorio; y el hecho fue impreso en la lista de mortalidad en la forma acostumbrada, o sea:

Peste, 2. Parroquias infectadas, 1.

La gente se inquietó mucho por esto, y empezó a alarmarse en toda la ciudad, tanto más cuanto que en la última semana de diciembre de 1664 otro hombre murió en la misma casa, por la misma causa. Luego estuvimos tranquilos durante unas seis semanas, en las que, al no haber muerto nadie con señal alguna de infección, se dijo que la enfermedad se había marchado; mas después de esto, creo que fue alrededor del 12 de febrero, hubo otro que murió en otra casa, pero en la misma parroquia y de

la misma suerte.

Esto hizo que los ojos de la gente se volviesen hacia ese extremo de la ciudad; y como las listas semanales mostraban en la parroquia de St. Giles un incremento desacomunado de las inhumaciones, se comenzó a sospechar que la peste habitaba entre las gentes de ese extremo de la ciudad; y que muchos habían muerto por su causa, a pesar de que habían tomado todas las precauciones para evitar que ello llegase al conocimiento del público. Esto arraigó grandemente en el espíritu del pueblo, y eran muy pocos los que se aventuraban a través de Drury Lane, a menos que tuviesen un asunto extraordinario que les obligase a hacerlo.

Este aumento de las listas fue como sigue: el número de inhumaciones semanales en las parroquias de St. Giles-in-the-Fields y de St. Andrew, Holborn, era de unos doce a diecisiete o diecinueve, en cada una; mas desde el momento en que la peste apareció por primera vez en la parroquia de St. Giles, se observó que el número de inhumaciones corrientes aumentaba considerablemente. Por ejemplo:

Desde el 27 de diciembre	St. Giles	16
hasta el 3 de enero	St. Andrews	17
Desde el 3 de enero	St. Giles	12
hasta el 10 de enero	St. Andrews	25
Desde el 10 de enero	St. Giles	18
hasta el 17 de enero	St. Andrews	18
Desde el 17 de enero	St. Giles	23
hasta el 24 de enero	St. Andrews	16
Desde el 24 de enero	St. Giles	24
hasta el 31 de enero	St. Andrews	15
Desde el 31 de enero	St. Giles	21
hasta el 7 de febrero	St. Andrews	23
Desde el 7 de febrero	St. Giles	24
hasta el 14 de febrero		

Entre los que hubo uno de peste.

En la parroquia de St. Bride, que limita por uno de los lados con la parroquia de Holborn, así como en la parroquia de St. James, Clerkenwell, que limita con Holborn por su parte opuesta, se observó un aumento similar en las listas; en las dos parroquias citadas, el número de personas que normalmente moría cada semana era de seis a ocho, mientras que durante ese tiempo aumentó como sigue:

Desde el 20 de diciembre	St. Bride	0
hasta el 27 de diciembre	St. James	8
Desde el 27 de diciembre	St. Bride	6

hasta el 3 de enero	St. James	9
Desde el 3 de enero	St. Bride	11
hasta el 10 de enero	St. James	7
Desde el 10 de enero	St. Bride	12
hasta el 17 de enero	St. James	9
Desde el 17 de enero	St. Bride	9
hasta el 24 de enero	St. James	15
Desde el 24 de enero	St. Bride	8
hasta el 31 de enero	St. James	12
Desde el 31 de enero	St. Bride	13
hasta el 7 de febrero	St. James	5
Desde el 7 de febrero	St. Bride	12
hasta el 14 de febrero	St. James	6

Además de esto, la gente veía con gran desasosiego que todas las listas semanales crecían mucho durante estas semanas, pese a que era una época del año en la que, por regla general, las listas son muy moderadas.

La cantidad usual de inhumaciones según las listas de mortalidad era de unas doscientas cuarenta o así, hasta trescientas en una semana. Se tenía por bastante alta esta última cifra; pero luego vemos que las listas sucesivas aumentaron como sigue:

	Inhumación	Incremento
Del 20 al 27 de diciembre	291	...
Del 27 de diciembre al 3 de enero	349	58
Del 3 al 10 de enero	394	45
Del 10 al 17 de enero	415	21
Del 17 al 24 de enero	474	59

Esta última lista fue verdaderamente horrorosa, siendo la mayor cantidad de personas inhumadas en una semana desde el anterior azote de 1656.

Sin embargo, todo esto desapareció otra vez; y mostrándose frío el tiempo, las heladas que aparecieron en diciembre manteniéndose muy severas incluso hasta cerca de finales de febrero, acompañadas de vientos cortantes pero moderados, las listas disminuyeron otra vez y la ciudad creció sana; y todos empezaron a considerar que había pasado el peligro; sólo que las inhumaciones en St. Giles todavía seguían siendo muchas. Especialmente desde principios de abril, siendo de veinticinco por semana, hasta la semana del 18 al 25, en la que en la parroquia de St. Giles fueron enterradas treinta personas, dos de las cuales habían muerto de peste y ocho de tabardillo pintado,^[1] al que se contemplaba como la misma cosa; de manera similar,

el número total de muertos por tabardillo pintado aumentó, siendo de ocho la semana anterior, y de doce durante la semana arriba mencionada.

Esto nos alarmó a todos nuevamente; y el pueblo sentía terribles aprensiones, especialmente porque el tiempo había cambiado y era ahora, con el verano en puertas, cada vez más cálido. No obstante, la semana siguiente hizo concebir nuevamente algunas esperanzas. Las listas eran reducidas, ya que el número total de muertos fue de sólo 388, no habiendo ninguno de peste y solamente cuatro de tabardillo pintado.

Pero volvió la semana siguiente; y el mal se propagó a dos o tres parroquias, a saber: St. Andrew, Holborn y St. Clement Danes; y para gran aflicción de la ciudad hubo un muerto dentro de las murallas, en la parroquia de St. Mary Woolchurch, es decir, en Bearbinder Lane, cerca de la Bolsa. En total hubo nueve casos de peste y siete de tabardillo pintado. Las averiguaciones indicaron, sin embargo, que este francés que murió en Bearbinder Lane era uno que, habiendo vivido en Long Acre, cerca de las casas infectadas, se mudó por miedo a la enfermedad, sin saber que ya estaba contagiado.

Esto sucedió en los primeros días de mayo, aunque el tiempo era benigno, variable y bastante frío; y las gentes aún abrigaban ciertas esperanzas. Lo que les daba confianza, era que la ciudad estaba saludable: las noventa y siete parroquias juntas tuvieron sólo cincuenta y cuatro entierros; y comenzamos a creer que el mal no avanzaría más lejos, puesto que aparecía principalmente entre la gente de ese extremo de la ciudad. Tanto más cuanto que la semana siguiente, que fue entre el 9 de mayo y el 16, sólo murieron tres, ninguno de ellos dentro de la ciudad; y St. Andrew inhumó solamente quince, lo que era muy poco. Ciertamente es que St. Giles enterró a treinta y dos, pero incluso así, como sólo había uno de peste, la gente empezó a sentirse más tranquila. La lista total también era muy reducida, ya que la semana anterior fue de sólo 347; y sólo 343 en la semana arriba mencionada. Mantuvimos estas esperanzas durante algunos días, pero sólo fueron para unos pocos, puesto que al pueblo ya no se le podía engañar de tal manera; registraron las casas y encontraron que la peste estaba efectivamente extendida por todas partes, y que muchos morían de ella cada día. Así, fallaron todos nuestros atenuantes; y ya no hubo nada más que ocultar; más aún, pronto se vio que la epidemia había desbordado toda esperanza de mitigación; que en la parroquia de St. Giles había entrado en diversas calles y que varias familias completas yacían enfermas; consecuentemente, la situación comenzó a dejarse ver en la lista de la semana siguiente. Ciertamente, sólo hubo catorce anotados con peste, pero esto era una bellaquería y una confabulación, puesto que en la parroquia de St. Giles inhumaron cuarenta en total, de los que se estaba seguro que la mayor parte había muerto de la peste, aunque estuviesen registrados con otras enfermedades; y si bien todos los entierros no pasaban de treinta y dos, y la lista total mostraba sólo 385, había catorce de tabardillo pintado, así como catorce de peste; y dimos por seguro

que esa semana habían muerto cincuenta a causa de la peste.

La lista siguiente fue del 23 al 30 de mayo, en la que el número de muertos de peste era diecisiete. Mas las inhumaciones en St. Giles fueron cincuenta y tres — cantidad terrorífica— entre las que solamente se registraron nueve casos de peste: pero un examen más estricto de los jueces de paz, a demanda del corregidor, demostró que había otros veinte que habían muerto a causa de la peste en dicha parroquia, pero que habían sido anotados con tabardillo u otras enfermedades, sin contar a otros que fueron ocultados.

Pero estas cosas fueron insignificantes comparadas con lo que siguió inmediatamente después; porque entonces llegó el tiempo caluroso; y desde la primera semana de junio el contagio se diseminó de manera terrorífica, y las listas se elevaron; los que eran víctimas de la fiebre o del tabardillo comenzaron a hincharse; hicieron todo cuanto pudiera ocultar su enfermedad, para evitar que los vecinos los rehuyesen y se negasen a conversar con ellos; y también para evitar que las autoridades cerrasen sus casas, cosa que, aunque no se practicaba todavía, ya había habido amenazas; y el pueblo estaba muy aterrado al pensar en ello.

Durante la segunda semana de junio, la parroquia de St. Giles, en la que seguía estando el centro de la infección, enterró a ciento veinte personas, de las que todo el mundo dijo, aunque las listas indicaban sólo sesenta y ocho, que había por lo menos cien muertas de peste, haciendo el cálculo en base a la cantidad habitual de funerales en dicha parroquia.

Hasta esta semana la ciudad seguía estando libre, no habiendo muerto nadie en ella, salvo el francés al que hice referencia antes, en ninguna de las noventa y siete parroquias. Entonces murieron cuatro dentro de la ciudad: uno en Wood Street, otro en Fenchurch Street y dos en Crooked Lane. Southwark estaba totalmente libre, no habiendo muerto aún nadie de ese lado del agua.

Yo vivía más allá de Aldgate, aproximadamente a medio camino entre Aldgate Church y Whitechapel Bars, a mano izquierda o lado norte de la calle; y como la enfermedad no había alcanzado esa parte de la ciudad, nuestro barrio continuaba tranquilo. Pero en el otro extremo de la ciudad la consternación era muy grande; y la clase más rica de gente, especialmente la nobleza y la clase acomodada de la parte oeste de la ciudad, salió en tropel de la villa, con sus familias y criados, de manera desacostumbrada; cosa que se vio muy especialmente en Whitechapel, o sea en la calle Ancha en la que yo vivía; por cierto, no se veía otra cosa que carros y carretas con enseres, mujeres, niños, criados, etc.; carruajes llenos de gente de la mejor clase, y jinetes que los acompañaban; y todos ellos huyendo; luego aparecían carros y carretas vacíos y más caballos con sirvientes que sin duda regresaban, o eran enviados del campo para recoger a más gente; además de una innumerable cantidad de hombres a caballo, algunos solos, otros con criados, generalmente cargados con

equipaje y preparados para viajar, lo que cualquiera hubiese podido inferir de su aspecto.

Esto era una cosa terrible y triste de ver; y como yo no podía sino verla de la mañana a la noche (por cierto, no había de momento ninguna otra cosa que ver), mi alma se llenó de muy graves pensamientos acerca de la miseria que iba a cernirse sobre la ciudad, y la infelicidad de aquellos que hubiesen quedado en ella.

Durante algunas semanas la prisa de la gente era tal, que hacía casi imposible llegar hasta las puertas del corregidor; una muchedumbre apremiante se apiñaba allí para obtener pases y certificados de salud, como para viajar al extranjero, ya que sin los mismos no se les permitía pasar a través de las ciudades situadas en los caminos, ni se les daba alojamiento en ninguna posada. Ahora bien, como durante todo este tiempo no había muerto nadie dentro de la ciudad, el corregidor daba sin ninguna dificultad certificados de salud a todos aquellos que habitaban en las noventa y siete parroquias; y durante algún tiempo también a los que vivían fuera de la ciudad.

Esta prisa, como digo, continuó durante algunas semanas, es decir, durante los meses de mayo y junio, con mayor motivo aún, puesto que se rumoreaba que aparecería una orden del Gobierno para poner vallas y barreras en los caminos a fin de impedir que la gente viajase; y que los pueblos sobre los caminos no tolerarían el paso de los londinenses por miedo a que trajesen consigo la epidemia, si bien ninguno de estos rumores tenía otro fundamento que la imaginación, por lo menos al principio.

Entonces comencé a pensar seriamente en mí mismo, en mi propio caso y en lo que debería hacer conmigo mismo; es decir, si debería decidir quedarme en Londres o bien cerrar mi casa y huir como muchos de mis vecinos. He escrito este extremo tan detalladamente, porque no sé si podrá ser de utilidad a aquellos que vengan después de mí, si les aconteciese el verse amenazados por el mismo peligro y si tuviesen que decidir de la misma manera; por ello, deseo que esta narración llegue a ellos más en calidad de orientación de sus actos que de historia de los míos, puesto que no les valdrá un ardite el saber lo que ha sido de mí.

Me enfrentaba a dos cuestiones importantes: una de ellas era el manejo de mi tienda y mi negocio, que era de consideración y en el que estaba embarcado todo lo que yo poseía en el mundo; la otra era la preservación de mi vida en la calamidad tan funesta que, según veía, iba a caer sobre toda la ciudad y que, sin embargo, por grande que fuese, siempre sería mucho menor de lo que imaginaban mis temores y los de las demás gentes.

La primera consideración era de gran importancia para mí; mi comercio era de talabartería; y como mis transacciones se realizaban principalmente no por ventas de tienda o casuales, sino entre los mercaderes que comerciaban con las colonias inglesas en América, mis bienes estaban muy en manos de éstos. Ciertamente es que yo era

soltero, pero tenía una familia de criados a la que mantenía en mi negocio; tenía una casa, tienda y almacenes repletos de mercancías; y el abandonar todo eso de la manera en que han de abandonarse las cosas en tales situaciones (es decir, sin ningún cuidador o persona adecuada a la que se pudiesen encargar), hubiese sido arriesgar no sólo la pérdida de mi comercio, sino la de mis bienes y de todo lo que poseía en el mundo.

En esa época yo tenía un hermano mayor en Londres, que había venido unos pocos años antes de Portugal; cuando le consulté, me respondió en pocas palabras, las mismas que fueron pronunciadas en un caso bastante distinto: «Maestro, sálvate a ti mismo». En una palabra, era partidario de que me fuese al campo, cosa que él había resuelto hacer con su familia; me dijo lo que, según parece, había oído decir en el extranjero, de que la mejor manera de prepararse contra la peste era huir de ella. Refutó mis argumentos de que perdería mi comercio, mis bienes, o mis deudas. Me dijo lo mismo que yo argüía para quedarme, o sea, que confiaría a Dios mi seguridad y mi salud, lo que desmentía mis pretensiones de perder mi comercio y mis bienes: «porque», dijo, «¿no es más razonable confiar a Dios la suerte o el riesgo de perder tu comercio, que quedarte en un lugar de tan acusado peligro confiándole tu vida?».

No podía alegar que estaba en un apuro en cuanto a sitio adonde ir, porque tenía varios amigos y parientes en Northamptonshire, de donde había venido originariamente nuestra familia; por otra parte, mi única hermana estaba en Lincolnshire, muy deseosa de recibirme y hospedarme.

Mi hermano, quien ya había enviado a su mujer y a sus dos niños a Bedfordshire y que estaba decidido a seguirles, me instaba muy seriamente a que partiese; y en una ocasión decidí obrar de acuerdo con sus deseos, pero entonces no pude hallar ningún caballo; porque si bien es cierto que no todo el mundo salió de la ciudad de Londres, creo poder decir que sí lo hicieron todos los caballos, ya que durante algunas semanas fue prácticamente imposible comprar o alquilar uno solo en toda la ciudad. Una vez decidí viajar a pie con un criado y no descansar en ninguna posada, sino llevar con nosotros una tienda de campaña, cosa que hicieron muchos; y descansar de esa manera en los campos, ya que el tiempo era muy cálido y no había peligro de pillar un enfriamiento. Digo que fueron muchos los que hicieron esto, especialmente aquellos que estuvieron en los ejércitos durante la guerra, que había tenido lugar hacía pocos años; y también debo decir que si la mayor parte de la gente hubiese viajado de esa manera la peste no habría entrado en tantos pueblos y casas de campo como lo hizo, para la desgracia y hasta la ruina de muchas gentes.

Mas luego, mi sirviente, al que tenía la intención de llevar conmigo, me defraudó; sintió miedo ante la propagación del mal, y al no saber cuándo partiría yo, tomó otras medidas y me abandonó, de manera que tuve que aplazar mi partida en esa ocasión; luego, de una u otra manera, siempre mi resolución de alejarme se cruzó con algún

contratiempo, aplazando mi partida una y otra vez; y esto da lugar a una historia que de otra manera sería una digresión inútil, de que estos contratiempos provenían del Cielo.

Menciono por otra parte esta historia como el mejor método que puedo aconsejar a cualquier persona en tal situación, especialmente si es consciente de su deber, capaz de sentir la orientación que debe dar a sus actos; o sea, que mantenga los ojos abiertos para observar las cosas providenciales que ocurren en ese momento, viéndolas complejamente, tal como se relacionan unas con otras, y tal como todas juntas se relacionan con el problema al que uno se enfrenta: luego, según creo, podrá tomarlas con seguridad como intimaciones del Cielo sobre cuál es su deber incuestionable respecto a lo que debe hacer en dicho caso; me refiero, por ejemplo, a marcharse o permanecer en el sitio en el que habitamos cuando aparece una enfermedad infecciosa.

Una mañana, meditando sobre este asunto particular, se afirmó en mi mente la convicción de que nada nos llegaba que no fuese enviado o permitido por el Poder Divino, de manera que estos contratiempos habían de tener intrínsecamente algo de extraordinario; y debí de considerar, si bien no se manifestó como evidente o subjetivo, que el deseo del Cielo era que yo no me marchase. A continuación pensé que si en realidad Dios deseaba que me quedase, Él podía preservar mi vida en medio de toda la mortandad y de todo el peligro que me rodearían; y que si yo decidía salvarme huyendo de mi casa, si actuaba en contra de estas intimaciones que yo creía Divinas, ello sería como huir de Dios; y que Él podría ordenar a su justicia que me alcanzase cuando y donde Él lo creyese justo.

Estos pensamientos modificaron otra vez mi resolución; y cuando pude hablar nuevamente con mi hermano, le dije que estaba inclinado a quedarme y a afrontar mi suerte en el puesto en el que Dios me había colocado; y que ello me parecía ser mi obligación, especialmente por todo lo que yo he dicho.

Mi hermano, aunque era un hombre muy religioso, se rio de todo lo que dije acerca de haber tenido intimaciones del Cielo, y me contó varias historias acerca de personas a las que, como a mí, llamaba temerarias; que ciertamente debería considerar como signo del Cielo si yo estuviese de alguna manera impedido por enfermedades o dolencias; y que no pudiendo en tal caso viajar, había de conformarme con los designios del Señor, quien por ser mi Creador, tenía el indiscutible derecho de soberanía para disponer de mí; y que en tal caso no habría dificultad alguna para determinar cuál era la llamada de la Providencia Divina, y cuál no lo era; pero que yo tomase como intimación del Cielo el no poder salir de la ciudad solamente por no poder alquilar un caballo; o porque mi compañero que había de servirme había escapado, era ridículo, ya que yo tenía entonces mi buena salud y mis facultades, así como otros sirvientes; y que podía fácilmente viajar uno o dos días

a pie, si tenía un buen certificado de estar en perfecta salud, por lo que podía alquilar un caballo en el camino o viajar en la posta, según creyese conveniente.

Luego procedió a contarme las dañinas consecuencias de la presunción de los turcos y mahometanos en Asia y en otros lugares en los que había estado (puesto que mi hermano, al ser comerciante, estuvo en el extranjero, y había vuelto últimamente de Lisboa, como ya he mencionado antes, hacía pocos años); de cómo, abusando de las ideas de predestinación que profesaban, de que la muerte de todo hombre está predeterminada y decretada de antemano sin apelación, iban sin preocuparse a los lugares infectados y conversaban con personas contagiadas, por lo que morían a razón de diez o quince mil por semana, mientras que los comerciantes europeos o cristianos, que se mantenían retirados y apartados, escapaban por lo general del contagio.

Con estos argumentos, mi hermano cambió otra vez mi decisión, y resolví partir; y preparé todas las cosas de acuerdo con ello; brevemente, la plaga se propagaba a mi alrededor y las listas habían aumentado hasta casi setecientos por semana; y mi hermano me dijo que sería muy aventurado quedarse durante más tiempo. Le pedí que me dejase considerar mi decisión nada más que hasta el día siguiente; y como ya tenía todo preparado de la mejor manera que pude, respecto a mi negocio y a la persona a quien encargaría de mis asuntos, ya no tuve otra cosa que hacer sino decidir.

Esa noche fui a mi casa con el ánimo muy oprimido, indeciso, sin saber qué hacer. Había dejado toda la tarde libre para poder pensar seriamente en ello y estaba totalmente solo; como si hubiese sido por decisión general, la gente ya había tomado la costumbre de no salir de sus casas después de la caída del sol; más adelante tendré ocasión de detallar las razones de ello.

Durante el retiro de esa tarde me esforcé por determinar, en primer lugar, lo que era mi deber hacer; y manifesté los argumentos con los que mi hermano me había presionado para que me marchase al campo, y los enfrenté a las fuertes impresiones que en mi mente abogaban por lo contrario; las obligaciones que suponía el ejercicio de mi profesión, y el cuidado que yo debía a la preservación de mis efectos, que eran todos mis bienes; también estaban las intimaciones que yo creía que había recibido del Cielo y que significaban para mí una especie de orientación a seguir; y se me ocurrió que si había tenida lo que podría llamar una orden de quedarme, debería pensar que ésta contenía una promesa de ser protegido si obedecía.

Esta idea fue tomando cuerpo; y en mi espíritu, estaba cada vez más decidido a quedarme, alentado por la complacencia íntima de saber que sería preservado. A esto se añadió que, mientras hojeaba la Biblia que tenía ante mí y mientras mis pensamientos giraban insistentemente alrededor de la cuestión, exclamé «¡no sé qué he de hacer, Señor, guíame!», y cosas análogas; y en ese momento crítico, dejé de

revolver las páginas del libro justo en el Salmo 91; y dirigiendo la mirada al versículo segundo, comencé a leer; y continué hasta el versículo séptimo, incluyendo luego el décimo, como sigue: «Diré del Señor: Él es mi refugio y mi alcázar; mi Dios en quien confiaré. Pues Él te libraré de las asechanzas de los cazadores; y de la peste maligna. Te cubrirá con sus plumas; y bajo sus alas te acogerás: tu escudo y broquel su fidelidad será. No temerás el terror nocturno, ni la flecha que vuela de día; ni la peste que vaga en las tinieblas, ni la destrucción que asola a mediodía. Caerán mil a tu lado, y diez mil a tu diestra, mas no se acercará a ti. Con tus ojos lo contemplarás, y verás el castigo de los pecadores. Porque has hecho del Señor tu refugio, del Altísimo tu morada; no te sucederá mal alguno, ni el azote se aproximará a tu hogar», etc.

No creo necesario tener que decir al lector que a partir de aquel momento decidí que me quedaría en la ciudad y que me encomendaría plenamente a la protección y a la bondad del Todopoderoso, sin buscar ningún otro refugio; y que, puesto que mis días estaban en Sus manos, Él podía preservarme en tiempo de azote al igual que en tiempo de salud; y que si Él no juzgaba oportuno liberarme, yo estaba igualmente en Sus manos; y estaba convenido que Él haría de mí lo que le pareciese bueno.

Me acosté habiendo resuelto de esta manera; mi decisión se confirmó el día siguiente, cuando enfermó la mujer a la que tenía pensado confiar mi casa y todos mis negocios. Además, se me presentó otro compromiso análogo, ya que al día siguiente me encontré yo mismo desequilibrado, de modo que si hubiera tenido que marcharme, no habría podido; y continué enfermo durante tres o cuatro días, lo que determinó definitivamente mi permanencia; así pues, me despedí de mi hermano, quien se marchó a Dorking, en Surrey, aunque luego fue más lejos, a Buckinghamshire o Bedfordshire, a un retiro que había encontrado allí para su familia.

Era una época muy mala para estar enfermo, ya que si uno se quejaba, inmediatamente decían que tenía la peste; y si bien yo no tenía ninguno de los síntomas de ese mal, aunque estaba muy enfermo tanto de la cabeza como del estómago, tenía una cierta aprensión de estar efectivamente contagiado; mas comencé a mejorar después de unos tres días; durante la tercera noche descansé bien, transpiré un poco y cobré nuevas fuerzas. Junto con mi enfermedad desaparecieron también mis temores de que hubiese contraído la peste; y retomé mi negocio del modo habitual.

Estas cosas, sin embargo, desecharon todos mis pensamientos referentes a marcharme al campo; y como mi hermano ya se había ido, no tenía más discusiones sobre este tema, ni con él ni conmigo mismo.

Estábamos a mediados de julio, y la peste, que había azotado principalmente el otro extremo de la ciudad y, como dije anteriormente, las parroquias de St. Giles, St. Andrew, Holborn y en dirección de Westminster, empezaba a venir hacia el este,

hacia la zona en la que yo vivía. Ciertamente, se observó que no venía en línea recta hacia nosotros, puesto que la ciudad, es decir, dentro de las murallas, seguía estando sana; tampoco había entrado mucho en Southwark, pasando el agua, ya que si bien esa semana murieron allí 1268 de todas las enfermedades, entre los que se pueden suponer unos 600 muertos de peste, en toda la ciudad sólo hubo 28 dentro de las murallas; y sólo 19 en Southwark, incluida la parroquia de Lambeth; en cambio, nada más que en las parroquias de St. Giles y St. Martin-in-the-Fields murieron 421.

Pero advertíamos que el azote se mantenía principalmente en las parroquias de fuera de la ciudad, las que, por ser muy pobladas y estar llenas de pobres, constituían para la plaga una presa más fácil que la ciudad, como explicaré más adelante. Como decía, observábamos que el mal se aproximaba a nosotros, es decir a las parroquias Clarkenwell, Cripplegate, Shoreditch y Bishopsgate. Porque siendo las dos últimas parroquias limítrofes con Aldgate, Whitechapel y Stepney, la peste llegó por fin a estas zonas, esparciéndose con gran violencia, incluso cuando ya había menguado en las parroquias del oeste en las que se había iniciado.

Fue digno de observar que en esta semana particular, entre el 4 y el 11 de julio, durante la que, como ya dije, murieron de peste cerca de 400 personas únicamente en las dos parroquias de St. Martin y St. Giles-in-the-Fields, en la parroquia de Aldgate sólo murieron cuatro, tres en la de Whitechapel y sólo una en la parroquia de Stepney.

Similarmente, durante la semana siguiente, entre el 11 y el 18 de julio, cuando la lista semanal fue de 1761, sólo murieron 16 a causa de la peste en toda la orilla de Southwark.

Mas este estado de cosas cambió muy pronto; y empezó a complicarse especialmente en la parroquia de Cripplegate y en la de Clarkenwell; así, hacia la segunda semana de agosto, sólo la parroquia de Cripplegate enterró a 886, y 155 la de Clarkenwell. De los primeros, puede suponerse que bien pudieron ser 850 los muertos de peste; en cuanto a los últimos, la lista misma decía que 145 estaban apestados.

Durante el mes de julio, y mientras, como dije, nuestra parte de la ciudad parecía estar exenta del mal en comparación con la parte oeste, yo caminaba normalmente por las calles, en la medida en que lo requerían mis negocios; y en especial, iba generalmente una vez al día, o una vez cada dos días, a la ciudad, a la casa de mi hermano, que él me había confiado, para ver si estaba en orden; y puesto que tenía la llave en el bolsillo, solía entrar en la casa y recorrer casi todas las habitaciones, para ver si todo estaba bien; porque, aunque puede asombrar que se diga que en medio de tal calamidad puede haber personas con el corazón tan duro como para robar y saquear, lo cierto es que en la ciudad sucedían, más abiertamente que nunca, toda clase de villanías, e incluso casos de libertinaje y corrupción (no diré que con la frecuencia acostumbrada, porque el número de habitantes había mermado por

diversos conceptos).

Pero entonces comenzó a infectarse la misma ciudad, quiero decir dentro de las murallas; aunque allí la cantidad de gente era, por cierto, muy reducida debido a la gran multitud que había marchado al campo; y continuaron huyendo aún durante todo este mes de julio, aunque no tan masivamente como antes. Ciertamente, en agosto escapaban de tal manera que comencé a pensar que en la ciudad no quedarían, de hecho, más que magistrados y sirvientes.

Tal como escapaban ahora todos de la ciudad, debo decir aquí que la Corte salió muy pronto, o sea en el mes de junio, y fue a Oxford, donde plugo a Dios preservarla; y según he oído, la enfermedad ni siquiera la rozó, cosa por la que no puedo decir que haya visto nunca muestra alguna de agradecimiento, ni señal de enmienda, bien que no querían que se les reprochase, con justicia, de que habían sido sus atroces vicios los que habían atraído sobre toda la nación tan terrible castigo.

El aspecto de Londres estaba ya extrañamente alterado. Me refiero a la totalidad de los edificios, el centro de la ciudad, los suburbios, Westminster, ya que en lo que respecta a la parte llamada la City, o sea, dentro de las murallas, no estaba muy infectada todavía. Pero el aspecto general, como digo, estaba muy alterado; todos los rostros exhibían aflicción y tristeza; y si bien algunas zonas todavía no estaban sumergidas en la desgracia, todos estaban preocupados; y cuando vimos que el mal se aproximaba sin lugar a dudas, cada uno de nosotros se vio a sí mismo y a su familia en el mayor de los peligros. Si fuese posible describir con exactitud lo que sucedió en esos días a aquellos que no los vieron y transmitir al lector las verdaderas imágenes del horror que por doquier se manifestaba, éste se vería hondamente impresionado y lleno de sorpresa. Bien puede decirse que todo Londres lloraba; ciertamente, no se veían dolientes por las calles, ya que nadie vestía de negro ni usaba vestidos formales de luto por sus amigos más íntimos; pero el clamor de los dolientes se dejaba oír en verdad por las calles. Era tan frecuente escuchar, desde la calle, los gritos agudos de las mujeres y los niños, lanzados desde las ventanas y las puertas de sus casas, en las que sus seres queridos estaban muriendo, o tal vez acababan de morir, que hubiesen podido traspasar el corazón más duro del mundo de haberlos escuchado. Lágrimas y lamentos se veían y oían en casi todas las casas, especialmente al comienzo de la epidemia; pues ya hacia el final, los corazones de los hombres estaban endurecidos y la muerte estaba ante sus ojos tan constantemente, que ya no se preocupaban mucho por la pérdida de sus amigos, ya que veían que ellos mismos podrían ser llamados a la hora siguiente.

Los negocios a veces me llevaban hasta el otro extremo de la ciudad, incluso cuando la enfermedad radicaba principalmente allí; y como la situación era nueva para mí, al igual que para todos los demás, era sorprendente ver aquellas calles, habitualmente atestadas de gente y que ahora estaban desoladas, tan vacías que, si yo

hubiera sido un forastero que hubiese perdido su camino, algunas veces habría tenido que andar la longitud de toda una calle (me refiero a las calles laterales), sin ver a nadie que me pudiera orientar, salvo los vigilantes colocados a las puertas de las casas cerradas, de los que hablaré ahora.

Un día, estando en esa parte de la ciudad para resolver algún negocio especial, la curiosidad me llevó a observar las cosas con mayor detenimiento que de costumbre, tanto que caminé un buen trecho por donde no tenía nada que hacer. Subí por Holborn: la calle estaba allí llena de gente, pero caminaban en el centro de la ancha calle y no a uno u otro de los lados, porque, supongo, no querían mezclarse con cualquiera que saliese de las casas, o encontrarse con olores o pestilencias procedentes de casas posiblemente infectadas.

Las Posadas de la Corte estaban cerradas; tampoco podían verse muchos abogados en las hospederías del Temple o Lincoln, ni en la de Gray. Todos estaban en paz; no había lugar para abogados; además, era la época de vacaciones durante la cual, generalmente, iban al campo. En algunos lugares había filas de casas todas cerradas, sus moradores huidos, con sólo uno o dos guardianes.

Cuando hablo de filas de casas cerradas, no me refiero a casas cerradas por las autoridades, sino porque gran número de personas siguieron a la Corte por necesidad de sus empleos o por depender de ella en una u otra forma; otros se marcharon, atemorizados por la enfermedad, con lo que algunas de las calles quedaron totalmente despobladas. Pero el temor todavía no era tan grande en la ciudad misma especialmente porque, como ya he mencionado, la enfermedad a menudo remitió al principio, de manera que las gentes se alarmaron y se tranquilizaron nuevamente, repetidas veces, hasta que se familiarizaron con ella, si bien al principio estuvieron indeciblemente consternados: incluso cuando la peste adquirió violencia, al ver que no se expandía dentro de la ciudad o por las zonas este y sur, la gente comenzó a envalentonarse y a endurecerse. Es cierto que muchas personas huyeron, como ya dije, pero éstas eran principalmente del extremo oeste de la ciudad, y de lo que llamamos el corazón de la ciudad; es decir, las gentes más acomodadas, y los que no estaban ligados a comercios o negocios. Mas del resto, la mayoría permaneció, y parecía esperar lo peor; de modo que en el sitio que llamamos Liberties y en los suburbios, en Southwark y en la parte este, por ejemplo en Wapping, Ratcliff, Stepney, Rotherhithe y demás, la gente generalmente se quedó, excepto alguna que otra familia pudiente que no dependía de su negocio.

No se debe olvidar aquí que la ciudad y los suburbios estaban enormemente poblados en la época de esta epidemia, quiero decir cuando dio comienzo. Porque si bien he vivido para ver un nuevo aumento de población y grandes muchedumbres establecerse en Londres de manera nunca vista, sabíamos, sin embargo, que la cantidad de gente que, terminadas las guerras, disueltos los ejércitos, y restauradas la

familia real y la monarquía, había afluido a Londres para establecer un negocio o para depender de la Corte y buscar allí recompensas por servicios prestados, ascensos u otras ventajas, era tan grande que se calculaba que la ciudad tenía más de cien mil habitantes más que en cualquier época anterior; más aún, algunos llegaron a decir que tenía el doble, porque todas las familias arruinadas del partido monárquico se congregaron aquí. Todos los antiguos soldados establecieron aquí algún comercio y se afincaron muchas familias. Nuevamente, la Corte trajo consigo gran aparato y nuevas modas. Todo el mundo se volvió alegre y ostentativo; y el regocijo de la restauración trajo a Londres a muchas familias.

En varias ocasiones he pensado que la peste entró en Londres cuando, ocasionalmente, se había producido un increíble aumento de la población debido a las circunstancias especiales mencionadas arriba, tal como cuando Jerusalén fue sitiada por los romanos, estando los judíos congregados para celebrar la Pascua —por lo que fue sorprendida allí una cantidad increíble de gente que de otra manera hubiese estado en otros lugares—. Puesto que esta aglomeración de gente alrededor de una corte alegre y juvenil dio gran impulso al comercio en la ciudad, especialmente en todo lo concerniente a la moda y a las galas y adornos, esto atrajo como consecuencia a gran cantidad de trabajadores, fabricantes y demás, principalmente gente pobre que dependía de su trabajo. Y recuerdo en especial que en una representación al corregidor de la situación de los pobres, se calculó que había no menos de cien mil tejedores dentro y fuera de la ciudad, la mayor parte de los cuales vivía entonces en las parroquias de Shoreditch, Stepney, Whitechapel y Bishopsgate, es decir, por Spitalfields; mejor dicho, donde Spitalfields estaba entonces, y que era una quinta parte menor que en la actualidad.

Sin embargo, se puede calcular según esto la cantidad de gente que había en total; y debo decir que muchas veces me asombraba de que hubiese quedado una multitud tan grande como la que aparentemente había, después de la enorme cantidad de gente que se marchó al principio.

Pero he de volver nuevamente al comienzo de esta sorprendente época. Mientras fueron nuevos los temores de la gente, se vieron aumentados de manera extraña por varios singulares sucesos que, reunidos, hacían que fuese un milagro que no se levantase todo el pueblo, como un solo cuerpo, y abandonase sus hogares, alejándose del lugar como si fuese el sitio de la tierra designado por el Cielo para ser un Aceldama,^[2] condenado a ser destruido y barrido de la tierra, y en el que todo aquel que fuese encontrado perecería al mismo tiempo. Sólo nombraré algunas de estas cosas. Pero seguramente hubo tantas, y tantos hechiceros y bellacos propagándolas, que muchas veces me pregunté cómo había sido posible que hubiera quedado gente (especialmente mujeres).

En primer lugar, apareció una estrella muy brillante o cometa durante varios

meses anteriores a la peste, igual que dos años después, poco antes del incendio. Las viejas, y los flemáticos e hipocondríacos del otro sexo, a los que casi podría llamar también viejas, hicieron notar (especialmente después, si bien antes de que hubiesen pasado ambos azotes), que esos dos cometas pasaron directamente sobre la ciudad y tan cerca de las casas que estaba claro que significaban algo especial para la ciudad únicamente; que el cometa anterior a la peste era de color tenue, desvaído, apagado, de movimiento muy pausado, solemne y lento; pero que el cometa que precedió al fuego era luminoso y chispeante, como dijeron otros, bien inflamado, y de movimiento crudo y furioso; y que, de acuerdo con ello, el primero presagiaba un castigo pesado, lento pero severo, terrible y atroz, tal como fue la peste; pero que el otro predecía un golpe repentino, veloz y ardiente como el incendio. Más aún, hubo algunas personas tan raras que cuando miraron hacia el cometa precursor del fuego se imaginaron que no sólo lo veían pasar, ígneo y veloz, pudiendo percibir con los ojos su movimiento, sino que incluso lo oyeron; y que hacía un ruido potente y enérgico, furioso y terrible, aunque lejano y apenas perceptible.

Yo vi ambas estrellas, y debo confesar, que tenía dentro de mi cabeza tantas de las ideas comunes sobre estas cosas, que estaba en disposición de considerarlas como precursoras y como advertencias de los juicios divinos; y, especialmente, después de que la peste hubo seguido a la primera, cuando vi nuevamente otra similar, no pude menos que decir que Dios no había castigado aún bastante a la ciudad.

Pero al mismo tiempo, yo no podía llevar estas cosas hasta los mismos extremos que los demás, sabiendo que los astrónomos asignan a estos fenómenos causas naturales; y que su movimiento e incluso sus revoluciones están calculados, o pretendidamente calculados, de manera que no se pueden llamar estrictamente precursores o presagios, y mucho menos causantes, de acontecimientos tales como peste, guerra, incendio y similares.

Pero dejando que mis pensamientos y los pensamientos de los filósofos fueran o hayan sido los que fueren, estas cosas tuvieron una extraordinaria influencia en la mente de las personas corrientes, y casi todos tenían aprensiones muy fuertes sobre alguna calamidad espantosa y un castigo que caería sobre la ciudad; y ello principalmente por la visión de ese cometa y por la pequeña alarma dada en diciembre por la muerte de dos hombres en St. Giles, ya mencionada.

Las aprensiones de la gente estaban igualmente multiplicadas por los engaños de aquellos tiempos, en los que, según creo, las gentes eran, no puedo imaginar por qué causa, más adictas de lo que nunca fueron, antes o después de entonces, a las profecías y conjuros astrológicos, sueños y cuentos de viejas. No sé si esta infeliz disposición estuvo o no fomentada por las locuras de algunos que recibían dinero por ello —es decir, imprimiendo predicciones y pronósticos—; pero lo cierto es que los libros los espantaban terriblemente; por ejemplo, el *Almanack* de Lilly, el

Astrological Predictions de Gadbury, el *Almanack* de Poor Robin, y otros; también muchos libros pretendidamente religiosos, como uno titulado *Sal de ella, Pueblo mío, para que no seas partícipe de sus plagas*; otro llamado *Aviso Honrado*; otro, *Recordatorio de Bretaña*; y muchos similares, todos o la mayor parte de los cuales predecían, abierta o secretamente, la ruina de la ciudad. Más aún, hubo algunos tan entusiastas y atrevidos como para correr por las calles con sus predicciones verbales, pretendiendo haber sido enviados para predicar a la ciudad; y uno, en especial, que igual que Jonás en Nínive, gritaba por las calles: «Cuarenta días más, y Londres será destruida». No sé a ciencia cierta si dijo cuarenta días más o algunos días más. Hubo otro que corría por todas partes desnudo, cubierto sólo con unos calzones y gritando día y noche, igual que un hombre mencionado por Josefo, quien gritaba: «¡Ay de Jerusalén!», poco antes de la destrucción de esa ciudad. Así esta pobre criatura desnuda gritaba: «¡Oh, el Dios grande y terrible!», y no decía otra cosa, sino que repetía continuamente estas palabras, con una voz y un semblante llenos de terror, corriendo velozmente; y nunca nadie consiguió que se detuviese o que descansase, ni que tomase algún sustento, por lo menos que yo hubiera sabido. Y encontré varias veces a esta pobre criatura en las calles; y hubiese querido hablarle, pero él no quería hablar conmigo ni con nadie; y no hacía más que lanzar continuamente las mismas lúgubres voces.

Estas cosas espantaban a la gente en grado sumo; especialmente cuando en dos o tres ocasiones vieron que había habido uno o dos muertos de peste en las Islas de St. Giles, lo que ya he mencionado.

Junto a estos sucesos públicos estaban los sueños de las viejas, o más bien la interpretación que las viejas hacían de los sueños de otras personas, y esto puso a mucha gente fuera de su sano juicio. Algunos escucharon voces que les avisaban de que se marcharan, porque habría en Londres una peste tal, que los vivos no estarían en condiciones de enterrar a los muertos; otros vieron apariciones en el aire. Y me permito decir de todos ellos, sin malevolencia alguna, que escucharon voces que nunca hablaron y que vieron visiones que nunca aparecieron; mas la imaginación del pueblo estaba efectivamente descarriada y enajenada. Y no es de extrañar que los que continuamente escudriñaban las nubes vieran formas y figuras, representaciones y apariciones, que no eran, en el fondo, nada más que aire y vapor. Aquí, nos decían que habían visto una espada flamígera sostenida por una mano que emergía de una nube, y apuntaba directamente a la ciudad; allí, que habían visto por los aires coches fúnebres y féretros camino del cementerio; más allá, montones de cadáveres insepultos, y cosas análogas, a medida que la empavorecida imaginación del pueblo las iba concibiendo.

Así ven las locas fantasías,

*Naos, huestes, lucha en las alturas;
Hasta que calmos ojos la ilusión disuelven,
Y todo a nubes, su inicial materia, vuelve.*

Podría llenar este relato con las extrañas narraciones que sobre sus visiones hacían diariamente tales individuos; y cada uno de ellos estaba tan convencido de lo que había visto que era imposible contradecirles sin riesgo de romper la amistad o de ser reputado de grosero y descortés por una parte, y de blasfemo e impenitente por otra. En cierta ocasión, antes de que hubiese comenzado la plaga (salvo, como ya dije, en St. Giles), creo recordar que fue en marzo, al ver a una muchedumbre congregada en la calle, me acerqué para satisfacer mi curiosidad; y los vi que estaban todos con la vista clavada en lo alto para ver lo que una mujer decía haber distinguido claramente: un ángel vestido de blanco, con una espada ardiente en la mano que agitaba y blandía sobre su cabeza. La mujer describía vívidamente cada uno de los rasgos de su figura, mostraba su forma y su movimiento; y las pobres gentes se sugestionaron con prontitud y avidez: «Sí, lo veo perfectamente», dijo uno; «ahí está la espada con toda claridad». Otro vio el ángel. Uno vio su mismísimo rostro y exclamó: «¡Qué gloriosa criatura!». Unos veían una cosa el resto, otra. Yo observé con la misma atención que los demás, pero quizá con menor predisposición a ser engañado; y dije que realmente no podía distinguir otra cosa que una nube blanca, resplandeciente en un lado por los rayos del sol que brillaba detrás de ella. La mujer se esforzó en hacérmelo ver, mas no pudo hacerme confesar que lo había visto, lo que en verdad hubiese sido una mentira de mi parte. La mujer se dio vuelta para mirar mi rostro, figurándose que yo bromeaba, cosa en la que también la engañaba su imaginación, puesto que yo no me reía, sino que estaba pensando muy seriamente en cómo esa desdichada gente se aterrorizaba con el poder de su propia imaginación. No obstante, la mujer se apartó de mí, me llamó indecente y burlón; me dijo que había llegado el momento de la cólera de Dios, que se aproximaban espantosos castigos y que los burlones e incrédulos como yo se condenarían y perecerían.

Los hombres y mujeres que la rodeaban parecían estar igualmente disgustados y vi que no era posible convencerlos de que no me había mofado de ellos, y que me atropellarían antes de que pudiese desengañarlos, de forma que me alejé de ellos. Y esta aparición fue creída tan verdadera como el propio cometa.

Tuve otro encuentro también en pleno día, cuando iba por un estrecho pasaje que lleva de Petty France al cementerio de Bishopsgate, y pasaba por una hilera de casas de caridad. La iglesia o parroquia de Bishopsgate tiene dos cementerios; uno es el que hay que atravesar para ir desde el lugar llamado Petty France hasta la calle de Bishopsgate, saliendo justo a la puerta de la iglesia: el otro está a un lado del estrecho pasaje, a la izquierda del cual se encuentran los hospicios; y a la derecha un muro

bajo sobre el que hay una empalizada, y las murallas de la ciudad del otro lado, más a la derecha.

Había en este estrecho pasaje un hombre, mirando a través de la empalizada hacia el camposanto; y tanta gente había cuanta la estrechez del pasaje permitía sin obstaculizar el paso de los demás; y el hombre les hablaba con suma vehemencia, mientras señalaba ya a un lugar, ya a otro, afirmando que había visto un espectro vagando sobre una de las lápidas del cementerio. Describía con tal exactitud su forma, postura y movimientos, que era para él la cosa más sorprendente del mundo que hubiera alguien incapaz de verlo tan bien como él. Súbitamente, gritaba: «Ahí está; ahora viene hacia aquí». Luego: «Ahora se aleja»; hasta que por fin persuadió a la gente con tan firme convicción, que uno dijo que lo veía, y otro más también lo dijo; y así, volvía todos los días, produciendo un extraño alboroto, ya que estaba en un pasaje tan estrecho, hasta que el reloj de Bishopsgate daba las once; entonces, el fantasma desaparecía repentinamente como si hubiera sido llamado por alguien.

Yo miré con detenimiento en todas direcciones y en el momento justo en que este hombre lo indicaba, pero no pude ver la más mínima señal de nada; pero era tan convincente este pobre desdichado que contagiaba sus alucinaciones a la gente, la cual se marchaba temblando aterrorizada. Hasta que finalmente muy pocos que conociesen el asunto se aventuraban a transitar por ese pasaje, y de noche casi nadie lo hacía por ningún motivo.

Según afirmaba el pobre diablo, este fantasma hacía señas en dirección a las casas, al suelo y a la gente, indicando de manera inconfundible, o al menos así lo creyeron, que gran cantidad de gente acabaría siendo enterrada en ese cementerio, cosa que por cierto sucedió; mas he de admitir que nunca creí que hubiera visto tales señales, ni pude ver nada por mí mismo, pese a que observé muy atentamente para poder verlo, si hubiera sido posible.

Todo esto contribuye a demostrar hasta qué punto la gente estaba poseída de irrealidades; y puesto que intuían la aproximación de la calamidad, todas sus predicciones versaban sobre una terrible plaga que devastaría toda la ciudad e incluso el reino entero, destruyendo a hombres y bestias en casi toda la nación.

Como ya dije antes, los astrólogos añadieron a todo esto historias acerca de conjunciones de planetas que presentaban un aspecto maligno y cuya influencia era adversa, conjunciones que habían de producirse en octubre la primera, lo cual sucedió, y en noviembre la otra; y llenaron la cabeza de las gentes con predicciones sobre estas señales del Cielo, afirmando que esas conjunciones auguraban sequía, hambre y pestilencia. En los dos primeros casos, sin embargo, erraron completamente, ya que no tuvimos sequía sino una fuerte helada a comienzos del año, helada que duró desde diciembre casi hasta marzo y fue seguida de tiempo bonancible, más bien templado que caluroso, con vientos refrescantes. En resumen,

un tiempo propio de la estación, con algunas lluvias muy intensas.

Se hicieron algunos intentos para suprimir la impresión de los libros que aterrorizaban al pueblo y de amedrentar a sus propagadores, algunos de los cuales fueron arrestados; mas no se consiguió gran cosa, ya que, según mis informes, el Gobierno no deseaba exasperar al pueblo, que ya estaba completamente fuera de su sano juicio.

Tampoco puedo exculpar a los clérigos que en sus sermones más bien hundían que levantaban los corazones de quienes les escuchaban. Indudablemente, muchos lo hicieron para reforzar el valor del pueblo y muy particularmente para incitarles al arrepentimiento, pero ello no convino ciertamente a su finalidad, por lo menos, no en la medida del daño que produjeron por otra parte; y dado que en verdad, como Dios mismo, a través de toda la Escritura, nos llama a Él invitándonos y exhortándonos para que nos acerquemos a Él y vivamos, y no arrastrándonos por el terror y el aturdimiento, he de confesar que pensé que sus ministros debían de hacer lo mismo imitando a nuestro santísimo Señor y Maestro en todo Su Evangelio que está pleno de declaraciones sobre la misericordia divina y su buena voluntad para acoger a los penitentes y perdonarles, lamentándose: «Quien venga hacia Mí podrá tener vida», y que por ello Su Evangelio es llamado el Evangelio de la Paz y el Evangelio de la Gracia.

Aun así teníamos algunos hombres buenos, y éstos eran de todas las creencias y opiniones, cuyas palabras estaban impregnadas de terror y que no predecían más que cosas funestas; y cuando habían infundido en el pueblo una especie de pánico, lo despedían deshecho en llanto, profetizando nuevos acontecimientos demoníacos y aterrorizando al pueblo con la aprensión de ser enteramente destruido, sin orientarle, por lo menos lo suficiente como para que clamase al Cielo pidiendo clemencia.

Era realmente tiempo de muy lamentables disensiones entre nosotros en materia de religión. Reinaban entre el pueblo innumerables sectas, divisiones y opiniones segregadas. Bien es cierto que la Iglesia de Inglaterra había sido restaurada junto con la monarquía, unos cuatro años antes; mas los ministros y predicadores de los presbiterianos y los independientes, y los de todas las demás confesiones, habían principiado a congregar sociedades separadas y a erigir un altar contra otro; y todos celebraban por separado sus reuniones de culto al igual que ahora, mas no eran tan numerosas entonces, ya que los disidentes no estaban enteramente constituidos en un cuerpo, cosa que han hecho desde entonces; y todavía eran pocas las congregaciones así reunidas. E incluso las que existían no estaban permitidas por el Gobierno, que trataba de suprimirlas y de terminar con sus reuniones.

Pero la calamidad los reconcilió a todos nuevamente, al menos durante un tiempo, y se consintió en que muchos de los mejores y más apreciados pastores y predicadores de los disidentes fuesen a las iglesias donde habían huido los

beneficiados, pues fueron muchos los que no pudieron resistir; y el pueblo afluía sin distinción alguna para escuchar sus sermones, sin preguntarse quiénes eran ni cuáles eran sus creencias. Pero cuando la enfermedad hubo pasado, desapareció ese espíritu de caridad y las cosas volvieron nuevamente a su cauce antiguo, cuando cada iglesia volvió a contar con sus propios sacerdotes, o con otros nuevos, si los anteriores habían muerto.

Todo mal engendra otros males. Estos terrores y aprensiones de la gente la llevaron a cometer miles de actos de debilidad, locuras y perversiones para las que necesitaban no una, sino varias clases de individuos malvados y pícaros que les alentasen, desde adivinos y bellacos, hasta astrólogos que les hicieran conocer su destino o, como se dice vulgarmente, que les dijeran la buenaventura, calcularan sus horóscopos y otras hierbas; y tales desatinos hacían que en la ciudad pululara un enjambre de pretendidos hechiceros y nigromantes, practicantes de la magia negra, que es como la llamaban, y no sé cuántas otras cosas; aún más, hacían pactos con el demonio, mil veces peores que sus verdaderos pecados. Y esta actividad se propagó tan abiertamente, y era practicada de manera tan general, que era corriente ver tablillas e inscripciones colocadas sobre las puertas en las que se leía: «Aquí vive un adivino», «Aquí vive un astrólogo», «Aquí puede usted hacer calcular su horóscopo», y otras análogas; y en casi todas las calles podía verse la cabeza bronceada de fray Bacon,^[3] signo usual en las casas de tales individuos, así como el signo de la Madre Shipton,^[4] la cabeza de Merlín, etcétera.

Realmente no sé si con tales apaños estos ciegos, ridículos y absurdos oráculos del diablo agradaban y satisfacían al pueblo, pero lo cierto es que diariamente se aglomeraban multitudes ante sus puertas. Y si llegaban a ver por la calle a algún individuo serio y solemne, embutido en chaqueta de terciopelo, con faja y capote negro, que era la vestimenta que estos charlatanes llevaban generalmente, lo seguían en masa preguntándole cosas.

No necesito decir hasta qué punto esto era, o tendía a ser, un horrible engaño; mas la cosa no tuvo remedio hasta que la misma peste puso fin a todo —y supongo que incluso limpió la ciudad de la mayoría de estos calculadores—. Una de las desgracias era, que cuando las pobres gentes preguntaban a estos falsos astrólogos si habría o no peste, todos ellos contestaban siempre afirmativamente, puesto que eso daba vida a su comercio.

Y si no hubieran mantenido ese miedo latente en la gente, los hechiceros habrían sido innecesarios y su poder habría terminado. Pero siempre les hablaban de tales y cuales influencias de las estrellas y de tales o cuales conjunciones planetarias, lo que necesariamente originaría perturbaciones y enfermedades y, como consecuencia, la peste. Y algunos hasta tenían la audacia de decirles que la peste ya había comenzado, lo cual era muy cierto, si bien los que decían eso nada sabían del asunto.

Para hacerles justicia, es menester decir que los sacerdotes y predicadores de toda índole, que eran personas serias e inteligentes, tronaban contra éstas y otras prácticas hechiceras y ponían de manifiesto la insensatez y la perversidad de todas ellas; y las personas más serenas y juiciosas las despreciaban y aborrecían. Mas era imposible convencer a la gente mediocre y a los obreros pobres. Sus temores predominaban sobre todas sus demás pasiones y despilfarraban locamente su dinero en tales desvaríos. Los principales clientes eran las criadas, y tras la primera pregunta, «¿Habrá una plaga?», la siguiente era: «¡Oh, señor!, por el amor de Dios, ¿qué será de mí? ¿Seguirá conmigo mi ama, o me despedirá? ¿Se quedará aquí o se marchará a la campiña? ¿Y si se marcha al campo, me llevará consigo o me abandonará aquí para que perezca de hambre y de miseria?». Y los criados lo mismo.

La verdad era que el caso de los pobres criados era muy de lamentar, como tendré ocasión de mencionar otra vez más adelante, puesto que, evidentemente muchos de ellos iban a ser despedidos, como en efecto ocurrió. Y muchos de entre ellos perecieron, especialmente aquéllos a quienes los falsos profetas habían halagado con esperanzas de que quedarían en servicio y de que serían llevados al campo con sus señores; y si la caridad pública no hubiera asistido a esas desdichadas criaturas, cuyo número era elevadísimo, como ha de serlo en casos de esta naturaleza, habrían sido los que en peor situación se habrían encontrado en toda la ciudad.

Tales cosas agitaron el espíritu de la gente común durante muchos meses, mientras estaban poseídos por las primeras aprensiones y en tanto la peste no había brotado todavía. Pero tampoco debo olvidar que el sector más formal de los habitantes se comportó de otra manera. El Gobierno estimulaba la devoción de la gente y prescribía las plegarias públicas y los días de abstinencia y de humillación, para hacer confesión pública de los pecados e implorar la clemencia de Dios a fin de conjurar el espantoso castigo que se cernía sobre sus cabezas; y fue indescriptible la presteza con que las gentes de todas las confesiones aprovecharon la ocasión y se precipitaron a las iglesias y reuniones; y estaban todos tan apiñados que muchas veces no había forma de acercarse, ni siquiera hasta las mismas puertas de las iglesias más amplias. En muchas iglesias también se había anunciado la celebración de plegarias matutinas y vespertinas; y días de oraciones privadas en otros lugares. A todos estos sitios acudía la gente con una devoción poco frecuente. Muchas familias particulares, de una u otra opinión, también guardaban ayunos familiares en los que sólo admitían a sus parientes cercanos. Así pues, en una palabra, los hombres verdaderamente serios y religiosos se consagraron de modo realmente cristiano al arrepentimiento y a la humillación, como es deber de todo pueblo cristiano.

Una vez más, la población demostró que sobrellevaría su parte en este asunto; la Corte misma, que en aquel entonces era alegre y lujosa, asumió una bien fundada preocupación por el peligro público. Se prohibió la representación de todas las

comedias y entremeses que se habían montado a la manera imperante en la Corte francesa y que comenzaban a multiplicarse entre nosotros. Se cerraron y suprimieron las mesas de juego, salas de baile públicas y salones de música, que eran cada vez más numerosos, y que comenzaban a corromper las costumbres del pueblo. Y los bufones, payasos, funciones de títeres, volatineros y atracciones similares que embujaban a la pobre gente común, hubieron de cerrar sus ferias al no prosperar sus negocios. Pues las mentes de las gentes estaban agitadas por otras cosas, y una especie de tristeza y calmo horror ante ellas se reflejaba en los semblantes de todos, hasta en los del pueblo llano. La muerte flotaba ante sus ojos y cada uno pensaba en su propia tumba y no en diversiones ni regocijos.

Pero incluso estas saludables reflexiones —que, bien encaminadas, habrían llevado afortunadamente al pueblo a postrarse de hinojos, a confesar sus pecados y a pedir perdón a su misericordioso Salvador, implorando Su compasión de semejante desgracia, por lo que hubiéramos podido ser como una segunda Nínive— surtieron un efecto totalmente opuesto en el vulgo, el cual, con un pensamiento tan ignorante y estúpido como brutalmente malvado e irreflexivo había sido anteriormente, era arrastrado por el miedo a los mayores desatinos; y como acudían a hechiceros y brujos, y toda suerte de embaucadores, para saber qué sería de ellos (personajes que alimentaban sus temores y les mantenían constantemente alarmados y desvelados a fin de engañarles y de aligerar sus bolsillos), estaban como enloquecidos en su correr tras los curanderos y charlatanes y viejas ensalmonadoras en busca de medicinas y remedios, atiborrándose de tal cantidad de píldoras, pócimas y preservativos, que era como se llamaban, que no sólo gastaban su dinero sino que se envenenaban a sí mismos de antemano, por miedo al veneno de la peste; y así, preparaban sus cuerpos para la plaga en lugar de preservarlos frente a ésta. Por otra parte, resulta increíble y difícil de imaginar la manera en que los pilares de las casas y las esquinas de las calles estaban recubiertos de carteles de doctores y letreros de ignorantes individuos, sortílegos y entremetidos medicastros, que invitaban a la gente a acudir a ellos en busca de remedios, anuncios embellecidos con perlas como éstas: «Infalibles píldoras preventivas contra la plaga», «Preservativos seguros contra el contagio», «Eficacísimos cordiales contra la corrupción del aire», «Prescripciones exactas para guía del cuerpo en caso de contagio», «Píldoras anti peste», «Incomparable elixir contra la plaga, nunca antes descubierto», «Un remedio universal contra la plaga», «La única agua de peste verdadera», «El antídoto regio contra todo tipo de contagio»; y tantos más, que no puedo enumerarlos; y si pudiera hacerlo, su relación llenaría por sí sola un libro.

Otros fijaron carteles para llamar a la gente a sus casas con el fin de darles consejos y orientaciones para casos de contagio. Estos letreros también tenían inscripciones especiales, tales como:

«Un eminente médico mayor holandés, venido recientemente de Holanda, donde residió durante todo el tiempo que duró la gran peste del año pasado en Ámsterdam, y que curó a multitud de personas que ya estaban apestadas».

«Una dama italiana recién llegada de Nápoles, poseedora de un escogido secreto para evitar el contagio, descubierto por ella gracias a su gran experiencia, y que realizó allí curas milagrosas durante la última plaga, en la que morían veinte mil personas en un solo día».

«Una anciana dama que ha profesado con gran éxito durante la última plaga de esta ciudad, año 1636, da sus consejos únicamente al sexo femenino. Hablar con...».

«Un experimentado médico que ha estudiado largamente la teoría de los antídotos contra todas las clases de venenos e infecciones existentes, ha adquirido, después de cuarenta años de ejercicio, una habilidad mediante la cual puede, con la bendición de Dios, orientar a las personas sobre la manera en que han de evitar ser alcanzados por cualquier enfermedad contagiosa. Orienta gratis a los pobres».

Señalo estas proclamas en calidad de ejemplos. Podría dar dos o tres docenas del mismo estilo y dejar, no obstante, aún muchísimas en el tintero, mas con éstas es suficiente para juzgar el carácter de aquellos tiempos y ver cómo una caterva de estafadores y ladrones no sólo robaban y timaban a la gente su dinero, sino que envenenaban sus cuerpos con repugnantes y mortíferos preparados, algunos a base de mercurio y otros de cosas diferentes igualmente dañinas, completamente ajenas al fin que pretendían y más perjudiciales que útiles para el organismo en caso de que sobreviniese el contagio.

No puedo omitir relatar la marrullería de uno de esos charlatanes, con la que engañaba a la gente pobre para que acudiese a él, aunque no hacía nada por ellos sin recibir dinero. Al parecer, había añadido a sus carteles, que repartía por las calles, esta nota escrita en mayúsculas: «ACONSEJA A LOS POBRES SIN PEDIR NADA».

En consecuencia, muchos pobres acudieron a él, a los que soltaba admirables discursos; examinaba su estado de salud y la condición física de sus cuerpos y les decía muchas cosas buenas que habían de hacer, las cuales no eran de gran importancia. Pero el resultado final de todo ello era que él tenía un preparado y que, si tomaban todas las mañanas cierta cantidad del mismo, él juraba por su vida que nunca contraerían la peste; ni aunque vivieran en su misma casa con personas contagiadas. Esto hacía que todos quisieran tenerlo; mas entonces, el precio del preparado era demasiado alto, creo que valía media corona. «Pero, señor», dice una pobre mujer, «soy una pobre pordiosera mantenida por la parroquia, y vuestros carteles dicen que dais ayuda a los pobres por nada». «Ay, buena mujer», dice el doctor, «eso hago, tal y como lo anuncio. Doy mis consejos gratis a los pobres, mas no mi medicamento». «Ay, señor», dice ella, «entonces eso es una trampa tendida a

los pobres; pues les dais consejo por nada, es decir que les aconsejáis gratis que compren vuestro remedio con su dinero; lo mismo hace cualquier tendero con sus géneros». Y aquí la mujer comenzó a proferir palabrotas, y se quedó todo aquel día a la puerta de ese hombre, contando su historia a cuantos vinieron, hasta que el doctor, viendo que ella ahuyentaba a sus clientes, se vio obligado a llamarla otra vez al piso alto y darle su caja de medicina a cambio de nada, lo que quizá tampoco le sirvió de remedio una vez que la tuvo.

Pero vuelvo a referirme al pueblo, cuya enajenación le hacía apto para ser engañado por toda suerte de hipócritas y por cualquier charlatán. No existe ninguna duda de que estos curanderos obtenían grandes ganancias de la desgraciada gente, ya que veíamos que cada día eran mayores las muchedumbres que corrían tras ellos, y se apiñaban ante sus puertas mucho más que ante las del doctor Brooks, doctor Upton, doctor Hodges, doctor Berwick o cualquier otro, si bien eran éstos los hombres más famosos de aquel tiempo. Y se me dijo que algunos de ellos obtuvieron hasta cinco libras diarias por su remedio.

Pero había aún otra locura más tras todo esto, cuyo relato puede servir para dar una idea del ánimo perturbado de las pobres gentes en esa época, y que era hacer caso de una clase de timadores incluso peores que los anteriores; pues estos mezquinos ladrones sólo los engañaban para aligerar sus bolsillos, en lo que la maldad, o lo que fuese, estaba principalmente del lado de los embaucadores y no de los embaucados. Mas en la parte que voy a mencionar, recaía fundamentalmente en la gente engañada, o en ambas partes por igual; y ello consistía en usar encantamientos, filtros, exorcismos, amuletos y no sé cuantos preparados, a fin de fortificar con ellos el cuerpo contra la peste, como si la peste no fuera obra de Dios, sino una especie de posesión de un espíritu maligno que había que mantener a distancia mediante cruces, signos del zodiaco, papelitos atados con equis nudos sobre los que se habían escrito ciertas palabras y dibujado figuras, especialmente la palabra Abracadabra, en forma de triángulo o pirámide, así:

ABRACADABRA
ABRACADABR
ABRACADAB
ABRACADA
ABRACAD
ABRACA
ABRAC
ABRA
ABR
AB

A

Otros llevaban el signo de los jesuitas en forma de cruz:

I H
S

Otros solo este signo:



Podría dedicar una gran cantidad de tiempo a hablar contra el desatino e incluso la maldad de semejantes prácticas en tiempo de tan grave peligro y en una cuestión de tan graves consecuencias como esta de una epidemia nacional. Pero mis memorandos sobre estas cosas se circunscriben más a indicar sólo el hecho y a mencionar que fue así como se produjo. A medida que avancemos en el relato, hablaremos de la ineficacia de estas cosas y de cómo muchos pobres diablos fueron luego llevados, transportados por los carros fúnebres y echados en las fosas comunes de todas las parroquias con estos infernales amuletos y cachivaches colgados del cuello.

Todo eso era efecto de la precipitación del pueblo, ocurrida una vez que se divulgó la noticia de que la peste estaba en puertas, lo que puede decirse que sucedió desde la sanmiguelada de 1664, pero particularmente tras la muerte de los dos hombres en St. Giles a principios de diciembre; y nuevamente, después de la alarma de febrero. Porque cuando la peste ya se esparcía notoriamente, pronto comenzaron a darse cuenta de que era una tontería confiar en esos vagos que les habían timado su dinero; y luego, sus temores los encaminaron en otra dirección, o sea, hacia la perplejidad y la estupidez, sin saber qué camino tomar ni qué hacer para auxiliarse o consolarse. No hacían más que corretear de un vecino a otro, e incluso por las calles, de una puerta a otra, gritando reiteradamente: «¡Señor, ten piedad de nosotros! ¿Qué hemos de hacer?».

Ciertamente, la pobre gente era digna de compasión por una cosa especial en la que tenía poco o ningún consuelo, lo que deseo mencionar con respeto y reflexión seria, y que quizá no sea del agrado de todos los que lo lean; y es, que la muerte no solamente comenzaba a cernirse sobre las cabezas de todos, sino que acechaba dentro de sus casas y sus habitaciones y los encaraba por todas partes. Si bien había posiblemente algo de estupidez y de ofuscamiento mental (efectivamente así era en muchos casos), había, no obstante, en otros una buena dosis de justificada inquietud incrustada en lo más recóndito del alma, si se me permite la expresión. Muchas

conciencias despertaron; muchos corazones de piedra se fundieron en llanto; vieron la luz muchas confesiones penitentes de crímenes callados durante largo tiempo. El corazón de cualquier cristiano se habría partido al escuchar los gemidos de tantos desesperados moribundos a los que nadie osaba acercarse a confortar. Muchos latrocinios y asesinatos eran entonces confesados en voz alta, mas ningún sobreviviente tomó nota de esas cuentas. Podía escucharse a la gente, incluso al pasar por las calles, implorando a Dios clemencia por mediación de Jesucristo, diciendo: «He sido un ladrón, he sido un adúltero, he sido un asesino», y cosas similares; pero nadie se atrevía a detenerse para hacer la menor pregunta sobre tales cosas o para confortar a las desdichadas criaturas que proferían esos gritos en medio del tormento de sus almas y sus cuerpos. Algunos de los sacerdotes visitaron al principio a los enfermos, durante poco tiempo, aunque era algo que no se debía hacer. Entrar en ciertas casas hubiera equivalido a la muerte. Algunas veces hasta los mismos enterradores, que eran los hombres más endurecidos de la ciudad, sentían tal repulsión y se aterrorizaban de tal manera que no osaban entrar en casas en las que habían perecido juntas familias enteras y donde los detalles eran particularmente horribles, como sucedió en algunas moradas. Pero esto no fue más que durante la primera oleada de la enfermedad.

El tiempo los acostumbró a todo y más tarde se aventuraban donde fuese sin hesitación alguna, como tendré ocasión de mencionar extensamente a continuación.

Ya iniciada la epidemia, las autoridades empezaron a considerar seriamente la situación del pueblo. Cuanto hicieron respecto a la regulación de la población y de las familias contagiadas se desprenderá de mi relato; pero en lo que concierne a la salud pública, he de mencionar aquí que, en vista del ánimo enloquecido del pueblo, que corría tras curanderos y charlatanes, hechiceros y adivinos, cosa que como dije, hicieron hasta llegar a la demencia, el corregidor, gentilhombre muy cuerdo y creyente, apercibió a médicos y cirujanos para que aliviasen a los pobres —me refiero a los enfermos pobres— y, en particular, ordenó al Colegio de Médicos que publicase consejos sobre remedios baratos para los pobres, en cada circunstancia de la enfermedad. Eso fue, ciertamente, una de las cosas más juiciosas y caritativas que podían haberse hecho, ya que apartó al pueblo de su costumbre de rondar a las puertas de todo aquel que se anunciase y de ingerir ciegamente y sin reparo venenos en lugar de remedios, muerte en lugar de vida.

Estos consejos de los médicos fueron preparados consultando a todo el Colegio; y como se habían pensado especialmente para uso de los pobres y para medicinas baratas, se hicieron públicos de manera que todos pudiesen verlos; y se dieron gratuitamente copias a todo el que las pidiese. Pero como esto es del dominio público y puede verse en todas las ocasiones, no aburriré al lector con ello.

Que no se me reproche haber menoscabado la autoridad o la competencia de los

médicos si digo que la violencia de la enfermedad, cuando llegó a su punto culminante, fue como el fuego del año siguiente. El incendio, que consumió cuanto la plaga había dejado, desafió todas las medidas aplicadas; las máquinas contra incendios se rompieron, los cubos se malgastaron y el poder del hombre fue barrido y aniquilado. De igual modo, la peste desafió todo remedio; hasta los mismos médicos fueron contaminados, con sus preservativos en la boca; y había hombres que iban por todas partes prescribiendo a los demás lo que habían de hacer, hasta que aparecían sobre ellos los síntomas y caían muertos, destruidos por el mismo enemigo contra el que aconsejaban a otros. Éste fue el caso de varios médicos, incluso algunos de los más eminentes, así como el de varios de los más experimentados cirujanos. También murieron muchos charlatanes que cometieron la locura de confiar en sus propias medicinas, de las que deberían haber sabido que no servían para nada; que más les hubiera valido huir, como hicieron otros ladrones, conscientes de sus culpas, ante una justicia que no podían menos que esperar que les castigara tal y como sabían que se merecían.

No se incurre en detracción alguna del trabajo o de la dedicación de los médicos al decir que también ellos sufrieron la calamidad común, ni es ésa mi intención; es más bien digno de elogio el que hayan arriesgado sus vidas hasta el punto de llegar a perderlas al servicio de la humanidad. Se esforzaron por hacer el bien y por salvar las vidas de los demás. Pero no se podía esperar que los médicos detuvieran el juicio de Dios ni evitaran que una calamidad procedente del Cielo cumpliera el mandato con el que había sido enviada.

Indudablemente, los médicos contribuyeron con su experiencia, su prudencia y sus recetas a que muchos salvaran sus vidas y recuperasen la salud. Pero no merma su reputación o su capacidad el decir que no pudieron curar a aquellos que presentaban sobre sus cuerpos las señales de la enfermedad, ni a los que ya estaban moralmente infectados antes de que se hubiese enviado a buscarlos, lo que frecuentemente era el caso.

Queda por mencionar cuáles fueron las medidas públicas tomadas por los magistrados para la seguridad general y para evitar la propagación de la enfermedad, cuando ésta se declaró por primera vez. Tendré más adelante muchas ocasiones para hablar de la prudencia y caridad de los magistrados y de su desvelo por los pobres y por mantener el orden, y la provisión de víveres y demás, una vez que la plaga hubo arreciado. Mas aquí me refiero a las ordenanzas y disposiciones que se publicaron para gobierno de las familias contagiadas.

He mencionado la orden del cierre de las casas, y creo necesario agregar algo particular, pues esta parte de la historia de la peste es muy triste; y porque también es menester contar su parte más atroz.

Fue alrededor del mes de junio cuando el corregidor de Londres y el concejo de

regidores empezaron a preocuparse más especialmente por la ordenación de la ciudad.

Los jueces de paz de Middlesex, por orden del secretario de Estado, habían comenzado a cerrar casas y viviendas en las parroquias de St. Giles-in-the-Fields, St. Martin, St. Clement Danes, etc., con excelentes resultados; ya que en varias calles en las que había estallado la peste, la epidemia cesó cuando se vigilaron estrictamente las susodichas casas infectadas y se puso especial cuidado en enterrar a los muertos tan pronto como se tenía conocimiento de su deceso. También se observó que la epidemia remitía antes en dichas parroquias, después de haberlas castigado al máximo, que en las parroquias de Bishopsgate, Shoreditch, Aldgate, Whitechapel, Stepney y otras, pues la prontitud que pusieron en actuar de dicha manera fue un medio muy eficaz para poner un freno a la misma.

Este cierre de las casas fue una medida tomada por primera vez, según creo recordar, en la plaga que se produjo en 1603, cuando subió al trono el Rey Jacobo Primero, y la potestad de encerrar a la gente en sus propias casas fue concedida por ley del Parlamento intitulada *Una Ley para la benéfica ayuda y Disposición de las Personas infectadas por la Peste*, ley del Parlamento sobre la que basaron el corregidor y los regidores de la villa la orden que promulgaron en esta oportunidad, y que entró en vigor el primero de julio de 1665, cuando aún eran pocos los contagiados dentro de la ciudad, ya que la última lista de las noventa y dos parroquias indicaba sólo cuatro; y habiéndose cerrado algunas casas en la ciudad y llevado algunas personas al lazareto situado más allá de Bunhill Fields, camino de Islington; gracias a tales medidas, como digo, la cantidad de muertos en la ciudad era sólo de veintiocho, cuando morían en total cerca de mil por semana; y la ciudad se mantuvo proporcionalmente más saludable que cualquier otro lugar durante todo el tiempo que duró la epidemia.

Dichas disposiciones del corregidor se publicaron, como dije, a finales de junio y se aplicaron a partir del primero de julio. Fueron las siguientes:

DISPOSICIONES CONCEBIDAS Y PUBLICADAS POR EL CORREGIDOR Y REGIDORES DE LA VILLA DE LONDRES REFERENTES A LA EPIDEMIA DE PESTE, 1665.

Por cuanto durante el reinado de nuestro último soberano el rey Jacobo, de feliz memoria, se creó una ley para la benéfica ayuda y disposición de las personas infectadas por la peste, por la que se autorizaba a los jueces de paz, alcaldes, alguaciles y otros funcionarios a convocar dentro de sus respectivos límites a los examinados, inspectores, vigilantes, cuidadores y enterradores necesarios para las personas y lugares infectados, y a tomarles juramento para el ejercicio de sus funciones; y el mismo estatuto autorizaba también a darles otras instrucciones, a

medida que fuese conveniente, según la necesidad del momento. Es ahora cuando, tras una especial consideración, se estima muy oportuno al objeto de prevenir y evitar la contaminación de la enfermedad (si así place a Dios Todopoderoso), convocar a los funcionarios siguientes y hacer observar debidamente las órdenes que se indican a continuación:

Examinadores a ser convocados en cada Parroquia

Primeramente, se estima necesario y se ordena que en cada parroquia haya una, dos o más personas de buena clase y reputación, elegidas y convocadas por el regidor, su diputado, y el cabildo de cada distrito, que sean nombradas examinadores, para continuar en el ejercicio de tal función durante un tiempo de dos meses como mínimo. Y si cualquier persona apta así convocada rehusase comprometerse a ello, dichas partes que así se negasen sería puesta en prisión hasta que se someta en conformidad con lo presente.

Función del Examinador

Que dichos examinadores sean juramentados por el regidor para que averigüen de tiempo en tiempo cuáles son las casas de cada parroquia que han sido infectadas, y cuáles las personas que están enfermas y de qué enfermedades, tan fielmente como puedan informarse; y ante la duda, ordenen la restricción de acceso hasta que se evidencie la enfermedad. Y si encontraren a cualquier persona enferma de la infección, den orden al alguacil para que la casa sea cerrada; y si vieren que el alguacil era remiso o negligente, den conocimiento de ello al regidor del distrito.

Vigilantes

Que se designen para cada casa infectada dos vigilantes, uno para el día y otro para la noche; y que estos vigilantes tengan especial cuidado de que persona alguna entre o salga de tales casas infectadas a cuyo cargo están, so pena de sufrir severo castigo. Y que dichos vigilantes cumplan todas las funciones adicionales que la casa infectada necesite y requiera; y si el vigilante es enviado a cualquier recado, que cierre la casa y lleve consigo la llave; y que el vigilante diurno preste servicio hasta las diez en punto de la noche; y el vigilante nocturno, hasta las seis de la mañana.

Investigadores

Que se ponga especial cuidado en designar mujeres investigadoras en cada parroquia, que sean de reputación honrada, y de la mejor clase que pueda encontrarse a este propósito; y que se jure a las mismas para que hagan la debida investigación e informen al máximo de su conocimiento sobre si las personas cuyos cuerpos se les ordena investigar han muerto a causa de la infección o bien a causa de otras

enfermedades, tan exactamente como puedan hacerlo. Y que los médicos que han de ser designados para la cura y prevención de la infección llamen ante sí a dichas investigadoras que hayan sido, o estén por ser, designadas para las distintas parroquias bajo su respectivo cuidado, a fin de que se cercioren verazmente de si están adecuadamente cualificadas para este empleo, e instruir las de tiempo en tiempo cuando vean razón para ello, si se mostraren deficientes en el cumplimiento de sus obligaciones.

Que durante esta época de epidemia no se permita a ninguna investigadora ejercer empleo o trabajo público alguno, ni atender ningún comercio o puesto, ni estar empleada como lavandera, ni tener ningún otro empleo habitual de la índole que fuere.

Cirujanos

Para una mejor asistencia a las investigadoras, por cuanto hasta ahora ha habido gran engaño en informar falsamente acerca de la enfermedad, lo que ha sido motivo de mayor propagación de la infección, se ordena en consecuencia que se elijan y designen cirujanos aptos y discretos, además de los que ya pertenecen al lazareto, entre los cuales se distribuirá la villa y suburbios según estén más convenientemente ubicados los lugares; y que cada uno de ellos tenga una demarcación propia; y que dichos cirujanos, en cada demarcación, se unan a las investigadoras para el examen del cuerpo, a fin de que pueda haber un informe veraz sobre la enfermedad.

Y además, que dichos cirujanos visiten y busquen a las personas, tanto a las que les hacen llamar, como a las que son nombradas o les son enviadas por los examinadores de cada parroquia, y se informen acerca de las enfermedades de las mismas.

Y puesto que dichos cirujanos han de ser apartados de toda otra tarea de curación y dedicados exclusivamente a esta enfermedad de la peste, se ordena que cada uno de dichos cirujanos perciba doce peniques por cada cuerpo examinado, dinero a ser pagado con los bienes de la parte examinada, de ser posible, o en caso contrario, por la parroquia.

Enfermeras-cuidadoras

En caso de que cualquier enfermera-cuidadora abandone cualquier casa infectada antes de haber transcurrido veintiocho días después del deceso de una persona muerta de peste, la casa a la que dicha enfermera se traslade ha de ser cerrada hasta que hayan pasado dichos veintiocho días.

DISPOSICIONES REFERENTES A LAS CASAS INFECTADAS Y A LAS PERSONAS ENFERMAS DE PESTE:

Notificación que ha de hacerse de la enfermedad

El amo de toda casa, tan pronto como cualquier habitante de la misma se queje, ya sea de pústulas o púrpuras, o de hinchazón en cualquier parte del cuerpo, o caiga enferma peligrosamente sin presentar síntomas evidentes de otra enfermedad, ha de notificarlo al examinador sanitario dentro de las dos horas siguientes a la aparición de dicha señal.

Secuestro del enfermo

Tan pronto como dicho examinador, cirujano o investigador determine que una persona cualquiera está enferma de peste, dicha persona ha de ser secuestrada esa misma noche en la misma casa; y en caso de ser secuestrada, aunque luego no muera, la casa en la que ha enfermado deberá permanecer cerrada durante un mes, una vez que los demás hayan usado los medios preservativos de rigor.

Oreo de los géneros

Durante el secuestro de los efectos y géneros del contagio, los colchones, ropa de cama y cortinajes de las habitaciones han de ser bien oreados con lumbre y los perfumes que sean necesarios dentro de la casa infectada, antes de ser vueltos a usar nuevamente. Esto ha de realizarse en presencia de un examinador.

Cierre de la casa

Si cualquier persona hubiere visitado a cualquier hombre del que se sabe que está contagiado de la peste, o hubiere entrado voluntariamente en cualquier casa que se tenga por infectada, no estando autorizado, la casa en que habite ha de ser cerrada durante algunos días por instrucción del examinador.

Nadie ha de mudarse de las casas infectadas, pero, etc.

Ítem, que nadie sea trasladado de la casa en que ha caído enfermo de la infección a ninguna otra casa de la ciudad (excepto si fuese al lazareto o un toldo, o a alguna casa que el propietario de dicha casa infectada posea y que esté ocupada por sus propios criados); y a efectos de dar seguridad a la parroquia a la que se efectúa el tal traslado, que la atención y el cuidado anejos a dichas personas enfermas sean observados y respetados según todos los puntos arriba mencionados, sin cargo alguno para la parroquia a la que se realice tal traslado; y que dicho traslado se ha de efectuar, sin ninguna excepción, de noche. Y será asimismo lícito para cualquier persona que posea dos casas el trasladar, ya sea a sus gentes sanas, ya sea a las enfermas, a su casa sobrante, a su absoluta elección, de modo que, si ha enviado primero a los sanos no enviará luego allí a los enfermos, ni tampoco volverá otra vez a unir a los sanos con

los enfermos; y que los sanos que hubiere enviado sean encerrados y apartados de toda compañía durante por lo menos una semana, por temor de la presencia de una infección que no se hubiera manifestado al principio.

Entierro de los muertos

Que la inhumación de los muertos por esta epidemia sea realizada a las horas más convenientes, siempre antes de la salida del sol o después de la puesta del sol, con privanza de los guardianes de la parroquia o alguacil, y de ninguna otra manera; y que no se tolere bajo ningún concepto que vecinos ni amigos acompañen el cadáver a la iglesia o entren en la casa contaminada, bajo pena de cierre de su casa o de encarcelamiento.

Y que ningún cadáver apestado se entierre ni quede expuesto en ninguna iglesia en horas de plegaria, sermón o lectura. Y que no se tolere que ningún niño, durante la inhumación de ningún cuerpo en ninguna iglesia, cementerio parroquial o camposanto, se acerque al cadáver, féretro o tumba. Y que todas las sepulturas tengan seis pies de profundidad como mínimo.^[5]

Y además, dejarán de celebrarse congregaciones públicas en otros entierros mientras dure la epidemia.

No se pondrán en circulación géneros infectados

Que no se permitirá sacar o transportar fuera de ninguna casa infectada vestidos, géneros, colchones o prendas, y que las actividades de los pregoneros y vendedores ambulantes de colchones y ropa de cama usados para vender o empeñar, sean prohibidas y reprimidas por completo, y que tampoco se permita que los comerciantes de colchones y ropas usadas hagan ninguna exposición exterior ni que cuelguen de sus puestos, o de los tableros de sus tiendas, o ventanas, hacia ninguna calle, vereda, camino público o pasaje, colchones o ropa de cama usados, puestos a la venta, so pena de cárcel. Y si cualquier comerciante u otra persona comprare ropa de cama u otros géneros de cualquier casa infectada antes de pasados dos meses después de que la enfermedad haya estado allí, su casa sea cerrada como si estuviese infectada, y permanecerá cerrada durante veinte días como mínimo.

Ninguna persona ha de ser sacada de ninguna casa infectada

Si alguna persona apestada consiguiera, por causa de la negligencia de la vigilancia o por cualquier otro medio, ir, o ser llevada desde un lugar infectado hasta cualquier otro sitio, la parroquia de la que dicha persona hubiera venido o sido traída, al recibir notificación del hecho, tomará a su cargo el ordenar que dicha parte así contagiada y escapada sea transportada de vuelta durante la noche, y las partes transgresoras serán castigadas por orden del regidor del distrito; y la casa del receptor de dicha persona

contaminada será cerrada durante veinte días.

Toda casa contaminada ha de ser señalada

Que toda casa contaminada sea señalada con una cruz roja que medirá un pie de largo, trazada en el centro de la puerta, fácil de ver, y con estas palabras impresas: Señor, ten piedad de nosotros, a ser escritas justo encima de dicha cruz, señales que han de permanecer allí hasta la apertura legal de dicha casa.

Toda casa contaminada ha de ser vigilada

Que los alguaciles observen toda casa cerrada y la provean de vigilantes, que mantendrán dentro a los habitantes y les suministrarán las cosas imprescindibles, a sus propias expensas si poseen medios, o a expensas públicas si no los poseen; el cierre ha de mantenerse por espacio de cuatro semanas después de que todos hayan sanado.

Que se cumpla estrictamente la orden de que los investigadores, cirujanos, cuidadores y sepultureros no transiten por las calles sin llevar abiertamente una vara o bastón rojo de tres pies de longitud en sus manos, fácilmente visible; y que no entren en casa alguna que no sea la suya propia o aquella a la que hubieran sido comisionados o desde donde les hubieran llamado; y que se abstengan de tener compañía, especialmente si han sido empleados últimamente en tales asuntos o servicios.

Inquilinos

Que en donde hubiere varios inquilinos que habitaran en una misma casa, y se diere el caso de que cualquier persona de dicha casa estuviera contagiada, ninguna otra persona o familia de dicha casa podrá trasladar a la persona enferma ni a sí mismos sin un certificado de los examinadores sanitarios de esa parroquia; y en caso de omisión del susodicho permiso, la casa a la que la citada persona o personas se hubieren trasladado será cerrada como si se tratase de un caso de contaminación.

Coches de alquiler

Que se cuidará de que no se permita a los cocheros de alquiler (como se ha observado hacer a algunos, después de haber transportado a personas contagiadas al lazareto y a otros lugares), volver al servicio público hasta que sus coches hayan sido bien oreados y hayan permanecido fuera de uso durante un tiempo de cinco o seis días pasado dicho servicio.

DISPOSICIONES PARA LA LIMPIEZA Y CUIDADO DE LAS CALLES:

Las calles han de conservarse limpias

Primeramente, se estima necesario y se ordena que cada casero se ocupe de que la calle sea arreglada todos los días delante de su puerta, debiendo mantenerse barrida durante toda la semana.

Los recogedores han de sacar los desperdicios de las casas

Que las barreduras e inmundicias sean sacadas de las casas diariamente por los recogedores; y que el recogedor dé aviso de su llegada mediante un toque de cuerno, tal y como se ha hecho hasta ahora.

Los muladares han de ser alejados de la ciudad

Que los muladares sean trasladados lo más lejos posible de la ciudad y de las vías públicas, y que no se permita a ningún recogedor ni a ninguna otra persona verter un depósito en ningún jardín próximo a la ciudad.

Ha de tenerse cuidado con la carne y el pescado en mal estado y con el grano rancio

Que se ponga especial cuidado en no tolerar la venta en los alrededores de la ciudad, ni en parte alguna de la misma, de pescado maloliente, carne nociva o grano pasado, ni fruto alguno de ninguna clase en mal estado.

Que se inspeccionen las cervecerías y tabernas en busca de toneles viejos y malsanos.

Que no se permita tener en ninguna parte de la ciudad a cochinos, perros, gatos, palomas domésticas o conejos; ni a ningún cerdo permanecer o errar por las calles o sendas, sino que deberá ser encerrado por el alguacil u otro oficial, y el dueño perseguido de conformidad con la ley del Ayuntamiento; y que los perros sean muertos por los matadores de perros designados a tal fin».

DISPOSICIONES REFERENTES A VAGABUNDOS Y REUNIONES FRÍVOLAS:

Mendigos

Por cuanto no existe cosa más lamentada que la multitud de bellacos y mendigos vagabundos que pululan en todas las partes de la ciudad, y que son una causa importante de la propagación de la enfermedad, y que no son evitados pese a todas las órdenes que han sido impartidas para ello: se ordena ahora que aquellos ministriles y otros a los que este asunto pueda de alguna manera concernir, pongan especial cuidado en que no se tolere la presencia de ningún mendigo vagabundo por las calles de esta villa bajo ninguna apariencia o aspecto, so pena de sufrir debida y

severamente la pena prevista por la ley.

Diversiones

Que se prohíban terminantemente todas las diversiones, bailes de osos, juegos, cantos de coplas, ejercicios de broqueles y similares motivos de reunión del pueblo; y que las partes transgresoras sean severamente castigadas por cada regidor en su distrito.

Prohibición de festejos

Que se posterguen todos los festejos públicos, particularmente los de las compañías de esta villa, y las cenas en tabernas, cervecerías y otros lugares de esparcimiento público, hasta nuevo aviso y autorización; y que el dinero así ahorrado sea conservado y empleado en beneficio y auxilio de los pobres atacados por la enfermedad.

Tabernas

Que se reprima severamente todo exceso y desorden en las tabernas, cervecerías, cafés y bodegas, como pecado público de este tiempo y por ser mayor ocasión para diseminar la peste. Y que no se permita a grupo o persona alguna permanecer ni entrar en ninguna taberna, cervecería o café para beber después de las nueve en punto de la tarde, según la antigua ley y costumbre de esta ciudad, bajo las penas prescritas por la misma.

Y para la mejor ejecución de estas disposiciones y de las demás regulaciones y directivas que, por consideraciones posteriores, pudieran estimarse necesarias: se ordena y manda que los regidores, diputados y concejales se reúnan semanalmente una, dos, tres o más veces (según sea necesario), en algún lugar común (libre de infección pestilente) en sus respectivos distritos, para consultar la manera en que han de aplicarse debidamente dichas disposiciones; sin que nadie que habite en, o cerca de, un lugar infectado, concurra a dichas reuniones en tanto su asistencia sea dudosa. Y dichos regidores, diputados y concejales pondrán en ejecución, en sus respectivos distritos, toda otra disposición útil proyectada y concebida por ellos en dichas reuniones, para salvaguardar de la peste a los súbditos de Su Majestad.

Sir John Lawrence, Corregidor
Sir George Waterman } Alguaciles Mayores
Sir Charles Doe }

No necesito decir que estas disposiciones sólo abarcaban los sitios que caían dentro de la jurisdicción del corregidor, por lo que he de observar que los jueces de paz de aquellas parroquias y lugares llamados Hamlets y de los suburbios tomaron las mismas medidas. Según recuerdo, las órdenes de cerrar casas no se hicieron efectivas

tan rápidamente de nuestro lado, porque, como dije antes, la peste no había llegado a la parte este de la ciudad ni comenzó a ser violenta aquí, al menos hasta principios de agosto. Por ejemplo, la lista total del 11 al 18 de julio fue de 1761 muertos, pero en todas las parroquias que llamamos Tower Hamlets sólo murieron de peste 71, distribuidos como sigue:

	En la semana siguiente Y hasta el 1 de agosto		
Aldgate	14	34	65
Stepney	33	58	76
Whitechapel	21	48	79
Trinity, Minories	1	1	4
St. Katherine, Tower	2	2	4
	71	145	228

Efectivamente, la epidemia se acercaba con vehemencia, pues las inhumaciones de esa misma semana, en las parroquias limítrofes, fueron las que se indican a continuación:

	En la semana siguiente aumentó de forma prodigiosa		Y hasta el 1 de agosto
St. Leonard, Shoreditch	64	84	110
St. Botolph, Bishopsgate	65	105	116
St. Giles, Cripplegate	213	421	554
	342	610	780

Este cierre de las casas se reputó en un principio como un método muy cruel y poco cristiano, y la pobre gente así confinada se lamentaba amargamente. También se elevaban diariamente quejas al corregidor acerca de su severidad, sobre casas cerradas sin motivo (y a veces, maliciosamente). Yo no puedo opinar al respecto; pero al investigarse los hechos, se encontró que muchos de los que más fuertemente se quejaban estaban en situación de continuar encerrados, mientras que otros eran dejados en libertad, al inspeccionarse a la persona enferma y al no manifestarse infecciosa la enfermedad, o si era incierta, mas el enfermo accedía a ser llevado al lazareto.

Es verdad que parecía muy duro y cruel cerrar con llave las puertas de las casas de la gente, y dejar día y noche un vigilante para evitar que se escurrieran fuera o que alguien entrase hasta ellos, cuando tal vez las personas sanas de la familia hubieran podido salvarse si se hubieran apartado de los enfermos; y en estos confinamientos miserables pereció mucha gente que, como es lógico creer, no hubiera enfermado de haber tenido libertad, aunque la peste estuviese presente en la casa; ante esto, la gente

clamaba y se disgustaba mucho al principio, y se produjeron varios casos de violencia y agresiones con lesiones a los hombres destacados para vigilar las casas así cerradas. Y en muchos lugares varias personas salieron por la fuerza, como pronto relataré. Pero era un bien público que justificaba las desgracias particulares; y era imposible, que yo sepa, obtener la más mínima mitigación mediante solicitudes cursadas a los magistrados y gobernadores de entonces. Esto llevó a la gente a utilizar todo tipo de estratagemas destinadas, si era posible, a salir. Llenaría un pequeño volumen enumerar las artimañas empleadas por la gente de esas casas para cerrar los ojos de los vigilantes que estaban destacados, para engañarles y para escapar o forzar la salida ante ellos, ocasiones en que sucedieron frecuentes refriegas, y alguna que otra desgracia.

Una mañana, al pasar por Houndsditch, a eso de las ocho, oí grandes ruidos. Es verdad que no había mucha gente, pues no se les permitía reunirse ni permanecer demasiado tiempo congregados una vez reunidos; yo tampoco me quedé mucho rato. Pero el alboroto era lo bastante grande como para excitar mi curiosidad, y dirigiéndome a uno que asomaba la cabeza por una ventana, le pregunté qué pasaba.

Al parecer, se había designado a un vigilante para que montase guardia a la puerta de una casaapestada, o que se decía que lo estaba, y que había sido cerrada. Había estado allí durante dos noches consecutivas toda la noche, según él contaba, y el vigilante diurno había estado un día y había venido entonces para relevarle. Durante todo ese tiempo no se había escuchado ningún ruido en la casa ni se había visto ninguna luz; no lo habían llamado para nada, ni le habían enviado a hacer ningún recado, lo que solía ser la principal ocupación de los vigilantes; tampoco lo habían molestado en absoluto, según contaba, desde el lunes por la tarde, cuando había oído clamorosos gritos y lamentos en la casa, que supuso se deberían a que alguien de la familia se estaba muriendo precisamente entonces. Según parece, esa noche se había hecho detener al carro de los muertos, que era como se lo llamaba, y se había bajado hasta la puerta a una sirvienta muerta; y los enterradores o portadores, que así se los llamaba, la habían puesto en el carro, envuelta en un simple lienzo verde, y se la habían llevado.

El vigilante había golpeado a la puerta, según decía, cuando oyó ese ruido y los gritos de que hablaba, y nadie contestó durante largo rato; pero finalmente, se asomó alguien por la ventana y dijo en tono enfadado y cortante, con voz llorosa, o como de alguien que estuviese llorando: «¿Qué queréis, por qué hacéis tamaño ruido?». Él contestó: «Soy el vigilante, ¿qué os sucede? ¿Qué es lo que ocurre?». La persona contestó: «¿A vos qué os importa? Parad el carro fúnebre».

Al parecer, esto ocurrió a eso de la una. Poco después, contaba el hombre, había detenido el carro y vuelto a aporrear la puerta, pero sin que nadie contestara. Había seguido golpeando, y el pregonero había gritado varias veces. «Sacad a vuestros

muertos»; pero no respondió nadie, hasta que el hombre no quiso esperar más y, como había sido llamado a otras casas, se marchó con el carro.

El vigilante no sabía qué pensar de todo esto, así que los dejó en paz hasta que vino a relevarlo el vigilante diurno. Le expuso los detalles del caso y llamaron a la puerta durante un buen rato, mas nadie contestó; y vieron que la ventana seguía abierta, dos pares de escaleras arriba, por la que se había asomado aquella persona que le había contestado antes.

Ante esto, para satisfacer su curiosidad, los dos hombres consiguieron una larga escalera de mano, y uno de ellos subió hasta la ventana y miró dentro de la habitación, en la que vio a una mujer muerta, tendida de manera lúgubre en el piso, sin más ropa sobre su cuerpo que un camisón. Pero por más que llamó a gritos y aporreo con fuerza el suelo con su largo palo, nadie se movió ni contestó, ni tampoco pudo oír ningún ruido en la casa.

Así las cosas, volvió a bajar y puso al corriente a su compañero, quien también subió a ver, y habiéndolo encontrado todo igual, decidieron informar de ello bien al Corregidor, bien a algún otro magistrado, mas no intentaron entrar por la ventana. Al parecer, el magistrado ordenó, oído el informe de los dos hombres, que se forzara la entrada de la casa, habiéndose convocado la presencia del alguacil y de otras personas, para que nada fuese robado; y así se hizo, no encontrándose a nadie en la casa salvo a esa mujer joven, que al estar enferma y sin esperanza de mejoría posible, había sido abandonada por los demás para que muriese sola, marchándose todos al haber dado con algún medio de engañar al vigilante y abrir la puerta, o bien salir por alguna puerta trasera, o pasar sobre los tejados de las casas, de manera que aquél no se enterase de nada; en cuanto a los lamentos y chillidos que el vigilante había oído, se supuso que fueron los gritos desgarrados de la familia durante la amarga partida, que seguramente lo fue para todos ellos por ser esta joven la hermana de la señora de la familia. El amo de la casa, su mujer, varios niños y criados, todos habían escapado; nunca llegué a saber si estaban sanos o enfermos, si bien es verdad que no hice muchas averiguaciones al respecto.

Muchas fugas tuvieron lugar de las casas contaminadas, particularmente cuando el vigilante era enviado a hacer algún recado; porque era su obligación hacer cualquier recado al que la familia lo mandara, es decir, para buscar todo lo imprescindible, como la comida y los medicamentos, para ir a buscar médicos, en caso de que éstos estuviesen dispuestos a ir, o cirujanos o enfermeras; o llamar al carro de los muertos, etcétera. Pero todo ello con la condición de que cuando se marchaba, debía cerrar con llave la puerta exterior de la casa y llevarse la llave consigo. Para burlar esta medida, la gente se hacía fabricar dos o tres llaves para sus cerraduras, o bien buscaban la manera de desatornillar las cerraduras tal como estaban atornilladas y desmontarlas, mientras estaban ellos en la parte interior de la

casa; y mientras enviaban al vigilante al mercado, a la tahona o a salir por cualquier menudencia, abrían la puerta y salían todas las veces que lo deseaban. Mas cuando se descubrió esto, los funcionarios recibieron la orden de cerrar las puertas con candado por su parte exterior y colocarles los cerrojos que creyesen necesarios.

En otra casa, según se me dijo, sita en la calle inmediata dentro de Aldgate, se había secuestrado y encerrado a toda una familia porque la criada había enfermado. El amo de la casa había protestado, por mediación de sus amigos, ante el regidor vecino y ante el corregidor, y había consentido en que se llevasen a la muchacha al lazareto, pero esto le fue denegado. Así pues, la puerta fue señalada con una cruz roja y se colocó, como ya dije, un pasador en la parte de afuera; y se destacó a un vigilante para que guardara la puerta, en conformidad con las disposiciones públicas.

Cuando el amo de la casa vio que no había remedio alguno, y que tanto él como su mujer y sus hijos iban a ser encerrados con la pobre criada enferma, llamó al vigilante y le dijo que tenía que ir a buscar para ellos a una enfermera que atendiera a la pobre muchacha, ya que el obligarles a cuidarla significaría una muerte segura para todos ellos. Le dijo también claramente que si no hacía este recado, la doncella perecería, bien por la enfermedad, bien por falta de alimentos, puesto que estaba decidido a no permitir que nadie de su familia se acercara a ella; y que yacía en la buhardilla, a cuatro pisos de altura, desde donde no podría llamar a nadie en su ayuda por más que gritase.

El vigilante accedió, y se marchó para buscar a una enfermera, y la trajo aquella misma tarde. Durante ese tiempo, el dueño de la casa aprovechó la oportunidad para abrir un gran agujero a través de su despensa hasta una bodega o hueco en el que antiguamente había un zapatero remendón, sentado siempre delante o debajo de su ventanuco; pero como se puede suponer, en tiempos tan calamitosos como los que vivíamos, ese inquilino ya estaba muerto o había escapado, de modo que el dueño tenía la llave en su poder. Tras haberse abierto paso hacia su almacén, cosa que no hubiera podido hacer si el hombre hubiera estado ante la puerta, ya que el ruido que se veía obligado a hacer habría alarmado al vigilante; tras haberse, como digo, abierto camino, se sentó a esperar tranquilamente el regreso del vigilante con la enfermera, y también durante todo el día siguiente. Mas a la noche siguiente, ideó enviar al vigilante a hacer otro recado insignificante, que según creo, era ir a casa del boticario por un emplasto para la muchacha, cuya preparación tenía que esperar, o algún otro recado que asegurara su ausencia durante cierto tiempo, y durante ese lapso, salió de la casa con toda su familia, y dejó a la enfermera y al vigilante el cuidado de enterrar a la pobre moza —o sea, arrojarla dentro del carro— y hacerse cargo de la casa.

Podría contar muchas historias como éstas, bastante graciosas, con las que me topé durante aquel interminable año de la peste —es decir, historias que oí— y que es muy posible que sean ciertas, o muy próximas a la verdad, es decir verídicas a

grandes rasgos, ya que entonces nadie podía enterarse de todos los detalles. También se había empleado la violencia con los vigilantes en muchísimos lugares; y creo que desde el principio de la epidemia hasta el final hubo no menos de dieciocho o veinte que fueron muertos, o tan malheridos que se les tomó por muertos, lo que se supuso que fue obra de las gentes de las casas contaminadas que habían sido encerradas cuando recibieron oposición al intentar salir.

Por cierto que tampoco podía esperarse menos, pues había en la ciudad tantas prisiones como casas cerradas; y como las gentes así confinadas o encarceladas no eran culpables de crimen alguno y estaban encerradas por causa de infortunio, esto era, efectivamente, intolerable en grado sumo para ellas.

Por otra parte, cada prisión, como podemos llamarlas, no tenía más que un carcelero para vigilar toda la casa; y como muchas casas estaban situadas de manera que tenían varias salidas, unas más, otras menos, y algunas hacia varias calles, era, para un solo hombre, imposible cuidar todos los pasajes para evitar la fuga de la gente, llevada a la desesperación por el terror de las circunstancias, por el resentimiento debido al trato recibido o por la furia de la enfermedad misma; así, hablaban con el vigilante en uno de los extremos de la casa, mientras la familia escapaba por el otro.

En Coleman Street, por ejemplo, había una gran cantidad de callejuelas, al igual que ahora. En la que llaman White Alley se había cerrado una casa que tenía no una puerta, sino una ventana trasera que daba a un patio desde el cual se podía pasar a Bell Alley. El alguacil puso a un vigilante a la puerta de esta casa, que hizo guardia allí, junto con su compañero, día y noche, mientras que la familia se marchaba esa misma tarde saliendo por la ventana al patio y dejando a los dos pobres diablos cuidando y vigilando la casa durante cerca de una quincena.

No lejos de allí, hicieron saltar a un vigilante con pólvora y quemaron atrocemente al desdichado; y mientras el pobre diablo lanzaba espantosos gritos, y nadie se atrevía a acercarse para ayudarlo, todos los miembros de la familia en condiciones de moverse salieron por las ventanas del primer piso, mientras dos enfermos, a los que abandonaban, clamaban por auxilio. Se cuidó de asignarles enfermeras para que los atendiesen, pero nunca se encontró a los fugados, hasta que éstos volvieron, una vez que remitió la epidemia; mas al no poderseles probar nada, no se los pudo castigar.

También se debe tener en cuenta que éstas eran prisiones sin rejas ni cerrojos, como los que poseen nuestras cárceles públicas, de modo que la gente se dejaba caer de las ventanas, incluso en las mismas narices del vigilante, esgrimiendo espadas o pistolas en las manos y amenazando al pobre infeliz con matarlo si se movía o gritaba pidiendo auxilio.

En otros casos, algunos tenían jardines y muros o vallas medianeras entre ellos y sus vecinos, o corrales de casas detrás; y así, por amistad o a fuerza de súplicas,

conseguían escapar pasando sobre estos muros o vallas y saliendo por las puertas de sus vecinos; o bien daban dinero a los criados para que los dejaran pasar durante la noche; de manera que, en resumidas cuentas, el cierre de las casas no era una medida con cuyo cumplimiento se pudiese contar en absoluto. Tampoco cumplió su finalidad en lo más mínimo, y sólo sirvió para exasperar a las gentes y desesperarlas al extremo de hacer que forzaran la huida a toda costa.

Y lo que era aún peor, los que así escapaban esparcían el contagio al vagar por todas partes en su desesperada situación y con la enfermedad sobre sí, mucho más de lo que lo hubieran hecho de otra manera. Pues quienquiera que analice todos los pormenores de tales casos ha de admitir, cosa que no podemos poner en duda, que la severidad de los confinamientos llevaba a mucha gente a un estado de desesperación tal que los hacía precipitarse fuera de sus casas exponiéndose a toda clase de riesgos, con las señas evidentes de la peste sobre sus cuerpos, sin saber adónde ir ni qué hacer; verdaderamente, sin saber qué se hacían; y muchos de los que así procedieron fueron arrastrados a sufrir horrorosas penurias y privaciones, y perecieron de simple inanición en las calles o en los campos, o fulminados por la violencia de la fiebre que los carcomía. Otros erraban por los campos, avanzando sin rumbo, guiados sólo por su desesperación, sin saber adonde iban ni adónde irían; hasta que, desfallecientes y agotados, sin recibir ayuda alguna, pues en los pueblos y las casas del camino se negaban a alojarlos estuvieran sanos o enfermos, perecían al borde de un camino o entraban en un pajar y morían allí, sin que nadie osara acercarse a auxiliarlos, aunque dijeran que no estaban contagiados, pues nadie les hubiera creído.

Por otra parte, cuando la peste visitaba por primera vez a una familia —es decir, cuando algún miembro de la familia había salido, y por falta de precaución o por alguna otra causa había contraído la enfermedad y la había llevado al hogar— esto se sabía ciertamente por la familia antes que por las autoridades, las cuales, como se desprende de las disposiciones, tenían el deber de investigar a todas las personas enfermas tan pronto llegaban a tener conocimiento de su enfermedad.

Durante el tiempo que transcurría desde que caían enfermos hasta que llegaban los examinadores, el amo de la casa tenía tiempo y libertad para mudarse, solo o con toda su familia, si sabía adónde ir, y muchos así lo hicieron. Pero lo funesto era que muchos lo hicieron después de haber sido ya contagiados también ellos, y llevaban de ese modo la enfermedad a las casas lo suficientemente hospitalarias como para acogerlos; debe reconocerse que este proceder era extremadamente cruel y desagradecido.

Y esto contribuyó en parte a que se propagara la idea general, o más bien el escándalo, respecto al ánimo de la gente infectada, señaladamente, que no tomaban la más mínima precaución ni tenían escrúpulo alguno en contagiar a los demás; aunque no puedo afirmarlo, es posible que hubiese algo de cierto en ello, pero no estaba tan

generalizado como se pretendía. No sé qué motivación lógica podía tener una conducta tan alocada en momentos en los que, como bien podían darse cuenta ellos mismos, estaban a punto de comparecer ante el tribunal de la Justicia Divina. Estoy plenamente convencido de que esta conducta no puede conciliarse con la religión y los principios cristianos, así como tampoco con la generosidad y la humanidad, pero todavía tendré ocasión de hablar de ello más adelante.

Hablaré ahora de la gente aterrorizada por la aprensión de estar encerrados, y de su afán por huir, ya sea con estratagemas, ya sea por la fuerza, tanto antes como después de haber sido encerrados; y cuya miseria, una vez libres, no se veía aliviada, sino lastimosamente incrementada. Por otra parte, muchos de los que escaparon de tal suerte tenían retiros adonde ir y otras casas, en las que se recluyeron y se mantuvieron escondidos hasta que la peste hubo pasado; y muchas familias, al prever la llegada de la peste, acopiaron reservas de provisiones suficientes para toda la familia, y se encerraron tan a cal y canto que no se les vio ni oyó hasta que la infección hubo cesado, momento en el que reaparecieron sanos y salvos. Podría reseñar varios de estos casos, y mencionar los detalles de la forma de obrar de las gentes; pues indudablemente era la medida más efectiva que podían tomar aquellos cuya situación les impedía desplazarse, o que no tenían ningún retiro adecuado para el caso fuera de la ciudad; ya que estando encerrados de tal suerte era como si estuvieran a mil millas de distancia. Tampoco recuerdo que ninguna de esas familias se malograra. Entre ellos, es digno de mención el caso de varios comerciantes holandeses que mantuvieron sus casas como pequeñas guarniciones sitiadas, sin permitir que nadie entrara, saliera o se aproximara a ellos; y particularmente uno, en una mansión en Throgmorton Street cuya casa miraba sobre Drapers Garden.

Pero vuelvo al tema de las familias infectadas y encerradas por los magistrados. Es indecible la miseria en que estaban sumidas estas familias; y era por lo general en esas casas en las que oíamos los más lúgubres alaridos y lamentos de las pobres gentes aterrorizadas y mortalmente asustadas ante la vista del estado en que se hallaban sus seres queridos y ante el terror de hallarse encerradas de esa manera.

Recuerdo a cierta dama que tenía una hija única —y mientras escribo esta historia, todavía me parece oír sus horrorosos gritos—, una joven doncella de unos diecinueve años de edad, y que poseía una fortuna muy considerable. Eran las únicas moradoras de la casa en que vivían. En una ocasión, la joven, su madre y la criada estuvieron fuera no recuerdo por qué motivo, ya que la casa no estaba cerrada; unas dos horas después de haber regresado, la joven se quejó de que no se encontraba bien; un cuarto de hora después, vomitó y sintió un violento dolor de cabeza. «¡Santo Dios!», exclamó la madre, llena de terror, «¡Mi niña no tiene la peste!». Como el dolor de cabeza aumentaba, la madre ordenó calentar el lecho y decidió acostarla; y preparó cosas para hacerla sudar, lo que era el remedio común que había que aplicar

cuando aparecían los primeros síntomas de la enfermedad.

Mientras la cama se ventilaba, la madre desvistió a la joven; y en el preciso instante de acostarla en el lecho, al mirar por encima de su cuerpo a la luz de una bujía, descubrió inmediatamente las marcas fatales en la parte interior de los muslos. La madre, sin poderse contener, arrojó al suelo la candela y lanzó un grito agudo, tan terrorífico, que hubiera podido estremecer el corazón más intrépido del mundo; no fue lanzar un solo grito o un chillido, sino que, presa su espíritu de un terror pánico, primero se desvaneció, luego se rehizo, luego corrió de un lado a otro de la casa, escaleras arriba y escaleras abajo, como una loca, que verdaderamente lo estaba; y continuó aullando y gritando durante varias horas, privada de toda razón, o a lo menos, privada del dominio de sus sentidos; y según me dijeron, nunca se recuperó totalmente. En cuanto a la joven doncella, ya no era más que un cadáver, pues la gangrena que produce las manchas se había extendido por todo su cuerpo, y había muerto en menos de dos horas. Pero la madre seguía gritando, sin saber nada de su hija varias horas después de que ésta hubiera muerto. Fue hace tanto tiempo que ya no lo recuerdo bien, pero creo que la madre nunca se recuperó y que murió dos semanas más tarde.

Éste fue un caso excepcional, por lo que lo cuento con mayor detalle, ya que lo conocí muy de cerca; mas hubo innumerables casos parecidos; y aunque era poco frecuente que figurasen en la lista semanal, aparecían no obstante dos o tres «aterrorizados»; o sea, lo que bien puede llamarse muertos de terror. Pero, además de aquellos que quedaron tan aterrorizados como para morir de miedo, súbitamente hubo muchísimos aterrorizados hasta otros extremos, unos hasta el de perder los sentidos, otros hasta el de perder la memoria, y algunos hubo que hasta perdieron la razón. Mas vuelvo al caso de las casas.

Así como ya dije que hubo quienes salieron de sus casas gracias a estratagemas después de haber sido encerrados, también hubo otros que salieron sobornando a los guardianes y dándoles dinero para que los dejaran salir a escondidas durante la noche. He de confesar que entonces yo pensaba que era el soborno o corrupción más inocente de que podía ser culpable un hombre, y por ello no pude menos que compadecer a los pobres diablos y juzgar como demasiado severo el que azotaran públicamente en las calles a tres de esos vigilantes culpables de haber permitido que la gente saliera de casas cerradas.

Pero a pesar de esa severidad, el dinero prevalecía a los ojos de aquellos pobres hombres, y muchas familias encontraron los medios de hacer salidas y de escapar de esa manera después de haber sido encerradas; pero eran por regla general las que tenían algún lugar en que esconderse; y aunque era difícil andar por los caminos hacia donde fuere después del primero de agosto, hay muchas maneras de alejarse, especialmente, como he indicado, la manera en que algunos consiguieron tiendas y

las montaron en los campos, y llevaron camas o paja como lecho y provisiones para comer; y vivieron de esa forma como ermitaños en una celda, pues nadie hubiera osado acercárseles; y se contaban muchas historias acerca de esta gente, unas cómicas, trágicas las otras, sobre unos que vivieron como peregrinos errantes por los desiertos y que se salvaron exiliándose a sí mismos de un modo a duras penas creíble, y que disfrutaron de una libertad mayor de la que podría suponerse en tales casos.

Tengo a mano la historia de dos hermanos y un pariente suyo, quienes siendo solteros y habiendo permanecido en la ciudad demasiado tiempo como para poderse marchar, y no sabiendo por otra parte adónde ir para hallar refugio, ni teniendo el dinero necesario para viajar lejos, emprendieron para su salvación un camino que si bien al principio parecía desesperado, era no obstante tan lógico que es sorprendente que nadie más lo haya seguido en esos tiempos. No eran más que de condición media, aunque no tan pobres que no pudieran proveerse de algunas comodidades como las que pueden servir para no morir de hambre; y al ver que la enfermedad se propagaba de manera terrible, resolvieron largarse como pudieran y desaparecer.

Uno de ellos había sido soldado en las últimas guerras, y antes de eso, lo había sido en los Países Bajos; sin haber sido educado para otra ocupación que la de las armas, y estando, además, herido e incapacitado para realizar trabajos duros, había estado empleado durante algún tiempo con un fabricante de galletas en Wapping.

El hermano de este hombre era también marinero, mas había sido herido en una pierna de alguna manera desconocida y no podía hacerse a la mar, por lo que se ganaba la vida en casa de un fabricante de velas en Wapping o cerca de allí; y siendo como era muy ahorrativo, tenía guardado algún dinero y era el más rico de los tres.

El tercer hombre era ebanista o carpintero de profesión, individuo muy hábil cuya única riqueza era su caja o cesta de herramientas, con cuya ayuda podía ganarse la vida siempre, adondequiera que fuese, salvo en una época como ésta; vivía cerca de Shadwell.

Todos ellos habitaban en la parroquia de Stepney, la cual, como dije, fue la última en contaminarse, al menos de un modo violento, por lo que permanecieron allí hasta que vieron sin lugar a dudas que la peste se apaciguaba en la parte oeste de la ciudad y avanzaba hacia el este, donde ellos vivían.

Relataré la historia de estos tres hombres como si la contasen ellos mismos, si así place al lector, sin que recaiga sobre mí la responsabilidad por los detalles ni por cualquier error, contándola con la mayor exactitud posible, en la seguridad de que será una buena pauta a seguir por cualquier hombre pobre en caso de que se produjese aquí una calamidad pública similar; y si no hubiese tal ocasión —que Dios nos conceda esta gracia en Su infinita misericordia—, la historia aún puede ser útil de tantas maneras que, según espero, nunca se dirá que su narración no ha sido provechosa.

He expuesto estos preliminares de la historia, pero aún tengo mucho más que decir antes de terminar mi propia parte.

Al principio, yo andaba libremente por las calles, pero no tan despreocupadamente como para exponerme a algún peligro evidente, excepto en la ocasión en que excavaron el foso grande en el cementerio de nuestra parroquia de Aldgate. Era un foso terrible, y no pude resistir la tentación de ir a verlo. Según pude juzgar, tendría unos cuarenta pies de largo, unos quince o dieciséis pies de ancho y unos nueve pies de profundidad cuando lo vi por primera vez. Pero se dijo que más tarde excavaron hasta alcanzar cerca de los veinte pies de profundidad en una parte, hasta que no pudieron profundizar más debido a la presencia de agua; pues al parecer ya habían excavado varios fosos grandes antes de hacer éste. Porque si bien la peste tardaba en llegar a nuestra parroquia, cuando lo hizo se manifestó con mayor violencia en las dos parroquias de Aldgate y de Whitechapel que en ninguna otra parroquia de Londres o de los alrededores.

Cuando la enfermedad había comenzado a propagarse en nuestra parroquia, ya habían excavado varios fosos en otro solar, especialmente cuando empezaron a verse los carros de muertos por todas partes, lo que en nuestra parroquia no ocurrió antes de principios de agosto. En cada uno de estos fosos habían puesto quizá unos cincuenta o sesenta cadáveres: entonces, hicieron hoyos más grandes en los que enterraban todo cuanto los carros traían en una semana, lo que, mediado el mes de agosto, eran unos doscientos a cuatrocientos cadáveres semanales; y no podían ser más debido a la orden de las autoridades que les impedía dejar cuerpos a menos de seis pies de la superficie; por otra parte, como el agua brotaba a unos diecisiete o dieciocho pies, no podían, como digo, colocar más cadáveres en cada foso. Pero ahora, en los primeros días de septiembre, como la peste arreciaba de un modo terrorífico y el número de entierros en nuestra parroquia aumentaba hasta superar el de los muertos jamás enterrados en cualquier otra parroquia de Londres no mayor que ésta, ordenaron que se excavase esta sima, que eso es lo que era, y no un foso.

Al excavarlo habían calculado que este foso les duraría un mes o más, y hubo quienes reprocharon a los alcaides que toleraran una cosa tan horrorosa, diciéndoles que estaban haciendo preparativos para sepultar a toda la parroquia, y cosas parecidas; mas el tiempo demostró que los alcaides conocían mejor que ellos la situación de la parroquia, pues tras haber terminado el foso el 4 de septiembre, empezaron a enterrar en él creo que el día 6; y hacia el 20, o sea, en dos semanas justas, habían echado dentro 1114 cuerpos; entonces se vieron obligados a tapanlo, pues los cuerpos ya habían llegado a estar a seis pies de la superficie. Seguramente viven todavía en la parroquia algunos ancianos que pueden atestiguar estos hechos y que pueden incluso señalar, mejor de lo que yo podría hacerlo, el lugar del cementerio en el que se hallaba el foso. La señal que dejó en la superficie del

cementerio fue visible durante varios años, paralela al pasaje que bordea la valla oeste del cementerio, saliendo de Houndsditch, y que tuerce luego hacia el este en dirección de Whitechapel, pasando cerca de la Posada de las Tres Monjas.

Fue hacia el 10 de septiembre cuando mi curiosidad me llevó, o mejor dicho, me arrastró a ir a ver otra vez este foso, cuando ya habían enterrado a cerca de cuatrocientas personas; y no me satisfacía ir a verlo de día, como había hecho antes, ya que entonces no habría habido nada más que tierra para ver, pues todos los cuerpos que se echaban dentro eran inmediatamente cubiertos con tierra por los que llamaban sepultureros y que anteriormente eran llamados portadores; en cambio, decidí ir por la noche y ver cómo tiraban a algunos dentro.

Existía una prohibición estricta de que la gente se acercara a esos fosos al solo objeto de evitar el contagio. Mas luego de algún tiempo, esa orden se hizo más necesaria, porque las personas infectadas, sintiéndose cercanas a su fin, así como las enajenadas, habrían corrido a esos fosos envueltas en sábanas o mantas y se habrían precipitado dentro sepultándose, como decían, a sí mismas. No puedo afirmar que las autoridades tolerasen que nadie se echase allí dentro voluntariamente, mas he oído decir que en un gran foso de Finsbury, en la parroquia de Cripplegate, abierto en pleno campo, que entonces no estaba vallado, muchos fueron y se arrojaron dentro, y expiraron allí antes de que los hubiesen cubierto de tierra; y que cuando fueron a sepultar a otros y les hallaron allí, estaban bien muertos, aunque calientes todavía.

Esto puede servir en parte para describir la espantosa situación que reinaba en aquellos días, aunque es imposible decir nada que pueda dar una idea real de ella a quienes no los vivieron, salvo que fue muy, muy, muy horrible, tanto que no puede expresarse con palabras. Pude entrar en el cementerio porque conocía al sepulturero de guardia, quien, si bien no me rechazó en absoluto, intentó persuadirme muy seriamente de que no fuese allí, diciéndome (pues era un hombre bueno, creyente y sensible) que en verdad era asunto y deber de ellos el exponerse y correr todos los peligros, y que en ello sólo podían tener la esperanza de librarse del mal; pero que yo no tenía más motivo que mi curiosidad, lo que, según me dijo, no creía que yo pudiera pretender que eso fuese motivo suficiente para justificar que me expusiera a tal peligro. Le dije que algo estaba apremiando mi ánimo para que acudiese, y que quizá fuese una vista aleccionadora que no carecería de utilidad. «Es más», replicó el buen hombre, «si queréis aventuraros por ese motivo, entrad en nombre de Dios; porque podéis estar seguro de que será para vos un sermón, tal vez el mejor que jamás hayáis escuchado en vuestra vida. Es una visión que habla», dijo, «y tiene una voz vibrante que nos llama al arrepentimiento»; abrió sin más la puerta y dijo: «Pasad, si así lo deseáis».

Sus palabras me hicieron vacilar en mi resolución, y estuve unos momentos indeciso, pero en ese preciso instante vi aparecer dos antorchas en el extremo de los

Minories, y escuché tocar al campanillero; luego apareció el carro de los muertos, como se lo llamaba, por la calle; no pude, pues, resistir durante más tiempo mi deseo de verlo; y entré en el cementerio. No había nadie dentro, según pude observar enseguida, y tampoco nadie entrando, salvo los sepultureros y el hombre que conducía el carro, o mejor dicho, el que iba a la cabeza del caballo y del carro; mas cuando llegaron hasta el foso, vieron a un hombre que iba de un lado a otro, embozado en una capa de color marrón, y que agitaba las manos debajo de la capa como si estuviera en gran agonía; y los enterradores se le acercaron inmediatamente, suponiendo que era una de esas criaturas delirantes o desesperadas que solían aspirar a sepultarse ellas mismas. El embozado no dijo una palabra mientras deambulaba alrededor del foso, pero en dos o tres ocasiones lanzó unos gemidos profundos y ruidosos; y suspiraba como si se le estuviera partiendo el corazón.

Cuando los enterradores llegaron hasta él, pronto descubrieron que no era una persona infectada y desesperada, como apunté antes, ni una persona mentalmente enferma, sino que un espantoso dolor le oprimía, por tener a su mujer y a varios de sus hijos, todos ellos en el carro que acababa de entrar con él, y al que seguía con indecible agonía y tristeza. Sollozaba de un modo lastimero, cosa que se apreciaba fácilmente, pero era una especie de dolor de hombre que no se deja ir en lágrimas; y retó con calma a los enterradores a que lo dejaran solo, diciéndoles que sólo quería ver cómo echaban dentro los cuerpos y marcharse luego, así que dejaron de importunarlo. Mas tan pronto como hicieron girar en redondo el carro y lo vaciaron, arrojando promiscuamente los cuerpos dentro del foso, cosa que constituía una sorpresa para él, ya que esperaba que al menos serían acostados decentemente dentro; tan pronto vio esto, como digo, incapaz de contenerse, lanzó un grito penetrante. No pude entender lo que dijo, pero vi que retrocedió dos o tres pasos y cayó al suelo sin sentido. Los enterradores corrieron hacia él y lo llevaron a la Taberna de Pie, hacia el extremo de Houndsditch, donde al parecer el hombre era conocido y donde se hicieron cargo de él. Cuando se marchaba, miró nuevamente hacia el foso, pero los enterradores habían cubierto tan rápidamente los cuerpos con tierra, que no pudo ver nada, pese a que había luz suficiente, ya que había faroles con candelas encendidas toda la noche alrededor de los bordes del foso, sobre montículos de tierra, en número de siete u ocho, y quizá más.

Fue ciertamente una escena macabra, que me impresionó casi tanto como el resto; aunque lo otro era pavoroso y absolutamente aterrador. El carro transportaba dieciséis o diecisiete cadáveres; unos estaban envueltos en sábanas de lino, otros en harapos y algunos, poco menos que desnudos, o tan mal envueltos que el arropamiento que tenían se les desprendía al ser descargados del carro; y caían prácticamente desnudos entre el resto de los cadáveres; pero en realidad no debía de importarles mucho, ni tampoco la indecencia a nadie, pues estaban todos muertos e iban a ser amontonados

todos juntos en la fosa común de la humanidad, que es como podemos llamarla, pues aquí no existía discriminación alguna, sino que tanto pobres como ricos iban juntos; no había otra manera de enterrarlos, y si la hubiera habido, tampoco hubiera sido practicable, pues no hubiera sido posible conseguir ataúdes suficientes para la enorme cantidad de personas que perecían en una calamidad como esta.

Se informó, como una ignominia de los enterradores, que si se les entregaba un cadáver decentemente arrollado, como decíamos entonces, en una mortaja atada sobre la cabeza y bajo los pies, cosa que algunos hicieron, y que era generalmente de buen lino, se informó, como digo, que los enterradores eran tan impíos que lo desnudaban en el carro y lo llevaban desnudo a la tumba. Mas como no puedo dar fácil crédito a que algo tan depravado sucediese entre cristianos en tiempos tan plenos de terror como eran aquéllos, sólo puedo relatarlo y registrarlo como un hecho no confirmado.

También corrían innumerables historias acerca del cruel comportamiento en las prácticas de las enfermeras que cuidaban de los enfermos, diciéndose que precipitaban el fin de los que debían atender en su enfermedad. Pero diré más acerca de ello en su debido momento.

Yo estaba horrorizado de veras por esa visión; quedé abrumado, y me marché con el corazón dolorido y colmado de tan tristes pensamientos que no puedo ni describirlos. Justo cuando estaba saliendo de la iglesia, subiendo por la calle para dirigirme a mi propia casa, vi otro carro con antorchas y un campanillero que iba delante, que estaba saliendo de Harrow Alley a Butcher Row, al otro lado del camino, y que estando, según pude distinguir, repleto de cadáveres, se dirigía también hacia la iglesia, directamente a través de la calle. Esperé un poco, pero no me sentí con fuerzas para volver y contemplar otra vez la misma espantosa escena; por lo que me marché directamente a casa, donde no pude menos que pensar con gratitud en el riesgo que había corrido, creyendo no haber recibido daño alguno, como efectivamente así era.

Entonces volvió a mi mente el recuerdo de la aflicción del pobre y desgraciado caballero; y no pude evitar verter lágrimas al pensar en él, quizás más de las que él mismo había vertido; su caso estaba tan profundamente grabado en mi mente, que no pude dominarme y sólo pensé en salir nuevamente a la calle e ir a la Taberna de Pie para averiguar qué había sido de él.

Para entonces era la una de la mañana, pero el desgraciado caballero seguía todavía allí. La verdad era que la gente de la casa, conociéndole, lo había entretenido y retenido durante toda la noche, a pesar del peligro que existía de ser contagiados por él, si bien al parecer el hombre estaba completamente sano.

Recuerdo con pesar esta taberna. La gente era amable, cortés y de carácter muy servicial; y habían mantenido su casa abierta hasta entonces y su comercio en

marcha, aunque no tan públicamente como antes; pero había un grupo horrible de individuos que frecuentaban la casa, los cuales, en medio de tanto horror, se reunían allí todas las noches y se comportaban con toda la algazara y las ruidosas extravagancias que tales gentes suelen cometer en tiempos normales; y de modo tan irrespetuoso, que hasta el dueño y la mujer de la casa se avergonzaban e incluso se espantaban ante ellos.

Generalmente, se sentaban en una habitación contigua a la calle, y como siempre se quedaban hasta muy tarde, cuando el carro de los muertos venía por el extremo de la calle para ir hacia Houndsditch, lugar visible desde las ventanas de la taberna, a menudo abrían las ventanas tan pronto como oían sonar la campanilla y miraban hacia afuera; y como frecuentemente podían oír los quejumbrosos lamentos de la gente en las calles o en sus ventanas cuando los carros pasaban, se mofaban impudicamente de ellos y les escarnecían, especialmente si oían a algún desgraciado clamar al Cielo pidiendo misericordia, cosa que muchos hacían entonces al transitar por las calles.

Estos hombres, algo molestos por el alboroto causado al dejar entrar al pobre caballero dentro de la casa, se enfadaron primero con el dueño de casa y se encolerizaron porque había permitido que tal sujeto, pues así lo llamaron, sacado de la sepultura, entrara en la casa: mas cuando les contestaron que el hombre era un vecino y que estaba sano, pero abrumado por la calamidad de la muerte de su familia, etcétera, volvieron su enojo contra él, ridiculizándole y burlándose del dolor que sentía por su mujer y sus hijos, y despotricando con sarcasmo acerca de su falta de valor para saltar dentro del gran foso e irse al cielo, como burlonamente decían, junto con ellos; y agregaron algunas expresiones indecentes e incluso blasfemas.

En esta ruin ocupación se hallaban cuando yo regresé a esa casa; según pude apreciar, el hombre estaba afligido y ofendido por sus palabras, por más que permanecía sentado, mudo y desolado, sin que los ultrajes pudieran distraerlo de su dolor. Ante esto, los reprendí cortésmente, pues conocía bien sus caracteres y para uno o dos de ellos no era un desconocido.

Inmediatamente cayeron sobre mí con malas palabras y juramentos soeces, me preguntaron qué era lo que buscaba fuera de mi tumba cuando tantos hombres honrados eran llevados al cementerio, y por qué no me quedaba en casa rezando mis oraciones para que el carro no viniera por mí, y cosas parecidas.

Yo estaba muy asombrado por la desfachatez de esos hombres, si bien su conducta hacia mí no me había desconcertado en absoluto. No obstante, mantuve la calma. Les dije que si bien les retaba a ellos, o a cualquier hombre del mundo, a acusarme de haber cometido cualquier acción deshonestas, reconocía sin embargo, que en este terrible juicio de Dios muchos que eran mejores que yo habían sido barridos y sepultados. Mas para contestar de forma directa a su pregunta, el caso era que yo

había sido preservado por la misericordia de ese gran Dios cuyo nombre habían blasfemado y usado en vano al maldecir y jurar tan horriblemente, además de otros fines de Su bondad, para que pudiera reprenderles por su descarada insolencia al proceder de semejante manera en tiempo tan terrible como éste, especialmente al burlarse y mofarse de un honrado caballero y vecino (algunos le conocían) quien, como veían, estaba abatido por el quebranto que Dios había querido que su familia sufriera.

No puedo recordar con exactitud la abominable e infernal zumba con la que contestaron a esta parrafada mía. Era obvio que los encolerizaba que yo no tuviera ningún miedo a ser franco con ellos. Tampoco deseo incluir en mi narración ninguna de las palabras, asquerosos juramentos, imprecaciones y expresiones soeces que a esa hora de la noche no usaría ni siquiera la gente más baja y ordinaria de la calle; porque, salvo criaturas tan corrompidas como éstas, los miserables más malvados que pudieran encontrarse, sentían en esos tiempos una especie de terror en sus almas ante la mano implacable de ese Poder que podía destruirlos en cualquier instante.

Pero lo peor de su endiablado lenguaje era que no les preocupaba blasfemar de Dios ni hablar como ateos, ni hacer mofa de que yo llamase a la peste «la mano de Dios»; y se burlaban e incluso se reían de la palabra Juicio, como si la Providencia Divina no tuviera nada que ver en la imposición de un golpe tan desolador; y que la gente que imploraba a Dios al ver pasar los carros que se llevaban a los cadáveres, no eran más que fanáticos, absurdos e impertinentes.

Les contesté como pude y como juzgué conveniente, pero vi que, lejos de poner freno a su horrible manera de hablar, esto los excitaba aún más; así, confieso que me llené de espanto y de una especie de cólera; y me alejé, como les dije, no fuese que la mano de ese Juicio que había azotado a toda la ciudad glorificara Su venganza sobre ellos y todos cuantos estuvieran cerca de ellos.

Todos recibieron mis reproches con el mayor desdén, y se mofaron de mí cuanto pudieron, y me endilgaron todas las burlas, oprobios e insolencias que pudieron imaginar por haberles yo sermoneado, como decían, lo cual, más que enfadarme, me entristeció; y me marché, bendiciendo a Dios en mi interior por no haber huido de ellos, aunque me habían insultado tanto.

Siguieron con esta perversa conducta durante tres o cuatro días más, burlándose continuamente de todos los que se mostraban religiosos o serios, o que estaban de alguna manera impresionados por el sentimiento del terrible Juicio de Dios que caía sobre nosotros; y me enteré de que de la misma manera hacían escarnio de la buena gente que, a pesar del riesgo de contagio, se congregaba en la iglesia, ayunaba y rezaba a Dios para alejar Su ira de ellos.

Como digo, continuaron en esa horrible conducta durante tres o cuatro días, creo que no fueron más, hasta que uno de ellos, el que había preguntado al pobre caballero

qué hacía fuera de su sepultura, fue golpeado por el Cielo con la peste, muriendo de la manera más atroz; en resumen, todos fueron llevados a la gran fosa que he mencionado más arriba, antes de que estuviese del todo llena, lo que sucedió en menos de una quincena o así.

Esos hombres tan culpables de muchas locuras, tantas que uno pensaría que la naturaleza humana debería de haber temblado de sólo imaginarlas en una época de público terror como la que padecíamos, particularmente el burlarse y mofarse de todo lo que vieses de religioso en el pueblo, especialmente del celo con que acudían al sitio del culto público para implorar la misericordia del Cielo ante la calamidad; y esta taberna, en la que celebraban sus tertulias, estaba a la vista de la puerta de la iglesia; y así tenían las mejores ocasiones para ejercitar su regocijo ateo y profano.

Pero esto comenzó a remitir un poco antes de que se produjera el accidente que he relatado, ya que la peste se había propagado tan violentamente en esta parte de la ciudad, que el pueblo comenzó a tener miedo de ir a la iglesia; o por lo menos, no se congregaban allí tantos como normalmente. También muchos de los clérigos habían muerto y otros se habían marchado al campo; porque en verdad un hombre debía poseer una entereza incommovible y una fe inquebrantable, no sólo para permanecer en la ciudad en tiempos como éstos, sino también para ir a la iglesia y cumplir con los oficios del ministro de una congregación, de la cual tiene razones para suponer que muchos están, de hecho, contagiados de la peste; y hacer esto todos los días, o dos veces al día, como se hizo en algunos lugares.

Es cierto que la gente mostraba gran fervor en la práctica de estos ejercicios religiosos, y como las puertas de las iglesias estaban siempre abiertas, entraban aisladamente a cualquier hora, estuviese o no oficiando el ministro; y encerrándose en bancos separados, oraban a Dios con gran fervor y devoción.

Otros se reunían en las capillas de los disidentes, cada uno según le indicaba su propia opinión en estas cosas; pero todos ellos eran promiscuamente objeto de la chocarrería de estos hombres, especialmente al inicio de la epidemia.

Al parecer, habían sido reprendidos por la forma en que insultaban abiertamente a la religión por muchas personas honorables de diferentes credos, lo que, junto con la violenta furia de la peste, había sido la causa de que mitigaran su rudeza algún tiempo antes; y sólo se excitaron, por espíritu de maldad y ateísmo, primero ante el alboroto que se produjo cuando el caballero fue llevado allí, y quizá fueron luego empujados por el mismo demonio cuando me propuse reprenderles su conducta; aunque al principio lo hice con toda la calma, moderación y cortesía que pude, por lo que durante un tiempo me insultaron más creyendo que mi compostura obedecía al miedo que me inspiraba su enojo, si bien luego se dieron cuenta de que no era así.

Volví a mi casa con el espíritu triste y afligido por la abominable perversidad de aquellos hombres, sin dudar de que pasarían a ser ejemplo espantoso de la justicia de

Dios; pues yo veía en esta calamidad una ocasión particularísima para la venganza Divina, y creía que Dios escogería en esta oportunidad a los que eran objeto de su desagrado, de manera más especial y notable que en cualquier otra época; y si bien yo creía que muchas personas buenas caerían, y habían caído, en la calamidad común, y que no había regla fija alguna para juzgar el destino eterno de nadie por su buena o mala conducta en tales tiempos de destrucción general, digo, sin embargo, que no podía menos que juzgar razonable que Dios creyese injusto amparar con Su misericordia a enemigos tan abiertamente declarados, que insultaban Su nombre y Su Ser, desafiaban Su venganza y se mofaban de Su culto y de Sus fieles en semejantes tiempos: no, ni aunque en otros tiempos Su clemencia hubiera hallado justo tolerarles su conducta y preservarlos: que éste era el día del castigo, el día de la cólera de Dios: y vinieron a mi memoria aquellas palabras, Jer. v. 9: «¿No he de castigar yo estas cosas?», dice el Señor, «¿y no se vengará mi alma de un pueblo así?».

Estas cosas, como digo, daban vueltas en mi cabeza, y volví a mi casa muy apesadumbrado y triste por el horror de la maldad de estos hombres y por pensar en que podía haber algo tan vil, empedernido y escandalosamente perverso como insultar a Dios, a Sus siervos y a Su adoración de esa manera, y en un tiempo como el que vivíamos, cuando Él tenía Su espada alzada, como efectivamente así era, con el propósito de tomar venganza, no sólo en ellos, sino de toda la nación.

Es verdad que al principio experimenté cólera hacia ellos, que ciertamente fue provocada no por ninguna de las ofensas que personalmente me prodigaron, sino por el horror que sus blasfemas lenguas produjeron en mí. Sin embargo, en mi interior dudaba de si el resentimiento que albergaba no sería sólo cosa mía, ya que también me lanzaron una buena dosis de enormidades, quiero decir, dirigidas a mi persona: mas luego de alguna vacilación, con el espíritu oprimido por la pena, me retiré tan pronto como llegué a casa, sin poder dormir aquella noche; y después de dar las más humildes gracias a Dios por haberme librado del gran peligro al que había estado expuesto, dispuse mi ánimo con la mayor seriedad para rezar por aquellos miserables, a fin de que Dios los perdonase, les abriese los ojos y les hiciera humillarse ante Él.

Con ello, no sólo cumplí con mi deber, o sea el de rezar por aquellos que me trataron con maldad, sino que puse a prueba mi propio corazón, a mi entera satisfacción, para asegurarme de que no estaba lleno de resentimiento porque me hubiesen ofendido personalmente; y recomiendo humildemente el método a todos aquellos que deseen saber, o estar seguros, de cómo distinguir su celo por la honra de Dios de los efectos de sus propias pasiones y resentimientos.

Pero he de retomar aquí la narración de los incidentes particulares de la época de la peste que vuelven a mi memoria, especialmente el período en el que cerraban las casas, durante la primera fase de la epidemia; ya que entonces, antes de que la enfermedad hubiera alcanzado su apogeo, la gente tenía más ocasiones para observar

las cosas que luego, porque cuando la peste se hizo muy intensa, ya no había tantas posibilidades de comunicarse unos con otros como antes.

Durante el cierre de las casas, como dije, se cometieron algunos actos de violencia con los vigilantes. En cuanto a los soldados, no se podía encontrar ni a uno solo. Los pocos guardias que el rey tenía en aquel tiempo, y que no eran nada comparados con los que se mantienen desde entonces, estaban dispersos, bien en Oxford con la Corte, bien en cuarteles situados en lugares remotos del país, salvo pequeños destacamentos que prestaban servicio en la Torre y en Whitehall y que constaban de muy pocos hombres. Tampoco estoy muy seguro de que en la Torre hubiera más guardias que los alcaides, como se los llamaba, quienes montaban guardia a la entrada con túnicas y casquetes iguales a los de los alabarderos de palacio, exceptuando a los arcabuceros corrientes, que eran veinticuatro, y a los oficiales encargados de cuidar el polvorín y que eran llamados armeros. En cuanto a la formación de partidas disciplinadas, no había posibilidad de alistar ninguna; aunque la comandancia, ya fuese la de Londres o la de Middlesex, hubiera ordenado batir los tambores para llamar a filas, creo que ninguna de las compañías se habría constituido, cualquiera que fuese el riesgo a correr.

Esto hacía que los vigilantes fuesen negligentes, y quizás era también el motivo de que se emplease contra ellos una mayor violencia. Lo menciono para observar que colocar de esa manera vigilantes para mantener a la gente dentro era, en primer lugar, ineficaz, porque la gente, por fuerza o por maña se escapaba prácticamente cuando le daba la gana; en segundo lugar, los que así se evadían eran por regla general personas ya contagiadas que corrían desesperadamente de un lado a otro, sin reparar en a quién hacían daño. Es posible que haya sido esto lo que diera origen a los relatos ya mencionados previamente, de que estaba en el ánimo de la gente infectada el deseo de contagiar a otros, cosa que era totalmente falsa.

Y sé tan bien todo esto y lo he visto en tantos casos, que puedo contar varias historias sobre gentes buenas, piadosas y creyentes que, al haber contraído la peste, estuvieron tan lejos de querer infectar a otros que prohibieron a su propia familia que se les acercara; y que hasta llegaron a morir sin ver a sus seres más queridos por miedo a ser el instrumento que les transmitiera la peste y los infectara o pusiera en peligro. Si acaso, hubo veces en las que las personas infectadas fueron descuidadas en cuanto al daño que ocasionaban a otros; y ésta es ciertamente una de ellas; o sea, cuando personas que tenían la peste escapaban de casas que habían sido cerradas; y arrastradas por la necesidad de conseguir alimento y techo, ocultaban su estado y se transformaban así en instrumento involuntario de contagio de otras personas, que habían sido ignorantes y descuidadas al respecto.

Ésta es una de las razones por las que yo creía entonces, y sigo creyendo aún, que cerrar así las casas por la fuerza, confinando, o mejor dicho, encarcelando a la gente

en sus propias casas, era en conjunto de poca o ninguna utilidad. Es más, soy de la opinión de que fue más bien perjudicial, pues forzó a aquellos pobres desesperados, que de otra manera hubieran muerto tranquilamente en sus propias camas, a vagar de un lugar a otro con la peste sobre sus cuerpos.

Recuerdo a un ciudadano quien, luego de haber escapado así de su casa en Aldersgate Street o algún sitio próximo, recorrió el camino que conducía a Islington. Intentó entrar en la Posada del Ángel, y luego en la del Caballo Blanco, dos albergues que son conocidos desde entonces siempre con los mismos rótulos, mas fue rechazado. Entonces llegó a Pied Bull, una posada que también subsiste con su antiguo nombre. Les pidió alojamiento por una sola noche, afirmando que iba a Lincolnshire y asegurándoles que estaba completamente sano y libre de la peste, la que por ese entonces aún no había llegado mucho a esos parajes.

Le dijeron que no disponían de ninguna habitación libre, pero que tenían una cama arriba en el desván, y que podían darle esa cama por una noche, pues esperaban a unos ganaderos con reses para el día siguiente; de modo que, si quería aceptar ese cobijo, podría disponer de él, cosa que el hombre hizo. Así pues, enviaron con él a una criada con una candela, para que le mostrara la habitación. El hombre estaba muy bien vestido y aparentaba ser una persona no habituada a dormir en un desván. Y cuando entró en la habitación, exhaló un profundo suspiro y dijo a la criada: «Pocas veces he estado en un aposento como éste». Pero la criada le aseguró nuevamente que no tenía nada mejor; «Bueno», dijo el hombre, «tendré que arreglarme. Es ésta una época espantosa; pero es sólo por una noche». Se sentó al borde del lecho y pidió a la muchacha que le subiera algo, creo que una pinta de cerveza caliente. Por lo tanto, la criada fue a buscar la cerveza, pero alguna cuestión urgente de la casa, que quizás la ocupó en otra tarea, hizo que lo olvidara; y ya no subió más al desván.

A la mañana siguiente, al no ver aparecer al caballero, alguien de la casa preguntó qué había sido de él a la criada que le había enseñado el camino. «¡Ah!», exclamó sobresaltada, «me olvidé completamente de él. Me pidió que le llevara un poco de cerveza caliente, pero me olvidé». Ante esto, mandaron, no a la muchacha, sino a otra persona para que subiera a ver, quien, al entrar en el cuarto, lo encontró cadáver, rígido y casi frío, echado en cruz sobre la cama. Tenía las ropas arrancadas del cuerpo, las mandíbulas caídas, los ojos abiertos en la más terrorífica de las expresiones y una de sus manos fuertemente agarrotada sobre la manta de la cama, de manera que era evidente que había muerto poco después de que la criada lo dejase solo; y es probable que si hubiera subido con la cerveza, ya lo hubiera hallado muerto, pues murió pocos minutos después de haberse sentado sobre la cama. Como puede imaginarse, la alarma en la casa fue enorme. Habían estado libres de la peste hasta ese desastre, que al entrar en la casa, se propagó inmediatamente a otras casas de los alrededores. No recuerdo cuántos murieron en la casa misma, pero creo que la

muchacha que primero había subido con él, cayó pronto enferma por el susto y muchos otros también; siendo así que la semana anterior sólo dos habían muerto de peste en Islington; y la semana siguiente murieron diecisiete, de los que catorce estaban enfermos de peste. Esto sucedió en la semana del 11 al 18 de julio.

Había un ardid al que algunas familias, y no pocas, recurrían cuando el contagio entraba en sus casas, y que era el siguiente: las familias que durante el primer brote de la epidemia habían escapado al campo y tenían retiros entre sus amigos, generalmente habían encargado a uno u otro de sus vecinos o conocidos del cuidado de sus casas, para la seguridad de sus efectos, etcétera. Ciertamente, algunas casas estaban completamente clausuradas, las puertas con candados y tablones clavados sobre ventanas y puertas, y cuya inspección estaba encomendada a los vigilantes corrientes y funcionarios de la parroquia; pero éstas eran muy pocas.

Se creía que había no menos de diez mil casas abandonadas por los habitantes de la ciudad y suburbios, incluyendo las de las parroquias exteriores y las de Surrey; o sea, la ribera que llamaban de Southwark. Esto sin contar la cantidad de inquilinos y de personas solas que huyeron de otras familias, de modo que se estimaba que en total habían escapado de la ciudad unas doscientas mil personas. Pero hablaré de ello más adelante. Sólo lo menciono aquí pues viene a cuento de lo que decía, o sea que, generalmente, los que tenían dos casas a su cargo o cuidado, cuando alguien de la familia caía enfermo, y antes de que el dueño de la casa notificara de ello al examinador o a otro funcionario, enviaban inmediatamente al resto de su familia, con los niños y criados que hubiera, a esa otra casa que tenían bajo su cuidado, e informaban luego de la existencia de la persona enferma al examinador y llamaban a una o a varias enfermeras y a alguna otra persona más para que fuese encerrada con ellas (cosa que muchos estaban dispuestos a hacer por dinero), y cuidara de la casa en caso de que el enfermo falleciese.

En muchos casos, esto significó la salvación para familias enteras que hubieran muerto irremisiblemente en caso de haber sido encerradas con la persona enferma. Mas, por otra parte, esto constituía otro de los inconvenientes del cierre de las casas, pues la aprensión y el terror de ser encerrados hacía que muchos huyesen con el resto de la familia, los cuales, aunque no era públicamente sabido y no estaban todavía enfermos, ya llevaban sin embargo la peste consigo; y como tenían completa libertad para andar por todas partes, aunque estaban obligados a ocultar su situación, que quizá ni ellos mismos conocían, transmitían la enfermedad a otros; y propagaban la epidemia de una manera espantosa, según explicaré con más detalle a continuación.

Permítaseme en este punto hacer una o dos observaciones propias que pueden ser de posterior utilidad para aquellos en cuyas manos pudieran caer, en caso de que alguna vez llegaran a ser testigos de una epidemia tan horrorosa. 1) La infección entraba generalmente en las casas de los ciudadanos por conducto de los sirvientes, a

quienes se veían obligados a enviar de un lado a otro por las calles en busca de todo lo necesario, es decir, alimentos y remedios, a las tahonas, bodegas, tiendas, etc., y quienes al tener que transitar por las calles y entrar forzosamente en tiendas, mercados y demás comercios, era poco menos que imposible que no se encontraran, de una manera u otra, con personas apestadas que les transmitían el aliento fatal para que lo llevaran a casa de las familias a las que pertenecían. 2) Era un gran error que una ciudad tan grande como ésta tuviera un solo lazareto; porque si hubiera habido varios en lugar de uno —o sea, el que estaba situado detrás de Bunhill Fields y que podía acoger a lo sumo a doscientas o trescientas personas— si hubiera habido, como digo, varios lazaretos en lugar de uno, pudiendo cada uno de ellos albergar a mil almas, sin tener que acostar a dos personas en una misma cama ni poner dos camas en una sola habitación; y si cada cabeza de familia hubiera estado obligado a enviar al lazareto más cercano a cualquier sirviente tan pronto como hubiese caído enfermo, si éste accedía, lo que muchos habrían hecho; y si los examinadores hubieran hecho lo mismo entre los pobres cuando alguno de ellos hubiese estado atacado por la enfermedad; si, como digo, se hubiera hecho esto en casos en que la gente estaba dispuesta a ello —no en caso contrario—, y no se hubieran cerrado las casas, estoy convencido de que no habrían muerto tantos, sino muchos miles menos, y ésta sigue siendo mi opinión; pues se observó, y podría dar varios ejemplos de ello, dentro de los límites de mi propio conocimiento, que cuando un sirviente caía enfermo, si la familia hubiera tenido tiempo, sea para enviarle fuera, sea para marcharse de la casa y dejar allí a la persona enferma, como indiqué antes, hubieran podido salvarse todos; mientras que, cuando se cerraba la casa ante la aparición de la enfermedad en uno o varios miembros de la familia, la familia entera perecía, y los portadores tenían que entrar para recoger y sacar los cadáveres, pues nadie tenía fuerzas para llevarlos hasta la puerta, o al final ya no quedaba nadie que pudiera hacerlo. 3) Esto me convenció plenamente de que la calamidad se propagaba por contagio; es decir, por ciertas corrientes o emanaciones que los médicos llaman efluvios, por la respiración o la transpiración, o bien por el hedor de las pertenencias de las personas enfermas, o bien por algún otro medio que quizá estuviese incluso fuera del alcance de los médicos mismos, efluvios que afectaban a los sanos que se aproximaban demasiado a los enfermos, penetrando inmediatamente en las partes vitales de dichas personas sanas, poniendo acto seguido su sangre en fermentación y agitando sus espíritus hasta el grado en que se comprobó que estaban agitados; y así, estas personas recién contagiadas transmitían el mal a otros de igual manera. Daré algunos ejemplos de ello que no pueden menos que convencer a quienes los estudian seriamente; y no puedo menos que asombrarme al encontrar gente que, ahora que la plaga ha pasado, dice que fue un golpe directo del Cielo, llegado sin el concurso de intermediarios, enviado para castigar a determinadas personas y a ninguna otra creencia que merece mi

desprecio por ser signo evidente de ignorancia y de prejuicios; igual que la opinión de otros, según los cuales la infección era transportada sólo por el aire, al llevar éste consigo enormes cantidades de insectos y de seres invisibles, que entran en el cuerpo junto con el aire por la respiración e incluso por los poros, y allí generan o emiten agudísimos venenos u *ovae* o huevos venenosos que se mezclan con la sangre e infectan de esa manera todo el cuerpo; discurso lleno de erudita sencillez y confirmado por la experiencia universal; pero hablaré de este caso en su momento.

He de hacer notar también, que no hubo nada más fatal para los habitantes de esta ciudad que la negligencia imperdonable de las gentes mismas, quienes durante el largo período de alerta y de conocimiento de la calamidad que se avecinaba, no hicieron preparativo alguno almacenando provisiones de reserva y otras cosas imprescindibles con las que hubieran podido vivir reclusos dentro de sus propias casas, como ya dije que otros hicieron, los que en muchos casos fueron preservados gracias a esa precaución; la gente tampoco rehuía conversar con los demás como hacía al principio, antes de volverse insensible, cuando estaban apestados; no, por más que lo supiesen.

Reconozco que yo fui uno de estos irreflexivos que no acumularon provisiones, hasta el punto de que mis criados tenían que salir a la calle para comprar cualquier fruslería de a penique o medio penique, exactamente igual que siempre, hasta que, cuando mi experiencia me hizo ver que esto era un desatino y comencé a ser más sensato, era tan tarde que apenas tuve tiempo para pertrecharme con lo suficiente para subsistir durante un mes. No tenía en casa más que una mujer anciana que llevaba la casa, una criada, dos aprendices y yo mismo; y como la peste se extendía alrededor de nosotros, tenía muchos pensamientos tristes acerca del camino a seguir y de la manera de actuar. Las muchas cosas espantosas que sucedían por todas partes y que yo presenciaba al andar por las calles, me habían imbuido de gran espanto y miedo a la peste, que en verdad era horrorosa, en algunos más que en otros. Las hinchazones, que por general se localizaban en el cuello o en la ingle, cuando crecían duras, sin abrirse, eran tan dolorosas como la más refinada de las torturas; y algunos, incapaces de sufrir el tormento, se arrojaban por las ventanas o se suicidaban con armas de fuego o de alguna otra forma, y yo asistí a varias lúgubres escenas de esta clase. Otros, al no poder contenerse, desahogaban su dolor rugiendo sin cesar, y podían escucharse por las calles lamentos tan penetrantes y lastimeros, que sólo pensar en ellos me estremecía el corazón, especialmente al tener que pensar que idéntico y horrible castigo podía abatirse en cualquier momento también sobre nosotros.

Sólo puedo decir que entonces comencé a flaquear en mis resoluciones, mi valor me abandonó y me arrepentí amargamente de mi temeridad. Cuando hube estado en la calle y visto cosas tan terribles como las que he indicado, me arrepentí de mi temeridad al haberme arriesgado a permanecer en la ciudad. A menudo hubiera

deseado no haber decidido quedarme, sino haber partido junto con mi hermano y su familia.

Aterrorizado por tan atroces visiones, a veces me encerraba en mi casa y decidía no volver a salir; y quizá mantenía mi resolución durante tres o cuatro días, tiempo que dedicaba a agradecer sinceramente haber sido preservado, al igual que los míos, y a confesar todos mis pecados encomendándome a Dios todos los días y consagrándome a Él con ayuno, humildad y meditaciones. En los intervalos, me ocupaba en leer libros y en escribir mis impresiones sobre lo que me sucedía a diario; escritos de los que luego extraje la mayor parte de este trabajo, que se refiere a las observaciones que realicé fuera de mi casa. Lo que he escrito acerca de mis meditaciones privadas lo guardo para mí, y no deseo que se haga público bajo ningún pretexto.

También escribí otras meditaciones sobre temas divinos, que me venían a la mente en ese entonces y que eran útiles para mí pero para nadie más, por lo que no volveré a hablar de ellas.

Yo tenía un excelente amigo, un médico cuyo nombre era Heath, a quien visitaba con frecuencia durante esa triste época, y a cuyos consejos estoy muy agradecido por las muchas cosas que me recetó para que las tomara, a fin de evitar el contagio cuando salía fuera, cosa que él sabía que yo hacía a menudo, y para mantener en la boca cuando andaba por las calles. Él también venía a verme muchas veces, y como era un buen cristiano y un buen médico, su conversación era para mí un gran consuelo en medio de esa atroz calamidad.

Estábamos a principios de agosto, y la peste se propagaba con gran violencia y de manera terrible en el lugar en que yo vivía; y el doctor Heath, sabiendo que yo me aventuraba tan frecuentemente por las calles, me convenció para que me encerrara bajo llave con los míos y que no permitiese salir a ninguno de nosotros y de que tuviese todas las ventanas aseguradas, con los postigos cerrados y las cortinas corridas; y que no las abriese jamás sin haber hecho antes un fuerte humo en la habitación en la que se iba a abrir la ventana o la puerta, bien con brea, bien con azufre, pólvora o sustancias similares; y así lo hicimos durante algún tiempo; mas como yo no había acopiado provisiones suficientes para un retiro tan prolongado, me era imposible quedar encerrado completamente. Sin embargo, aunque era bastante tarde, intenté hacer algo en ese sentido; primeramente, como disponía de comodidades para hornear y elaborar cerveza, salí y compré dos sacos de harina; y como teníamos un horno, durante varias semanas preparamos nuestro propio pan; también compré malta e hice tanta cerveza como podían contener los barriles de que disponía, que parecía ser suficiente para abastecer mi casa durante cinco o seis semanas; también almacené una cierta cantidad de mantequilla salada y queso de Chesire; mas no tenía carne fresca, y el azote de la peste se hacía sentir tan

violentamente entre los carniceros y matarifes del otro lado de nuestra calle donde, como es sabido, los hay en gran número, que no era aconsejable cruzar la calle y acercarse a ellos.

He de hacer notar aquí nuevamente que fue esta necesidad de salir de nuestras casas para comprar provisiones una de las principales causas de la ruina de toda la ciudad, pues en estas ocasiones era cuando las gentes se contagiaban unas a otras, e incluso las provisiones estaban muchas veces corrompidas; o al menos, tengo motivos para creer que así era, por lo que no puedo decir con complacencia lo que sé que se afirma con tanta seguridad, o sea, que la gente del mercado y los que traían las provisiones a la ciudad no estaban nunca infectados. Sé positivamente que los carniceros de Whitechapel, donde se mataba la mayor parte de las reses de carne, habían sido atrocemente castigados por la peste; y ello, hasta el punto de que muy pocos de sus comercios seguían abiertos; y los que quedaban, mataban sus reses en Mile End y por esos lugares; y traían la carne al mercado transportándola mediante caballos.

No obstante, las gentes pobres no podían acumular provisiones, y estaban obligadas a ir de compras al mercado; otros mandaban a sus criados o a sus hijos; y como ésta era una necesidad que se renovaba a diario, condujo al mercado a mucha gente que no estaba sana; y muchos de los que fueron allí sanos, volvieron llevando consigo la muerte a sus casas.

Es cierto que la gente tomaba las máximas precauciones posibles. Si alguno compraba un cuarto de res en el mercado, no lo tomaba de manos del carnicero, sino que lo descolgaba él mismo de los ganchos. Por otra parte, el carnicero no tocaba el dinero, sino que lo hacía poner en un pote lleno de vinagre que tenía dispuesto para ese propósito. Los compradores llevaban siempre calderilla con el fin de poder juntar cualquier suma desigual, para no tener que recibir cambio. Llevaban frascos de esencias y perfumes en las manos y empleaban todos los recursos imaginables; mas los pobres ni siquiera podían hacer nada semejante, por lo que tenían que exponerse a todos los peligros.

Cada día escuchábamos contar historias lúgubres a este respecto. A veces, un hombre o una mujer caían muertos en el mercado mismo, ya que muchas personas que estaban incubando la peste ignoraban que estaban enfermas hasta que la gangrena interna atacaba sus órganos vitales y morían en pocos minutos. Ello era la causa de que muchos muriesen de esta manera en las calles, sin previo aviso; otros tenían quizá justo el tiempo necesario para ir hasta el edificio o establo más próximo, o hasta cualquier soportal, para sentarse y morir, tal como dije antes.

Escenas como éstas eran tan frecuentes por las calles, que cuando la peste alcanzaba su máximo furor en algún lugar, cualquiera que hubiera recorrido las calles habría podido ver varios cadáveres que yacían aquí y allá sobre el suelo. Es digno de

observar, por otra parte, que si bien al principio la gente se detenía en su camino en tales casos, y llamaba a los vecinos para que salieran, posteriormente, sin embargo, nadie les prestaba atención, sino que, al encontrarnos en cualquier circunstancia un cuerpo tendido, cruzábamos la calle y no nos acercábamos a él; o si era en un sendero o un pasaje estrecho, retrocedíamos, dábamos media vuelta y buscábamos otro camino para ir hacia el sitio al que nos encaminábamos; y en semejantes casos, el cadáver quedaba siempre allí hasta que los funcionarios eran advertidos para ir a buscarlo y llevárselo, o bien hasta la noche, cuando los portadores de los carros los recogían y los llevaban al cementerio. Tampoco dejaban esas impávidas criaturas que cumplían estas funciones de registrar los bolsillos de los cadáveres; y a veces les arrancaban las ropas si estaban bien vestidos, como sucedía en ocasiones; y les quitaban todo lo que podían.

Pero volvamos a los mercados. Los carniceros habían tomado la precaución de tener siempre a mano a los oficiales, para que si alguna persona moría dentro del mercado, la recogieran con unas parihuelas y la llevaran al cementerio más próximo; y esto era tan frecuente, que esos muertos no figuraban siquiera en la lista semanal: «Encontrado muerto en la calle o en los campos», como se hace hoy día, sino que aparecían sólo en los anales generales de la gran peste.

Sin embargo, luego la furia de la peste se intensificó hasta tal punto que incluso en los mercados había muy pocas provisiones, y era mucho menor el número de compradores que los frecuentaban, comparado con el que había antes; y el corregidor ordenó que la gente del campo que traía provisiones fuera detenida en los caminos que conducían a la ciudad; y que se sentase allí con su mercancía; y que vendiese allí lo que había traído, y que se marchase inmediatamente después de haberlo hecho. Esto alentó mucho a la gente del campo a actuar así, pues vendían sus provisiones a las mismas entradas de la ciudad, e incluso en los campos, especialmente en aquellos situados detrás de Whitechapel, en Spittlefields, así como en St. Georges Fields, en Southwark, en Bunhill Fields y en un extenso campo llamado Woods Close, cerca de Islington. Allí era donde enviaban a sus funcionarios y criados el corregidor, los regidores y los magistrados, recluyéndose ellos lo más posible, cosa que hicieron también muchas otras personas; y una vez puesto en práctica este sistema, los campesinos vinieron muy gustosa y alegremente, y trajeron víveres de todas clases; y muy pocas veces sufrieron daño, lo que, según creo, contribuyó a reforzar las habladerías en el sentido de que estaban milagrosamente protegidos. En cuanto a mi reducida familia, al haber, como dije, acumulado una reserva de pan, mantequilla, queso y cerveza, seguí el consejo de mi médico y amigo, y me encerré con los míos, decidido a soportar la prueba de vivir durante algunos meses sin carne fresca, antes de tener que comprarla con riesgo de nuestras vidas.

Pero, si bien había confinado a mi familia, no podía dominar mi propia curiosidad

insatisfecha lo suficiente como para permanecer totalmente recluso; y aunque generalmente volvía a casa espantado y aterrorizado, no por ello podía privarme de salir, sólo que ya no lo hacía, ciertamente, con la misma frecuencia que al principio.

Además, tenía ciertas pequeñas obligaciones, como la de ir a la casa de mi hermano, que estaba en la parroquia de Coleman Street y que él había dejado a mi cuidado; al principio iba allí todos los días, pero luego lo hacía solamente una o dos veces por semana.

Durante estos paseos mis ojos contemplaron muchas escenas espantosas, como por ejemplo, personas que se desplomaban muertas en las calles, terribles voces y chillidos de mujeres que, en su agonía, abrían de par en par las ventanas de las habitaciones y lanzaban agudos gritos, lúgubres y sobrecogedores. Sería imposible describir la diversidad de actitudes en las que se manifestaban las pasiones de la pobre gente.

Al pasar un día a través de Tokenhouse Yard, en Lothbury, se abrió súbitamente un postigo, justo sobre mi cabeza, con gran violencia; y una mujer lanzó tres terroríficos chillidos y luego gritó: «¡Oh, muerte, muerte!» en un tono inimitable que me llenó de espanto y me heló la sangre en las venas. No se veía a nadie por la calle y tampoco se abrió ninguna otra ventana, por cuanto la gente ya no sentía curiosidad por nada ni tampoco podían ayudarse unos a otros; así pues, seguí mi camino para entrar en Bell Alley.

Justo en Bell Alley, a mano derecha del pasaje, había un griterío aún más terrible que el anterior, si bien no estaba dirigido hacia la calle; pero toda la familia estaba poseída por un miedo pánico, y pude oír a mujeres y niños correr por la habitación gritando como dementes, hasta que se abrió una mansarda y alguien preguntó desde el otro lado del pasaje: «¿Qué es lo que pasa?», a lo que contestaron desde la primera ventana: «¡Oh, Señor, mi esposo se ha ahorcado!». La otra voz preguntó: «¿Está verdaderamente muerto?», y la primera respondió: «¡Ay, ay, absolutamente, muerto y frío!». Esta persona era un comerciante y un regidor diputado, muy rico. No deseo mencionar su nombre, aunque también lo sabía, porque sería muy duro para la familia, que ahora es próspera nuevamente.

Pero éste no es más que uno de los muchos casos horrorosos que se sucedían diariamente en las familias y que son casi increíbles. La gente, devorada por la peste o atormentada por sus pústulas, que por cierto eran insoportables, y sin poderse dominar, en pleno delirio y locura, volviéndose a menudo violentamente contra sí mismos, se arrojaban por las ventanas, se disparaban armas de fuego, etc.; madres que en su frenesí asesinaban a sus propios hijos, personas que morían nada más que de pena; otras, simplemente de terror y de espanto, sin estar infectadas en lo más mínimo; otras a las que el terror arrastraba a la idiotez y al delirio insano, a la desesperación y al frenesí, otras a una locura melancólica.

El dolor producido por las hinchazones era especialmente violento e intolerable para algunos; y puede decirse que los cirujanos y médicos torturaron a muchas pobres criaturas incluso hasta la muerte. En algunos, las hinchazones eran duras y les aplicaban emplastos supurativos o cataplasmas para abrirlas y si estos remedios no servían, las cortaban y escarificaban de manera terrible. En algunos, aquellas hinchazones estaban endurecidas tanto por la fuerza de la enfermedad como por los emplastos violentos aplicados, y eran tan duras, que no había ya instrumento capaz de cortarlas; y entonces las quemaban con cáusticos, de modo que muchos murieron delirando en su agonía, algunos de ellos durante la operación misma. Otros, tras pasados de dolor, por falta de una ayuda que los mantuviese sujetos a sus lechos o que los atendiese, se quitaban la vida como dije antes. Algunos escapaban a la calle, a veces desnudos, y corrían directamente hacia el río; y si no eran detenidos por el vigilante o algún otro guardia, se precipitaban dentro del agua dondequiera que la hallasen.

Frecuentemente me atravesaba el alma escuchar los quejidos y aullidos de los que eran atormentados de esta guisa, si bien esta solución se tenía por más prometedora; ya que si se conseguía hacer madurar, abrir y dejar supurar estas hinchazones, o hacerlas digerir, como decían los cirujanos, el paciente se recuperaba por regla general; mientras que aquellos que eran fulminados por la enfermedad al principio, como la hija de aquella dama, apareciendo sólo luego las marcas características sobre sus cuerpos, con frecuencia andaban por todas partes tranquilamente hasta muy poco antes de morir, algunos hasta el momento mismo en que se desplomaban, como suele suceder en caso de apoplejía o epilepsia; se sentían muy enfermos súbitamente, y corrían hacia un banco o un tronco, o cualquier lugar conveniente que tuviesen cerca, o a sus propias casas si era posible, como mencioné antes, para sentarse, desvanecerse y morir. Esta clase de muerte era muy parecida a la que sobrevenía en casos de gangrena común, en que las gentes se desmayaban y se marchaban como en un sueño. Los que así morían tenían muy poca conciencia de estar infectados, hasta que la gangrena se les había extendido por todo el cuerpo; tampoco los médicos sabían con certeza lo que les ocurría hasta que les abrían el pecho u otras partes del cuerpo y veían las señales.

En aquellos días nos contaron gran cantidad de historias terroríficas sobre las enfermeras y vigilantes que atendían a los moribundos; me refiero a las enfermeras contratadas que cuidaban a las personas infectadas, y las trataban con brutalidad, dejándolas perecer de inanición, asfixiándolas o apresurando su fin de otras maneras malvadas; es decir, asesinándolas; y de vigilantes destacados para guardar casas cerradas en las que no quedaba más que una sola persona, yaciendo quizá enferma, que habían entrado por la fuerza y asesinado a dicha persona, echándola fuera enseguida, dentro del carro de los muertos; y de tal suerte, había sido llevada a la sepultura, caliente todavía.

Solamente puedo decir que se cometieron algunos asesinatos como éstos y creo que por ello dos personas fueron enviadas a la cárcel, pero murieron antes de poder ser juzgadas; y he oído decir que otros tres, en diferentes ocasiones, fueron absueltos de culpa por asesinatos de esta índole; mas debo decir que no creo que estos crímenes hubiesen sido tan habituales como algunos se complacen en decir desde entonces; tampoco parecía que fuesen crímenes muy racionales, siendo así que las personas estaban tan débiles que no podían defenderse, ya que rara vez se recuperaban; y no existía la tentación de cometer un asesinato, al menos ninguna que igualase a la realidad, por cuanto eran personas que seguramente hubieran muerto a muy corto plazo y no hubieran podido sobrevivir.

No niego que en esos tiempos espantosos se cometieran muchísimos latrocinios y perversidades. El influjo de la codicia era tan fuerte en algunos, que eran capaces de correr cualquier riesgo para robar y saquear; especialmente en casas en las que todas las familias o moradores habían muerto y habían sido llevados al cementerio, y en las que forzaban la entrada arriesgándose a todo; y sin considerar el peligro de contagio a que se exponían, se apoderaban incluso de las ropas de los cadáveres y de las sábanas de otros que yacían muertos sobre sus lechos.

Seguramente fue éste el caso de cierta familia en Houndsditch, donde encontraron a un hombre y a su hija —según supongo, el resto de la familia ya había sido retirado por el carro fúnebre—, completamente desnudos, uno en una habitación y el otro en otra, yaciendo muertos sobre el piso; y robada y desaparecida la ropa de las camas, de donde se supone que fueron hechos rodar por los ladrones.

Es menester hacer observar que durante toda esta calamidad fueron las mujeres las criaturas más temerarias, desaprensivas y arrojadas; y como hubo muchísimas que iban de un sitio a otro como enfermeras para cuidar a los que estaban enfermos, cometieron gran cantidad de pequeños robos en las casas en las que eran empleadas; y algunas fueron azotadas públicamente por ello, cuando quizá hubieran debido ser ahorcadas para escarmiento de todos, ya que muchas casas fueron saqueadas en dichas ocasiones; hasta que, por fin, los funcionarios de la parroquia fueron encargados de recomendar las enfermeras a los enfermos; y como aquéllos siempre se

informaban sobre la persona que enviaban, podían luego hacerles rendir cuentas en caso de que la morada en la que eran colocadas hubiese sufrido algún abuso.

Pero estas sustracciones se reducían principalmente a vestidos, géneros de lino y toda sortija o dinero que cayera en sus manos cuando moría la persona a cuyo cargo estaban, sin llegar a ser un saqueo general de las casas: y podría relatar la historia de una de esas enfermeras, la que varios años más tarde, en su lecho de muerte, confesó con profundo terror todos los latrocinios que había cometido cuando había sido enfermera, y gracias a los cuales se había enriquecido considerablemente. En cuanto a asesinatos, no veo que jamás haya habido prueba alguna de los hechos de la manera en que se pretendía que habían ocurrido, salvo como ya dije antes.

Por cierto, me contaron el caso de una enfermera de otro lugar que colocó una tela mojada sobre el rostro de un paciente que estaba bajo su cuidado, poniendo de esa manera término a su vida, que ya estaba a punto de extinguirse; y el de otra que asfixió a una mujer joven a la que cuidaba, mientras ésta estaba desmayada, y que esa mujer se hubiera recuperado; el de algunas que asesinaban a sus pacientes suministrándoles tal cosa; otras, otra distinta; y algunas, que los mataban de hambre al no darles nada en absoluto. Mas estas historias tenían dos indicios de sospecha que las acompañaban indefectiblemente y que hacían que siempre se las desestimara y se las considerase como simples habladurías con las que las gentes del pueblo se aterrorizaban los unos a los otros. Primeramente, cualquiera que fuese el lugar en que la contasen, situaban siempre la escena en el lugar más remoto de la ciudad, en la parte opuesta o más alejada de aquella en la que uno escuchaba la historia. Si se la escuchaba en Whitechapel, había sucedido en St. Giles, o en Westminster, o en Holborn, o en ese extremo de la ciudad. Si en cambio, era en ese extremo de la ciudad donde se oía, entonces había pasado en Whitechapel, o en los Minories, o alrededor de la parroquia de Cripplegate. Si se comentaba en la ciudad, lógicamente había ocurrido en Southwark; y si era en Southwark donde se oía, entonces el hecho había sucedido en la ciudad, etcétera.

En segundo lugar, sea cual fuere el lugar en que uno oía la historia, los detalles eran siempre los mismos, especialmente lo de echar una tela húmeda sobre el rostro de un hombre moribundo, y aquello de asfixiar a una joven dama; de manera que era evidente, por lo menos a mi entender, que había más de cuento que de realidad en esas historias.

Sin embargo, he de decir que surtieron su efecto sobre la gente, y en particular hicieron que, como dije antes, tuvieran cada vez mayores precauciones al elegir a quienes habían de entrar en sus casas y a quienes habían de confiar sus vidas; y siempre que podían, escogían a personas recomendadas; y si no podían encontrarlas, pues no abundaban, las pedían a los funcionarios de la parroquia.

Mas también en esto la miseria de aquellos tiempos recayó sobre los pobres, los

que, cuando estaban contagiados, no tenían ni comida ni medicamentos, ni médicos ni boticarios o enfermeras que los cuidasen. Muchos de ellos murieron clamando por auxilio, e incluso por sustento, asomados a sus ventanas de la manera más miserable y lastimosa; pero es preciso añadir aquí que cuantas veces se informó a mi señor corregidor de la situación de tales personas o familias, éstas siempre fueron auxiliadas.

También es cierto que en algunas casas en las que la gente no era muy pobre, mas donde quizá habían enviado lejos a las mujeres e hijos, y donde los criados habían sido despedidos, digo que es verdad que para ahorrarse los gastos, muchos individuos como éstos se encerraron a sí mismos y al no recibir ayuda, murieron solos.

Un vecino y conocido mío, al que un tendero de Whitecross Street o de algún lugar próximo debía algún dinero, envió allí a su aprendiz, un joven de unos dieciocho años de edad, para que intentase recuperar el dinero. El muchacho llegó hasta la puerta y, al ver que estaba cerrada, llamó con fuertes golpes; y como creyó haber oído que alguien contestaba desde dentro, aunque no estaba seguro, esperó; después de un tiempo, volvió a llamar, y luego lo hizo por tercera vez, y fue entonces cuando oyó que alguien bajaba las escaleras.

Finalmente, el dueño de la casa llegó hasta la puerta; tenía puestos sus pantalones o calzones, y un chaleco amarillo de franela; no llevaba calcetines, mas tenía un par de zapatillas, un gorro blanco sobre la cabeza y, como dijo el muchacho, *la muerte pintada en el rostro*.

Cuando abrió la puerta preguntó: «¿Por qué tanto alboroto?». El zagal, aunque estaba un poco sobresaltado, replicó: «Vengo de parte de tal, y mi amo me envía por el dinero que dice que vos sabéis». «Muy bien, muchacho», replicó el fantasma viviente; «cuando pases por la iglesia de Cripplegate, ruégales que toquen las campanas»; con estas palabras, cerró otra vez la puerta y volvió a subir; y murió aquel mismo día; es más, quizá en esa misma hora. Fue el muchacho mismo quien me lo contó, y tengo motivos para creer que es cierto. Esto sucedió cuando la peste no había llegado aún a su apogeo. Creo que fue en junio, hacia finales del mes; seguramente fue antes de que los carros de los muertos comenzaran a recorrer las calles, mientras las campanas todavía solían doblar por los muertos, cosa que por cierto ya había dejado de hacerse, al menos en esa parroquia, antes de llegar el mes de julio, puesto que hacia el 25 de ese mes morían allí quinientas cincuenta personas y aún más por semana; y ya no podían inhumar con el ceremonial de rigor ni a ricos ni a pobres.

Antes he mencionado que pese a esta espantosa calamidad, todos los ladrones estaban presentes en todas partes, en todas las ocasiones en que encontraban una buena presa; y que generalmente eran mujeres. Fue una mañana a eso de las once; yo había salido para ir a la casa de mi hermano, en la parroquia de Coleman Street, cosa

que hacía con frecuencia para ver si todo estaba en orden.

La casa de mi hermano tenía delante un pequeño patio, con un muro de ladrillos en el que había un portón; dentro de dicho patio había varios almacenes en los que estaban depositados sus géneros de distintas clases. Pues bien, en uno de dichos almacenes había varios bultos con encopetados sombreros de mujer que procedían del país y que, según creo, estaban destinados a la exportación, no sé hacia dónde.

Cuando llegué cerca de la puerta de mi hermano, que estaba en el callejón llamado Swan Alley, me sorprendió encontrarme con tres o cuatro mujeres que llevaban sombreros sobre sus cabezas; y como recordé luego, una de ellas, que tal vez no fuese la única, llevaba asimismo algunos sombreros en las manos; pero no las había visto salir por la puerta de mi hermano; y como no sabía que mi hermano tuviese tales mercancías en su depósito, no intenté decirles nada, sino que crucé la calle para evitar encontrarme con ellas, tal como era usual hacerlo en aquellos tiempos, por miedo a la peste. Pero cuando me aproximé a la puerta, me topé con otra mujer que salía por ella con más sombreros. «¿Qué enredo, señora», dije yo, «habéis tenido allí?». «Hay allí más gente», contestó ella; «Yo no he tenido más parte que ellos». Me apresuré en llegar a la puerta y no le dije nada más, por lo que ella aprovechó para marcharse. Pero en el preciso instante en que yo llegaba a la entrada, vi a otras dos mujeres que venían cruzando el patio, con sombreros sobre sus cabezas y debajo de los brazos; al ver esto, empujé la puerta detrás de mí, la cual, por tener una cerradura de resorte, se cerró; «A ver», exclamé, «¿qué estáis haciendo aquí?», y me apoderé de los sombreros, quitándoselos. Una de ellas, que según he de admitir, no tenía aspecto de ladrona, dijo: «Ciertamente, obramos mal, mas nos habían dicho que había mercancías sin dueño. Tened la bondad de cogerlos de vuelta; y mirad más allá, pues hay muchas más parroquianas como nosotras». La mujer lloraba y tenía un aspecto tan digno de compasión, que cogí los sombreros de su mano, abrí la puerta y las dejé marcharse, pues en verdad que me daban pena; pero cuando miré hacia el almacén, como ella me había dicho que hiciese, vi a seis o siete más, todas mujeres, probándose los sombreros tan tranquila y despreocupadamente como si estuviesen en la tienda de un sombrerero comprando con su dinero.

Yo estaba asombrado, no sólo por ver tantas ladronas, sino por la situación en que me encontraba, obligado a lanzarme entre tanta gente, después de haber sido durante algunas semanas extremadamente cauteloso, hasta el punto de apartarme del camino de todo el que encontraba por la calle.

Ellas estaban igualmente sorprendidas, pero por otro motivo. Me dijeron que eran vecinas, que habían oído decir que aquellos géneros no tenían dueño y que cualquiera podía llevárselos, y cosas similares. Al principio, les hablé duramente, fui hasta la puerta y saqué la llave de la cerradura; de manera que todas ellas pasaron a ser mis prisioneras; y las amenacé con encerrarlas en el almacén e ir a buscar a los alguaciles

de mi señor corregidor.

Me suplicaron que las dejase marchar, protestando de que habían encontrado el portón abierto y abierta también la puerta del almacén; y dijeron que seguramente habían sido forzados por alguien que esperaba encontrar cosas de más valor; lo que por cierto era razonable de creer, puesto que la cerradura estaba rota, el candado que colgaba de la puerta en su parte exterior estaba suelto y eran pocos los sombreros que se habían llevado.

Al fin consideré que no eran tiempos para ser cruel y severo; y además, eso me obligaría a hacer muchas gestiones, a tener que recibir a mucha gente y a acudir yo mismo a ver a personas de cuyo estado de salud no sabía nada; y que precisamente en esos días la plaga era tan violenta que se llevaba a cuatro mil personas por semana; de manera que si mostraba mi resentimiento o si buscaba justicia para mi hermano por el robo de su mercancía, podía llegar a perder mi propia vida; así pues, me limité a apuntar los nombres y los lugares en que vivían algunas de ellas, que efectivamente eran del vecindario; y a advertirles de que mi hermano les pediría cuentas de ello cuando volviese a su casa.

Luego charlé con ellas mudando el tono, y les pregunté cómo podían hacer cosas como éstas en tiempos de semejante calamidad general y a la vista de los espantosos castigos de Dios, estando la peste a las mismísimas puertas de sus casas y quizá dentro de las mismas, cuando no podían saber sí el carro fúnebre se pararía ante sus puertas dentro de algunas horas para transportarlas a sus tumbas.

No pude observar que mis palabras les hubieran causado mucha impresión; hasta que llegaron dos hombres del vecindario que habían oído el alboroto y que vinieron en mi auxilio, puesto que conocían a mi hermano por haber sido ambos mantenidos por su familia. Dado que estos hombres eran vecinos, conocían bien a tres de las mujeres; y me dijeron quiénes eran y dónde vivían; y al parecer ellas me habían dicho la verdad sobre sí mismas.

Esto me hace recordar algunas otras cosas acerca de estos dos hombres. Uno de ellos se llamaba John Hayward y por aquel entonces trabajaba como sepulturero auxiliar en la parroquia de St. Stephen, en Coleman Street. Por sepulturero auxiliar se entendía entonces a los meros cavadores de fosas y portadores de cadáveres. Este hombre en cuestión había transportado, o ayudado a transportar hasta sus tumbas a todos los muertos que habían sido enterrados en dicha parroquia, por lo demás muy extensa, y que habían sido inhumados con el ceremonial de rigor; y desde que se había dejado de enterrar a la gente de esa manera, iba con el carro de los muertos y la campanilla para recoger los cadáveres en las casas en que yacían; y había sacado a muchos de sus casas y de sus alcobas; pues esa parroquia es, y lo sigue siendo, especialmente notable entre todas las parroquias de Londres por la gran cantidad de callejuelas y pasajes muy extensos en los que no podía entrar carro alguno, por lo que

los portadores se veían obligados a ir a recoger los cadáveres por trechos muy largos; para dar fe de mis palabras, todavía quedan pasajes así, por ejemplo White Alley, Cross Key Court, Swan Alley, Bell Alley, White Horse Alley y muchos más. En estos lugares usaban una especie de carretilla de mano, sobre la que colocaban a los cadáveres para llevarlos hasta los carros, trabajo que este hombre había realizado sin contraer jamás la enfermedad; tan es así que llegó a vivir unos veinte años más, siendo sepulturero de la parroquia cuando murió. Su mujer era al mismo tiempo enfermera de personas infectadas y cuidó a muchos de los que murieron en la parroquia, ya que era recomendada por los funcionarios parroquiales gracias a su honradez; no obstante, ella tampoco estuvo nunca contagiada.

Este hombre no usaba más preservativo contra el contagio que llevar ajo y ruda en la boca y fumar tabaco, cosa que también sé porque me la contó él mismo. Y el remedio de su mujer era lavarse la cabeza con vinagre y rociarse la cofia con vinagre de manera que siempre estuviera húmeda; y si el hedor de cualquiera de los enfermos que estaban a su cuidado llegaba a ser demasiado ofensivo, aspiraba vinagre por la nariz, rociaba su cofia con vinagre y mantenía sobre la boca un pañuelo embebido en ese líquido.

Debe admitirse que si bien la peste reinaba principalmente entre los pobres, eran sin embargo éstos los más valientes y menos temerosos de ella, y cumplían con sus obligaciones poseídos de una especie de brutal coraje; pues así es como tengo que llamarlo, ya que no estaba basado ni en la religión ni en la razón; prácticamente no usaban ninguna precaución, sino que buscaban todo lo que pudiera darles trabajo, aunque fuese el más peligroso, como lo era cuidar de los enfermos, vigilar las casas cerradas, trasladar a las personas apestadas al lazareto y, lo que era todavía peor, transportar a los muertos hasta sus sepulturas.

La historia del gaitero, con la que se habían regocijado muchos, tuvo por protagonista al tal John Hayward y ocurrió dentro de su demarcación; y él mismo me aseguró que era cierta. Se comenta que había un gaitero ciego, pero tal como me lo contó John, el hombre no era ciego, sino un pobre diablo, ignorante y débil, que solía hacer sus rondas a eso de las diez de la noche, tocando la gaita de puerta en puerta; y la gente generalmente lo hacía entrar en las cantinas en las que lo conocían y le daban de beber, un poco de comida y a veces algunos cuartos; en compensación, el hombre tocaba su gaita, cantaba o sencillamente charlaba, cosa que divertía a la gente; y así iba viviendo. Pero mientras las cosas estuvieron como he relatado, no fue tiempo para tales diversiones; sin embargo, el pobre hombre iba de un lado a otro de la manera acostumbrada; pero estaba casi muerto de hambre, y cuando alguien le preguntaba qué tal estaba, contestaba que el carro no se lo había llevado todavía, pero que le habían prometido venir a buscarlo la semana próxima.

Una noche sucedió con este gaitero lo siguiente: quizás alguien le había dado

demasiado de beber —aunque John Hayward me dijo que en su casa no había bebido, pero que le habían dado más comida que de costumbre en la cantina de Coleman Street— y el pobre hombre, que probablemente no había llenado el estómago desde hacía mucho tiempo, se había acostado cuan largo era encima de un banco o pesebre, y se había quedado profundamente dormido, a la puerta de una casa de la calle inmediata a las murallas de la ciudad, hacia Cripplegate; los moradores de alguna de las casas del pasaje con el que aquella casa hacía esquina, al oír la campanilla que siempre sonaba precediendo la aparición del carro, pusieron un cadáver apestando al lado del gaitero, creyendo que este pobre diablo estaba tan muerto como el otro y que había sido llevado allí por algún vecino.

Así pues, cuando John Hayward y sus compañeros, con su campanilla y su carro, llegaron hasta allí y se encontraron con dos cadáveres tendidos sobre el banco, los cogieron con el instrumento que a tal fin empleaban y los arrojaron dentro del carro; a todas estas, el gaitero dormía a pierna suelta.

Siguieron desde allí su recorrido y recogieron otros cadáveres, tantos, como me dijo el bueno de John, que casi enterraron en vida al gaitero dentro del carro; durante todo ese tiempo, éste dormía profundamente. Por fin, el carro llegó al lugar en el cual habían de ser echados en el hoyo los cadáveres, lugar que, según recuerdo, estaba en Mount Mill; y como generalmente el carro se detenía durante cierto tiempo hasta que se preparaban para descargar el lúgubre cargamento que portaban, tan pronto como el carro se paró, despertó el gaitero; forcejeó un poco intentando sacar la cabeza de entre los cadáveres, hasta que consiguió ponerse de pie en el carro y exclamó: «¡Eh!, ¿dónde estoy?». Esto asustó al hombre que estaba atareado cerca de allí; pero después de un momento de vacilación, John Hayward, se recuperó y dijo: «¡Que el Señor nos ampare! ¡Hay alguien en el carro que no está del todo muerto!». Otro de los hombres se acercó y preguntó: «¿Quién sois?». El hombre contestó: «Soy el pobre gaitero. ¿Dónde estoy?». «¿Que dónde estáis?», dijo Hayward. «¡Tate! Estáis en el carro de los muertos y os vamos a enterrar». «Pero yo no estoy muerto, ¿o sí?», dijo el gaitero, lo que les hizo reírse un poco, si bien, como dijo John, se habían asustado mucho al principio; entonces ayudaron a bajar del carro al pobre diablo, que se marchó a lo suyo.

Sé que cuentan la historia diciendo que el hombre montó su gaita dentro del carro y espantó a los portadores y a los otros hombres de manera que escaparon despavoridos; mas no fue así como me contó la historia John Hayward, ni dijo nada en absoluto de que hubiese tocado la gaita; y estoy plenamente convencido de la veracidad de lo anterior, o sea, que era un pobre gaitero y que fue transportado por el carro de los muertos.

Debe hacerse notar aquí que los carros de muertos en la ciudad no estaban sujetos a determinadas parroquias, sino que cada carro pasaba por varias parroquias según la

cantidad de muertos que hubiera; tampoco estaban obligados a transportar a los muertos a sus respectivas parroquias, sino que muchos de los muertos recogidos en la ciudad eran llevados a camposantos de las afueras, por falta de sitio.

Ya he mencionado la sorpresa que esta calamidad representó al principio para las gentes. Permítaseme ahora exponer algunas de mis observaciones de índole religiosa y formal. Estoy convencido de que jamás ciudad alguna, al menos no de semejante magnitud e importancia, fue sorprendida por una calamidad tan atroz en condiciones de desprevisión tan absoluta, tanto si considero la preparación civil como la religiosa. Por cierto que todos estaban como si no hubiesen recibido advertencias, ni experimentado expectativas o aprensiones de ninguna clase, por lo que no se prepararon públicamente reservas de ninguna índole para ello. Por ejemplo, el corregidor y los tenientes, en su calidad de magistrados, no habían tenido en cuenta las disposiciones que habían de observarse. No tomaron ninguna medida para auxiliar a los pobres. Los ciudadanos no tenían depósitos o almacenes públicos de grano o harina para sustentar a los pobres, existencias que, si hubieran estado previstas, tal y como en estos casos se hace en el extranjero, habrían podido aliviar la desgracia de muchas familias miserables que entonces se veían reducidas a la penuria más angustiosa, y ello de una manera mejor que la que podría aplicarse ahora.

De las reservas de dinero de la villa, es muy poco lo que puedo decir. Se afirmaba que la Cámara de Londres era extraordinariamente rica; y puede llegarse a la conclusión de que esto era cierto, por las enormes cantidades de dinero salidas de allí para la reconstrucción de los edificios públicos después del incendio de Londres, y para la construcción de nuevas obras, tales como la Casa Consistorial, Blackwell Hall, parte de Leadenhall, la mitad de la Bolsa, la Cámara de Sesiones, el Compter, las cárceles de Ludgate, Newgate, etc., varios de los muelles de descarga y escaleras y embarcaderos del río, entre los primeros, todos los cuales fueron destruidos o dañados por el gran incendio de Londres del año siguiente al de la peste; entre los segundos, el Monument, el Dique de la Flota con sus puentes y el Hospital de Belén o Bedlam, etc. Mas posiblemente quienes dirigían los créditos de la ciudad tuvieron entonces mayores reparos en tocar el dinero de los huérfanos para dar limosna a los ciudadanos que estaban en la miseria, que los de los administradores de los años siguientes para embellecer la ciudad y reconstruir los edificios; si bien en el primer caso los perjudicados habrían pensado que sus dineros habían sido mejor empleados, y la confianza de la ciudad en sus autoridades no hubiera estado tan sujeta a los reproches y al escándalo.

Debe reconocerse que los ciudadanos ausentes que, si bien habían escapado de la ciudad, estaban sin embargo muy interesados en el bienestar de aquellos a quienes habían dejado atrás, no olvidaron contribuir con liberalidad al auxilio de los pobres; también se recolectaron sumas considerables en las ciudades ricas más remotas del

país; también oí decir que la nobleza y la clase acomodada de todos los rincones de Inglaterra lamentaron profundamente la deplorable situación de la ciudad y enviaron grandes sumas de dinero al corregidor y a los magistrados como donativo para la ayuda a los pobres. También el rey, según se me dijo, ordenó que se distribuyeran mil libras semanales en cuatro partes: una cuarta parte para la ciudad y el área de Westminster;^[6] otra cuarta parte entre los habitantes de la ribera Southwark; otra cuarta parte en la zona de la ciudad situada dentro de las murallas; y una cuarta parte, en los suburbios del condado de Middlesex y en las regiones este y norte de la villa. Mas consigno esto último solamente en calidad de informe.

Es bien cierto que la mayor parte de los pobres y familias que antes vivían de su trabajo o del comercio al por menor dependían ahora de la caridad; y si no hubiera habido prodigiosas cantidades de dinero donadas por cristianos caritativos y virtuosos para su sostén, la ciudad jamás habría podido subsistir. Lógicamente, se llevaban cuentas de los donativos y de la justa distribución de los mismos por los magistrados. Pero como murieron tantos de los funcionarios por cuyas manos se distribuían estas dádivas y, por otra parte, como se me dijo, la mayoría de dichos registros se perdió en el gran incendio que se produjo al año siguiente en el que se quemó hasta la oficina del chambelán y muchos de sus papeles, nunca pude llegar a comprobar las cuentas en cuestión, aunque desplegué grandes esfuerzos para poderlas ver.

No obstante, puede servir de orientación, en caso de que se aproximase una calamidad similar, de la que ruego a Dios preserve a la ciudad; puede ser útil, como digo, hacer notar que el cuidado del corregidor y de los regidores en distribuir grandes cantidades de dinero para auxilio de los pobres durante esa época hizo que muchísima gente, que de otra forma hubiese perecido, haya podido conservar la vida. Permítaseme aquí hacer un breve resumen sobre la situación de los pobres en aquellos tiempos y la manera en que actuaron, de lo que se podrá juzgar a continuación lo que puede esperarse en caso de que llegase a abatirse sobre la ciudad una desgracia semejante.

Al comienzo de la plaga, cuando ya se habían perdido las esperanzas y se sabía que toda la ciudad sería visitada por el mal; cuando, como dije, todos los que tenían amigos o posesiones en el campo se marcharon junto con sus familias; cuando, por cierto, podía haberse creído que la ciudad entera estaba huyendo por las puertas de la villa y que nadie quedaría rezagado; podéis estar seguros de que a partir de ese instante todo el comercio, salvo el de artículos de primera necesidad, quedó totalmente paralizado.

Éste es un caso tan real, y engloba en sí mismo de forma tan cabal la verdadera situación del pueblo, que creo no poder ser lo bastante detallado en su narración, por lo que paso a tratar de las diferentes clases de personas que en esta ocasión se vieron inmediatamente en la miseria. Por ejemplo:

1. Todos los maestros de manufactura, especialmente los que trabajaban en artículos de adorno y prendas de vestir menos necesarias de la gente, así como en muebles para las casas, entre los que podemos mencionar a los hiladores y otros tejedores, a los que hacían encajes y cintas de oro y plata, a los que hacían hilos de oro y plata, a las costureras, modistas de sombreros y fabricantes de zapatos, sombreros y guantes; también los tapiceros, ebanistas, carpinteros, fabricantes de espejos; y muchos otros oficios relacionados con los anteriores; como digo, los maestros artesanos de estos oficios suspendieron el trabajo y despidieron a sus jornaleros, obreros y a todos sus dependientes.
2. Debido a que el comercio estaba totalmente paralizado, ya que eran muy pocos los barcos que se atrevían a remontar el río y no había ninguno en absoluto que zarpara, fueron inmediatamente despedidos y dejados sin trabajo todos los funcionarios extraordinarios de aduanas, al igual que los barqueros, carreteros, farderos y todos los pobres cuyo trabajo dependía de los mercaderes.
3. Todos los artesanos habitualmente empleados en la construcción y reparación de casas estaban parados, pues la gente no deseaba ni remotamente construir casas cuando tantos miles de viviendas habían sido instantáneamente despojadas de sus habitantes; de modo que sólo este sector dejó sin trabajo a todos los obreros del ramo, tales como ladrilladores, albañiles, carpinteros, ensambladores, enlucidores, pintores, vidrieros, herreros, fontaneros y todos los operarios que dependían de los mismos.
4. Como la navegación estaba paralizada y nuestros barcos no salían ni entraban como antes, todos los marineros estaban sin empleo; y muchos de ellos en el más bajo y último escalón de la miseria; junto a los marineros estaban los diferentes artesanos y obreros que pertenecían al sector de la construcción y aparejamiento de barcos y que dependían de esta actividad, tales como los carpinteros navales, calafates, cordeleros, toneleros, veleros, ancoreros y otros forjadores, motoneros, entalladores, abastecedores de buques y demás. Quizá los patrones de estos artesanos podían vivir de su hacienda, mas los artesanos estaban completamente faltos de trabajo y, en consecuencia, habían despedido a todos sus obreros. Agréguese a ello el hecho de que el río estaba hasta cierto punto vacío de embarcaciones; y los barqueros, lanchoneros, constructores de botes y gabarras estaban igualmente desocupados y abandonados.
5. Todas las familias comenzaron a economizar lo más posible, tanto las que habían huido como las que habían permanecido en la ciudad; por ello, fueron muchísimos los lacayos, sirvientes, tenderos, jornaleros, tenedores de libros de

comerciantes y gentes similares, especialmente criados, que fueron despedidos y abandonados sin amigos ni ayuda alguna, sin empleo y sin techo, lo que fue realmente algo muy triste.

Podría extenderme más en lo que se refiere a esta parte, mas creo que es suficiente con decirlo de una manera general; al estar paralizados todos los ramos de actividad, los empleos cesaron de súbito, desapareció el trabajo, y con él el pan de los pobres; y los lamentos de los pobres eran en verdad muy desgarradores al principio, si bien la repartición de las limosnas alivió su miseria en ese sentido. Cierto es que muchos escaparon al campo, mas hubo miles de ellos que permanecieron en Londres hasta que la pura desesperación los impulsó a salir de la ciudad, al solo fin de morir en los caminos y servir de mensajeros de la muerte, pues hubo quienes llevaron consigo la infección y la diseminaron hasta los confines más remotos del reino.

Muchos de ellos eran los miserables seres objeto de la desesperación a los que he aludido antes; y fueron aniquilados por la desgracia que sobrevino después, pudiendo decirse que perecieron, no por la peste misma, sino por sus consecuencias; señaladamente, de hambre y de escasez de todas las cosas elementales: sin alojamiento, sin dinero, sin amigos, sin medios para conseguir su pan de cada día, ni nadie que se lo proporcionase; y es que muchos de ellos carecían de lo que llamamos residencia legal y por ende no podían pedir nada a las parroquias; y el único sostén que tenían era pedir ayuda a los magistrados, ayuda que (para hacer justicia a los magistrados) era cuidadosa y gozosamente concedida en la medida en que éstos lo juzgaban necesario; y los que dependieron de ellos nunca experimentaron la necesidad y la miseria en la misma medida en que la sufrieron quienes se marcharon de la manera descrita más arriba.

Que todo aquel que tenga conocimiento de los medios con los que multitud de gentes de esta villa ganan su pan diario, tanto artesanos como simples obreros, que cualquier hombre, digo, considere la situación de miseria en la que esta ciudad caería si súbitamente todos fuesen despedidos de su empleo, si cesase todo trabajo y no se pagasen más jornales.

Ésta era nuestra situación en aquel entonces; y si las cantidades de dinero caritativamente ofrecidas por gente bienintencionada de toda condición, tanto desde el extranjero como en el país mismo, no hubiesen sido tan fabulosas, no hubiese estado en manos del corregidor y de los alguaciles mantener la tranquilidad pública. De hecho, estaban poseídos por el temor de que la desesperación de las gentes las arrojase a promover tumultos, y a robar en las casas de las personas ricas, y a saquear los víveres en los mercados; caso en el que los campesinos, que traían alegremente y con entera libertad sus productos a la ciudad, se hubiesen visto atemorizados y no habrían vuelto; y la ciudad se habría visto irremisiblemente condenada al hambre.

Mas la prudencia manifestada por mi señor corregidor y por el concejo de

regidores dentro de la ciudad, y la de los jueces de paz en los suburbios, era tan notoria, y estaban tan bien apoyados económicamente desde todas partes, que se mantenía la calma entre los pobres y las necesidades de éstos eran satisfechas en la medida en que era posible hacerlo.

Además de éste, hubo otros dos factores que contribuyeron a evitar que el populacho cometiese cualquier barrabasada. Uno de ellos fue que ni siquiera los ricos habían acumulado reservas de provisiones en sus casas, como en realidad hubieran debido hacer; y que si hubieran sido lo suficientemente prudentes como para hacerlo así y encerrarse a cal y canto, como unos pocos hicieron, quizás hubieran burlado mejor a la peste. Mas como era evidente que no lo habían hecho, la chusma no creía que encontraría depósitos de víveres si asaltaban sus casas; cosa que está bien claro que estuvieron a punto de hacer algunas veces y que, de haberse consumado, habría representado la ruina de la ciudad, puesto que no existían tropas regulares que hubiesen podido hacerles frente, ni se habría podido reclutar milicias disciplinadas para defender a la ciudad, ya que no se habría podido encontrar ni a un solo hombre dispuesto a empuñar las armas.

Pero el celo del corregidor y de los magistrados que quedaban (pues algunos de ellos, incluso regidores, habían muerto o estaban ausentes), evitó que esto sucediese; y lo hicieron empleando los métodos más considerados y suaves que pudieron idear, especialmente para ayudar a los más miserables con dinero; y dando trabajo a otros, particularmente el citado empleo de vigilar las casas que estaban infectadas y que habían sido cerradas. Y como el número de éstas era muy elevado (se llegó a decir que hubo hasta diez mil casas cerradas al mismo tiempo, y cada una de ellas estaba al cuidado de dos vigilantes, o sea, uno diurno y otro nocturno), ello dio la ocasión para emplear simultáneamente a gran cantidad de hombres pobres.

Las mujeres y criadas que habían sido despedidas de su trabajo fueron igualmente empleadas como enfermeras para cuidar de los enfermos en todas partes, lo que dio ocupación a muchas de ellas.

Todo ello, si bien no deja de ser muy triste, representó una especie de liberación; ya que la peste, que arreció de manera horrorosa desde mediados de agosto hasta mediados de octubre, se llevó durante ese tiempo a unas treinta o cuarenta mil personas que, de haber sobrevivido, hubieran sido una carga demasiado pesada debido a su pobreza; es decir, que la ciudad entera no hubiese podido sufragar sus gastos ni proveerles de víveres; y para poder subsistir se hubieran visto arrastrados con el tiempo al pillaje, bien en la ciudad misma, bien en las regiones circundantes, cosa que tarde o temprano hubiera precipitado a toda la nación, al igual que a la ciudad, al abismo más profundo de terror y caos.

Se pudo observar entonces que esta calamidad que se abatía sobre el pueblo lo volvía muy sumiso; pues durante unas nueve semanas consecutivas murieron en

promedio cerca de mil personas todos los días, incluso, según el registro de las listas semanales, listas que, sin embargo, y tengo razones para creerlo, estaban siempre erradas por defecto de varios millares; la confusión era tal —y además, los carros que transportaban a los muertos lo hacían de noche— que en algunos lugares no se llevaba cuenta alguna, sino que los funcionarios y sepultureros trabajaban sin descanso y sin importarles siquiera saber cuándo terminaba la semana, ni cuántos cadáveres habían sepultado. Las listas de mortalidad siguientes dan fe de este relato:

	De todas las enfermedades	De peste
Desde el 8 de agosto hasta el 15 de agosto	5319	3880
Desde el 15 de agosto hasta el 22 de agosto	5568	4237
Desde el 22 de agosto hasta el 29 de agosto	7496	6102
Desde el 29 de agosto hasta el 5 de septiembre	8252	6988
Desde el 5 de septiembre hasta el 12 de septiembre	7690	6544
Desde el 5 de septiembre hasta el 12 de septiembre	7690	6544
Desde el 12 de septiembre hasta el 19 de septiembre	8297	7165
Desde el 19 de septiembre hasta el 26 de septiembre	6460	5533
Desde el 26 de septiembre hasta el 3 de octubre	5720	4929
Desde el 3 de octubre hasta el 10 de octubre	5068	4327
	59 870	49 705

Así pues, la mayoría de la gente murió durante esos dos meses, puesto que de la cantidad total de muertos por la peste que fue registrada, y que era de 68 590, aparecen aquí 50 000 en el corto tiempo de dos meses; y digo 50 000, porque si bien faltan 295 en la cifra dada, también faltan dos días para completar el tiempo de dos meses.

Cuando afirmo que los funcionarios de las parroquias no comunicaban las cuentas justas, o que no se podía confiar en la exactitud de las mismas, ha de tenerse en cuenta que nadie podía ser totalmente exacto en semejante época de horrendas desgracias, cuando muchos de estos funcionarios eran atacados por la enfermedad y

morían a veces en el preciso instante en que habían de entregar sus informes; me refiero a los escribientes de las parroquias, además de los funcionarios menores; porque si bien estos hombres se exponían a todos los peligros, no por ello estaban exentos de sufrir la calamidad común, si ha de darse crédito al hecho de que la parroquia de Stepney tuvo durante ese año ciento dieciséis sepultureros, cavadores de fosas y ayudantes, o sea, portadores, campanilleros y conductores de los carros para el transporte de los cadáveres.

Por cierto, el trabajo que hacían no era de clase que les permitiese disponer de la comodidad necesaria como para contar con exactitud los cadáveres, que eran amontonados desordenadamente durante la noche en una fosa común, a la que nadie podía acercarse sin correr un gran peligro. He observado con frecuencia que en las parroquias de Aldgate y Cripplegate, Whitechapel y Stepney, figuraban en las listas quinientas, seiscientas, setecientas u ochocientas personas por semana, mientras que, si damos crédito a la opinión de quienes vivieron en la ciudad durante todo aquel tiempo, como es mi caso, eran a veces hasta dos mil los que perecían cada semana en dichas parroquias; y yo he visto, firmado por alguien que estudió este particular lo más cuidadosamente posible, que en realidad murieron de peste cien mil personas durante ese año, por más que las listas, los registros de la peste, indicasen tan sólo la cifra de 68 590 personas.

Si se me permite expresar mi propia opinión, fundada en las cosas que he visto con mis propios ojos y las que he oído relatar a otras personas que fueron testigos oculares de ellas, yo también estoy convencido de que murieron por lo menos cien mil personas tan sólo por la peste, además de las que perdieron la vida a causa de otras enfermedades y de los que murieron en los campos y en los caminos reales, y en los lugares ocultos situados fuera del alcance de las comunicaciones, como se los llamaba, aunque de hecho formaban parte de la población de la ciudad. Era sabido de todos nosotros que muchísimas pobres criaturas desesperadas, que llevaban la peste sobre sus cuerpos, y que se habían vuelto idiotas o desquiciadas, habían salido a vagar por campos y bosques, y habían buscado los sitios más recónditos y extraños para arrastrarse y morir bajo un seto o un matorral.

Los habitantes de los pueblos, sintiendo piedad por ellos, les llevaban comida y la depositaban a cierta distancia, para que pudieran cogerla si tenían fuerzas suficientes para ello; mas algunas veces no las tenían, y cuando volvían a verlos nuevamente, encontraban muertos a los pobres desdichados; y a la comida, intacta. Fueron muchos los miserables como éstos, y sé de tantos que perecieron de dicha manera que creo que aún podría hallar los lugares exactos en los que murieron y desenterrar sus huesos; porque los campesinos solían cavar un hoyo a cierta distancia de los cadáveres y arrastrar hasta allí a los cuerpos por medio de largos palos con ganchos en sus extremos; y echarles luego tierra encima, arrojándola desde la máxima

distancia posible, para cubrirlos, prestando atención a la dirección en que soplaba el viento y colocándose del lado que los marineros llaman de barlovento, para que el viento soprase lejos de ellos el hedor de los cadáveres: y de esta manera partieron muchos de este mundo sin que jamás se supiera de ellos ni se tomase nota de su número, ya fuese dentro o fuera de las listas de mortalidad.

Todo esto lo sé principalmente por las narraciones de otras personas, puesto que yo rara vez caminaba por los campos, salvo en dirección a Bethnal Green y Hackney, o como diré a continuación. Pero todas las veces que salí al campo, siempre vi, a distancia, a muchos pobres vagabundos: pero no pude enterarme de sus casos particulares ya que, tanto en las calles de la ciudad como en los campos, la costumbre general era alejarse cuando alguien se aproximaba: sin embargo, creo que esos relatos son totalmente ciertos.

Esto me lleva a mencionar mi costumbre de transitar por las calles y los campos, por lo que no puedo omitir consignar el aspecto desolado que la ciudad presentaba en aquellos días. La calle en la que yo vivía (que está reputada como una de las más anchas entre todas las de Londres, me refiero tanto a los suburbios como a la villa), en todo el lado en el que vivían los carniceros, más parecía una campiña verde que una calle empedrada: y las gentes transitaban generalmente por el centro de la calle con caballos y carros. Es cierto que el extremo más lejano, hacia Whitechapel Church, no estaba empedrado en absoluto, mas incluso la parte empedrada también estaba llena de hierba; pero esto no debe extrañar a nadie, puesto que en las grandes calles del centro de la ciudad, tales como Leadenhall Street, Bishopsgate Street, Cornhill e incluso la Bolsa misma, crecía la hierba en muchos lugares: no se veían por las calles ni carros ni carruajes de la mañana a la noche, excepto algunos carromatos del campo que traían al mercado raíces y judías, guisantes, heno o paja; y aún éstos eran muy pocos comparados con los que habitualmente solían verse. En cuanto a carruajes, apenas eran usados más que para transportar a personas enfermas al lazareto y a otros hospitales; y unos pocos, para llevar a los médicos a los lugares que se atrevían a visitar; pues realmente los carruajes eran muy peligrosos y la gente no se atrevía a subir a ellos porque no sabían quién había sido transportado últimamente; y como dije, los enfermos de peste eran generalmente transportados en ellos a los lazaretos; y algunas veces expiraban dentro de los mismos durante el viaje.

Es cierto que cuando la epidemia llegó a tener la violencia de la que he hablado, había muy pocos médicos que osaran salir a visitar casas infectadas; y muchos de los más eminentes de la facultad habían muerto, así como algunos cirujanos también; estábamos en verdad en una época tristísima y durante cerca de un mes, sin tener en cuenta para nada las listas de mortalidad, creo que murieron, en promedio, no menos de mil quinientas o mil setecientas personas por día.

Uno de los peores momentos que tuvimos durante toda la epidemia fue, según

creo, a principios de septiembre, cuando las gentes honestas comenzaron a creer que Dios estaba resuelto a exterminar totalmente a la población de esta miserable ciudad. Esto sucedió cuando la peste había llegado con todo su furor a las parroquias del este de la villa. La parroquia de Aldgate, si se me permite expresar mi opinión, inhumó a más de mil personas por semana durante dos semanas, si bien no figuraban tantas en las listas; el mal me circundaba en una proporción tan aterradora, que no había una casa sobre veinte que no estuviese infectada, en los Minories, en Houndsditch, y en aquellas partes de la parroquia de Aldgate vecinas a Butcher Row y a las callejuelas situadas enfrente de mi casa. Digo, que en tales lugares la muerte se enseñoreaba en cada esquina; la parroquia de Whitechapel estaba en situación análoga, aunque no tan grave como la de la parroquia en la que yo vivía; enterraban, no obstante, a cerca de seiscientas personas por semana, según las listas; y según mi opinión, casi el doble de dicha cifra. Familias enteras y calles enteras eran barridas de golpe por la muerte; hasta el punto en que era frecuente que los vecinos tuvieran que llamar al campanillero para que fuese a tal o cual casa a recoger a la gente, ya que estaban Y, por cierto, el trabajo de retirar los cadáveres con carros se había vuelto tan repugnante y peligroso, que hubo quienes se quejaron de que los portadores no se atrevían a entrar en las casas en las que habían muerto todos sus moradores, sino que, a veces, los cuerpos yacían insepultos durante varios días, hasta que las familias vecinas eran alcanzadas por el hedor y contagiadas en consecuencia; y esta negligencia de los funcionarios era tal, que los alguaciles y ministriles de las parroquias fueron apercibidos para que investigasen; e incluso los jueces de los Hamlets estuvieron obligados a arriesgar sus vidas entre los portadores, para alentarlos y acelerar su trabajo; pues fueron innumerables los portadores que murieron de peste, contagiados por los cadáveres a los que estaban obligados a acercarse tanto. Y si no hubiera sido porque el número de pobres que necesitaban trabajo y necesitaban pan (como dije antes) era tan elevado que esta necesidad los impulsaba a aceptar cualquier cosa y arriesgarse a todo, nunca se habría podido encontrar gente para tales empleos. Y entonces, los cadáveres apestados habrían permanecido insepultos, y se habrían podrido y descompuesto de una manera espantosa.

No es posible alabar lo suficiente a los magistrados en lo que a esta cuestión respecta, ya que tan pronto como cualquiera de las personas empleadas para transportar, acarrear y sepultar a los muertos enfermaba o moría, lo que sucedía con bastante frecuencia, cubrían inmediatamente el puesto vacante con otros, cosa que no era demasiado difícil de hacer, debido al elevado número de pobres que habían quedado sin trabajo. Esto tuvo como consecuencia que, pese a la ingente cantidad de personas que enfermaban y morían prácticamente al mismo tiempo, siempre eran llevadas lejos, todas las noches, de manera que nunca se pudo decir de Londres que los vivos no fuesen capaces de enterrar a los muertos.

A medida que aumentaba la desolación durante aquella terrible época, se incrementaba también el aturdimiento de las gentes, que cometían miles de locuras inenarrables, dominados por el terror, iguales a las que otros hacían en la agonía de la peste; cosas que eran en verdad patéticas. Algunos vagaban por las calles rugiendo, gritando y retorciéndose las manos; algunos caminaban rezando y alzando las manos hacia el cielo e implorando la misericordia de Dios. Realmente no puedo decir si ello obedecía a la demencia, mas aunque así fuese, no dejaba de ser indicio de que poseían un espíritu formal cuando estaba en posesión de sus sentidos; y era, así y todo, muchísimo mejor que los alaridos terroríficos que se dejaban oír en algunas calles, especialmente por las tardes. Supongo que todo el mundo habrá oído hablar del famoso Solomon Eagle, un fanático. Este hombre, que no estaba enfermo más que de la cabeza, recorría toda la ciudad proclamando de manera pavorosa el castigo que sufriría la ciudad, a veces casi desnudo, con un cuenco lleno de carbones ardiendo sobre la cabeza. En cuanto a lo que decía o pretendía, nunca pude enterarme de ello.

No emitiré juicio sobre el estado de salud mental de aquel clérigo —quizás actuaba así por puro fervor hacia las pobres gentes— quien recorría todas las tardes las calles de Whitechapel y repetía continuamente, con las manos levantadas, esta parte de la liturgia de la Iglesia: «Ten piedad de nosotros, Señor; ten piedad de Tu pueblo, al que has redimido con Tu preciosísima sangre». Como digo, no puedo pronunciarme sobre estas cosas, pues para mí no eran más que visiones de espanto que se ofrecían a mi vista cuando miraba a través de las ventanas de mi habitación (pues rara vez abría los postigos), durante la reclusión en mi casa mientras duró la ola más violenta de la pestilencia: cuando, como he mencionado, muchos comenzaron a creer, e incluso a decir, que nadie escaparía; y, por cierto, yo también empecé a pensar así, por lo que permanecí encerrado durante cerca de una quincena, sin salir nunca. Mas no pude resistirlo. Además, había personas que, a pesar del peligro, asistían sin faltar nunca a los servicios públicos del culto, incluso durante el período más peligroso. Y si bien es cierto que gran cantidad de clérigos cerraron sus iglesias y huyeron para salvar sus vidas de igual manera que otras personas, hubo en cambio otros que se quedaron. Algunos se arriesgaban a officiar y a mantener reunidas a las congregaciones de fieles con constantes plegarias, sermones o breves exhortaciones al arrepentimiento y a la enmienda; y todo ello, mientras hubiera quien viniese a escucharlos. Y los disidentes también hacían lo mismo, e incluso en las iglesias en las que los ministros de la parroquia habían muerto o aquéllas de las que habían escapado; tampoco había, en tiempos semejantes, lugar para establecer diferencias de credo.

Era realmente tristísimo escuchar los míseros lamentos de las pobres criaturas moribundas que clamaban por la presencia de un sacerdote que las confesara, que rezara con ellas, que las aconsejara y orientara, implorando la misericordia y el

perdón de Dios y confesando a gritos sus pecados pasados. El corazón más duro podría sangrar al escuchar tantas y tantas advertencias como los penitentes moribundos formulaban a otros para que no postergasen y retrasasen su arrepentimiento hasta el día de la desgracia; que tiempos de semejante calamidad no eran tiempos de arrepentimiento ni de invocar a Dios. Desearía poder reproducir los sonidos exactos de aquellos gemidos y de aquellas exclamaciones que escuché de labios de algunos infelices moribundos cuando estaban en el cénit de su mortal agonía; y desearía poder hacérselos oír a quien lea esto, tal y como ahora imagino escucharlos, pues el clamor de esos sonidos todavía resuena en mis oídos.

Si tan sólo me fuese dado relatar estos detalles con un acento tan conmovedor que pueda turbar el espíritu del lector en lo más recóndito de su alma, me alegraría de haber registrado tales cosas, aunque sólo fuese parcial e imperfectamente.

Plugo a Dios que yo fuese preservado del mal, con buena salud y vigor, pero muy impaciente por estar enjaulado, sin aire, que es como estuve durante unos catorce días aproximadamente; y como no pude contenerme ya, salí a llevar una carta para mi hermano al edificio de Correos. Fue entonces cuando percibí el profundo silencio que reinaba en las calles. Cuando llegué al edificio de Correos, al ir a echar mi carta, vi a un hombre parado en un rincón del patio conversando con otro asomado a una ventana; y un tercero había abierto una ventana perteneciente a la oficina. En el centro del patio había, sobre el suelo, una pequeña talega de cuero que contenía dinero, de la que colgaban dos llaves; mas nadie quería tener nada que ver con ella. Cuando pregunté el tiempo que llevaba allí, el hombre asomado a la ventana me dijo que estaba allí desde hacía una hora, pero que no la habían tocado, porque no sabían si la persona que la había dejado caer volvería para buscarla. Yo no estaba tan necesitado de dinero, y la suma no era tan grande, como para que sintiese ninguna inclinación a tocarla o a coger el dinero con el peligro que ello podía representar; así pues, me dispuse a marcharme cuando el hombre que había abierto la puerta dijo que recogería la bolsa, mas de manera tal que si su verdadero dueño volviese a buscarla, podría tener la seguridad de que la recuperaría. Entonces entró, trajo un cubo de agua y lo depositó muy cerca de la talega; se marchó otra vez y trajo pólvora; vertió no poca cantidad de ella sobre la talega, preparó luego un reguero partiendo de la pólvora que había desparramado sobre la talega. El reguero de pólvora era de unas dos yardas de largo. Hecho esto, el hombre entró en el edificio por tercera vez y salió con un par de tenazas calentadas al rojo que había preparado, según creo, para ese fin; y encendió primero el reguero de pólvora, lo que chamuscó la bolsa, llenando también de humo el aire. Mas el hombre no quedó satisfecho con ello, sino que levantó la talega cogiéndola con las tenazas, y la mantuvo así cogida hasta que las tenazas la quemaron a través del cuero; y luego la sacudió de modo que el dinero cayese dentro del cubo de agua y, de esa manera, se lo llevó dentro. Según puedo

recordar, eran unos trece chelines y algunas monedas de cuatro peniques y cuartos de latón.

Quizá hubo muchas gentes pobres que, como dije antes, hubieran sido lo suficientemente intrépidas como para arriesgarse por causa del dinero; mas como se puede ver fácilmente de lo que he observado, los pocos que habían sido respetados por la peste tenían gran cuidado de sí mismos en aquellos días en que la desgracia era tan enorme.

Poco más o menos en esos días fui caminando por los campos hacia Bow, pues me interesaba mucho ver la manera en que se las arreglaban en el río y entre los barcos; y como yo tenía algunos intereses navales, tenía la idea de que recluirse en un barco habría sido uno de los mejores métodos para ponerse a salvo del contagio; y mientras meditaba acerca de la manera en que podría satisfacer mi curiosidad sobre este punto, torcí por los campos desde Bow hacia Bromley, y bajé luego hacia Blackwall, hasta los escalones que hay allí para desembarcar o para recoger agua.

Vi allí a un pobre hombre solitario que caminaba por la ribera o muro del mar, como lo llamaban. Yo también caminé, dando vueltas y mirando las casas, que estaban todas cerradas. Finalmente, entablé conversación, a cierta distancia, con ese pobre hombre; primero le pregunté cómo estaba la gente por aquellos parajes. «¡Ay, sir!», dijo, «está casi totalmente acabada; todos muertos o enfermos. Quedan muy pocas familias por esta zona y en aquel pueblo», y señaló en dirección a Poplar, «donde la mitad ya ha muerto y el resto está enfermo». Luego señaló una casa. «Allí están todos muertos», dijo, «y la casa está abierta: nadie se atreve a entrar en ella. Un pobre ladrón», siguió contando el hombre, «se arriesgó a entrar para robar algo, pero pagó cara su acción porque él también fue a parar al cementerio anoche». Luego indicó algunas casas más. «Allí», dijo, «están todos muertos, el hombre y su mujer, y los cinco hijos. Allá», dijo señalando otra casa, «están encerrados; podéis ver al vigilante apostado en la puerta»; y en otras casas lo mismo. «¿Qué estáis haciendo vos aquí, y solo?», pregunté yo. «Soy un pobre desgraciado», dijo el hombre. «Dios ha querido que yo no haya sido visitado todavía, pero mi familia sí que está contagiada, y uno de mis hijos ha muerto». «¿Por qué decís entonces», pregunté, «que no habéis sido visitado?». «Veréis», dijo él, «ésa es mi casa», y señaló una pequeña casa de madera, «y allí viven mi pobre mujer y dos niños», dijo, «si es que puede decirse que viven, porque mi mujer y uno de los niños están contagiados, pero yo no me acerco a ellos». Y cuando dijo estas palabras, vi que su rostro estaba bañado en lágrimas; y os aseguro que también corrían lágrimas por el mío.

«Pero», dije yo, «¿por qué no os acercáis a ellos? ¿Cómo podéis abandonar a vuestra propia carne y sangre?». «Oh, sir», dijo el pobre hombre. «¡Dios no lo permita! Yo no los abandono; trabajo para ellos todo lo que puedo y, gracias al Señor, les evito pasar penurias»; y entonces observé que alzó los ojos al cielo con un

semblante que me convenció de que me había encontrado con un hombre que no era ningún hipócrita, sino una persona buena, creyente y seria; y que su discurso era una manifestación de agradecimiento por el hecho de hallarse en una situación que le permitía afirmar que su familia no pasaba hambre. «Bien, hombre, bien», dije yo. «Eso es una gracia, tal como van ahora las cosas para los pobres. ¿Mas cómo hacéis para vivir y cómo habéis permanecido libre de la espantosa calamidad que nos aflige a todos?». «Veréis, sir», dijo él, «yo soy barquero y allí está mi barca; que me sirve de vivienda. Trabajo con ella de día y duermo en ella por la noche; y lo que gano lo deposito allí, sobre esa piedra», dijo, señalándome una gran piedra situada al otro lado de la calle, un poco alejada de su casa; «y entonces», continuó diciendo, «los llamo a gritos hasta que consigo que me oigan; y ellos vienen y se lo llevan».

«Bien, amigo», le dije yo, «pero ¿cómo podéis ganar dinero trabajando como barquero? ¿Hay alguien que en estos tiempos viaje por agua?». «Sí, sir», contestó, «de la manera en que yo estoy empleado, sí los hay. ¿Veis allí», dijo, señalando río abajo, bastante lejos del pueblo, «cinco barcos anclados? ¿Y veis?», dijo, señalando más arriba del pueblo, «¿ocho o diez barcos encadenados allí y anclados más allá? En todos esos barcos viven las familias de los mercaderes y de los propietarios y demás, que se iban encerrando y viven a bordo, estrictamente reclusos, por miedo a la enfermedad; y yo les sirvo para suministrarles cosas, llevar sus cartas y hacer absolutamente todo lo necesario para que no se vean obligados a poner pie en tierra; y todas las noches amarro mi barca a uno de los botes de un barco y duermo allí; y hasta ahora, loado sea Dios, he sido preservado».

«Pero, amigo», dije yo, «¿cómo es posible que os permitan subir a bordo después de haber estado en tierra, cuando este lugar está tan terriblemente infectado?».

«Ah, en cuanto a eso», dijo, «muy rara vez subo a cubierta, sino que deposito lo que llevo en su bote, o bien atraco al lado del barco y ellos lo izan con una cuerda. Aunque subiera a bordo, creo que no represento un peligro para ellos, pues nunca entro en ninguna casa cuando estoy en tierra, ni toco a nadie; no, ni siquiera a mi propia familia; sólo consigo provisiones para ellos».

«Pero eso puede ser aún peor», dije yo, «pues debéis recibir esas provisiones de alguna persona; y como toda esta parte de la ciudad está tan infectada, es peligroso incluso hablar con cualquiera, ya que el pueblo es el principio de la ciudad, aunque esté a alguna distancia de ella».

«Eso es cierto», aclaró él; «pero no me comprendéis bien; no es aquí donde les compro víveres. Remonto el río hasta Greenwich y compro allí la carne fresca y a veces bajo por el río hasta Woolwich y es allí donde compro; luego, voy a granjas aisladas, hacia el lado de Kentish, donde me conocen, y compro aves y huevos y mantequilla; y traigo estas cosas a los barcos, según me lo ordenan; a veces a unos, a veces a otros. Muy rara vez bajo a tierra aquí, y ahora sólo vine para llamar a mi

mujer y enterarme de cómo está mi familia; y para darles un poco de dinero que recibí la noche pasada».

«¡Pobre hombre!», dije; «¿y cuánto has ganado para ellos?».

«Tengo cuatro chelines», dijo él, «que es mucho dinero, tal como están ahora las cosas para los pobres; pero también me dieron una bolsa de pan, un pescado salado y algo de carne; todo ayuda».

«Bien», dije yo. «¿Se lo has dado ya?».

«No», dijo él, «pero llamé y mi mujer me respondió que todavía no podía salir, pero que vendría dentro de media hora; y la estoy esperando. ¡Pobre mujer!», exclamó, «está muy triste y abatida. Tiene una hinchazón que se abrió, y confío en que se recuperará; pero temo que el niño va a morir; aunque si es la voluntad de Dios...».

Llegado a este punto, enmudeció y comenzó a llorar.

«Buen amigo», dije yo, «si te has resignado a la voluntad de Dios, Él te confortará; todos estamos ante Su juicio».

«¡Oh, sir!», dijo. «Sería una gracia infinita que cualquiera de nosotros se salvase; ¡y quién soy yo para quejarme!».

«¿Así hablas?», dije yo; «¡cuánto mayor es tu fe que la mía!». Y entonces, mi corazón se afligió, diciéndome cuánto más sólidos que los míos eran los motivos de este pobre hombre para permanecer en medio del peligro; pensé que él no tenía adónde huir; que él tenía una familia a la que debía cuidar, obligación que yo no tenía; y que mis motivos no eran más que la simple presunción, mientras que él dependía realmente de Dios y su fe le daba valor; y que, no obstante, tomaba las máximas precauciones para su seguridad.

Yo me alejé un poco del hombre, mientras pensaba en estas cosas, ya que en verdad no podía evitar por más tiempo ponerme a llorar, como lo estaba haciendo él.

Finalmente, después de un poco más de conversación, la pobre mujer abrió la puerta y llamó: «Robert, Robert». El hombre contestó y le pidió que lo esperase algunos instantes; entonces bajó corriendo las escaleras hasta su barca y subió un saco en el que estaban las provisiones que había traído de los barcos; y cuando volvió, llamó nuevamente a gritos. Luego, fue hasta la gran piedra que me había mostrado antes y vació el saco dejando que todo su contenido cayera por sí mismo; y luego se apartó; y su mujer vino con un niño pequeño para llevarse las provisiones y el hombre dijo que tal capitán había enviado esto y que tal otro le había dado aquello; y al final agregó: «Dios nos lo ha enviado todo; démosle gracias a Él». Cuando la pobre mujer lo hubo recogido todo, estaba tan débil que no podía transportarlo hasta la casa de una sola vez, si bien el peso no era mucho tampoco; así pues, dejó la galleta, que estaba en una pequeña bolsa y dejó al muchachito para que la cuidase hasta que ella regresara.

«Bien, pero», dije al hombre, «¿le has dejado también los cuatro chelines que decías eran tu paga semanal?».

«Sí, sí», dijo él; «ella misma dirá que los tiene». Entonces gritó: «Raquel, Raquel», que al parecer era el nombre de la mujer, «¿tienes el dinero?». «Sí», dijo ella. «Cuánto era», preguntó él. «Cuatro chelines y una moneda de cuatro peniques», dijo ella. «Bien, bien», dijo él. «Que el Señor os guarde»; y se dio la vuelta para marcharse.

Del mismo modo en que no había podido evitar verter lágrimas cuando escuché la historia de este hombre, tampoco pude contener mi impulso caritativo para ayudarle. Lo llamé. «Escucha amigo», dije. «Acércate, porque creo que estás sano y puedo arriesgarme a ello»; le tendí la mano, que antes había estado en mi bolsillo. «Ten», dije. «Ve y llama otra vez a tu Raquel y dale un poco más de confort de mi parte. Dios jamás dejará desamparada a una familia que cree en Él como lo hacéis vosotros». Así, le di otros cuatro chelines y le pedí que fuese a dejarlos sobre la piedra y que llamase a su mujer.

No tengo palabras para expresar el agradecimiento del pobre hombre, que él mismo tampoco acertaba a expresar más que con las lágrimas que asomaban a sus ojos. Llamó a su mujer y le dijo que Dios había movido el corazón de un forastero que, al enterarse de su situación, les había dado todo ese dinero; y le dijo muchas otras cosas similares. También la mujer dio grandes señales de agradecimiento, dirigidas tanto hacia el Cielo como hacia mí, y recogió gozosamente el dinero; y de todo el dinero del que me desprendí durante aquel año entero, no hubo ninguno mejor empleado que aquél.

Luego pregunté al pobre hombre si la peste había llegado hasta Greenwich. Contestó que hasta hacía dos semanas, no; pero que creía que ahora sí había llegado, mas sólo al extremo sur de la ciudad, situado hacia Deptford Bridge; me dijo también que solamente iba a una carnicería y a una abacería, en las que generalmente compraba las cosas que le pedían que trajese, pero que era muy cuidadoso al hacerlo.

Luego le pregunté cómo era posible que la gente que se había encerrado en los barcos no hubiese acumulado reservas de víveres y de todas las cosas necesarias. Me contestó que algunos de ellos sí lo habían hecho, pero que, por otra parte, algunos sólo subieron a bordo cuando el terror los impulsó a ello y cuando ya era demasiado peligroso ir a comprar grandes cantidades de cosas para tenerlas en reserva; y que él servía a dos barcos, los cuales me señaló, que era poco o nada lo que habían acopiado, salvo galletas y cerveza, y que él había comprado para ellos prácticamente todo lo demás. Le pregunté si había más barcos que se hubieran apartado al igual que lo habían hecho éstos. Me respondió que efectivamente los había, río arriba, hacia Greenwich y hasta la ribera de Limehouse y Redriff, donde estaban, de dos en dos y en el centro de la corriente, todos los barcos que habían podido zafarse; y que a bordo

de algunos de ellos vivían varias familias. Le pregunté si habían sido alcanzados por la peste. Dijo que no lo creía, excepto en dos o tres barcos cuyos moradores no habían tenido la precaución de cuidar de que los barqueros no bajasen a tierra, como la habían tenido otros; y dijo que era un hermoso espectáculo ver a los barcos desarmados en la Laguna.

Cuando me dijo que remontaría el río hacia Greenwich tan pronto como la marea comenzase a entrar, le pregunté si me permitiría ir con él y si me traería de regreso, puesto que tenía muchos deseos de ver cómo estaban alineados los barcos, según él me había contado. Me contestó que me llevaría si yo le daba mi palabra de cristiano y de hombre honrado de que no tenía la enfermedad. Le aseguré que estaba sano y que Dios había tenido a bien protegerme: que yo vivía en Whitechapel, pero que estaba tan cansado de estar encerrado tanto tiempo, que me había aventurado tan lejos en busca de un poco de aire fresco, pero que nadie de mi casa había sido tocado por la peste ni en lo más mínimo.

«Bien, sir», dijo el hombre. «Como vuestra caridad os ha impulsado a apiadaros de mí y de mi pobre familia, seguramente no os habréis vuelto tan desalmado como para entrar en mi barca si no estuviésteis bien de salud, lo cual equivaldría a asesinarme y a destruir a toda mi familia». El pobre hombre me turbó extraordinariamente al hablar de su familia con tan sensible preocupación y de forma tan afectuosa; tanto, que al principio el hecho de acompañarle no me causó ninguna satisfacción. Le dije que prefería renunciar a mi curiosidad antes que hacerlo sentirse intranquilo, aunque yo estaba convencido de que no tenía sobre mí más enfermedad que el hombre más rozagante del mundo, por lo que estaba muy agradecido. Me dijo que él no deseaba tampoco que yo desechase mi paseo; y me instó para que fuese, con el fin de demostrarme su confianza en mí; así pues, cuando la marea subió hasta la barca, subí en ella y el hombre me llevó hasta Greenwich. Mientras él iba a comprar las cosas que le habían encargado, yo subí hasta la cima de la colina a cuyos pies se extiende la ciudad, hacia el este de la misma, para gozar de una perspectiva sobre el río. Era un espectáculo sorprendente la cantidad de barcos que estaban anclados en hileras, de dos en dos; y en algunos lugares, había dos o tres de estas hileras a lo ancho del río; y esto no sólo hasta la ciudad, entre las casas que llamamos Ratcliff y Redriff, y que ellos llaman la Laguna, sino incluso corriente abajo a todo lo largo del río, hasta el principio de Long Reach, que es la distancia máxima hasta la que se puede ver desde las colinas.

No puedo calcular el número de barcos que había, mas creo que debía de haber varios centenares; y no puedo menos que aplaudir la idea, puesto que seguramente hubo diez mil personas, y aún más, ocupadas en asuntos de barcos, que se refugiaron aquí ante la violencia de la peste; y vivieron muy tranquilos y seguros.

Volví a mi propia morada muy satisfecho de mi viaje de aquel día y de haber

encontrado al pobre barquero; también me alegré de ver que eran tantas las familias que disponían de pequeños refugios de esta clase en tiempos de semejante desolación. También pude observar que, a medida que la violencia de la peste había aumentado, los barcos que albergaban a familias zarparon y se alejaron, hasta que, como se me dijo, algunos salieron al mar abierto y arribaron a aquellos puertos y fondeaderos seguros de la costa norte a los que pudieron acercarse con mayor facilidad.

Sin embargo, también era cierto que todas las gentes que abandonaron la tierra firme y vivieron a bordo de barcos, no estaban totalmente libres del peligro de la peste, ya que muchos murieron y fueron arrojados por la borda dentro del río, algunos en ataúdes y algunos, como se me dijo, sin ataúdes; personas cuyos cuerpos podían verse a veces arrastrados por el río aguas arriba y aguas abajo, según subiese o bajase la marea.

Pero creo poder aventurar la opinión de que en los barcos que estuvieron infectados, esto sucedió debido a que la gente recurrió a ellos demasiado tarde, y no huyeron a los buques hasta que ya habían permanecido demasiado tiempo en tierra y llevaban la enfermedad sobre sí (aunque quizá no lo notasen) y de esta manera, la peste no llegó hasta ellos estando a bordo de los barcos sino que, en realidad, la transportaron con ellos; o bien, eso sucedió en aquellos barcos en los que la gente, como me había dicho el pobre barquero, no había tenido tiempo para reunir provisiones, sino que estuvo obligada a enviar a alguien a tierra con frecuencia para comprar lo que necesitaba; o permitían que viniesen hacia ellos botes llegados desde tierra. Y así, la enfermedad fue llevada hasta ellos sin que se hubiesen dado cuenta.

Me veo obligado a mencionar aquí que el extraño carácter del pueblo de Londres en aquella época contribuyó en gran medida a su propia destrucción. La peste apareció, como he indicado, en el otro extremo de la ciudad, o sea, en Long Acre, Drury Lane, etc., y avanzó hacia la ciudad muy lenta y gradualmente. Se hizo sentir primero en diciembre, luego en febrero, luego otra vez en abril, y siempre con una duración muy corta cada vez; luego, se detuvo hasta mayo, e incluso en la última semana de mayo hubo solamente diecisiete muertos, todos ellos en aquel extremo de la ciudad; y durante todo ese tiempo, y aún hasta el momento en que ya morían más de tres mil personas por semana, las gentes de Redriff, Wapping y Ratcliff, las de ambas orillas del río y las de casi toda la ribera Southwark, tenían la plena convicción de que no serían visitados o que, si lo eran, la peste no se manifestaría con tanta violencia entre ellos. Algunos se imaginaban que el olor de la pez y del alquitrán, así como el de otras sustancias tales como el aceite, la resma y el azufre, podría protegerlos. Otros razonaban sus pretensiones, porque después de haberse manifestado con la máxima intensidad en Westminster y en las parroquias de St. Giles y de St. Andrew, etc., la peste comenzó a menguar antes de llegar hasta ellos, cosa que en parte fue cierta. Por ejemplo:

Desde el 8 hasta el 15 de agosto	
St. Giles-in-the-Fields	242
Cripplegate	886
Stepney	197
St. Margaret, Bermondsey	24
Rotherhith	3
Total de esta semana	4030

Desde el 15 hasta el 22 de agosto	
St. Giles-in-the-Fields	175
Cripplegate	847
Stepney	273
St. Margaret, Bermondsey	36
Rotherhith	2
Total de esta semana	5319

N. B.: Que se observó que los números mencionados entonces en la parroquia de Stepney correspondían casi todos a la zona en que la parroquia de Stepney limita con Shoreditch, que ahora llamamos Spittlefields, donde la parroquia de Stepney llega hasta el mismísimo muro del cementerio de Shoreditch, mientras la peste menguaba en St. Giles-in-the-Fields y hacía estragos en las parroquias de Cripplegate, Bishopsgate y Shoreditch; mas no llegaba a diez el número de personas que morían por semana en la parte de la parroquia de Stepney que comprende Limehouse y el Camino de Ratcliff y que ahora constituye las parroquias de Shadwell y Wapping, y aun hasta St. Katherine al lado de la Torre, hasta después de pasado todo el mes de agosto. Pero más adelante lloraron lágrimas de sangre por ello, como pronto mencionaré.

Esta disposición de ánimo, como digo, hacía sentirse tan seguros a los moradores de Redriff y Wapping, Ratcliff y Limehouse, y estaban tan ilusionados con que la peste se extinguiría sin alcanzarles, que no se preocuparon en absoluto por huir al campo o encerrarse en sus propias casas. Es más, tan lejos estaban de querer marcharse que preferían recibir en sus propias casas a sus amigos y parientes de la ciudad; y muchos residentes en otros lugares se refugiaron en aquella parte de la ciudad como si fuese un sitio seguro, un lugar que sería preservado por Dios y que no sería castigado como lo había sido el resto.

Este fue el motivo de que, cuando la peste llegó hasta ellos, los encontrara sorprendidos, desapercibidos y sin saber qué hacer, no como ocurría en otros lugares; pues cuando la peste se propagó entre ellos de verdad y con violencia, lo que sucedió en septiembre y octubre, ya no era posible huir al campo, ya que nadie habría

tolerado que ningún extraño se le aproximara; no, ni siquiera que se acercase a los pueblos en que vivían; y muchos de los que salieron al campo hacia el lado de Surrey, según me contaron, fueron hallados muertos de inanición en los bosques y en los prados comunes, ya que esa región es más abierta y boscosa que cualquier otra región situada tan cerca de Londres, particularmente en Norwood y las parroquias de Camberwell, Duliege y Lusum, en las que, al parecer, nadie se atrevía a auxiliar a los pobres desgraciados por miedo al contagio.

Como estas ideas habían arraigado entre las gentes de aquella parte de la ciudad, esto fue en parte el motivo que, como dije antes, tuvieran que recurrir a los barcos para aislarse; y en los casos en que lo hicieron con prudencia y a tiempo, proveyéndose con víveres suficientes de modo que no tuvieran necesidad de bajar a tierra por provisiones o permitir que se acercasen a ellos otras barcas para traérselas, donde así procedieron, como digo, tuvieron el refugio más seguro de cuantos pueden imaginarse; mas el peligro fue tal, que hubo gente que se precipitó a bordo, impulsada por el terror, sin pan para comer; y algunos fueron a barcos donde no había hombres que pudieran maniobrarlos para alejarse o para bajar por el río con el bote en busca de víveres a los sitios seguros; y esta gente sufrió la peste a bordo exactamente igual que si hubieran estado en tierra.

De igual manera que los ricos se refugiaron en barcos, la clase baja se metió en barquichuelos, queches, barcazas y pesqueros; y hubo muchos, especialmente barqueros, que dormían en sus barcas; pero para éstos hacerlo fue nefasto, especialmente para los últimos, ya que al andar por todas partes en busca de víveres, y a veces, para poder ganarse la vida, la peste hizo estragos horribles entre ellos; muchos de los barqueros murieron solos en sus chalanas mientras estaban fondeados en las radas, tanto por encima como por debajo del puente, y a veces no eran encontrados sino cuando ya estaban en un estado de descomposición tal, que nadie podía tocarlos ni acercarse a ellos.

Por cierto que la desgracia de las gentes de este sector marineró de la ciudad era muy deplorable y digna de la mayor compasión. Mas éstos eran tiempos en los que la seguridad personal de cada uno era causa de tal ansiedad, que no había lugar para compadecerse de la desgracia de los demás; pues todos tenían la muerte llamando a sus puertas, como efectivamente sucedía, y muchos hasta en sus propias familias, sin saber qué hacer ni hacia dónde huir.

Como digo, esto hacía que nadie sintiese compasión; la ley primera era la propia salvación. Los hijos se apartaban de los padres cuando éstos se consumían en el postrer dolor. Y en algunos lugares, aunque esto no era tan frecuente como lo anterior, los padres hacían lo mismo con sus hijos; es más, se produjeron algunos casos espantosos, señaladamente dos en una misma semana, de madres angustiadas que, en el delirio de la locura, asesinaron a sus propios hijos; una de ellas vivía no

lejos de mi casa, y la pobre criatura enajenada no vivió lo suficiente como para tomar conciencia del pecado que había cometido, ni mucho menos para ser castigada por él.

En verdad, no debe uno sorprenderse ante estos hechos; el peligro de una muerte inmediata desterraba todo sentimiento de amor, toda inquietud por el bien de los demás. Hablo en general, pues tampoco faltan numerosos ejemplos de afecto inamovible, piedad y sentido del deber, dados por muchas personas, de algunos de los cuales llegué a tener conocimiento, es decir, de oídas; porque no tomaré a mi cargo certificar la veracidad de los detalles.

Presentaré algunos de estos casos, pero antes, permítaseme mencionar las deplorables situaciones que en toda esta calamidad fueron las de las mujeres encintas, quienes, al llegar la hora de dar a luz, cuando los dolores comenzaban a atravesarlas, no dispusieron de ayuda de ninguna clase; ninguna comadrona ni vecina se acercó a ellas. La mayoría de las comadronas había muerto, especialmente las que atendían a los pobres, y muchas de las comadronas célebres, si no todas, habían huido al campo; así pues, era prácticamente imposible para una mujer pobre, incapaz de pagar un precio exorbitante, el conseguir una comadrona que la atendiese: y si podían conseguir alguna, ésta era generalmente una criatura torpe e ignorante; consecuencia de ello fue que una increíble cantidad de mujeres se vieron abocadas a los mayores peligros y desgracias. Algunas alumbraron siendo mal asistidas e inutilizadas por la imprudencia y la ignorancia de quienes pretendían auxiliarlas. Innumerables niños fueron, puedo decirlo, asesinados por la misma ignorancia, si bien de manera más justificable, al afirmar que salvarían a la madre sin importar lo que sucediese con el niño; y muchas veces ambos, madre e hijo, perecían de la misma manera; especialmente cuando la madre estaba apestada y nadie acercaba a ella, muriendo ambos. Algunas veces, la madre moría de la peste y el infante quedaba a medio alumbrar, o nacido del todo, pero sin haber sido separado de la madre. Algunas mujeres morían durante los mismos dolores del parto, sin llegar ni siquiera a dar a luz; hubo tantos casos de esta índole, que es imposible formarse un juicio sobre ellos.

Esto puede verse en parte por las cifras desusadas que aparecieron en las listas semanales (si bien estoy lejos de adjudicarles la facultad de proporcionar nada que se pareciese a un registro exacto), bajo los apartados de:

Partos
Abortos y nacidos muertos
Neófitos e infantes

Tomemos las semanas en las que la peste fue más violenta, y comparémoslas con las semanas anteriores al inicio de la epidemia, incluso en el mismo año. Por ejemplo:

Partos Abortos Nacidos muertos

Desde el 3 de enero

hasta el 10 de enero			
Desde el 10 de enero hasta el 17 de enero	8	6	11
Desde el 17 de enero hasta el 24 de enero	9	5	15
Desde el 24 de enero hasta el 31 de enero	3	2	9
Desde el 31 de enero hasta el 7 de febrero	3	3	8
Desde el 7 de febrero hasta el 14 de febrero	6	2	11
Desde el 14 de febrero hasta el 21 de febrero	5	2	13
Desde el 21 de febrero hasta el 28 de febrero	2	2	10
Desde el 28 de febrero hasta el 7 de marzo	5	1	10
	48	24	100
	Partos Abortos Nacidos muertos		
Desde el 1 de agosto hasta el 8 de agosto	25	5	11
Desde el 8 de agosto hasta el 15 de agosto	23	6	8
Desde el 15 de agosto hasta el 22 de agosto	28	4	4
Desde el 22 de agosto hasta el 29 de agosto	40	6	10
Desde el 29 de agosto hasta el 5 de septiembre	38	2	11
Desde el 5 de septiembre hasta el 12 de septiembre	39	23	...
Desde el 12 de septiembre hasta el 19 de septiembre	42	5	17
Desde el 19 de septiembre hasta el 26 de septiembre	42	6	10
Desde el 26 de septiembre hasta el 3 de octubre	14	4	9

hasta el 3 de octubre	14	4	9
	291	61	80

A la disparidad de estas cifras hay que agregar, admitir y considerar la circunstancia de que, de acuerdo con la opinión general de cuantos estábamos entonces en el lugar de los hechos, había en la ciudad menos de una tercera parte de habitantes en los meses de agosto y septiembre que la que había habido en los meses de enero y febrero. En una palabra, la cantidad de personas que solían morir habitualmente por estos tres conceptos y que, según se me dijo, habían muerto debido a ellos el año anterior, era la siguiente:

1664

Partos	189
Abortos y nacidos muertos	458
	647

1665

Partos	625
Abortos y nacidos muertos	617
	1242

Esta desigualdad se ve enormemente aumentada si, como digo, se considera el número de habitantes. No pretendo hacer ningún cálculo exacto acerca de la cantidad de personas que había en la ciudad en aquel entonces, pero formularé algunas conjeturas verosímiles a ese respecto más adelante. Cuanto acabo de exponer tiene por objeto explicar la mísera situación de aquellas pobres mujeres; de forma que bien puede decirse, como en las Escrituras: «Ay de aquellas que estén preñadas y de aquellas que amamanten en ese día». Pues ciertamente era una desdicha especial para ellas estar en esas condiciones.

Yo no conocía a ninguna de las familias en las que tales cosas habían sucedido, pero el clamor de las infelices se dejaba oír desde muy lejos. En cuanto a las mujeres embarazadas, hemos visto algunas cifras: 291 mujeres murieron durante el parto en nueve semanas; esto es, tres veces la cantidad de mujeres que habitualmente morían por la misma causa en aquella época: ochenta y cuatro. Dejo al cuidado del lector calcular la proporción.

Es indudable que la desdicha de las mujeres que amamantaban a sus hijos era igualmente grande. Nuestras listas de mortalidad no reflejaban esto, aunque algunas sí lo hicieron. Hubo muchos niños más que de costumbre que murieron por falta de nodriza, mas esto no fue todo; la calamidad era primeramente que morían de hambre por falta de ama; la madre moría, y toda la familia y los recién nacidos eran hallados

muchos centenares de pobres infantes indefensos perecieron de tal suerte. En segundo lugar, a veces no morían de hambre, sino envenenados por el ama de cría. Incluso cuando era la madre quien los criaba estando contagiada, envenenaba, es decir contagiaba al niño con su leche antes de saber siquiera que ella misma estaba infectada; en tales casos, el niño moría antes que la madre. No puedo menos que recordar el hacer esta advertencia, por si alguna vez se abatiese sobre esta ciudad otro flagelo tan horroroso: que cuantas mujeres estén embarazadas o amamantando a sus hijos abandonen el lugar, por cualquier medio posible; ya que su desdicha, en caso de contagio, sería infinitamente mayor que la del resto.

Podría contar macabras historias acerca de niños vivos que mamaban de los pechos de sus madres o amas que ya estaban muertas por causa de la peste. O de una madre, en la parroquia en la que yo vivía, la cual, viendo que su bebé estaba enfermo, mandó llamar a un boticario para que examinase al niño; según cuentan, cuando el boticario llegó, la madre estaba dando de mamar al niño; y según todas las apariencias, ella se encontraba muy bien; mas cuando el boticario se le acercó vio las marcas de la peste sobre el pecho con el que ella estaba amamantando a la criatura. Quedó muy sorprendido, sin duda alguna, mas no deseando alarmar demasiado a la mujer, dijo que deseaba que la mujer depositase al niño en sus manos; así pues, cogió al niño y llevándolo hasta una cuna que había en la habitación, lo acostó en ella; y al desarroparlo, también vio las señales sobre el niño; y ambos murieron antes de que pudiera llegar a su casa y enviar una medicina preventiva para el padre del niño, al que había dicho que su familia estaba enferma. No se sabe si fue el niño quien infectó a la madre, o la madre al niño, pero esta última posibilidad es la más verosímil. Fue análogo el caso de aquel niño que llevaron a casa de sus padres después de que su nodriza muriera de peste, mas la amorosa madre, como no quería rechazar a su hijo, lo recogió sobre su pecho, con lo que se contagió; y expiró, con el niño ya muerto entre sus brazos. El corazón más duro podría desgarrarse al conocer los ejemplos que se daban con frecuencia, de tiernas madres que atendían y cuidaban a sus queridos hijos, e incluso murieron antes que ellos; y algunas veces recibieron la enfermedad de ellos y murieron cuando el niño, por quien su afectuoso corazón se había sacrificado, ya había superado la enfermedad y se había curado.

Como en el caso de un tendero de East Smithfield, cuya mujer estaba encinta de su primer hijo; y se le presentó el parto estando enferma de peste. El hombre no pudo hallar ni comadrona que la ayudase ni enfermera que la cuidase; y las dos criadas que tenía, huyeron ambas de ella. Corrió el hombre de casa en casa, como un demente, mas no encontró ayuda alguna; lo único que consiguió fue que un vigilante, que guardaba una casa infectada y cerrada, le prometiese enviarle una enfermera a la mañana siguiente. El pobre hombre, con el corazón destrozado, volvió a su casa y asistió a su mujer lo mejor que pudo, asumiendo el papel de comadrona; y trajo al

él se quedó abrazado al cadáver de ella hasta la mañana siguiente, cuando el vigilante llegó trayendo consigo a la enfermera, tal y como lo había prometido; y cuando subieron por las escaleras (pues el hombre había dejado abierta la puerta, dejándola cerrada tan sólo con una aldaba), encontraron al hombre sentado, con el cadáver de su esposa entre los brazos y tan anonadado por el dolor, que murió algunas horas más tarde sin que sobre él hubiese aparecido señal alguna de la peste, y sucumbió sólo bajo el peso de su pena.

También he oído de algunos que, al morir sus seres queridos, se volvieron estúpidos a causa de lo insoportable del dolor; y de uno en particular, que estaba tan absolutamente abrumado por el tormento de su espíritu, que su cabeza se sumergió gradualmente dentro de su cuerpo, tan dentro de los hombros, que apenas podía verse la parte superior de la cabeza por encima de los omóplatos; y fue perdiendo poco a poco la voz y el sentido, y su rostro, vuelto hacia adelante, reposaba sobre la clavícula y no podía permanecer con la cabeza alzada de ninguna otra manera, a menos que fuese sostenida por las manos de otras personas; y el pobre hombre no volvió a recuperarse nunca más sino que languideció en ese estado cerca de un año, antes de morir. Jamás se le vio levantar la vista ni mirar hacia ningún objeto definido.

Sólo puedo consignar los episodios de esta clase de forma resumida, ya que era imposible enterarse de los detalles ya que, en muchos casos, todos los miembros de las familias en las que tales cosas tuvieron lugar habían sido exterminados por la peste. Pero hubo innumerables casos como éstos que se presentaban ante la vista y entraban por el oído, simplemente al transitar por las calles, como he indicado antes. Tampoco es fácil relatar la historia de tal o cual familia, puesto que no había otras historias similares con las que comparar.

Mas como ahora estoy hablando de la época durante la cual la peste hacía estragos en el extremo más occidental de la villa, y de cómo, durante mucho tiempo, los habitantes de aquellos lugares imaginaron que se librarían de la peste, y de cómo quedaron sorprendidos cuando ésta llegó efectivamente hasta ellos; ya que, por cierto, cuando lo hizo, llegó con gran virulencia; como digo, esto me lleva nuevamente a retomar la historia de los tres hombres que salieron de Wapping sin saber adónde ir ni qué hacer, y a los que he mencionado antes; uno de ellos era un fabricante de galletas; el otro, fabricante de velas, y el tercero ebanista, todos ellos de Wapping o de cerca de allí.

La modorra y la sensación de seguridad imperante en esa parte de la ciudad, como he mencionado, eran tan acusadas, que no sólo no se marcharon, como otros habían hecho, sino que se jactaban de estar en un lugar protegido, y de que la seguridad estaba con ellos, y hubo mucha gente que huyó de la ciudad y de los suburbios infectados hacia Wapping, Ratcliff, Limehouse, Poplar y otros lugares parecidos, como si fuesen sitios seguros; y no es descabellado pensar que esto ha contribuido a

infectados hacia Wapping, Ratcliff, Limehouse, Poplar y otros lugares parecidos, como si fuesen sitios seguros; y no es descabellado pensar que esto ha contribuido a llevar la peste a esa zona con mayor rapidez de lo que normalmente hubiese sucedido. Porque si bien soy partidario de que la gente huya, y deje deshabitada una ciudad como ésta tan pronto se manifieste la primera señal de una calamidad semejante, y de que todas las personas que dispongan de un retiro cualquiera lo aprovechen a tiempo y se marchen de la ciudad, he de decir, sin embargo, que cuando todos los que quieran escapar lo hayan hecho ya, aquellos que se hubieran quedado deberán soportar la calamidad totalmente quietos en el lugar en que se encuentren, sin moverse de un extremo o de una parte de la ciudad a otra; pues eso es la ruina y la desgracia de todos, ya que llevan la peste de una casa a otra, prendida en sus mismísimas ropas.

¿Cuál fue el motivo de que nos ordenaran que matáramos a todos los perros y gatos, sino el hecho de ser éstos animales domésticos que pueden correr de casa en casa y de calle en calle, capaces por ello de transportar los efluvios o corrientes contagiosas de los cuerpos infectados incluso sobre su piel y su pelo? Fue por eso por lo que, al principio de la plaga, se publicó un edicto firmado por el corregidor y por los magistrados, de acuerdo con la opinión de los médicos, para que fueran sacrificados sin dilación todos los perros y gatos, designándose a un funcionario para el cumplimiento de dicho bando.

Es casi increíble la cantidad prodigiosa de estos animales que fueron exterminados, si es que se puede confiar en los cálculos. Creo que mencionaron la cifra de cuarenta mil perros y cinco veces ese número de gatos; había muy pocas casas en las que no hubiera gatos; y algunas tenían varios, a veces hasta cinco o seis en una sola casa. Se llevaron a cabo todos los esfuerzos para destruir igualmente a ratones y ratas, especialmente a estas últimas, esparciendo arsénico y otros venenos; y se exterminaron cantidades asombrosas de ellas.

He pensado con frecuencia en la situación de desprevenición en que se hallaba la totalidad de la población cuando este azote empezó a abatirse sobre ella; y la manera en que, por falta de medidas y disposiciones adecuadas, tanto públicas como particulares, cayeron sobre nosotros todos los trastornos posteriores y tan enorme cantidad de personas pereció en el desastre, lo que, si se hubieran tomado las medidas convenientes, se hubiera podido evitar con el concurso de la providencia; y que ello puede constituir un ejemplo y una advertencia a ser tenidos en cuenta por la posteridad. Pero volveré a referirme a esto más adelante.

Vuelvo a mis tres hombres. Cada una de las partes de su historia contiene una enseñanza útil; toda la conducta de estos hombres, y la de algunos de aquellos que se les unieron, marca una pauta a seguir por todos los hombres y mujeres pobres en caso de que volviese a presentarse una época como ésta; y si no hubiera otra finalidad para

poderosa, aunque mi narración no concuerde con los hechos de un modo absolutamente estricto.

Dos de ellos eran, según se dice, hermanos; el uno un soldado que entonces trabajaba en la fabricación de galletas; y el otro, un marino cojo que en ese entonces fabricaba velas; el tercero era carpintero. Un buen día, John, el soldado, dijo a su hermano Thomas, el marino: «Hermano Tom, ¿qué será de nosotros? La peste es cada vez más virulenta en la ciudad, y viene hacia aquí. ¿Qué hemos de hacer?».

«Es cierto», dijo Thomas. «Estoy indeciso y no sé qué hacer, porque si la peste baja hasta Wapping, me echarán de mi alojamiento». Así pues, comenzaron a hablar de ello anticipadamente.

JOHN: ¡Arrojado de tu habitación, Tom! Si te sucede eso, no sé quién te acogerá, pues la gente está ahora tan atemorizada los unos de los otros, que no hay forma de conseguir alojamiento en ninguna parte.

THOMAS: Si es que las gentes en cuya casa vivo son buenas y corteses; y son muy amables conmigo; pero dicen que salgo a trabajar todos los días, y que eso será peligroso; y hablan de encerrarse bajo llave y de no dejar que nadie se les acerque.

JOHN: Pues tienen razón al hacerlo, para estar a salvo si deciden permanecer en la ciudad.

THOMAS: Es más, yo también podría decidirme a permanecer encerrado, porque, excepto un velamen en el que mi patrón está trabajando y que estoy a punto de terminar, no es probable que tenga más trabajo durante largo tiempo. Todo está parado. Los obreros y criados son despedidos en todas partes, de modo que me gustaría encerrarme yo también; pero tampoco creo que estén dispuestos a consentirlo.

JOHN: Pues, ¿qué harás entonces, hermano? ¿Y qué haré yo? Porque yo estoy casi tan mal como tú. Donde yo vivo se han marchado al campo todos menos una muchacha, que se irá la semana próxima cerrando la casa completamente, de forma que me encontraré a la deriva por el ancho mundo antes que tú; y estaría decidido a marcharme también, si tan sólo supiera adónde ir.

THOMAS: Los dos fuimos unos tontos al no habernos marchado al principio; entonces hubiéramos podido ir a cualquier lugar. Ahora es imposible moverse; nos moriremos de hambre si intentamos salir de la ciudad. No nos darán víveres por nuestro dinero ni nos dejarán entrar en sus pueblos, ni mucho menos, dentro de sus casas.

JOHN: Y lo que es casi peor, apenas tengo dinero para mantenerme.

THOMAS: En cuanto a eso, podremos arreglarnos. Yo tengo un poco, aunque no es demasiado; pero te digo que es imposible viajar por los caminos. Conozco un par de hombres honrados de la calle que intentaron viajar; y en Barnet, o en Whetstone, o por esa zona, les amenazaron con disparar sobre ellos si continuaban adelante; así,

JOHN: Yo me hubiera arriesgado a que dispararan, si hubiera estado allí. Si se me hubiese negado comida a cambio de mi dinero, me habrían visto cogerla delante de sus propias narices, y habiéndoles ofrecido dinero por ella, no podrían emprender ninguna acción legal contra mí.

THOMAS: Hablas con tu lenguaje de antiguo soldado, como si estuvieses en los Países Bajos, pero esto es cosa seria. La gente tiene buenas razones para mantener alejado a todo aquel de quien no sepa que está sano, en tiempos como éstos; y no debemos robarles.

JOHN: No, hermano; comprendes mal el caso, y me comprendes mal a mí también. Yo no robaría a nadie; pero que cualquier pueblo de los caminos me impida pasar a través de él por el camino real abierto y me niegue provisiones a cambio de mi dinero, es como decir que la ciudad tiene derecho a matarme de hambre, lo cual no puede ser cierto.

THOMAS: Pero no te niegan la libertad de volver por donde has venido; o sea, que no te matan de hambre.

JOHN: Pero el pueblo siguiente detrás de mí me impedirá volver, por el mismo derecho; y así, me matan de hambre entre los dos. Además, no hay ninguna ley que me prohíba viajar por los caminos adonde yo quiera.

THOMAS: Pero habrá tantas disputas con ellos en cada uno de los pueblos del camino, que no es cosa que los pobres puedan hacer o intentar, especialmente en tiempos tan catastróficos.

JOHN: Hermano, nuestra situación es en estos momentos peor que la de cualquier otro mortal, porque no podemos ni marcharnos ni quedarnos aquí. Soy de la misma opinión que los leprosos de Samaria: «Si nos quedamos aquí, es seguro que moriremos», especialmente, tal como nos encontramos tú y yo, sin vivienda propia y sin poder alojarnos en casa de nadie. No se puede dormir en las calles en estos tiempos; sería como precipitarnos directamente dentro del carro de los muertos. Por eso digo que si nos quedamos aquí podemos estar seguros de que moriremos; y si nos marchamos, lo peor que nos puede ocurrir es que muramos también; yo estoy decidido a partir.

THOMAS: Quieres partir. ¿Adónde quieres ir y qué puedes hacer? Yo me marcharía gustosamente, igual que tú, si supiera hacia dónde. Pero no conocemos a nadie, no tenemos amigos. Hemos nacido aquí y aquí hemos de morir.

JOHN: Escucha, Tom; todo el reino es mi suelo natal, tanto como lo es esta ciudad. Si dices que no debo salir de la ciudad en que he nacido cuando ésta se ve azotada por la peste, es como si afirmaras que no debo salir de mi casa cuando ésta se está quemando. Yo he nacido en Inglaterra y tengo derecho a vivir en ella, si puedo.

THOMAS: Pero si bien sabes que, según las leyes de Inglaterra, toda persona vagabunda puede ser apresada y devuelta al lugar de su última residencia legal.

THOMAS: Pero si bien sabes que, según las leyes de Inglaterra, toda persona vagabunda puede ser apresada y devuelta al lugar de su última residencia legal.

JOHN: Pero ¿cómo pueden llamarme vagabundo? Sólo deseo viajar por motivos legales.

THOMAS: ¿Cuáles son los motivos legales que podemos aducir para viajar, o más bien, vagar? No se dejarán persuadir por simples palabras.

JOHN: ¿No es acaso un motivo legal escapar para salvar nuestras vidas? ¿Y no saben acaso todos ellos que este hecho es cierto? No nos pueden acusar de fingir.

THOMAS: Suponiendo que nos dejen pasar, ¿adónde iríamos?

JOHN: Adonde sea, con tal de salvar nuestras vidas; eso podremos pensarlo cuando estemos fuera de la ciudad. Con tal de estar lejos de este sitio espantoso, no me importa adónde voy.

THOMAS: Nos veremos arrastrados a cometer grandes desatinos. No sé qué pensar de ello.

JOHN: Bueno, Tom, medita sobre todo esto con tranquilidad.

Esto sucedió a principios de julio; y si bien la peste había avanzado por la parte oeste y norte de la ciudad, seguían libres de ella toda Wapping, Redriff, Ratcliff, Limehouse y Poplar, Deptford y Greenwich, las dos orillas del río desde la Ermita, desde más arriba y enfrente de la misma, y bajando hasta Blackwall, como dije antes; en toda la parroquia de Stepney, ni una sola persona había muerto de la peste, ni tampoco en el lado sur del Camino de Whitechapel, en ninguna de las parroquias: sin embargo, la lista semanal se había elevado, esa misma semana, a 1006 muertos.

Fue dos semanas más tarde cuando los dos hermanos volvieron a encontrarse, y la situación se había modificado sensiblemente: la peste había avanzado mucho y las cifras de muertos habían aumentado enormemente; la lista indicaba 2785 muertos, y seguía incrementándose rápidamente, aunque las dos orillas del río se mantenían aún bastante bien. Mas en Redriff comenzaron a morir algunos, y hubo cinco o seis muertos en el camino de Ratcliff, cuando el fabricante de velas, bastante atemorizado, fue expresamente a ver a su hermano John; le habían advertido que debería buscarse otra casa antes del término de una semana. Su hermano John se hallaba en una situación igualmente mala, pues ya lo habían echado a la calle; y había pedido permiso a su patrón, el fabricante de galletas, para dormir en una dependencia perteneciente a su industria, donde se acostaba sobre paja, con algunos sacos de galletas, o sacos de pan, como se los llamaba, colocados sobre la paja, y cubriéndose con algunos de los mismos sacos.

Entonces decidieron (viendo que todo trabajo tocaba a su fin y que no habría más sueldos por recibir), que harían cuanto pudieran para ponerse fuera del alcance de la espantosa enfermedad; y que, siendo lo más ahorrativos que fuese posible y se esforzarían por vivir de lo que tenían mientras les durase; y que luego trabajarían para

fuese.

Mientras estaban discutiendo la manera de poner en práctica su decisión del mejor modo posible, el propósito que albergaban llegó a conocimiento del tercer hombre, a quien el velero conocía muy bien, y quien pidió permiso para integrarse al grupo; y así, se prepararon para partir.

Sucedía que no tenían dinero en cantidades iguales; pero como el velero, quien era el que más tenía, era, además de cojo, el más inepto para ganar dinero trabajando en el campo, estaba de acuerdo en que pusieran en una bolsa común todo el dinero que poseían, con la condición de que cualquier cantidad, superior a la que ganasen los demás, que cualquiera de ellos ganase, habría de ser agregada a la bolsa común sin mala voluntad alguna.

Decidieron cargar el equipaje con el menor peso posible, ya que habían pensado viajar primero a pie y caminar hasta muy lejos de manera que, a ser posible, se pusieran completamente a salvo; y mantuvieron muchas deliberaciones entre sí para ponerse de acuerdo acerca de la dirección en que irían, en lo que no lograron llegar a coincidir, hasta el punto de que, en la mañana de su partida, aún no lo habían resuelto.

Finalmente, el marino presentó una sugerencia que decidió la cuestión. «Primeramente», dijo, «el tiempo es muy caluroso y por ello opino que debemos viajar hacia el norte, para no tener el sol cayendo sobre nuestras caras y golpeándonos el pecho, lo que nos daría calor y nos sofocaría; y me han dicho, continuó, que no es bueno que la sangre se caliente cuando, el contagio, como bien sabemos, puede estar en el aire mismo. En segundo lugar», dijo, «soy partidario de que caminemos en el sentido que puede ser contrario al del viento, según éste sople cuando partamos, para que el viento no arroje sobre nuestras espaldas el aire de la ciudad mientras caminamos». Se aprobaron estas dos sugerencias, siempre y cuando fuese posible acertar a encontrar juntos los dos factores, y que el viento no soprase desde el sur cuando hubieran de partir hacia el norte.

John, el tahonero que había sido soldado, también manifestó su opinión. «Primero», dijo, «ninguno de nosotros espera conseguir alojamiento alguno durante el camino y será un poco demasiado penoso dormir a la intemperie. Aunque el tiempo sea caluroso, siempre puede ser húmedo; y tenemos motivos de sobra para cuidar de nuestra salud en tiempos como éstos; por eso», dijo, «tú, hermano Tom, que fabricas velas, puedes hacernos fácilmente una pequeña tienda, y yo me encargaré de montarla todas las noches, y de desmontarla, y al diablo con todas las posadas de Inglaterra; si tenemos una buena tienda sobre nuestras cabezas, estaremos bastante bien».

El carpintero se opuso y les dijo que lo dejaran por su cuenta; que él se encargaría de construirles una casa todas las noches con su hacha y su mazo, aunque eran las únicas herramientas que tenía, casa que sería de su entera satisfacción, y tan buena

El soldado y el carpintero discutieron este punto durante algún tiempo; mas finalmente, el soldado hizo prevalecer la idea de la tienda. La única objeción era que deberían transportarla con ellos y que aquello haría demasiado pesado el equipaje, si el tiempo era caluroso. Pero el velero recibió un golpe de suerte que facilitó la cosa, ya que su patrón, para quien trabajaba, tenía una cordelería además del comercio de velas, y poseía un caballo que entonces no empleaba para nada; y queriendo ayudar a los hombres, les dio el caballo para que transportaran su equipaje con él; también, por la friolera de tres días de trabajo que su hombre le sirvió antes de partir, le dio una vieja vela de gavia que estaba raída, pero que era más que suficiente para hacer con ella una buena tienda de campaña. El soldado indicó la forma que había que darle, y rápidamente armaron la tienda bajo su dirección, y la proveyeron de palos o duelas adecuados; así pues, estaban preparados para la marcha: tres hombres, una tienda de campaña, un caballo y una escopeta, ya que el soldado no quería ir desarmado, pues decía que ya no era un horneador de galletas, sino un soldado.

El carpintero poseía una pequeña bolsa de herramientas que podría ser útil si conseguía algún trabajo, tanto para su propia subsistencia como para la de todos ellos. Juntaron en una bolsa común todo el dinero que tenían, y preparados de esta guisa, se pusieron en camino. Al parecer, la mañana en la que partieron el viento soplaba del oeste-noroeste, como dijo el marino, según indicaba su brújula de bolsillo. Por consiguiente, decidieron marchar hacia el noroeste.

Mas se les presentó una dificultad en el camino: y era que, como habían partido del extremo más cercano de Wapping, cerca de la Ermita, y dado que la peste hacia grandes estragos especialmente en la parte norte de la ciudad, al igual que en las parroquias de Cripplegate y Shoreditch, no estimaron seguro acercarse a estas zonas; en consecuencia, se dirigieron hacia el este por el camino de Ratcliff, hasta Ratcliff Cross; y dejando siempre la iglesia de Stepney a su izquierda, pues tenían miedo de subir desde Ratcliff Cross hacia Mile End porque hubieran tenido que pasar justo al lado del cementerio y porque el viento, que parecía soplar con más fuerza desde el oeste, venía directamente de la parte de la ciudad en la que la peste era más virulenta; se alejaron, como digo, de Stepney, y dieron un gran rodeo pasando por Poplar y Bromley, hasta llegar al camino real a la altura de Bow.

El guardia destacado en Bow Bridge hubiera podido hacerles preguntas, pero ellos lo evitaron, bajando del camino y pasando a un sendero estrecho que sale desde ese extremo del pueblo de Bow hacia Old Ford; y caminaron hasta Old Ford. En todos los lugares, los alguaciles se preocupaban, no tanto de impedir el paso de la gente, sino de evitar que ésta se estableciera en sus pueblos; por otra parte, se había propagado un nuevo rumor en aquellos días: que los pobres de Londres, que se hallaban en la miseria y muriéndose de hambre, se habían levantado en armas y habían organizado tumultos; y que vendrían a todos los pueblos de los alrededores

hallaban en la miseria y muriéndose de hambre, se habían levantado en armas y habían organizado tumultos; y que vendrían a todos los pueblos de los alrededores para saquearlos y llevarse todos los víveres, lo que por cierto no era nada inverosímil. Como digo, esto no era más que un rumor, y fue una suerte que no pasase de tal. Mas no estuvo tan lejos de suceder como se había creído, ya que muy pocas semanas más tarde, las gentes pobres se tornaron tan desesperadas por la calamidad que padecían, que fue difícil evitar que corrieran hacia los campos y los pueblos circundantes, haciendo trizas cuanto encontraran a su paso; y como he indicado antes, lo único que les impidió hacerlo fue la peste, que cayó sobre ellos con su máximo furor causando una mortandad tal, que era más bien a la sepultura adonde fueron a dar por millares, y no a los campos en turbas de a miles; pues en los alrededores de las parroquias de St. Sepulcher, Clarkenwell, Cripplegate, Bishopsgate y Shoreditch, que fueron los lugares en los que la chusma se volvía amenazadora, la peste llegó con una furia tal, que incluso entonces, antes de que la plaga hubiese llegado a su apogeo, murieron en aquellas pocas parroquias no menos de 5361 personas durante las tres primeras semanas de agosto, mientras que por entonces las partes de Wapping, Ratcliff y Rotherhithe apenas habían sido alcanzadas aún por la peste, según se ha consignado antes; o sea que, como dije anteriormente, a pesar de las sabias medidas adoptadas por el Corregidor y los jueces, que contribuyeron en gran medida a evitar que la desesperación y la rabia del pueblo estallase en desórdenes y que se formasen bandas de chusma; en una palabra, que los pobres saqueasen a los ricos —como digo, pese a lo mucho que hicieron, los carros de muertos hicieron aún más: porque si dije que sólo en aquellas cinco parroquias más de cinco mil pobres murieron en veinte días, probablemente hubo una cantidad tres veces superior de personas enfermas durante aquel tiempo; porque algunos se recobraron, y muchísimos, que morirían más tarde, enfermaban cada día. Además, aún hay que agregar que, si las listas de mortalidad daban una cifra de cinco mil, yo siempre estuve convencido de que en realidad había casi el doble, ya que no existía causa alguna para confiar en la exactitud de esos datos, y los encargados de ese censo estaban ciertamente inmersos, según pude ver, en un caos tal, que no se hallaban en condiciones de poder llevar cuentas fidedignas —.

Pero he de volver a mis viajeros. En aquel pueblo sólo fueron examinados y, como parecían venir más bien del campo que de la ciudad, encontraron a la gente muy amable para con ellos; tanto, que les hablaron, los dejaron entrar en una cantina donde se encontraban el alguacil y sus guardias, y les dieron algunos víveres y bebidas que los refrescaron, y los fortificaron grandemente; y aquí fue donde se les ocurrió la idea de decir, cuando fueran preguntados más adelante, que venían de Essex y no de Londres.

Para corroborar este pequeño fraude, consiguieron del alcalde de Old Ford el gran

dicho pueblo, procedentes de Essex, y que no habían estado en Londres; lo cual, si bien era falso según la idea que de Londres se tenía en el campo, era sin embargo literalmente cierto, pues Wapping y Ratcliff no formaban parte de la ciudad.

Este certificado, que los recomendaba al alguacil del pueblo siguiente, situado en Homerton, uno de los caseríos de la parroquia de Hackney, les fue tan útil que les procuró un cabal certificado de salud expedido por un juez de paz, quien lo concedió sin grandes dificultades, al haberle sido solicitado por el alguacil; de esta manera, pasaron a través de la dispersa ciudad de Hackney (pues consta de varios villorrios separados), y siguieron camino hasta llegar al gran camino del norte, sobre la cima de Stamford Hill.

Estaban fatigados, de modo que en el sendero de Hackney, antes de llegar a dicho gran camino, decidieron montar su tienda y acampar para pasar la primera noche, cosa que así hicieron; con el complemento de que, habiendo encontrado un granero, o edificio que se asemejaba a un granero, montaron la tienda apoyándola contra el mismo, inspeccionando primero cuidadosamente el lugar para asegurarse de que allí no había nadie. Hicieron esto porque el viento soplaba muy fuerte aquella noche, y eran aún inexpertos en esa manera de vivir, así como en el manejo de la tienda.

Se echaron a dormir; pero el carpintero, hombre serio y juicioso, descontento de esa forma despreocupada de dormir la primera noche, no pudo conciliar el sueño; después de haber intentado dormirse sin conseguirlo, decidió salir afuera y montar guardia cuidando de sus compañeros, armado con la escopeta. Así pues, se puso a andar de un lado a otro, con la escopeta en las manos, delante del granero, pues éste se levantaba cerca del camino, aunque dentro de un vallado. Al poco tiempo de estar al acecho, escuchó un ruido de gentes que se acercaban, que parecían ser muchos y que venían, según le pareció, directamente hacia el granero. No despertó inmediatamente a sus compañeros; pero en pocos minutos, el ruido se hizo cada vez mayor, hasta que el soldado lo llamó y le preguntó qué sucedía, saliendo también rápidamente de la tienda. El otro, que era el marino cojo y el que estaba más cansado de los tres, seguía durmiendo en la tienda.

Tal y como suponían, la gente que habían oído venir se acercaba directamente al granero, hasta que uno de nuestros viajeros gritó, como los soldados durante la guardia: «¿Quién vive?». Los desconocidos no contestaron al punto, sino que uno de ellos dijo, dirigiéndose a otro que estaba detrás de él: «¡Ay, ay!, estamos chasqueados. Aquí hay gente llegada antes que nosotros; el granero está ocupado».

Entonces, todos se detuvieron, bastante sorprendidos; al parecer, eran unos trece en total, y había entre ellos algunas mujeres. Deliberaron entre sí para decidir lo que deberían hacer; y por sus palabras, nuestros viajeros descubrieron pronto que se trataba de gentes pobres y desgraciadas, iguales a ellos, que estaban buscando refugio y seguridad; además, nuestros hombres no tenían motivo para temer que viniesen a

podieron escuchar que una mujer había dicho, con acento de miedo: «No os acerquéis a ellos. ¿Cómo podéis saber que no tienen la peste?». Y cuando uno de los hombres dijo: «Déjanos que hablemos con ellos», la mujer replicó: «No, no hagáis eso por nada del mundo. Hemos podido escapar hasta aquí por la gracia de Dios; no vayamos a correr ahora hacia el peligro, os lo suplico».

Nuestros viajeros comprendieron por estas palabras que eran personas buenas y juiciosas que huían para salvar la vida, como efectivamente era el caso; y así, como ellos se habían tranquilizado, John dijo al carpintero, su camarada: «Animémosles nosotros también todo cuanto podamos»; así pues, se dirigió a ellos. «Escuchad, buena gente», dijo el carpintero. «Por vuestras palabras vemos que estáis huyendo del mismo espantoso enemigo que nosotros. No tengáis miedo de nosotros: no somos más que tres hombres pobres y sanos. Si estáis libres de la peste, no os haremos el menor daño. No estamos en el granero, sino en una pequeña tienda aquí afuera; y nos alejaremos por vosotros; podemos volver a montar nuevamente nuestra tienda en cualquier otro lugar»; tras estas palabras se inició un parlamento entre el carpintero, cuyo nombre era Richard, y uno de los hombres del otro grupo, quien dijo llamarse Ford.

FORD: ¿Nos dais vuestra palabra de que estáis todos sanos?

RICHARD: No sólo os la damos: es más, nos importa decíroslo, para que no estéis intranquilos ni os sintáis en peligro; mas, como veis, no deseamos que creáis que os aventuráis a un peligro, y por ello os digo que no hemos utilizado el granero, de modo que nos marcharemos para que vosotros estéis a salvo y nosotros también.

FORD: Eso es muy amable y caritativo de vuestra parte; pero si tenemos motivos para creer que estáis sanos y libres de la peste, ¿por qué habríamos de haceros cambiar de sitio, ahora que estáis acampados en vuestra tienda y tal vez acostados ya para descansar? Entraremos en el granero, si os parece, para descansar un poco; y no necesitamos molestaros.

RICHARD: Bien, pero vosotros sois más numerosos que nosotros. Espero que nos garantizéis que todos vosotros también estáis sanos, ya que el peligro que nosotros podríamos ser para vosotros es el mismo que vosotros representáis para nosotros.

FORD: Alabado sea Dios porque algunos hayan conseguido escapar, aunque sólo sean pocos; lo que será de nosotros no lo sabemos todavía, pero hasta ahora hemos sido preservados.

RICHARD: ¿De qué parte de la ciudad venís? ¿Ha llegado la plaga a los lugares en que vivíais?

FORD: ¡Ay, ay!, de la manera más terrible y horrorosa; de otro modo no hubiéramos huido como lo estamos haciendo; pero creemos que han quedado muy pocos con vida detrás de nosotros.

RICHARD: ¿De qué parte venís?

pocos con vida detrás de nosotros.

RICHARD: ¿De qué parte venís?

FORD: La mayoría de nosotros pertenece a la parroquia de Cripplegate, y sólo dos o tres a la parroquia de Clerkenwell, pero del lado de aquí.

RICHARD: Entonces, ¿cómo no os habéis marchado antes?

FORD: Hemos estado fuera durante algún tiempo; y permanecimos todos juntos lo mejor que pudimos en este extremo de Islington, donde nos permitieron dormir en una casa deshabitada, y teníamos algunos colchones y comodidades que habíamos llevado con nosotros; pero la peste llegó también a Islington; y la casa próxima a nuestra pobre morada se infectó y fue cerrada; por eso huimos aterrorizados.

RICHARD: ¿Y hacia dónde os dirigís?

FORD: Adonde nos lleve nuestra suerte; no sabemos hacia dónde, mas Dios guiará a quienes le honren.

No hablaron más en aquel momento, sino que subieron todos hasta el granero y, con cierta dificultad, penetraron en él. En el granero no había más que heno, del cual estaba lleno; y se acomodaron lo mejor que pudieron para descansar; pero nuestros viajeros observaron que un anciano, al parecer, el padre de una de las mujeres, rezó con todo el grupo, encomendando sus almas en manos de la Divina Providencia, antes de echarse a dormir.

En aquella época del año amanecía temprano: y como Richard, el carpintero, había montado guardia durante la primera parte de la noche, John, el soldado, le relevó y estuvo de centinela hasta la mañana; y así, comenzaron a conocerse mejor los unos a los otros. Al parecer, cuando el otro grupo hubo abandonado Islington, intentó dirigirse hacia el norte, hacia Highgate, mas fueron detenidos en Holloway, donde no los querían dejar pasar; así pues, cruzaron los campos y colinas hacia el este y salieron al río Boarded, evitando las ciudades y dejando a su izquierda Hornsey y a su derecha Newington, entraron en el gran camino a la altura de la colina de Stamford desde aquel lado, al igual que nuestros viajeros lo habían hecho por el otro. Ahora tenían pensado cruzar el río a través de las marismas y continuar su camino hasta alcanzar Epping Forest, donde esperaban obtener permiso para descansar. No parecían ser pobres, o al menos, no tan pobres como para estar en la indigencia, pues tenían lo suficiente como para subsistir modestamente durante dos o tres meses, hasta que, como dijeron, el tiempo frío pusiese un freno a la infección, o al menos desapareciese su virulencia y la epidemia amainase, aunque sólo fuera porque no hubiese quedado suficiente gente con vida como para recibirla.

Era el mismo destino que habían sufrido nuestros tres viajeros, sólo que estos últimos estaban mejor pertrechados para viajar y tenían proyectado ir más lejos; mientras que los otros no pensaban viajar más que una jornada, de forma que pudieran recibir, cada dos o tres días, noticias acerca de cómo estaba la situación en

Pero en este punto, nuestros viajeros se encontraron con un inconveniente inesperado: es decir, su caballo, pues para que el caballo pudiera acarrear su equipaje estaban obligados a seguir los caminos, mientras que las gentes de ese otro grupo andaban por los caminos o a campo través, con sendero o sin él, según les parecía; tampoco estaban obligados a cruzar ningún pueblo ni acercarse a ninguna villa, salvo para comprar lo que necesitasen para su subsistencia, operación en la que, por cierto, pasaban por muchas dificultades; hablaré de este tema en su debido momento.

Mas nuestros tres viajeros estaban obligados a seguir el camino, pues de otro modo deberían producir grandes daños a la campiña derribando muros y abriéndose paso para entrar en campos vallados, lo que estaban poco dispuestos a hacer, si podían evitarlo.

No obstante, nuestros tres viajeros sentían muchos deseos de unirse a este otro grupo y compartir su suerte con ellos; y luego de discutir el tema en profundidad, desecharon su primer propósito de encaminarse hacia el norte y decidieron seguir con los otros hasta Essex; de suerte que, por la mañana, recogieron su tienda y cargaron el caballo; y prosiguieron viaje todos juntos.

Tuvieron problemas para cruzar el río con el transbordador, cuyo encargado tuvo miedo de ellos; pero luego de hablar con él, a distancia, lo convencieron para que llevase su barca a un lugar alejado del punto de embarque habitual y la dejase allí para que pudieran cogerla; después de haberles hecho cruzar, les dijo que dejaran la barca allí y que él tenía otro bote con el cual iría a recogerla, cosa que al parecer sólo hizo ocho días más tarde.

En ese sitio, y tras dar dinero anticipadamente al hombre, consiguieron vituallas y bebidas, que el barquero trajo y dejó en la barca para ellos; pero no sin haber recibido previamente, como dije, el dinero por adelantado. Mas ahora nuestros viajeros se enfrentaban con la enorme dificultad de hacer cruzar el río al caballo, pues la barca era pequeña y no se prestaba a ello; finalmente, descargaron el equipaje e hicieron que el jaco cruzara el río a nado.

Desde el río siguieron andando en dirección al bosque, mas cuando llegaron a Walthamstow, los habitantes de ese pueblo se negaron a admitirlos, como por lo demás sucedía en todas partes. El alguacil y sus guardias los mantuvieron a distancia, aunque consintieron en parlamentar con ellos. Contaron la misma historia que antes acerca de sí mismos, pero los lugareños no les creyeron, alegando que dos o tres grupos habían pasado ya por allí con idénticas pretensiones y que habían contagiado la peste a varias personas en los pueblos por los que habían pasado; y que luego fueron tan castigados (aunque con justicia, tal como se lo merecían), que hacia Brentwood o cerca de allí, varios de entre ellos perecieron en los campos —no sabrían decir si por causa de la peste, o meramente de inanición—.

Era ésta, sin lugar a dudas, una buena razón para que los habitantes de

no estuvieran absolutamente seguros. Pero, como dijeron Richard el carpintero y el otro hombre que discutía con ellos, no tenían motivo para bloquear los caminos e impedir que la gente pasase a través del pueblo; que ellos no pedían nada y que su único deseo era pasar a lo largo de la calle; que si la población les tenía miedo, podía entrar en sus casas y cerrar las puertas; que no serían corteses ni descorteses, sino que tan sólo seguirían su camino.

Los alguaciles y habitantes presentes, sin dejarse convencer, continuaban inflexibles y no parecían dispuestos a atender a ninguna razón; ante ello, los dos hombres que les hablaban volvieron hacia donde estaban sus compañeros para deliberar acerca de lo que deberían hacer. La situación era muy descorazonadora, y durante largo rato no supieron qué hacer; mas finalmente, John, el soldado fabricante de galletas, al haber meditado un poco, dijo: «Venid, dejad el resto de la conferencia por mi cuenta». No había aparecido todavía, de modo que puso a trabajar a Richard, el carpintero, para cortar algunos palos de los árboles y darles forma de escopetas, haciéndolas lo más parecidas a un arma que pudiera; al cabo de poco tiempo, tenían hechos cuatro o cinco mosquetes que no se podrían reconocer a la distancia; y en el lugar en que debería estar colocado el mecanismo del arma, les hizo poner telas y trapos arrollados, todos los que tuvieran, como hacen los soldados en tiempo húmedo para preservar los cierres de la herrumbre; el resto fue oscurecido con arcilla o barro, del que pudieron encontrar; todo esto mientras el resto, siguiendo sus órdenes, estaba sentado en dos o tres grupos debajo de los árboles, en los que hicieron fuegos, encendiéndolos a gran distancia unos de otros.

Mientras los demás hacían esto, él mismo y dos o tres hombres más se adelantaron y montaron la tienda sobre el sendero, a la vista de la barrera que habían colocado los hombres del pueblo; y destacó un centinela al lado de la misma empuñando el arma verdadera, la única que tenían, para que caminase de un lado para otro con la escopeta al hombro, de manera tal que la gente del pueblo pudiera verlo. También amarró el caballo al portón de un vallado próximo, juntó un poco de leña seca y encendió un fuego del otro lado de la tienda, de manera que la gente del pueblo pudiera ver el fuego y el humo, pero sin distinguir qué era lo que allí estaban haciendo.

Los campesinos los observaron, muy graves, durante largo tiempo; y según todas las apariencias, debieron suponer que se trataba de un grupo muy numeroso; comenzaron a intranquilizarse, pero sin moverse de donde estaban; y sobre todo, al ver que tenían caballos y armas, pues habían visto un caballo y una escopeta en la tienda, y habían visto a otros caminar por los campos del otro lado del vallado, paralelamente al camino, con sus mosquetes —que es lo que creyeron que eran— sobre el hombro; al ver, como digo, todas estas cosas, podéis estar convencidos de que se alarmaron y aterrorizaron grandemente; y fueron a consultar, según parece, a

sobre el hombro; al ver, como digo, todas estas cosas, podéis estar convencidos de que se alarmaron y aterrorizaron grandemente; y fueron a consultar, según parece, a un juez de paz para saber lo que debían hacer. No sé qué les habría aconsejado el juez de paz, pero al caer la tarde, llamaron desde la barrera mencionada, dando voces al centinela de guardia ante la tienda.

«¿Qué queréis?», gritó John.^[7]

«¿Qué es lo que intentáis hacer?», dijo el alguacil.

«¡Hacer!», dijo John. «¿Qué queréis que hagamos?».

ALGUACIL: ¿Por qué no os marcháis? ¿Para qué os quedáis ahí?

JOHN: ¿Por qué nos detenéis en el camino real y no nos permitís seguir nuestro camino?

ALGUACIL: No estamos obligados a deciros el motivo, aunque ya os hemos informado que es a causa de la peste.

JOHN: Os hemos dicho que estábamos todos sanos y libres de la peste, cosa que no teníamos obligación alguna de hacer; y aun así, pretendéis cerrarnos el paso.

ALGUACIL: Tenemos derecho a bloquear el camino y nuestra propia seguridad nos obliga a hacerlo. Además, éste no es un camino real; es un paso de tolerancia. Veis aquí una barrera; si dejamos pasar a la gente por aquí, les hacemos pagar portazgo.

JOHN: Tenemos el derecho de procurar nuestra propia seguridad tanto como vosotros; bien podéis ver que estamos huyendo para salvar nuestras vidas y es muy injusto y poco cristiano cerrarnos el paso.

ALGUACIL: Podéis volver por donde habéis venido; no os impedimos que hagáis eso.

JOHN: No, lo que nos impide hacerlo es un enemigo aún más poderoso que vosotros; de otro modo, no habríamos llegado hasta aquí.

ALGUACIL: Bueno, podéis marcharos en cualquier otra dirección.

JOHN: No, no; supongo que os habréis dado cuenta de que podemos haceros correr a vos y a toda la gente de vuestra parroquia y pasar a través de vuestro pueblo cuando queramos; mas como nos habéis cerrado el paso aquí, nos resignamos. Como veréis, hemos acampado aquí; y aquí nos quedaremos. Esperamos que nos suministraréis víveres.

ALGUACIL: ¡Que os suministremos víveres! ¿Qué entendéis por eso?

JOHN: ¡No nos dejaréis morir de hambre! Si nos obstruís el paso, debéis alimentarnos.

ALGUACIL: Mal os alimentarán con lo que nosotros os demos.

JOHN: Si nos escatimáis las provisiones, nosotros mismos nos encargaremos de mejorar la ración.

ALGUACIL: ¿No pretenderéis acuartelaros a nuestra costa por la fuerza?

JOHN: No hemos manifestado violencia alguna hacia vosotros todavía. ¿Por qué

pienso morirme de hambre; y si creéis que nos obligaréis a retroceder por falta de víveres, os equivocáis.

ALGUACIL: Puesto que nos amenazáis, ya nos cuidaremos de ser lo suficientemente fuertes para luchar contra vosotros. Tengo órdenes de levantar a la región en armas contra vosotros.

JOHN: Sois vos quien amenaza, no nosotros. Y puesto que optáis por hacernos daño, no podréis censurarnos si no os damos tiempo para ello; iniciaremos la marcha dentro de pocos minutos.^[8]

ALGUACIL: ¿Qué es lo que pedís de nosotros?

JOHN: Al principio, no os pedíamos otra cosa que permiso para pasar a través del pueblo; no hubiéramos causado daño a ninguno de vosotros, ni hubierais sufrido pérdida alguna por nuestra causa. No somos ladrones, sino gente pobre sumida en la desgracia, que huye de la espantosa plaga de Londres que devora a miles de personas cada semana. ¡Nos asombra que podáis ser tan despiadados!

ALGUACIL: La necesidad de la propia conservación nos obliga.

JOHN: ¡Cómo! ¿Acallar la voz de vuestra compasión en un caso tan desgraciado como éste?

ALGUACIL: Bien, si deseáis pasar a través de los campos, a vuestra izquierda y pasando detrás de aquella parte del pueblo, haré que tengáis los portones abiertos.

JOHN: Nuestros jinetes^[9] no pueden pasar por allí con nuestro equipaje; esa senda no nos conduce al camino al que deseamos ir, y además, ¿por qué habríais de hacernos salir del camino? Nos habéis retenido aquí durante todo el día, sin más provisiones que las que hemos traído con nosotros. Creo que deberíais enviarnos algunos víveres para confortarnos.

ALGUACIL: Si os marcháis en otra dirección, os enviaremos algunas provisiones.

JOHN: Así es como todos los pueblos del campo nos cerrarán el paso por los caminos.

ALGUACIL: Si todos os suministran víveres, vuestra situación no empeorará. Veo que tenéis tiendas; no necesitáis alojamiento.

JOHN: Bien, ¿qué cantidad de provisiones nos enviaréis?

ALGUACIL: ¿Cuántos sois?

JOHN: Ni siquiera pedimos lo suficiente para todos nosotros; estamos en tres grupos. Si nos enviáis el pan suficiente para veinte hombres y cinco o seis mujeres para tres días, y nos indicáis el camino a través de los campos de los que habéis hablado, no deseamos que vuestra gente sienta temor alguno de nosotros, nos apartaremos de nuestra ruta para complaceros, aunque estamos tan libres de infección como vosotros.^[10]

ALGUACIL: ¿Y nos aseguraréis que vuestra otra gente no nos causará nuevas molestias?

ALGUACIL: Debéis comprometeros, vos también, a que ninguno de vuestros hombres se acercará ni un solo paso más allá del sitio en el que se depositarán las provisiones que os enviaremos.

JOHN: Yo os respondo de ello.

Así pues, enviaron al lugar indicado veinte hogazas de pan y tres o cuatro grandes trozos de carne de vaca; y abrieron algunos portones, a través de los cuales pasó el grupo; mas ninguno de los habitantes del pueblo se atrevió a mirar hacia afuera para verlos pasar; y como esto sucedía al caer de la tarde, ni aunque hubieran mirado no habrían podido distinguir lo suficiente como para darse cuenta de lo pocos que eran.

Esto fue lo que consiguió John, el soldado. Pero este hecho alarmó tanto a todo el condado, que si efectivamente hubieran sido un grupo de doscientos o trescientos hombres todo el condado se hubiera levantado en armas contra ellos; y hubieran sido enviados a la cárcel, o quizá muertos.

Pronto se percataron de ello, pues dos días más tarde encontraron a varias partidas de jinetes y hombres de a pie que recorrían la región en busca de tres grupos de hombres armados, según decían, de mosquetes, que habían escapado de Londres y que llevaban la peste con ellos; y que no sólo estaban esparciendo la enfermedad entre las gentes, sino que además saqueaban la región.

Cuando vieron las consecuencias de su proceder, pronto advirtieron también el peligro en que se hallaban; así pues, por consejo del antiguo soldado, decidieron volver a separarse. John y sus dos compañeros se marcharon con el caballo en dirección a Waltham: los otros se fueron, divididos en dos grupos, hacia Epping, pero todos lo hicieron algo separados.

Durante la primera noche, todos acamparon en el bosque, no lejos unos de otros, pero sin montar la tienda de campaña, para evitar que ésta los delatase. Por otra parte, Richard se puso a trabajar con su hacha y su machado; y cortando ramas de los árboles, construyó tres cabañas, en las que se alojaron todos con bastante comodidad.

Los víveres que habían conseguido en Walthamstow fueron más que suficientes para aquella noche; en cuanto a la siguiente, confiaban en la Providencia. Les había ido tan bien bajo el mando del antiguo soldado, que ahora lo designaron gustosamente su jefe, ya que sus primeras acciones habían sido, al parecer, muy buenas. El les dijo que ahora se encontraban a una distancia suficiente de Londres; y que, como no necesitaban ser inmediatamente socorridos por el campo, habían de tomar precauciones para que el campo no los contagiase, del mismo modo que ellos no habían contagiado al campo; que fuesen lo más ahorrativos que pudieran con el poco dinero que tenían; que, como no creía que pensasen actuar con violencia alguna contra el campo, deberían intentar amoldar al máximo su situación a la campaña. Todos se pusieron bajo su mando, y dejando en pie las tres cabañas, marcharon al día siguiente hacia Epping. También fueron el capitán (que ya lo llamaban así) y sus dos

Todos se pusieron bajo su mando, y dejando en pie las tres cabañas, marcharon al día siguiente hacia Epping. También fueron el capitán (que ya lo llamaban así) y sus dos compañeros de viaje, que habían desechado su propósito de ir a Waltham.

Cuando llegaron cerca de Epping se detuvieron, eligiendo un lugar conveniente en un claro del bosque, no demasiado cerca del camino, pero tampoco demasiado lejos del mismo por el lado norte, bajo un pequeño grupo de árboles bajos desmochados. Allí asentaron su pequeño campamento que consistía en tres amplias tiendas o chozas construidas con palos que el carpintero y los que le ayudaban cortaron y clavaron en el suelo en forma de círculo, atando los extremos delgados unos con otros en la parte superior y rellenando los lados con el ramaje de árboles y con matas, de forma que las cabañas quedaron completamente cerradas y calientes. Tenían además una pequeña tienda en la cual dormían separadamente las mujeres, y un cobertizo para el caballo.

Sucedió que el día siguiente, o el subsiguiente, era jornada de mercado en Epping; el capitán John y uno de los otros hombres fueron al mercado y compraron algunas provisiones; o sea, pan, un poco de carne de oveja y de vaca; y dos de las mujeres fueron por separado, como si no formaran parte del grupo, y compraron más. John llevó consigo el caballo, para transportar las provisiones al campamento y, para ponerlas dentro, el saco en el que el carpintero solía llevar sus herramientas. El carpintero puso manos a la obra y fabricó bancos y sillas para que se sentaran, tan bien como lo permitía la madera que pudo hallar; y una especie de mesa sobre la que pudiesen comer.

Durante dos o tres días pasaron inadvertidos; mas luego, gran cantidad de gente salió de la ciudad para observarlos; y toda la región se alarmó por su presencia. Al principio, las gentes parecían tener miedo de acercarse a ellos; por otra parte, los acampados no deseaban que la gente se acercase, pues corría el rumor de que la peste había estado en Waltham y que había llegado a Epping hacía dos o tres días; así pues, John les gritó que no se aproximaran, «porque», dijo, «todos nosotros somos personas sanas y no queremos que sembréis la peste entre nosotros ni que nos achaquéis el haberla diseminado entre vosotros».

Después de esto, vinieron los oficiales de la parroquia y discutieron a cierta distancia, preguntándoles quiénes eran y con qué derecho pretendían establecerse en aquel sitio. John les contestó con mucha franqueza, y les dijo que eran gente pobre y desdichada procedente de Londres y que, como habían previsto la miseria que sufrirían si la peste se apoderaba de la ciudad, habían huido a tiempo para salvar sus vidas; y que, al no tener conocidos ni parientes que pudieran acogerles, se habían alojado primero en Islington; mas al llegar la peste a aquella ciudad, habían continuado huyendo: y como suponían que los habitantes de Epping podrían oponerse a que entrasen en su ciudad, habían alzado sus tiendas en campo abierto y

alojamiento antes que dar motivo a otros para pensar que ellos podrían ocasionarles algún daño.

Al principio, las gentes de Epping hablaron muy rudamente con ellos y les dijeron que debían marcharse; que aquél no era sitio para ellos; y que, aunque pretendiesen estar completamente sanos, podían estar contagiados de la peste sin imaginárselo siquiera; y que podían infectar a toda la región, por lo que no podían tolerar que permaneciesen allí.

John parlamentó muy sosegadamente con ellos durante largo rato; y les dijo que Londres era el sitio gracias al cual ellos —o sea, los ciudadanos de Epping y de toda la región circundante— subsistían; que era el sitio donde vendían el producto de sus tierras y gracias al cual hacían rentar a sus granjas; y que, ser tan crueles para con los habitantes de Londres o para con cualquiera de aquellos a quienes tantas ganancias debían, era muy despiadado y que les sería recordado más tarde cuán bárbaros, cuán inhospitalarios y cuán descorteses habían sido para con los londinenses cuando éstos huían del más terrible enemigo que existe; que ello sería suficiente para hacer odioso el nombre de todo ciudadano de Epping en la villa entera y que serían apedreados por el populacho en las calles mismas cada vez que fuesen al mercado; que todavía no estaban libres de ser visitados, ellos también, por la peste y que, según había oído decir, Waltham lo había sido ya; que cuando alguno de ellos tuviera que escapar por miedo a ser alcanzado por la peste, le parecería inhumano que le negasen la libertad de dormir ni aun siquiera en campo abierto.

Los hombres de Epping repitieron que, aunque les habían asegurado estar libres de infección y sanos, ellos no podían estar seguros de tal cosa; y que habían sido informados de la existencia de una gran banda de gente en Walthamstow, que había afirmado estar libre del contagio, al igual que ellos, pero que había amenazado con saquear el pueblo y abrirse paso por la fuerza; que eran cerca de doscientos y que tenían armas y tiendas de campaña igual que los soldados de los Países Bajos; que por la fuerza habían exigido provisiones al pueblo amenazándolo con vivir a su costa, exhibiendo sus armas y hablando el lenguaje de los soldados; y que varios de ellos habían marchado hacia Rumford y Brentwood, y que la región había sido infectada por ellos; y que la peste se esparcía por aquellas dos grandes ciudades de manera tal que las gentes no se atrevían a ir al mercado allí como lo hacían habitualmente; que era muy posible que ellos formasen parte de aquella banda; y que, si así era, merecían ir a la prisión del condado y permanecer encerrados hasta haber dado satisfacción por el daño que habían causado y por el terror que habían llevado a la región.

John les contestó que ellos no tenían nada que ver con lo que otros pudiesen haber hecho; que les aseguraban que constituían un solo grupo; que nunca habían sido más personas de las que allí podían ver (lo cual, por cierto, era exacto); que habían salido de Londres en dos grupos y que se habían unido en el camino por hallarse en la

pidiese y a decir sus nombres y lugares de residencia, de forma que pudieran ser responsabilizados por cualquier desorden del que pudieran ser culpables; que los habitantes de la ciudad podían convencerse de que ellos se conformaban con vivir duramente y que sólo deseaban un poco de espacio para respirar en medio del bosque, donde el aire era saludable; porque no podrían quedarse donde no lo fuese, y que levantarían el campamento si descubrían que este lugar no lo era.

«Pero», dijeron los ciudadanos, «tenemos ya una gran cantidad de pobres a nuestro cargo, y debemos cuidar de que no se incremente; suponemos que no estaréis en condiciones de darnos ninguna seguridad de que podéis depender de nuestra parroquia y de los habitantes, así como tampoco podéis asegurarnos que no representáis un peligro para nosotros en cuanto a la peste».

«Escuchad», dijo John. «En cuanto a depender de vosotros, espero que no necesitaremos hacerlo. Si nos auxiliáis con provisiones para nuestra subsistencia, os estaremos muy agradecidos; dado que ninguno de nosotros vivía de la caridad cuando estábamos en casa, nos comprometemos formalmente a pagaros, si a Dios place que volvamos, sanos y salvos, a nuestras propias casas y familias, y que la población de Londres recobre la salud.

»En cuanto a que muramos aquí, os garantizo que si alguno de nosotros muriese, los que sobrevivan lo enterrarán y ello no os originará gasto de ninguna índole, a menos que debamos morir todos; en ese caso, como el último hombre no podrá enterrarse a sí mismo, os dejaría únicamente ese gasto que, estoy convencido», dijo John, «será cubierto con todo lo que deje tras de sí.

»Por otra parte», continuó John, «si cerráis todas las puertas de vuestros corazones y no nos ayudáis en absoluto, no exigiremos nada por la fuerza ni robaremos a nadie; mas cuando hayamos consumido lo poco que tenemos, si perecemos de hambre, habrá sido la voluntad de Dios».

John persuadió tan bien a los hombres de la ciudad, hablando con tanta cordura y con tanta moderación, que consiguió que se marcharan; y si bien no dieron su consentimiento para que permaneciesen allí, tampoco los molestaron; y los pobres desdichados continuaron allí durante tres o cuatro días más, sin tener ningún otro problema. Durante este tiempo, se familiarizaron un poco con una casa de comestibles de las afueras de la ciudad, adonde llamaban desde lejos para que les trajeran las pequeñas cosas que necesitaban y que hacían depositar a cierta distancia, pagando muy cabalmente por ellas.

Durante este tiempo, la gente joven de la ciudad acudía con frecuencia y se acercaba bastante a ellos, mirándoles y hablando con ellos a veces; y vieron en especial, que el primer domingo la pobre gente se mantuvo retirada y rezaron a Dios todos juntos; y se les escuchaba cantar salmos.

Todas estas cosas, así como el comportamiento tranquilo e inofensivo que

todos juntos; y se les escuchaba cantar salmos.

Todas estas cosas, así como el comportamiento tranquilo e inofensivo que demostraban, comenzaron a granjearles la buena voluntad de la región; y la gente comenzó a compadecerlos y a hablar muy bien de ellos; como consecuencia, y en ocasión de una noche muy húmeda y lluviosa, cierto caballero que vivía en la vecindad les envió un pequeño carro con doce haces o fardos de paja, tanto para que les sirviera de lecho como para cubrir y techar con paja sus chozas con el fin de preservarlas de la humedad. El clérigo de una parroquia cercana, sin saber lo anterior, les envió también unas dos fanegas de trigo y media fanega de guisantes.

Indudablemente, agradecieron mucho esta ayuda; la paja, especialmente, representó una gran comodidad para ellos; porque si bien el ingenioso carpintero había hecho para ellos unos armazones en forma de gamella, que había relleno con hojas de árboles y de cuanto pudo hallar a propósito, y había cortado en trozos toda la tela de la tienda de campaña para hacerles cubiertas, dormían, sin embargo, incómodos y húmedos, malsanamente, hasta que llegó esta paja que fue para ellos como un lecho de plumas y, según dijo John, más gustosamente recibida de lo que un lecho de plumas lo hubiera sido en otros tiempos.

Tras haber dado este caballero y el clérigo un primer ejemplo de caridad y compasión hacia los vagabundos, los demás los imitaron rápidamente; y todos los días recibían alguna dádiva de la población, principalmente de los gentilhombres que vivían en la región circundante. Unos les enviaron sillas y mesas; y algunos, los enseres domésticos que dijeron que necesitaban; otros, cacharros y algunos trastos de cocina para que prepararan la comida.

Alentado por este buen trato recibido, el carpintero construyó en algunos días una amplia barraca o casa con vigas; y un techo verdadero; y un piso superior, en el que dormían sin pasar frío; pues el tiempo comenzó a ser húmedo y frío a principios de septiembre. Pero esta casa, bien cubierta y con paredes y techo muy gruesos, estaba lo suficientemente protegida del frío exterior. También levantó una pared de barro en uno de los lados, con un hogar; y otro hombre del grupo, con muchas dificultades y esfuerzos, preparó una chimenea para el hogar a fin de que saliera el humo.

Aquí vivieron confortablemente, aunque de un modo rústico, hasta los primeros días de septiembre, cuando recibieron malas noticias —ciertas o falsas— según las cuales la peste, que era muy violenta tanto en Waltham Abbey como en Rumford y Brentwood, también estaba llegando a Epping, a Woodford y a muchos de los pueblos del bosque; y que, según se decía, había sido traída principalmente por los vendedores ambulantes y por la gente que iba y venía de Londres para llevar provisiones.

En caso de ser cierto esto, estaba en contradicción manifiesta con el rumor que se propagó posteriormente por toda Inglaterra, pero que, como he dicho, no puedo

la ciudad jamás fueron contagiados ni llevaron la peste al campo; ambas afirmaciones, según se me aseguró, eran falsas.

Es posible que fueran preservados en mayor medida de lo que cabría esperar, aunque no fuese un milagro, ya que muchísimos fueron y volvieron sin haber sido alcanzados por la peste; y eso fue alentador para las pobres gentes de Londres, cuya miseria hubiera sido total si los campesinos que traían víveres a los mercados no hubiesen sido muchas veces milagrosamente protegidos; o al menos, protegidos en mucho mayor grado de lo que razonablemente podía esperarse.

Mas ahora nuestros nuevos residentes comenzaron a preocuparse seriamente, pues los pueblos de los alrededores estaban verdaderamente infectados; y empezaron a desconfiar unos de otros para salir a buscar las cosas que necesitaban, lo que los atormentaba duramente, por cuanto ahora poseían poco y nada, excepto lo que recibían de las almas caritativas de la región. Pero entonces sucedió que se vieron alentados cuando otros caballeros de la región, quienes no les habían enviado nada aún, oyeron hablar de ellos y comenzaron a suministrarles víveres; uno envió un enorme cochino —es decir, un cerdo— otro, dos ovejas; y un tercero, un becerro. En una palabra, tenían carne suficiente, y a veces tenían también queso y leche, y toda clase de víveres. La principal dificultad era el pan, porque cuando les enviaban grano, no tenían dónde molerlo ni hornearlo. Esto hizo que las dos primeras fanegas de trigo que recibieron las comieran en forma de grano tostado, como hacían antiguamente los israelitas, sin molerlo ni hacer pan con él.

Finalmente, encontraron el medio de llevar su grano a un molino de viento próximo a Woodford, donde lo hicieron moler; luego, el fabricante de galletas preparó un fogón lo suficientemente hueco y seco como para poder hornear galletas aceptables; de esta manera, estaban en situación de vivir sin ayuda ni suministro alguno de los pueblos; y fue bueno que pudieran hacerlo, ya que muy poco después la región fue infectada totalmente; y se dijo que habían muerto de peste unas ciento veinte personas en los pueblos próximos, lo cual fue para ellos una cosa terrible.

Ante este estado de cosas, se reunieron nuevamente para deliberar; esta vez, los pueblos no deberían temer que se establecieran cerca de los mismos; sino que por el contrario, muchas de las familias pueblerinas más pobres habían abandonado sus casas y construido cabañas en el bosque a la manera en que ellos lo habían hecho. Mas se observó que varias de las personas que habían escapado de esta manera, tenían la enfermedad incluso en sus cabañas o casillas; el motivo de ello estaba claro, es decir, que no fue porque hubiesen salido al aire libre, sino porque no lo hicieron a tiempo; o sea, no hasta que, por haber conversado abiertamente con otras gentes vecinas suyas, habían contraído la peste o (como bien puede decirse) la llevaban entre ellos, y la transportaban con ellos dondequiera que fuesen; o bien porque no fueron lo suficientemente cuidadosos, una vez fuera de los pueblos, sanos y salvos, como para

Sea como fuere, cuando nuestros viajeros comenzaron a darse cuenta de que la peste no sólo estaba en los pueblos, sino también en las tiendas y cabañas del bosque, cerca de ellos, no sólo se atemorizaron, sino que comenzaron a pensar en levantar el campamento y marcharse; ya que si permanecían allí, sus vidas hubieran corrido un peligro evidente.

No es de extrañar que estuvieran muy apenados por tener que abandonar ese lugar en el que habían sido tan amablemente acogidos y donde habían sido tratados con tanta caridad y humanidad; mas la necesidad, y el riesgo en que estaban sus vidas, que habían preservado viniendo hasta tan lejos, prevaleció en sus consideraciones y no vieron otra solución posible. Sin embargo, John pensó en una solución para su actual problema, que consistía en visitar al caballero que había sido su principal benefactor en la desgracia y pedirle humildemente ayuda y consejo.

El caritativo caballero los alentó a que abandonaran el lugar por miedo a que les fueran cortados todos los caminos de huida, a causa de la virulencia de la epidemia; mas encontraba harto difícil aconsejarles en qué dirección habían de encaminarse. Finalmente, John le preguntó si, siendo juez de paz, podría darles certificados de salud dirigidos a otros jueces ante los cuales pudiesen verse, de manera que cualquiera que fuera su suerte, no fuesen rechazados, ahora que habían estado tanto tiempo fuera de Londres. Su señoría les concedió inmediatamente lo que habían solicitado y les dio cartas de salud cabales; y desde ese momento, tenían libertad para viajar adonde desearan hacerlo.

Tenían un certificado de salud completo, indicando que habían residido en un pueblo del condado de Essex durante tanto tiempo que, habiendo sido suficientemente examinados y escrutados, y habiendo estado aislados de toda compañía durante más de cuarenta días sin presentar señal alguna de enfermedad, en consecuencia, eran tenidos por hombres sanos; y que podían ser alojados sin peligro en cualquier parte; y que habían marchado últimamente por miedo a la peste, que había llegado a tal pueblo; y que no tenían señal alguna de la peste sobre sí mismos ni sobre cualquier persona relacionada con ellos.

Cuando tuvieron este certificado en sus manos, emprendieron la marcha, aunque lo hicieron a disgusto; y como John estimaba que no debían alejarse mucho de Londres, caminaron hacia las marismas, del lado de Waltham. Pero allí encontraron a un hombre que, al parecer, cuidaba de una presa o dique que había sobre el río, quien los espantó con lúgubres historias, diciéndoles que la enfermedad se había diseminado por todos los pueblos ribereños y próximos al río, del lado de Middlesex y Hertfordshire; es decir, en Waltham, Waltham Cross, Enfield y Ware; y por todos los pueblos del camino, de modo que tuvieron miedo de continuar en esa dirección; aunque al parecer, el hombre los engañó, pues todo eso no era realmente cierto.

No obstante, les infundió miedo, y resolvieron cruzar el bosque hacia Rumford y

aunque al parecer, el hombre los engañó, pues todo eso no era realmente cierto.

No obstante, les infundió miedo, y resolvieron cruzar el bosque hacia Rumford y Brentwood; mas oyeron decir que había muchas personas escapadas de Londres por esa dirección, que estaban diseminadas por todas partes en el bosque llamado Henal Forest, cerca de Rumford: quienes, no teniendo medios de subsistencia ni alojamiento, no solamente vivían de formas extrañas y sufrían muchas privaciones en los campos y los montes por falta de ayuda, sino que estaban tan desesperados por sus penurias, que cometían muchos actos de violencia en todo el condado: robaban y saqueaban, mataban ganado y cometían otras fechorías; que había también otros que habían construido cabañas y chozas al lado del camino, y que mendigaban pidiendo limosna muy importunamente; de forma que el condado estaba muy intranquilo y se había visto obligado a encarcelar a varios de ellos.

Esto, en primer lugar, hizo que tomaran conciencia de que el espíritu de caridad y de amabilidad del condado, que ellos habían encontrado en el sitio en el que habían estado antes, se habría extinguido y endurecido en su contra; y que, por otra parte, serían interrogados adondequiera que fuesen, y que correrían peligro de ser maltratados por otros que estaban en la misma situación que ellos.

Después de estudiadas todas estas circunstancias, el capitán John, en nombre de todos ellos, volvió a visitar a su buen amigo y benefactor, quien les había auxiliado antes; y exponiéndole con sinceridad la situación en que se hallaban, le pidió consejo humildemente; el caballero los aconsejó muy amablemente que volviesen a su antiguo campamento; o bien, que se trasladaran un poco más lejos del camino, y les indicó un lugar adecuado; y como para refugiarse verdaderamente preferían una casa a las chozas, en esa época del año, estando próximo el día de San Miguel, encontraron una vieja casa ruinososa que había sido anteriormente una pequeña casa de campo, pero que estaba en tan mal estado que era prácticamente inhabitable; y gracias al consentimiento de un granjero a cuya granja pertenecía la casita, les permitieron hacer con ella lo que quisieran o pudieran.

El ingenioso carpintero y todos los demás, cumpliendo las indicaciones del primero, se pusieron manos a la obra y en muy pocos días la arreglaron como para que pudiera cobijarlos a todos en caso de mal tiempo; en la casa había una vieja chimenea y un viejo horno, aunque ambos estaban en ruinas; no obstante, los arreglaron como para poderlos usar; y levantaron paredes, cobertizos y tejados en todos los lados de la casa, y pronto la hicieron apta para albergarlos a todos ellos.

Necesitaban, principalmente, tablas para poner postigos en las ventanas y hacer suelos y puertas, así como muchas otras cosas; pero debido a que el citado caballero los ayudaba, y por tal motivo todos los habitantes de la región eran complacientes con ellos y, sobre todo, sabían que estaban sanos y que todos gozaban de buena salud, y cada cual los ayudaba dándoles aquello de lo que podía prescindir.

con claridad que el condado estaba terriblemente alarmado ante la presencia de todo el que viniera de Londres, y que no serían admitidos en ningún lugar como no fuese venciendo las mayores dificultades; y seguramente, no con el espíritu amistoso y la ayuda que les habían brindado aquí.

Ahora bien, pese al auxilio considerable que recibían de los gentilhombres de la campiña y de las gentes de los alrededores, tuvieron que soportar muchas estrecheces: porque en octubre y noviembre el tiempo se tornó cada vez más frío y húmedo, y no estaban acostumbrados a sufrir tantas inclemencias, de forma que pillaron enfriamientos en sus miembros y contrajeron enfermedades, pero nunca tuvieron la peste; y así, hacia el mes de diciembre regresaron a la ciudad.

Si he narrado esta historia tan detalladamente ha sido, más que nada, para dar una imagen de la suerte que corrieron las innumerables personas que reaparecieron en la ciudad inmediatamente, tan pronto como menguó la epidemia; porque, como ya he dicho, muchos de los que tenían retiros en el campo y pudieron hacerlo, huyeron a dichos retiros. Cuando la peste se intensificó hasta alcanzar el espantoso extremo que antes he relatado, las gentes de clase media, que no tenían amigos, huyeron a todos los puntos del país en los que pudieron encontrar refugio, tanto los que tenían dinero para mantenerse como quienes no lo tenían. Los que tenían algún dinero siempre llegaban más lejos, ya que estaban en condiciones de subsistir; mas los que carecían de medios sufrieron, como dije, muchas penurias; y a menudo se veían impulsados por la necesidad de procurarse el sustento a expensas de los campesinos. Por ello, toda la gente del campo estaba muy desasosegada por su presencia, y algunas veces fueron encarcelados; si bien tampoco en este caso sabían qué hacer con ellos y se mostraban siempre muy reacios a castigarlos; pero frecuentemente los obligaban a ir de un lugar a otro, hasta que no tenían más remedio que volver a Londres.

Desde que escuché la historia de John y de su hermano, he averiguado que hubo muchísimos pobres desconsolados que, como los citados, escaparon al campo en todas las direcciones; y algunos de ellos encontraron cobertizos, graneros y casuchas en que vivir, en los lugares en que consiguieron granjearse la buena voluntad de las gentes del campo, particularmente cuando podían dar un informe satisfactorio sobre sí mismos, especialmente en el sentido de que no habían salido demasiado tarde de Londres. Mas hubo otros muchos que se construyeron pequeñas chozas y refugios en los campos y los montes y vivieron como ermitaños en agujeros y cavernas, o en cualquier lugar que encontrasen, donde, podemos estar seguros de ello, padecieron privaciones sin cuento y de tal índole, que muchos de ellos se vieron obligados a volver a la ciudad, sea cual fuese el peligro; de manera que a veces, estas pequeñas cabañas eran encontradas deshabitadas, y las gentes del lugar suponían que sus moradores yacían en su interior, muertos por la peste, y no osaban acercarse durante mucho tiempo; tampoco es inverosímil que alguno de esos infelices vagabundos

sucedió en una tienda o choza en la que se encontró a un hombre muerto; y sobre el portón de un seto cercano se halló una inscripción, según la cual puede suponerse que el otro hombre se salvó; o que, habiendo muerto uno de ellos primero, el otro lo enterró lo mejor que pudo; la inscripción, en letras desiguales grabadas a cuchillo, rezaba:

*¡Oh deSgRAciA!
AmboS HemOs DE morIR
AY, AY*

Ya he descrito cuál era la situación abajo, en el río, entre los marineros; cómo estaban anclados los barcos en franquía, como suele decirse, en filas o hileras, popa contra popa, bajando desde la laguna hasta tan lejos como abarcaba la vista. Me dijeron que había más barcos río abajo, incluso hasta Gravesend; y algunos, mucho más lejos aún, anclados de la misma manera; prácticamente en cualquier lugar en el que pudieran hacer frente al viento y al mal tiempo con seguridad; tampoco oí decir nunca que la peste hubiera alcanzado a ninguna persona refugiada a bordo de aquellos barcos, salvo los que estaban anclados en la laguna o más arriba, en Deptford Reach por ejemplo, aunque allí la gente bajaba a tierra con frecuencia para ir a los pueblos y ciudades de la región, y a las granjas, para comprar provisiones frescas, aves, cochinos, terneros y demás víveres para su subsistencia.

También he averiguado que los barqueros del río, más arriba del puente, se las compusieron para marcharse río arriba tan lejos como fuese posible; y que muchos de ellos llevaron también a sus familias en sus botes, cubiertos con toldos y fardos, y provistos de paja para echarse a dormir; y que vivieron de esta guisa a lo largo de la orilla, en las marismas; algunos de ellos armaron con las velas pequeñas tiendas, bajo las que permanecían de día, subiendo por la noche a sus barcas; así pues, según he oído decir, las márgenes del río estaban ocupadas por embarcaciones y personas, mientras éstas tuvieron medios para subsistir o pudieron conseguir víveres del campo; y ciertamente, las gentes del campo, tanto los gentilhombres como los demás, en éstas y en otras ocasiones, estuvieron siempre dispuestos a auxiliarlos (pero no deseaban de ninguna manera acogerlos en sus pueblos y sus casas, lo que realmente no les podemos reprochar).

Hubo un desgraciado ciudadano del cual supe que había sido visitado por la peste de una manera espantosa, matando a su mujer y a todos sus hijos; sólo quedaron él mismo y dos criados, junto con una mujer anciana, pariente próxima, que había atendido a los que habían muerto de la mejor manera que pudo. Este desconsolado hombre se marchó a un pueblo cercano a la ciudad, pero que no estaba incluido en las listas de mortalidad; y tras encontrar allí una casa vacía, buscó al dueño y la arrendó. Algunos días más tarde consiguió un carro, lo cargó con sus pertenencias y lo llevó

listas de mortalidad; y tras encontrar allí una casa vacía, buscó al dueño y la arrendó. Algunos días más tarde consiguió un carro, lo cargó con sus pertenencias y lo llevó hasta la casa; las gentes del pueblo se opusieron a que fuera con el carro por las calles; mas a fuerza de discusiones y con un poco de violencia, el hombre que conducía el carro consiguió pasar por la calle y llegar hasta la puerta de la casa. Allí, el alguacil se resistió nuevamente, y no quiso permitir que metiera las cosas en la casa. El hombre hizo que descargaran sus efectos y que fueran depositados a la puerta de la casa, y luego despidió al carro; ante ello, condujeron al hombre ante un juez de paz; es decir, le ordenaron que compareciese, cosa que el hombre hizo. El juez le ordenó que hiciera volver al carro para llevarse otra vez las cosas, a lo que el hombre se opuso; en vista de ello, el juez ordenó al alguacil que persiguiese a los carreteros y los trajese de vuelta, e hiciese que volviesen a cargar las cosas y se las llevasen, o las depositasen en los almacenes hasta que recibieran nuevas órdenes; y que si no se los podía encontrar, o si el hombre se negaba a llevárselas, fuesen arrastradas con garfios lejos de la puerta de la casa, y quemadas en medio de la calle. En consecuencia, el pobre desgraciado recogió nuevamente sus pertenencias, no sin lamentarse y llorar amargamente su mísera situación. Pero no había nada que hacer; la necesidad de la propia conservación obligaba a la gente a ser tan estricta en casos semejantes, que normalmente no les hubieran importado en absoluto. No podría decir si aquel pobre hombre sobrevivió o murió, pero se dijo que por entonces estaba contagiado de peste; quizás las gentes lo dijeron para justificar su comportamiento para con él; pero no era inverosímil que él mismo, o sus bártulos, o bien ambos, fuesen peligrosos, dado que toda su familia había muerto de la peste hacía tan poco tiempo.

Tengo noticia de que los habitantes de las ciudades contiguas a Londres fueron inculcados de crueldad para con los pobres infelices que escapaban del contagio, y de que se cometieron muchos actos inclementes, como puede apreciarse por lo que se ha relatado; mas también he de decir que, siempre que existió la posibilidad de ser caritativos y de auxiliar a las gentes sin peligro evidente para ellos mismos, estuvieron dispuestos a prestarles ayuda y a confortarlos. Mas como ciertamente cada ciudad era juez de su propio caso, la gente pobre que escapaba fuera, impulsada por la desesperación, era muchas veces maltratada y arrojada nuevamente de regreso a la ciudad; y esto dio origen a infinidad de insultos del campo contra las ciudades y fomentó el descontento general.

Y no obstante todo ello, a pesar del sinfín de precauciones que se tomaron, no hubo ciudad importante dentro de un radio de diez millas de la villa (o veinte, según creo), que no estuviera más o menos infectada y que no tuviera algunos muertos. He escuchado los informes de varias de ellas, tal y como fueron calculados, que son los siguientes:

Enfield

32 Uxbridge

117

Newington	17 Ware	160
Tottenham	42 Hodsdon	30
Edmonton	19 Waltham Abbey	23
Barnet y Hadly	19 Epping	26
St. Albans	121 Deptford	623
Watford	45 Greenwich	231
Eltham y Lusum	85 Kingston	122
Croydon	61 Stanes	82
Brentwood	70 Chertsey	18
Rumford	109 Windsor	103
Barking Abbot	200	
Brentford	432	<i>Cum aliis.</i>

Hubo también otra causa que posiblemente indujo a los campesinos a ser más rigurosos con los ciudadanos, especialmente con los pobres, y es la que he insinuado antes, o sea, que existía una aparente propensión, o una inclinación demente en los que ya estaban apestados, a contagiar a los demás.

Nuestros médicos han mantenido acalorados debates en torno a la posible causa de este síntoma. Algunos sostuvieron que formaba parte de la naturaleza de la enfermedad, que imprime en todo aquel que es atacado por ella una suerte de rabia y de odio contra su propia raza: como si no sólo hubiese malignidad suficiente en la enfermedad para propagarse, sino también en la naturaleza misma del hombre, incitándole, con voluntad diabólica o un aojamiento que, tal como dicen en el caso de un perro rabioso, que anteriormente era el ser más adorable de su especie, se arrojará sin embargo sobre todo el que se le acerque y lo morderá, sin distinguir, al hacerlo, a aquellos que antes habían sido las personas que más amaba.

Otros lo achacaban a la corrupción de la naturaleza humana, que no puede tolerar verse a sí misma en una situación más desgraciada que la de otros seres de su misma especie, y abriga una especie de deseo inconsciente de que todos los hombres sean tan infelices o estén en la misma situación desgraciada que ellos.

Otros afirman que era una clase de desesperación, en la que no sabían ni miraban lo que hacían; y, en consecuencia, no les importaba el peligro o la seguridad, no sólo de quienes los rodeaban, sino tampoco la suya propia. Por cierto, cuando los hombres llegan alguna vez a un estado de abandono de sí mismos, sin importarles su propia seguridad o peligro, no es de extrañar que sean descuidados en cuanto a la seguridad del prójimo.

He decidido dar a esta polémica un cariz completamente distinto, y dar la respuesta o resolver la cuestión por entero, diciendo que no convengo en aceptar el hecho en sí. Por el contrario, afirmo que los hechos no ocurrieron así en verdad, sino que fue una queja general manifestada por los habitantes de los pueblos circundantes

severidades y crueldades de las que tanto se ha hablado, quejas en las que puede decirse que ambas partes se injuriaron mutuamente; o sea, que los de la ciudad, que ejercieron todas las presiones posibles para ser recibidos y alojados en tiempos de miseria, y portando con ellos la peste, se quejaban de la crueldad y de las injusticias de las gentes del campo, que los rechazaban y los obligaban a volver a la ciudad con sus bártulos y sus familias; y los moradores de los pueblos, por su parte, viendo que se abusaba de ellos y que los hombres de la ciudad irrumpían *velis nolis* entre ellos por la fuerza, se quejaban de que, cuando estaban infectados, no sólo eran desconsiderados para con el prójimo, sino que hasta deseaban contagiarlo; nada de lo cual era cierto —por lo menos no lo era en la forma en que se pretendía—.

Por cierto, debe mencionarse el hecho de que los pueblos fueron alarmados con frecuencia por los rumores de que los habitantes de Londres saldrían al campo por la fuerza, no sólo para aliviar su desgracia, sino para saquear y robar, que vagaban por las calles sin ningún control, y que no se prestaba ninguna atención a cerrar las casas infectadas y a confinar a los enfermos para que no pudieran contagiar a los demás; mientras que, para hacer justicia a los londinenses, he de decir que jamás hicieron nada de eso, salvo en los casos particulares que he mencionado antes, y en algunos similares. Por otra parte, todo se había dispuesto con tanto cuidado, y se mantenía un orden tan estricto en toda la ciudad y en los suburbios, gracias a la dedicación del corregidor y de los regidores y los jueces de paz, funcionarios parroquiales, etc., en las afueras, que Londres bien puede constituir un ejemplo para todas las ciudades del mundo por el buen gobierno y el perfecto orden que se mantuvieron en todas partes, aun en los momentos de máxima virulencia de la epidemia, cuando el pueblo se encontraba sumido en la mayor consternación y miseria. Mas esto se desprenderá por sí solo de mi relato.

Hay un hecho que se debe mencionar y acreditar principalmente a la prudencia de los magistrados, para hacerles justicia: a saber, la moderación que manifestaron en el ingente y difícil trabajo de cerrar las casas legalmente.

Cierto es, como he dicho antes, que el cierre de las casas era un gran motivo de descontento, y puedo decir que fue ésta en verdad la única causa de descontento del pueblo en esa época; ya que confinar a los sanos junto con los enfermos en la misma casa era considerado como algo verdaderamente atroz, y los lamentos de las personas confinadas de esta forma eran espantosos. Se los podía escuchar en las calles, y a veces daban voces de resentimiento, aunque clamaban por compasión. La única manera en que podían hablar con sus amigos era a través de sus ventanas, ocasiones en las que dejaban oír lamentos tan tristes que llegaban al corazón de quienes conversaban con ellos y de aquellos transeúntes que escuchaban sus historias al pasar por allí; y como tales quejas a menudo denunciaban la severidad, y a veces, hasta la insolencia de los vigilantes colocados a sus puertas, éstos les respondían

por allí; y como tales quejas a menudo denunciaban la severidad, y a veces, hasta la insolencia de los vigilantes colocados a sus puertas, éstos les respondían descaradamente y hasta llegaban a insultar a las personas que estaban en la calle hablando con aquellas familias; creo que, por ello, o por los malos tratos que daban a las familias, fueron muertos siete u ocho en diferentes lugares de la ciudad; no sé si he de decir que asesinados o no, porque desconozco los detalles de cada caso. Ciertamente, los vigilantes estaban cumpliendo con su deber y actuando en un puesto para el que habían sido designados por una autoridad legal; y matar a cualquier funcionario público legal en ejercicio de sus funciones siempre se llama, en el lenguaje legal, asesinato. Mas como no habían sido autorizados por las instrucciones de los magistrados o por la autoridad en cuyo nombre actuaban a proferir injurias ni a abusar de las gentes que estaban sometidas a su observación o de cualquiera que se interesase por ellas, cuando actuaban así puede decirse que lo hacían por cuenta propia y no en virtud de sus funciones, actuando como personas particulares, no como funcionarios; en consecuencia, si atrajeron un mal sobre sí mismos con un comportamiento indebido, ese mal era exclusivamente culpa de ellos; y eran verdaderamente tan anatematizados por el pueblo, lo mereciesen o no, que nadie los compadecía si sufrían la menor desgracia; y todos estaban prestos a decir, independientemente de lo que les hubiera ocurrido, que se lo tenían bien merecido. Tampoco recuerdo que nadie haya sido castigado jamás, o al menos, no severamente, por lo que hubiese hecho al vigilante que guardaba su casa.

Ya he narrado la variedad de estratagemas que las gentes utilizaron para escapar y salir de las casas cerradas de este modo, burlando a los vigilantes o imponiéndose a ellos por la fuerza, y no hablaré más de eso. Mas afirmo que los magistrados calmaron y mitigaron la desgracia de muchas familias que se hallaban en esta situación, especialmente llevándose a las personas enfermas o permitiendo que las trasladaran fuera de tales casas, cuando dichas personas accedían a ser llevadas sea al lazareto, sea a otro lugar; y algunas veces los magistrados concedieron a las personas sanas de las familias encerradas la autorización para mudarse, si se informaba que no estaban enfermas, y si se comprometían a recluirse dentro de las casas a las que irían durante todo el tiempo que les fuese requerido hacerlo. También fue muy grande el interés de los magistrados por abastecer a las familias pobres que estaban apestadas, digo, proveerlas de las cosas imprescindibles, tanto medicamentos como víveres; y no se conformaban con dar las órdenes oportunas a los funcionarios encargados de ejecutarlas, sino que, con frecuencia, eran los regidores en persona quienes iban a caballo hasta las casas en cuestión y hacían preguntas a las gentes asomadas a sus ventanas, para saber si habían sido debidamente atendidas y si deseaban algo que les fuese imprescindible; también les preguntaban si los funcionarios habían cumplido sus recados y si les habían traído las cosas que necesitaban. Y si contestaban

abastecidos, de que el funcionario no cumplía con sus deberes o de que no los trataba con cortesía, los funcionarios eran generalmente sustituidos por otros.

Es cierto que esas quejas podían no ser justas, y si el funcionario presentaba los argumentos adecuados para convencer al magistrado de que él era intachable y que aquella gente le había calumniado, continuaba en su puesto y ellos eran reprendidos. Pero estos casos particulares no permitían hacer una investigación detallada, ya que era difícil comprender y hacerse comprender desde la calle por las personas que se asomaban a sus ventanas, como sucedía entonces. Por ello, los magistrados se pronunciaban generalmente a favor de las gentes encerradas y despedían al hombre, ya que ésta era la solución menos nociva y la que traería menos consecuencias perjudiciales; si veían que el vigilante había sido calumniado, siempre podían compensarle dándole otro puesto de la misma clase; pero si, en cambio, era la familia la que había sido maltratada, no había ninguna posibilidad de resarcirla, pues el daño podía ser irreparable por cuanto eran sus vidas las que estaban en juego.

Con frecuencia ocurrieron muchos sucesos como éstos entre los vigilantes y las pobres familias secuestradas, además de los que ya mencioné anteriormente, referentes a huidas. Cuando la gente los necesitaba, los vigilantes a veces estaban ausentes, a veces borrachos y a veces durmiendo; éstos nunca dejaban de ser castigados severamente, como se lo merecían.

Mas después de todo cuanto se hizo o pudo hacer en estos casos, el cierre de las casas, confinando a los que estaban sanos con los que estaban enfermos, tenía grandes inconvenientes, algunos de ellos trágicos, que hubieran merecido tenerse en consideración si hubiera habido lugar para ello. Pero el procedimiento autorizado por una ley, tenía el bien público como finalidad última y todos los agravios individuales cometidos durante su puesta en ejecución han de ser puestos en la cuenta del bien público.

Hoy día cabe preguntarse si, en su conjunto, esta medida contribuyó a detener la epidemia; y verdaderamente no puedo decir que lo haya hecho, porque nada la propagaba con mayor furia y violencia que la propia peste cuando alcanzó su apogeo, si bien las casas infectadas estaban cerradas con toda la exactitud y meticulosidad posibles. Es cierto que si todas las personas contagiadas hubieran sido encerradas eficazmente ninguna persona sana hubiera podido ser contagiada por ellas, ya que no hubieran podido acercárseles. Mas la situación era la siguiente (y sólo la mencionaré aquí): la peste fue propagada insensiblemente y por personas que no aparentaban estar enfermas, que ni siquiera sabían que tenían la peste ni sabían tampoco por quién habían sido contagiadas.

Hubo una casa en Whitechapel que fue cerrada a causa de una muchacha enferma que sólo tenía manchas sobre su cuerpo, pero no las señales características, y que se recobró; sin embargo, aquella gente no tuvo libertad de moverse, ni siquiera para

las vejaciones y demás torturas que semejante mal trato lleva anejos, sumieron a la madre de la familia en una fiebre; y vinieron los visitantes a la casa y dijeron que era la peste, aunque los médicos declararon que no lo era. No obstante, la familia fue obligada a recomenzar su cuarentena en base al informe de los visitantes o examinadores, a pesar de que faltaban muy pocos días para que finalizara su cuarentena anterior. Esto los abrumó y los llenó de enojo y de tristeza, de suerte que, como dije antes, los apremió tanto la falta de espacio y la falta de aire libre para respirar, que la mayor parte de la familia cayó enferma, uno de una enfermedad, otro de otra, principalmente de dolencias escorbúticas; solamente hubo uno que sufría de un eólico violento; hasta que, después de habérseles prolongado repetidas veces el plazo de confinamiento, alguno de los que entraron en la casa en compañía de los visitantes para examinar a las personas enfermas con la esperanza de conseguir que fueran puestas en libertad, trajo la peste consigo y contagio a todos los habitantes de la casa; y todos, o la mayoría de ellos, murieron, no de la peste que se suponía que tenían antes, sino de la peste que les llevaron aquellas personas que hubieran debido tener el mayor cuidado para protegerlos de ella. Y esto era algo que sucedía con frecuencia, y era ciertamente una de las peores consecuencias del cierre de las casas.

En aquellos días tuve cierto trabajo, que al principio me afligió grandemente y me desasosegó en extremo —aunque, como se demostró luego, no me expuso a ninguna desgracia—; y ello fue el haber sido designado por el regidor de Portsoken Ward como uno de los examinadores de las casas del distrito en el que yo habitaba. Nuestra parroquia era extensa, y teníamos no menos de dieciocho examinadores, que era el nombre que nos atribuía la ley; la gente, en cambio, nos llamaba visitantes. Procuré con todos los medios a mi alcance que se me dispensase de cumplir semejante empleo, y a tal fin expuse muchas razones de peso al diputado regidor; alegué, en especial, que yo era totalmente contrario al cierre de las casas, y que sería muy riguroso obligarme a ser instrumento de una idea que iba en contra de mis principios, y que yo creía sinceramente que no serviría para la finalidad que pretendía cumplir. Mas la única concesión que pude obtener fue que sólo debería servir durante tres semanas, siendo así que los funcionarios eran designados por el corregidor para trabajar durante el término de dos meses; siempre y cuando yo consiguiese encontrar luego una persona adecuada para servir en mi lugar por el resto del plazo (lo que, en una palabra, era un magro favor, pues era muy difícil lograr que cualquier hombre apto para desempeñar ese cargo lo aceptase).

Bien es cierto que el cierre de las casas tuvo un efecto, que estoy convencido de que fue pasajero, y que era el de confinar a las personas apestadas que de otro modo hubieran sido muy molestas y peligrosas en su deambular por las calles con la peste sobre sus cuerpos, cosa que, cuando estaban enajenados, hubieran hecho de la manera más terrorífica, y a lo que, por cierto, se habían entregado muchos al principio, hasta

sobre sus cuerpos, cosa que, cuando estaban enajenados, hubieran hecho de la manera más terrorífica, y a lo que, por cierto, se habían entregado muchos al principio, hasta que se les impidió hacerlo de la forma aludida; es más, lo hacían tan abiertamente, que los infelices vagaban por la ciudad mendigando de puerta en puerta, diciendo que tenían la peste y pidiendo trapos para cubrir sus llagas, o cualquier otra cosa que su delirante imaginación les sugiriese.

Una pobre e infeliz dama, esposa de un importante ciudadano, fue asesinada (si ha de darse crédito a la historia), por una de estas criaturas, en Aldersgate Street o cerca de allí. El hombre caminaba por la calle, cantando, seguramente enajenado; las gentes sólo dijeron que estaba borracho, mas él decía que tenía la peste sobre sí, lo que al parecer era cierto; cuando se encontró con aquella dama pretendió besarla. Ella se asustó terriblemente, pues era un individuo muy grosero; y se alejó corriendo, pero como la calle estaba desierta, no había nadie que pudiera ayudarla. Cuando ella vio que él la estaba dando alcance, se dio la vuelta y empujó al hombre con tanta fuerza que lo hizo caer de espaldas, pues no era muy robusto. Pero con tan mala fortuna, que al estar ella tan cerca, el hombre se aferró a ella y la arrastró también al suelo; y levantándose primero, la dominó y la besó; y lo que es peor aún, cuando lo hubo hecho, le dijo que estaba apestado y que no veía razón para que ella no lo estuviera también. Ya estaba ella bastante asustada antes, hallándose, como lo estaba, encinta de muy poco tiempo; pero cuando le oyó decir que tenía la peste, lanzó un agudo grito y sufrió un síncope, o un paroxismo, del que si bien se recuperó un poco, la llevó a la tumba en muy pocos días; y nunca llegué a saber si realmente tuvo la peste o no.

Otra persona contagiada llamó una vez a la puerta de la casa de un ciudadano, casa en la que lo conocían muy bien; el criado lo dejó entrar, y le dijo que el amo de la casa estaba arriba; ante ello, subió corriendo y se precipitó dentro de la habitación en la que estaba cenando toda la familia. Cuando comenzaron a levantarse, algo sorprendidos, sin saber qué sucedía, el hombre les pidió que permanecieran sentados y quietos; y les dijo que sólo había venido a despedirse de ellos. Le preguntaron: «¿Cómo es eso, señor..., os marcháis?». «¡Marchar!», contestó él. «Tengo la enfermedad, y he de morir mañana por la noche». Es fácil de suponer, aunque no de describir, la consternación que se adueñó de todos ellos. La mujer y las hijas del amo, que eran niñas pequeñas, quedaron mortalmente aterrorizadas y salieron corriendo, unas por una de las puertas, otras por otra, unas escaleras abajo, otras escaleras arriba; y reuniéndose como pudieron, se encerraron en sus habitaciones y gritaron por las ventanas pidiendo auxilio como si hubieran perdido el juicio. El dueño de casa, más tranquilo que ellas, aunque atemorizado y encolerizado, estuvo a punto de atacar al hombre y arrojarlo escaleras abajo; mas luego, al pensar en el estado del hombre y en el peligro que suponía tocarlo, su espíritu se horrorizó y permaneció de pie, quieto y

tiempo, permaneciendo aturdido, pues estaba enfermo, no sólo del cuerpo, sino también del espíritu. Finalmente, se volvió y dijo, con una aparente serenidad absoluta: «¡Ah!, ¿conque así os ponéis? ¿Os perturbo? Pues entonces me voy a mi casa y moriré allí». Acto seguido, se precipitó escaleras abajo. El criado que le había dejado entrar bajó detrás de él con una candela, pero tuvo miedo de pasar a su lado para abrirle la puerta, de manera que se quedó en la escalera para ver lo que hacía el hombre. El hombre abrió la puerta, salió de la casa y cerró la puerta dando un portazo detrás de sí. La familia tardó bastante en recobrase del susto, pero como el asunto no tuvo consecuencias perjudiciales, tuvieron ocasión de hablar de ello desde entonces (y podéis estar seguros de que lo hicieron), con gran satisfacción. Si bien el hombre se había marchado, tardaron algún tiempo —varios días, según oí decir— en recuperarse de la conmoción que habían sufrido; tampoco se movieron libremente por la casa hasta que hubieron quemado una gran cantidad de substancias humeantes, rociado perfumes en todas las habitaciones y hecho humos con brea y pólvora, así como con azufre; se cambiaron separadamente de ropas y las lavaron, e hicieron cosas similares. En cuanto al pobre hombre enfermo, no recuerdo si sobrevivió o si murió.

Es indudable que si no se hubiera aislado a los enfermos por medio del cierre de las casas, las calles de la ciudad se hubieran visto invadidas por multitudes que vagaban sin rumbo, poseídas por el delirio y la locura, impulsadas por la agonía de la fiebre; e incluso, tal y como estaban las cosas, muchos de ellos lo hicieron, y cometieron toda clase de violencias con cuantos encontraban a su paso, exactamente igual que los perros rabiosos, que se abalanzan contra todo el que encuentran para morderle; tampoco puedo dejar de pensar que si alguna de aquellas criaturas apestadas hubiera mordido a cualquier hombre o mujer, mientras estaban en el paroxismo de la enfermedad, aquél —me refiero a la persona mordida de tal manera— hubiera estado contagiado de un modo incurable con la misma certeza que alguien que portase la enfermedad con las pústulas inconfundibles marcadas sobre su cuerpo.

He oído mencionar el caso de una infeliz criatura contagiada que al escapar de su lecho, en el frenesí y la agonía que le producían sus tumefacciones, de las que tenía tres en el cuerpo, se calzó y quiso ponerse un capote; la enfermera se opuso y le arrebató dicha prenda; pero él la empujó, y la hizo caer al suelo, saltó por encima de ella y bajó corriendo las escaleras hasta salir a la calle; y se dirigió corriendo hacia el Támesis vestido con su camisón; la enfermera corrió tras él, llamando al vigilante para que le detuviese; pero éste, espantado ante el hombre, no se atrevió a tocarlo y lo dejó marchar; el hombre corrió hasta alcanzar los escalones de Stillyard, se despojó de su camisón y se zambulló en el Támesis; y como era buen nadador, nadó hasta la otra orilla del río; la marea estaba entrando, como se suele decir (o sea, subiendo hacia el oeste), por lo que no pisó tierra hasta haber llegado a los escalones de Falcon,

los alrededores, desnudo como estaba, durante bastante tiempo, hasta que llegó la marea alta, luego entró otra vez en el río; y nadó de vuelta hacia Stillyard, salió a tierra, subió corriendo por las calles hasta su propia casa, llamó a la puerta, subió las escaleras y se metió en su cama otra vez; y dicen que esta terrible experiencia lo curó de la peste, ya que el violento movimiento de sus brazos y de sus piernas estiró las partes de su cuerpo en las que tenía las hinchazones, es decir, debajo de los brazos y de la ingle, haciendo que se abrieran; y que el frío del agua hizo bajar la fiebre de su sangre.

Sólo debo añadir que no relato esta historia como un hecho verídico por mí conocido de modo tal que pueda atestiguar su veracidad, especialmente en cuanto a que el hombre hubiera sido curado por la extravagante aventura, cosa que confieso que no creo que sea muy verosímil; pero puede ser un ejemplo más de las desesperadas acciones que cometían con frecuencia las personas enfermas sumidas en el desvarío y en lo que llamamos delirio, y de la innumerable cantidad de ellas que hubiera habido si tales gentes no hubiesen sido confinadas mediante el cierre de sus casas; y creo que éste fue el más útil de los resultados positivos, si no el único, que produjo aquel severo método.

Por otra parte, las quejas y las murmuraciones en contra del método en sí eran muy amargas. Los lastimeros quejidos proferidos por aquellas gentes contagiadas de peste desgarraban los corazones de todos los transeúntes; esos pobres desdichados, fuera de su sano juicio por la violencia del dolor o por el calor de su sangre, estaban encerrados y, a veces, hasta amarrados a sus lechos o sillones, para evitar que se hicieran daño a sí mismos, y aullaban espantosamente por estar reclusos y porque no se les permitiese morir en libertad, como decían, que era lo que antes hubieran hecho.

Este deambular de gentes apestadas por las calles era en verdad tétrico, y los magistrados hicieron cuanto pudieron para evitarlo; mas como estos atentados se producían generalmente de noche y de un modo inesperado, los funcionarios no siempre estaban cerca para poderlos evitar; e incluso cuando alguno escapaba de día, los funcionarios destacados no se atrevían a mezclarse con ellos, puesto que, como estaban todos gravemente apestados, sin lugar a dudas, si llegaban a tales extremos, eran más contagiosos que de ordinario y tocarlos era una de las cosas más peligrosas que pudiesen existir. Por otra parte, generalmente corrían, sin detenerse ni saber lo que hacían, hasta desplomarse cadáver, o hasta haber agotado sus fuerzas hasta el punto de caer exangües, muriendo, quizás, en media hora o en una hora; y, lo que era desgarrador oír, volvían totalmente en sí durante dicha media hora o una hora, y proferían los más tristes y penetrantes quejidos y lamentos en el sentido profundo y aflictivo de la situación en que se hallaban. Esto era algo común antes de que la orden del cierre de las casas fuera aplicada estrictamente, pues al principio, los vigilantes no eran tan severos ni tan enérgicos como lo fueron más tarde para mantener encerrada a

del cierre de las casas fuera aplicada estrictamente, pues al principio, los vigilantes no eran tan severos ni tan enérgicos como lo fueron más tarde para mantener encerrada a la gente; es decir, antes de que fueran (me refiero a algunos de ellos) severamente castigados por su negligencia y su descuido en el cumplimiento de su deber al dejar escapar a las personas que estaban bajo su vigilancia, o por hacer la vista gorda ante su huida, estuviesen sanos o enfermos. Mas cuando vieron que los funcionarios nombrados para investigar su conducta estaban resueltos a castigar a quienes descuidaran sus obligaciones, fueron más estrictos; y las gentes fueron confinadas con más severidad; cosa que les sentó tan mal y les fastidió tanto que apenas existen palabras que puedan describir sus expresiones de descontento. Mas debe reconocerse que había una absoluta necesidad para ello, a menos que se hubieran tomado otras medidas a tiempo, para lo cual ya era demasiado tarde.

Si en aquella época no se hubiera aplicado dicho método (me refiero a la reclusión de las personas enfermas del modo aludido), Londres hubiera sido el lugar más espantoso que jamás existió en el mundo; estoy convencido de que hubieran muerto tantas personas en las calles como cuantas murieron en sus casas, pues cuando la enfermedad llegaba a su punto culminante, generalmente trastornaba y endurecía a las gentes, de forma que era imposible persuadirlas de que permanecieran en sus lechos, como no fuese por la fuerza; y muchos de los que no habían sido amarrados se arrojaron por las ventanas cuando vieron que no les permitían salir por las puertas.

La falta de personas con las que se hubiera podido hablar hacía que en aquellos tiempos calamitosos nadie pudiera enterarse de todos los casos extraordinarios que se producían en las distintas familias; y creo que nunca, ni siquiera hasta el día de hoy, ha llegado a saberse la cantidad de personas que se suicidaron, ahogándose en su delirio al arrojarse al Támesis y al río que fluye desde las marismas de Hackney y que llamamos río Ware o río Hackney. En cuanto a los que aparecían registrados en las listas semanales, eran muy pocos por cierto; tampoco se podía saber de ninguno de ellos si se había ahogado por accidente o no. Mas creo poder admitir que durante aquel año se ahogaron, según mi conocimiento y mis observaciones, muchos más que los que están registrados en las listas; porque muchos de los cuerpos jamás fueron hallados, y se sabía que habían desaparecido; y lo mismo sucedía con los demás métodos de suicidio. Hubo un hombre, en Whitecross Street o cerca de allí, que se suicidó prendiéndose fuego en su propio lecho; unos dijeron que esto se lo había hecho él mismo; otros afirmaban que había ocurrido por la perfidia de la enfermera, aunque todos coincidían en que el hombre estaba enfermo de peste. También fue una misericordiosa disposición de la Providencia, en la que pensé muchas veces durante aquellos tiempos, el que no hubiesen estallado incendios en la ciudad, al menos no de consideración, durante aquel año, lo que, de haberse producido, habría sido

congregarse en grandes multitudes, sin preocuparse por el peligro de contagio ni por las casas en las que entraban, los objetos que manipulaban ni la clase de personas o gentes entre las que estaban. Pero, afortunadamente, salvo aquel incendio declarado en la parroquia de Cripplegate y dos o tres pequeños conatos de incendio, no se produjo ningún siniestro de este tipo durante todo el año. Nos han contado la historia de una casa situada en un lugar llamado Swan Alley, pasando desde Goswell Street —cerca del final de Old Street— hacia St. John Street, donde una familia fue infectada de una manera tan terrible, que todos los moradores de la casa perecieron. La última persona, una mujer, yacía muerta en el piso y, al parecer, se había echado en el suelo para morir poco antes de que estallase el incendio; el fuego, según parece, era de leña y había caído fuera del hogar, había prendido en los tablones y vigas del piso y se había arrastrado hasta llegar casi al cadáver, pero no hizo presa del cuerpo (pese a que éste no estaba cubierto más que con un camisón) y se extinguió por sí solo, sin quemar el resto de la casa, aunque ésta no era más que una endeble casa de madera. No puedo decir hasta qué punto esto puede ser cierto, pero lo que sí sé es que la ciudad, llamada a padecer muy severamente por el fuego un año más tarde, apenas sintió esta calamidad durante el año de la peste.

Por cierto que, si se consideran los estados de delirio que la agonía provocaba en las gentes y los actos desesperados que cometían en su locura, como he mencionado, cuando estaban solos, era asombroso que no se hubieran producido más siniestros de esta índole.

Muchas veces se me ha preguntado —y no puedo decir que siempre hubiese podido dar una respuesta inequívoca— cómo fue que tantas personas apestadas aparecían por las calles, siendo así que se investigaban tan estrechamente las casas infectadas y que todas se cerraban y vigilaban de una manera tan estricta.

Confieso que no sé cómo responder a esta pregunta, a menos que mi contestación sea la siguiente: que en una ciudad tan grande y populosa como ésta era imposible descubrir todas y cada una de las casas infectadas tan pronto como la peste hacía su aparición en ellas, ni cerrar todas las casas infectadas; de modo que las gentes tenían libertad para transitar por las calles y hasta para ir adonde quisieran, a menos que se supiese que vivían en determinada casa apestada.

También es cierto que, tal y como varios médicos informaron a mi señor corregidor, la furia de la epidemia fue tan violenta en algunos días, y la gente enfermaba y moría tan rápidamente, que era imposible, y de hecho inútil, andar preguntando quién estaba enfermo y quién sano, o encerrarlos con la corrección que la medida requería; porque, a veces, casi todas las casas de una misma calle estaban apestadas, y en muchos sitios todos los moradores de una misma casa, y lo que era aún peor, para cuando se llegaba a saber que las casas habían sido visitadas por la peste, la mayoría de las personas contagiadas ya estaban bien muertas y las demás habían escapado por miedo a ser encerradas; así pues, no tenía mayor utilidad declararlas casas infectadas, ni cerrarlas, cuando la peste había asolado la casa y se había despedido ya de ésta antes de que hubiese llegada a saberse siquiera que la familia había sido contagiada.

Todo ello puede ser suficiente para convencer a cualquier persona razonable de que el método de cerrar las casas era totalmente ineficaz para el fin que pretendía alcanzar, puesto que no estaba en manos de los magistrados, ni de ningún plan de acción humano, impedir la propagación de la epidemia. Por cierto que dicho método no parecía tener ni trazas de servir al bien público, equiparables o comparables al agobio atroz que supuso para las familias que fueron encerradas de ese modo; y como yo mismo fui empleado por los poderes públicos para encauzar estas crueldades, tuve frecuentes ocasiones de observar que el método era incapaz de cumplir su finalidad.

Por ejemplo, como se me pedía —en mi calidad de visitador o examinador— que averiguase la situación de varias familias contagiadas, rara era la vez que no habían huido algunos miembros de la familia para cuando llegábamos a una casa en la que la peste había aparecido de forma visible. Los magistrados, al sentirse agraviados, acusaban a los examinadores de ser negligentes en su examen o inspección. Pero lo cierto era que las casas albergaban la peste mucho antes de que se supiera. Como yo cumplí esta peligrosa función, si bien lo hice sólo durante la mitad del tiempo prescrito, que era de dos meses, pude cerciorarme de que nos era completamente imposible enterarnos de la verdadera situación de ninguna familia como no fuese

preguntando a las puertas de los vecinos. En cuanto a entrar en cada una de las casas para inspeccionarlas, ninguna autoridad podía imponer semejante obligación a los habitantes, y ningún ciudadano hubiese aceptado hacerlo, porque nos hubiera expuesto al contagio y a una muerte segura, así como a la ruina de nuestras propias familias al igual que la nuestra propia; y ningún ciudadano de bien hubiese permanecido en la ciudad, de ello se puede estar seguro, si se lo hubiese podido obligar a soportar tal severidad.

Viendo, pues, que sólo podíamos averiguar la verdad por el método indicado de preguntar a los vecinos o a la misma familia, de lo cual no nos podíamos fiar, la inexactitud de esta cuestión se mantenía, como he dicho antes.

Es verdad que los cabezas de familia estaban obligados por la ley a informar al examinador del lugar en que vivían, antes de transcurridas dos horas de haber sido descubierta la existencia de cualquier persona enferma en la casa (es decir, que presentase las señales de la infección); pero hallaban tantas formas de burlar esta obligación y de excusar su negligencia, que rara vez notificaban el hecho hasta haber tomado medidas para que todo el que lo quisiera pudiera escapar de la casa, estuviese sano o enfermo; y mientras perdurase este estado de cosas, es fácil ver que no podía confiarse en el cierre de las casas como método eficaz para poner freno a la epidemia—porque, como ya dije en otro lugar, muchos de los que así escapaban de aquellas casas infectadas, llevaban efectivamente consigo la peste, aunque en realidad creyesen estar sanos—. Y algunos de ellos eran los que caminaban por las calles hasta caer muertos, no porque la peste los hubiera atacado de improviso, como si fuese una bala que mata fulminantemente, sino porque realmente portaban la infección dentro de la sangre desde mucho tiempo atrás; sólo que, como la enfermedad consumía lentamente los órganos vitales, no se manifestaba hasta que, con ímpetu mortal, se apoderaba del corazón del paciente, quien moría instantáneamente, como si fuese de un síncope repentino o de un ataque de apoplejía.

Sé que hasta algunos de nuestros médicos creyeron, durante algún tiempo, que la gente que moría de ese modo en las calles era atacada por la peste en el instante mismo en que se desplomaban, no antes, como si hubieran caído fulminados por el cielo, de la manera en que los hombres son muertos por un relámpago o rayo, mas hallaron razones para cambiar de opinión luego, ya que, al examinar los cadáveres de los que así habían muerto, siempre encontraron las señales de la enfermedad u otros indicios evidentes de que la peste había radicado en ellos durante más tiempo del que habían supuesto.

Esta era a menudo la razón por la que, como he dicho, nosotros los examinadores no pudiéramos enterarnos de que la peste había entrado en una casa hasta que ya era demasiado tarde para cerrarla, y a veces, no hasta después de haber muerto todas las personas que habían permanecido en ella. En Petticoat Lane, la peste penetró al

mismo tiempo en dos casas contiguas en las que enfermaron varias personas; pero ocultaron tan bien la enfermedad que el examinador —quien era un vecino mío— sólo llegó a enterarse cuando le informaron de que todos estaban muertos y de que los carros fuesen a recoger los cadáveres y llevárselos. Los dos cabezas de familia habían tomado medidas conjuntas y arreglado sus cosas, de modo que cuando el examinador recorría el vecindario, aparecían generalmente al mismo tiempo y contestaban, o mejor dicho, mentían, el uno en favor del otro; o consiguieron que algunos de los vecinos dijese que todos estaban sanos —quizá los vecinos tampoco supiesen que no era así— hasta que, cuando la muerte hizo que ya no fuera posible mantener el secreto durante más tiempo, los carros de los muertos fueron llamados por la noche a ambas casas; y así fue como el hecho se hizo público. Mas cuando el examinador ordenó al alguacil que cerrase dichas casas, sólo quedaban en ellas tres personas, una en una casa y dos en la otra, moribundas; y dos enfermeras, una en cada casa, quienes confesaron que ya habían sepultado a cinco personas, que las casas estaban infectadas desde hacía nueve o diez días y que el resto de las dos familias, que eran muchas personas, se había marchado, unos sanos y otros no, siendo imposible saber si estaban sanos o enfermos.

De forma similar y en otra casa de la misma calle, un hombre que tenía a su familia enferma, pero que no quería que fuesen encerrados, cuando ya no pudo ocultar el hecho durante más tiempo, se encerró a sí mismo; es decir, colocó la gran cruz roja sobre su puerta con las palabras «Señor, ten piedad de nosotros»; y engañó de tal suerte al examinador, el cual supuso que esto había sido ejecutado por el alguacil por orden del otro examinador, ya que había dos examinadores en cada barrio o distrito. De esta manera, el hombre podía salir y volver a entrar libremente en su casa, a su entera comodidad, a pesar de que la casa estaba infectada; hasta que, finalmente, el ardid fue descubierto; entonces el hombre, junto con aquellos miembros de su familia y sirvientes que estaban sanos, escapó y desapareció, de manera que nunca fueron encerrados en absoluto.

Todas estas cosas hacían muy difícil, si no imposible, como he dicho, evitar la propagación de la epidemia mediante el cierre de las casas, a menos que las gentes no considerasen motivo de queja que cerrasen sus casas, y estuviesen tan dispuestas a aceptarlo como para notificar a los magistrados, debidamente y con veracidad, del hecho de estar contagiados, tan pronto como se diesen cuenta de ello; mas como esto no puede esperarse de la gente, así como tampoco puede esperarse de los examinadores que entren en las casas para investigar e inspeccionar, todas las ventajas del cierre de las casas quedan anuladas y son muy pocas las casas que se cierran a tiempo, excepto las de los pobres, que no pueden ocultar su situación, y las de algunas personas que son descubiertas por el terror y la consternación en que los sume la catástrofe.

Yo logré zafarme del peligroso empleo que desempeñaba, tan pronto como pude conseguir que se admitiese a otro en mi lugar, a quien pude convencer para que lo aceptase, dándole un poco de dinero; así pues, en lugar de trabajar en ello durante los dos meses señalados, no estuve más de tres semanas en este servicio; que por cierto fue mucho tiempo, teniendo en cuenta que era durante el mes de agosto, cuando la peste comenzó a hacer estragos en nuestro extremo de la ciudad.

Mientras desempeñé aquellas funciones, no pude evitar manifestar a mis vecinos mi opinión acerca de este método de encerrar a las gentes dentro de sus casas, en el que veíamos con claridad que las crueldades que se cometían, además de ser atroces intrínsecamente, tenían también en su contra la objeción primordial de no cumplir su finalidad, como ya he dicho, sino que, día a día, se veía a las gentes apestadas transitar por las calles; y nuestra común opinión era que hubiera sido mucho más razonable, por varios conceptos, un método que separase a los sanos de los enfermos, en caso de ser visitada alguna casa por la peste, dejando con las personas enfermas solamente a aquellos que pidiesen permanecer en tales ocasiones y declarasen aceptar que se les encerrase con ellas.

Nuestro sistema para separar a los sanos de los enfermos se refería sólo a las casas infectadas, y según éste, confinar a los enfermos no era un verdadero confinamiento; los que no podían moverse no se hubieran quejado mientras hubiesen estado en su sano juicio y mientras hubiesen sido dueños de sus actos y de sus pensamientos: pero cuando empezaban a desvariar y a enloquecer, se lamentaban a gritos de la crueldad de hallarse reclusos; en cuanto a alejar a los que estaban sanos, consideramos muy razonable y justo, para su propia seguridad, que fueran separados de los enfermos; y que, para la seguridad de las demás gentes, permanecieran aislados durante un cierto tiempo, hasta que se viese que estaban sanos y que ya no podrían contagiar a los demás; y creímos que veinte o treinta días serían suficientes para ello.

Ahora bien, si se hubieran previsto casas adecuadas para que los sanos pudieran cumplir esta media cuarentena en ellas, hubieran tenido mucho menor motivo para sentirse agraviados en dicho retiro que estando confinados con las personas apestadas en las casas en que moraban. Debe hacerse notar aquí, sin embargo, que más tarde los funerales fueron tan numerosos, que las gentes no podían hacer doblar las campanas, llorar o condolerse, ni llevar luto por los demás, tal como se hacía antes; y después de un tiempo, la furia de la peste se intensificó de tal manera, que ya no cerraron más las casas. Era evidente que se habían aplicado todos los remedios de esa índole, hasta que se vio que eran infructuosos, y que la peste se esparcía con una violencia irresistible; de manera que, al igual que cuando el fuego del año siguiente se propagó y arrasó la ciudad con tal violencia que los ciudadanos, perdida toda esperanza, abandonaron todo intento de extinguirlo, así, durante la plaga, se llegó a una situación tan atroz que las gentes se sentaban, inmóviles y sombrías, mirándose unos a otros y

abismados en la desesperanza más profunda; calles enteras parecían estar desiertas, no sólo con las casas cerradas, sino completamente despobladas y abandonadas de sus habitantes; puertas que quedaron abiertas, ventanas que el viento destrozaba en las casas vacías, por ausencia de quien pudiera cerrarlas. En una palabra, el pueblo se abandonó a su pavor y comenzó a pensar que todas las disposiciones y métodos eran inútiles y que lo único que se podía esperar era la desolación universal; y fue en el momento culminante de este estado de desesperanza general, cuando Dios quiso detener Su castigo y debilitar la furia de la peste de una manera sorprendente, tanto como lo fue su iniciación, y demostró que la peste había sido enviada, en especial y ante todo, por Él, aunque fuese con el concurso de medios, de lo que hablaré en su debido momento.

Mas todavía he de referirme a la peste en su momento culminante, arrasando y aniquilando todo; y de la gente sumida en la más horrorosa consternación, hasta llegar incluso, como he dicho, a un estado de desesperanza total. Es difícilmente creíble el grado de exaltación que las pasiones de los hombres alcanzaron durante el apogeo de la epidemia; y este período fue, según creo, tan patético como el resto. ¿Qué puede hacer tambalear la plena facultad de razonar de cualquier ser humano, y qué puede impresionar más profundamente su alma que ver a un hombre casi desnudo, escapado de su casa y quizá de su lecho, corriendo por la calle, salir de Harrow Alley, un populoso cruce de pasajes, callejones y plazuelas, a Butcher Row en Whitechapel; qué puede impresionar más, digo, que el ver a ese pobre hombre salir a la ancha calle y correr, bailando y cantando, y haciendo gestos grotescos, con cinco o seis mujeres y niños corriendo tras él, gritando e implorándole, por el amor de Dios, que vuelva, y suplicando la ayuda de las gentes para hacerlo regresar, mas todo ello en vano, pues nadie osa poner las manos sobre él ni acercársele por temor a contagiarse?

Esto fue algo extremadamente doloroso y aflictivo para mí, que asistí a toda la escena desde mis propias ventanas; pues durante todo aquel tiempo, el pobre y acongojado individuo estaba, como pude ver, presa de una inmensa angustia de dolor, teniendo (como dijeron) dos tumefacciones sobre su cuerpo que no habían podido ser abiertas o supuradas; los cirujanos habían pensado poder romperlas aplicando sobre ellas fuertes cáusticos, que estaban puestos sobre él en aquel momento y que lo quemaban como un hierro al rojo vivo. No sabría decir lo que sucedió con aquel pobre hombre, pero creo que continuó correteando de un lado a otro de esa suerte, hasta que se desplomó y murió.

No es de extrañar que el aspecto de la ciudad misma fuese terrorífico. La afluencia habitual de gente en las calles, que eran abastecidas desde nuestro extremo de la ciudad, había cesado. La Bolsa no estaba cerrada, pero ya no la frecuentaba nadie. Los fuegos habían desaparecido; habían sido extinguidos prácticamente en

unos pocos días por una lluvia fina y rápida. Mas eso no era todo; algunos de los médicos insistían en que esos fuegos no sólo eran beneficiosos, sino que incluso eran nocivos para la salud pública. Hicieron mucho alboroto por ello, y protestaron ante el corregidor. Por otra parte, otros doctores de la misma facultad, también eminentes, les llevaron la contraria, y explicaron las razones por las que los fuegos eran, y debían ser, útiles para atemperar la violencia de la enfermedad. No puedo exponer detalladamente los argumentos empleados por cada una de las partes; sólo recuerdo que discutieron mucho unos con otros. Los unos estaban a favor de los fuegos, pero alegando que habían de ser de leña y no de carbón, y hasta de ciertas clases especiales de madera, tales como el abeto o el cedro, debido a las penetrantes emanaciones de trementina; otros estaban a favor del carbón y no de la madera, debido al azufre y al bitumen; y otros no defendían a ninguno de los dos bandos. A todo ello, el corregidor ordenó que no se encendieran más fuegos, especialmente porque la peste era tan feroz, que observaban claramente que desafiaba todo remedio utilizado para ponerle freno y atenuarla; y este asombro de los magistrados provenía más de su deseo de mostrarse capaces de aplicar medidas que tuviesen resultados positivos que de su falta de disposición, sea para exponerse a sí mismos, sea para cargar con las responsabilidades del asunto; porque, para hacerles justicia, se debe consignar que nunca escatimaron fatigas ni temieron por sus propias personas. Pero sin resultado alguno; la epidemia hacía estragos y las gentes estaban asustadas y aterrorizadas hasta el máximo, de modo que podría decir que se dieron por vencidos, como he mencionado antes, y se abandonaron a la desesperanza.

Mas permítaseme observar en este punto que, cuando digo que las gentes se abandonaron a la desesperanza, no me refiero a lo que los hombres llaman desesperanza religiosa, o una desesperanza de su condición eterna, sino que hablo de una desesperanza de su capacidad de escapar del contagio y de sobrevivir a la peste, a la que veían tan violenta y de fuerza tan arrolladora que, ciertamente, muy pocos de los que fueron alcanzados por ella en su apogeo, en agosto y septiembre, pudieron salvarse; y lo que es realmente muy notable, fue su efecto, radicalmente distinto al habitual en junio, julio y principios de agosto, cuando, como he observado, fueron contagiados muchos y permanecieron así varios días, pereciendo después de haber llevado el veneno en la sangre durante largo tiempo; ahora, empero, la mayoría de las personas atacadas durante las dos últimas semanas de agosto y las tres primeras semanas de septiembre, morían por lo general en el lapso de dos o tres días como máximo; y muchos, el mismo día en que enfermaban; no sabría decir si fueron los días caniculares o, como pretendían explicar los astrólogos, la influencia de Sirio, lo que producía este efecto maligno, o si todos aquellos que anteriormente tuvieron dentro de sí los gérmenes de la infección la llevaron a madurar en esa época; mas fue en esos días cuando se informó de que más de tres mil personas murieron en una sola

noche; y los que querían hacernos creer que habían observado el fenómeno más detenidamente, decían que todos ellos habían muerto en el lapso de dos horas, o sea, entre la una y las tres de la mañana.

En cuanto a la forma fulminante en que la gente moría en aquellos días, hubo muchos ejemplos de ello, y yo mismo podría citar varios en mi vecindario. Los miembros de una familia que vivía más allá de Bars, no lejos de mi casa, estaban aparentemente todos bien un lunes; eran diez personas. Aquella noche, una muchacha y un aprendiz enfermaron y murieron a la mañana siguiente; fue entonces cuando enfermaron el otro aprendiz y dos niños, uno de los cuales murió esa misma tarde, los otros dos el miércoles. En una palabra, cuando llegó el mediodía del sábado, todos, el dueño de la casa, la señora, cuatro niños y cuatro sirvientes habían perecido, dejando la casa completamente vacía, con excepción de una mujer anciana que fue a ella para hacerse cargo de los efectos para el hermano del dueño de casa, quien vivía cerca de allí, y que no había estado enfermo.

Hubo entonces muchas casas que quedaron desiertas, tras haber sacado muertos a todos sus habitantes; y especialmente en una calle situada más lejos, en la misma dirección, más allá de Bars, donde se entraba a la altura del signo de Moisés y Aarón, había varias casas juntas en las que, según se decía, no quedaba ningún sobreviviente; y algunos de los que murieron últimos en varias de las casas fueron dejados allí demasiado tiempo antes de ser recogidos para ser sepultados; el motivo de eso no fue, como algunos han escrito mendazmente, que los vivos no fueron capaces de enterrar a los muertos, sino que la mortandad era tan grande en la callejuela o pasaje en cuestión, que no quedó nadie que pudiera notificar a los enterradores o sepultureros de la existencia de cadáveres insepultos. Se dijo —no sé hasta qué punto eso era cierto— que algunos de aquellos cuerpos estaban tan corruptos y descompuestos que hubo dificultades para llevarlos al cementerio; y como los carros no podían aproximarse más que hasta Alley Gate, en High Street, fue aún más difícil transportarlos; aunque no sé con exactitud cuántos fueron los cadáveres que se abandonaron en aquella ocasión. Estoy convencido de que normalmente no sucedía esto.

Ya he mencionado cómo el pueblo se sumió en un estado de desesperanza de la vida y de abandono de sí mismo. Este síntoma tuvo, por sí solo, un efecto extraño sobre nosotros durante tres o cuatro semanas, es decir, transformó a las gentes en seres audaces y temerarios: ya no se rehuían unos a otros ni se mantenían reclusos tras sus puertas, sino que iban a todas partes y comenzaron a conversar entre ellos. Uno decía a otro: «No os pregunto cómo estáis ni os digo cómo estoy yo; es seguro que moriremos todos, de modo que no tiene importancia saber quién está sano ni quién está enfermo»; y así, frecuentaban temerariamente todos los lugares y cualquier compañía.

Del mismo modo que esta disposición de ánimo indujo a las gentes a buscar compañía, fue asombrosa la forma en que los arrastró a congregarse en las iglesias. Ya no se preocupaban de quiénes se sentaban cerca o lejos de ellos, ni de los hedores ofensivos que encontrarían, ni del estado de salud que aparentasen tener los demás; sino que se observaban a sí mismos como si ya estuvieran todos muertos; y acudían a las iglesias sin la menor precaución, y se congregaban como si sus vidas no tuvieran ninguna importancia comparadas con la obra que habían venido a realizar en ese sitio. Verdaderamente, el celo que demostraban al acudir a la iglesia y la seriedad y devoción que mostraban ante todo lo que allí escuchaban, pusieron de manifiesto la importancia que un pueblo bueno podría atribuir al culto de Dios si cada día que acudiese a la iglesia pensase que es el último de sus vidas.

Tampoco careció este fenómeno de otros efectos extraños, pues hizo desaparecer toda clase de prejuicios y escrúpulos acerca de quién era la persona que encontraban en el púlpito cuando iban a una iglesia. Es indudable que muchos de los ministros de las iglesias parroquiales habían sucumbido, entre otros, en tamaña calamidad común; y hubo otros que no tuvieron el valor de hacerle frente, sino que se habían trasladado al campo tan pronto encontraron medios para escapar. Como por aquel entonces algunas iglesias parroquiales estaban vacantes y abandonadas, las gentes no sintieron ningún escrúpulo para desear que en las iglesias predicasen los disidentes, que algunos años antes habían sido desposeídos de sus beneficios eclesiásticos por virtud de la ley del Parlamento llamada Ley de Uniformidad; tampoco los ministros de las iglesias pusieron reparo alguno en aceptar en aquella ocasión la ayuda de los disidentes: así pues, muchos de los que eran llamados clérigos silenciados dejaron oír sus voces en la ocasión y predicaron públicamente a las gentes del pueblo.

Hay que observar aquí, y confío en que no estará de más tomar nota de ello, que la contemplación de la muerte próxima reconciliaría rápidamente a los hombres de buena voluntad; y que es nuestra situación desahogada en la vida y nuestro alejamiento de estas cosas la causa principal de que nuestras disensiones se vean fomentadas, de que reine la animosidad y de que se mantengan y se practiquen entre nosotros los prejuicios y la falta de caridad y de unión cristiana. Otro año de la peste eliminaría todas estas diferencias; el conversar cerca con la muerte, o con enfermedades que amenazan traerla, apartaría el rencor de nuestros corazones, eliminaría la inquina y nos haría ver las cosas con ojos diferentes. Del mismo modo que los que estaban acostumbrados a congregarse en torno a la Iglesia se avinieron en aquellos tiempos a admitir que les predicaran los disidentes. Los disidentes, por su parte, que se habían separado con extraordinarios prejuicios de la comunión de la Iglesia de Inglaterra, estaban satisfechos de poder ir a las iglesias de sus parroquias y celebrar el culto que antes no aprobaban; mas cuando el terror de la peste menguó, aquellas cosas volvieron otra vez a su cauce menos grato y al curso que habían

seguido anteriormente.

Sólo menciono este punto como un hecho histórico. No deseo entrar en argumentos para persuadir a ninguna de las partes, ni a ambas, de que sean caritativamente condescendientes entre sí. No veo probabilidades de que un discurso semejante sea adecuado ni eficaz; las disensiones más parecen agrandarse y tender a ser cada vez más hondas que a disminuir, ¿y quién soy yo para crearme capaz de ejercer influencia sobre cualquiera de las partes? Mas repetiré esto una vez más: es evidente que la muerte nos reconciliará a todos; más allá de la sepultura, seremos todos hermanos nuevamente. En el Cielo, adonde confío que podremos ascender desde todos los partidos y confesiones, no hallaremos ni prejuicios ni escrúpulos; allí seremos todos de la misma opinión y tendremos los mismos principios. No puedo opinar aquí sobre el motivo por el cual no podemos estar satisfechos de ir tomados de la mano hasta el lugar en el que uniremos nuestros corazones y nuestras manos sin vacilación y en la más completa armonía y afecto; lo único que agregaré acerca de ello, es que continúa siendo una situación lamentable.

Podría extenderme mucho relatando las desgracias ocurridas durante aquella espantosa época y describiendo las escenas que se producían todos los días entre nosotros; y las horrorosas extravagancias a las que eran impulsadas las personas enfermas por su enajenación; de cómo las calles comenzaron a llenarse de objetos terroríficos y de cómo las familias se aterrorizaban incluso de sí mismas. Mas después de haberos dicho, como lo he hecho antes, que un hombre amarrado a su lecho, al no poder hallar otra manera de liberarse, incendió la cama con una candela, que desgraciadamente estaba al alcance de su mano, y se quemó a sí mismo en el lecho; y de cómo otro, por el tormento insufrible que padecía, cantaba y bailaba desnudo por las calles, sin discernir una locura de otra; después de haber narrado estos hechos, como digo, ¿qué más podría añadir? ¿Qué más podría decir para retratar más vívidamente la miseria de aquellos tiempos, o para daros una idea más exacta de esta compleja desgracia?

He de reconocer que aquellos días fueron terribles, que algunas veces todas mis resoluciones llegaban a flaquear, y que no tenía ya el valor que había sentido al principio. Cuando la necesidad impulsó a otros a abandonar la ciudad, a mí me arrastró a mi casa, y salvo el viaje que hice a Blackwall y Greenwich, como he relatado, y que fue una excursión, permanecí luego mucho tiempo dentro de mi casa, al igual que lo había hecho anteriormente durante alrededor de una quincena. He dicho ya que en varias ocasiones me arrepentí de haberme arriesgado a permanecer en la ciudad y de no haberme marchado con mi hermano y su familia, pero ahora ya era demasiado tarde; y después de haberme recluido y de haber permanecido dentro de mi casa durante cierto tiempo, antes de que mi impaciencia me impulsase a salir, me llamaron, como he dicho, para un servicio repugnante y peligroso que me obligó a

salir otra vez; mas como dicho servicio concluyó mientras aún perduraba la violencia del azote de la epidemia, me retiré nuevamente, y permanecí encerrado durante diez o doce días más, durante los cuales se ofrecieron a mi vista muchas escenas macabras, debajo de mis propias ventanas y en nuestra misma calle; como, en especial, aquella de la pobre criatura desquiciada que salió de Harrow Alley y que bailaba y cantaba en su agonía; y hubo otras muchas. Apenas pasaba un día o una noche en que no sucediese algo lúgubre en el extremo de dicha callejuela, Harrow Alloy, lugar lleno de gentes pobres, que pertenecían en su mayoría al gremio de los carniceros o trabajaban en empleos que dependían de éstos.

Algunas veces salían de ese pasaje multitud de personas, en su mayoría mujeres, que producían un alboroto horrisono, mezcla y compuesto de chillidos, lamentos y gritos con los que se llamaban unos a otros, de forma que no podíamos adivinar lo que sucedía. Durante casi todas las horas silenciosas de la noche el carro de los muertos estaba parado a la entrada de dicho pasaje, pues si hubiera entrado, le hubiera sido difícil girar para dar la vuelta; y de todos modos, sólo hubiera podido entrar un trecho muy corto. Allí, como digo, esperaba para recibir los cadáveres; y como el cementerio estaba a muy corta distancia, cuando se alejaba, repleto, pronto volvía al mismo sitio. Es imposible describir los horrendos aullidos y los sonidos extraños que emitían las pobres gentes al llevar hasta el carro los cadáveres de sus hijos y de sus amigos; y por su número, hubiera podido pensarse que allí no había quedado vivo nadie, o bien, que en aquellos lugares vivía gente suficiente como para poblar toda una pequeña ciudad. A menudo gritaban: «Asesinato», a veces: «Fuego»; mas era fácil darse cuenta de que todo era frenesí y lamentos de las infelices personas apestadas.

Creo que en todas partes ocurría lo mismo, pues durante seis o siete semanas la peste hizo tales estragos, que sobrepasaron todo cuanto he descrito anteriormente; y la epidemia llegó a alcanzar tales extremos, que se quebró el orden excelente del que he hablado al encomiar a los magistrados; o sea, en lo referente al hecho de que no se viesen cadáveres por las calles ni se efectuasen inhumaciones durante el día, ya que en aquellos momentos extremos hubimos de soportar, durante un corto tiempo, que tales cosas sucediesen.

Algo que no debo omitir aquí y que, por cierto, consideré extraordinario, o al menos parecía una obra notable de la Justicia Divina, fue que se habían esfumado y desaparecido todos los profetas, astrólogos, sortílegos, y aquellos que llamaban marrulleros, nigromantes y pájaros similares, calculadores de horóscopos y soñadores de sueños, y toda esa calaña; era imposible encontrar ni a uno solo. Estoy plenamente convencido de que un gran número de ellos sucumbió en el apogeo de la calamidad al haberse arriesgado a permanecer ante la perspectiva de obtener pingües ganancias; ciertamente, sus beneficios fueron demasiado grandes durante un tiempo, gracias a la

enajenación y la insensatez de las gentes. Mas ahora se habían silenciado; muchos de ellos se fueron a su morada última, incapaces de predecir su propio destino ni de calcular su propio horóscopo. Algunas personas fueron tan meticulosas que dijeron que todos ellos habían muerto. No me atrevería a afirmarlo; mas he de reconocer que nunca supe de ninguno que hubiese reaparecido una vez que la catástrofe hubo pasado.

Mas vuelvo a mis observaciones particulares hechas durante este período de la epidemia. Habíamos llegado, como dije, al mes de septiembre, que fue, según creo, el más horroroso de cuantos vivió la ciudad de Londres a lo largo de toda su historia; porque, según todos los relatos que he leído acerca de las plagas precedentes que hubo en Londres, ninguna de ellas puede compararse a ésta, en la que la cantidad de muertos contabilizada por las listas semanales, entre el 22 de agosto y el 26 de septiembre, sólo cinco semanas, se elevó a casi cuarenta mil. Las listas fueron las siguientes:

Desde el 22 de agosto hasta el 29 de agosto	7496
Desde el 29 de agosto hasta el 5 de septiembre	8252
Desde el 5 de septiembre hasta el 12 de septiembre	7690
Desde el 12 de septiembre hasta el 19 de septiembre	8297
Desde el 19 de septiembre hasta el 26 de septiembre	6460
	38 195

Éste era un número elevadísimo en sí, mas si yo agregase las razones que poseo para creer que estas cuentas eran deficitarias y explicase hasta qué punto lo eran, vosotros mismos no tendríais reparo alguno en admitir que durante todas aquellas semanas murieron, unos con otros, más de diez mil personas por semana, y una cantidad congruente con la anterior, durante varias semanas, tanto anteriores como posteriores a dicho lapso. Es inenarrable la confusión que reinaba entre el pueblo, especialmente dentro de la ciudad, durante aquella época. El terror llegó a ser tan absoluto que el valor de los hombres encargados de recoger y transportar a los muertos comenzó a flaquear; es más, muchos de ellos murieron, aunque hubiesen tenido la enfermedad anteriormente y se hubiesen recuperado de ella; y algunos se desplomaron cuando habían transportado los cadáveres hasta el borde mismo de una fosa, en el instante en que debían arrojarlos dentro; y esta confusión fue mayor en la ciudad porque las gentes se habían forjado ilusiones de que se salvarían, y pensaban que la amargura de la muerte había pasado ya. Nos contaron que uno de los carros fue abandonado por los conductores cuando subía por Shoreditch, o habiendo sido dejado en manos de un único hombre para que lo condujera, dicho hombre murió en la calle; y al seguir su marcha los caballos, volcaron el carro y dejaron los cadáveres lúgubrementemente diseminados en un largo trecho. Otro carro, según parece, fue encontrado dentro del gran foso de Finsbury Fields; el conductor había muerto o se había marchado,

abandonándolo; y cuando los caballos se acercaron demasiado al foso, el carro cayó dentro y arrastró consigo a los caballos. Se afirmó que el conductor también había caído dentro, y que el carro cayó sobre él, ya que su látigo fue visto dentro del foso, en medio de los cadáveres; pero no puedo estar seguro de que esto fuese cierto.

En nuestra parroquia de Aldgate, según he oído decir, se encontraron varias veces a los carros de los muertos detenidos delante de la entrada del cementerio, repletos de cadáveres, pero sin conductor ni campanillero ni ninguna otra persona con ellos; ni en estas ocasiones, ni en ningún otro caso, se supo cuántos cadáveres había en el carro, pues algunas veces los descolgaban con cuerdas desde balcones o ventanas; y a veces, eran los portadores quienes los llevaban hasta los carros; otras veces, en cambio, lo hacían otras personas; según los enterradores mismos decían, no se preocupaban por llevar la cuenta de los cadáveres.

La vigilancia de los magistrados hubo de afrontar las más duras pruebas; y debe admitirse que, también en esta ocasión, es merecedora de los mayores elogios; a pesar de todos los problemas y gastos que tuvieron, hubo dos cosas que nunca se descuidaron, ni en la ciudad ni en los suburbios:

- 1) Nunca faltaron provisiones, y el precio de las mismas no subió mucho tampoco.
- 2) No hubo cadáveres yaciendo insepultos o sin cubrir; y si se caminaba de un extremo al otro de la ciudad, no se veía ningún funeral ni señal alguna de tal cosa durante el día, salvo, como he dicho antes, en las tres primeras semanas de septiembre.

Esta última afirmación quizá no sea fácil de creer si se leen las narraciones que otros han publicado desde entonces, en las que dicen que los muertos yacían insepultos, de lo que estoy convencido que es un hecho absolutamente falso; o al menos, si en algún lugar tal cosa llegó a suceder, tuvo que haber sido en las casas en las que los vivos habían huido de los muertos (al haber hallado medios para escapar, como he observado antes) y donde no se informó de ello a los funcionarios. Todo lo cual no significa nada en la cuestión que nos ocupa; porque de esto estoy seguro, pues he estado yo mismo empleado, durante un corto tiempo, en la dirección de este asunto en la parroquia donde yo vivía, y en la que la desolación fue, proporcionalmente al número de habitantes, tan grande como en cualquier otro lugar; digo que estoy seguro de que allí no quedaron cadáveres insepultos; es decir, ninguno de cuya existencia tuviesen conocimiento los funcionarios competentes; ninguno por falta de gente que los transportase ni de sepultureros que los enterrasen y los cubriesen de tierra; y esto es argumento suficiente; puesto que los cadáveres que pudieran yacer en casas y en cuevas, como los del pasaje de Moisés y Aarón, no cuentan, ya que es seguro que fueron enterrados tan pronto como se los halló. En cuanto al primer punto (o sea, la

escasez y la carestía), aunque lo he mencionado antes y aún hablaré de ello, he de consignar aquí, sin embargo, que:

- 1) El precio del pan, en especial, no subió mucho; pues al principio del año, o sea, en la primera semana de marzo, la hogaza de pan de trigo de un penique pesaba diez onzas y media; y en el apogeo de la epidemia se vendía de nueve onzas y media, nunca más cara durante toda aquella temporada. Y hacia principios de noviembre se vendía nuevamente de diez onzas y media; cosa que, según creo, jamás se vio anteriormente en ciudad alguna durante una calamidad tan espantosa.
- 2) Tampoco faltaron nunca (cosa que me sorprendió mucho) panaderos ni hornos en funcionamiento para abastecer de pan a la gente; si bien algunas familias pretendían que cuando sus criadas iban a la tahona llevando el amasijo para hornear, lo que era costumbre en aquel entonces, volvían a veces trayendo la enfermedad (es decir, la peste) con ellas.

Durante toda esta horrorosa epidemia de peste sólo hubo, como dije anteriormente, dos lazaretos, es decir, uno en los campos situados más allá de Old Street y otro en Westminster; tampoco se obligó a la gente para que se dejasen llevar allí. Por cierto, no hubo necesidad de compeler, pues había miles de pobres desgraciados, cuya única ayuda y bienes procedían de la caridad, que hubieran acudido gustosamente a los lazaretos para que allí los cuidasen; y creo que éste fue el único aspecto deficiente en toda la administración pública de la ciudad, pues no se permitía a nadie ser llevado al lazareto a menos que entregase dinero o una garantía de pago, ya sea al entrar al lazareto, ya sea al marcharse luego de haber sido curado —pues fueron muchos los que salieron curados—; y en aquellos sitios había excelentes médicos, de modo que las gentes eran muy bien atendidas, a lo que me referiré nuevamente más adelante. La mayoría de los que eran enviados allí eran, como he dicho, sirvientes que habían contraído la enfermedad al haber sido enviados a buscar provisiones para las familias con las que vivían; y que, cuando regresaban enfermos a casa, eran alejados para preservar al resto de los moradores. Y fueron tan bien atendidos durante todo el tiempo que duró la epidemia, que sólo murieron 156 en el lazareto de Londres y 159 en el de Westminster.

Cuando afirmo que hubieran sido necesarios más lazaretos, estoy muy lejos de propugnar que se obligue a todo el mundo a entrar en dichos sitios. Si no se hubiesen cerrado las casas, sino que, en cambio, se hubiese sacado rápidamente a los enfermos de sus moradas para llevarlos a los lazaretos, cosa que algunos propusieron, al parecer, tanto entonces como más tarde, la situación habría sido seguramente peor de lo que fue. El traslado de los enfermos habría fomentado la propagación de la peste,

tanto más cuanto que dicho traslado no hubiera limpiado eficazmente de la peste la casa en la que estaba la persona enferma; y el resto de la familia, dejado en libertad, habría diseminado indudablemente el mal entre otras personas.

Los métodos que hubiesen empleado universalmente las familias para ocultar la enfermedad y para esconder a las personas enfermas, habrían sido tan eficaces que, en ocasiones, la peste habría llegado a atacar a toda la familia antes de que cualquier visitador o examinador hubiera llegado a tener conocimiento de ello. Por otra parte, las ingentes cantidades de personas que habrían estado enfermas al mismo tiempo, hubiesen sobrepasado la capacidad de los lazaretos públicos y desbordado la capacidad de los funcionarios para encontrar a las personas y trasladarlas.

Esta cuestión fue muy discutida en aquellos días, y he oído a menudo hablar de ella a la gente. Los magistrados tenían bastante trabajo con lograr que las gentes se resignasen a que sus casas fueran cerradas, aunque engañaban de muchas maneras diferentes a los vigilantes y escapaban, como ya he narrado. Mas esta dificultad puso en evidencia que los magistrados nunca hubiesen podido emprender el otro camino señalado, pues jamás habrían podido conseguir sacar a los enfermos de sus camas y de sus casas. Para intentarlo, se hubiera requerido un ejército de funcionarios, no aquellos de que disponía mi señor corregidor; por otra parte, las gentes se hubiesen enfurecido y desesperado; y habrían matado a cuantos hubiesen pretendido entrometerse con ellos o con sus hijos y parientes, sin importarles el castigo que pudiesen recibir; de modo que habrían transformado al pueblo, que tal y como estaban las cosas, se hallaba perturbado de la manera más terrible que se puede imaginar, como digo, lo habrían trastornado completamente; por el contrario, los magistrados juzgaron preferible, por varias razones, tratar a las gentes con blandura y compasión, y no con terror y violencia, como hubiese sido el sacar por la fuerza a los enfermos de sus casas u obligarlos a trasladarse por sí mismos a los lazaretos.

Esto me lleva nuevamente a referirme a la época en que la peste apareció por primera vez; es decir, cuando se hizo evidente que se propagaría por toda la ciudad; cuando, tal como he dicho, las gentes de la clase acomodada se alarmaron y comenzaron a escapar fuera de la ciudad. Es cierto, como he observado en su momento, que la aglomeración fue tan grande, y los carruajes, caballos y carretas que llevaban y arrastraban fuera a la gente fueron tantos, que parecía que toda la ciudad estaba huyendo; y si en esos días se hubieran promulgado reglamentos atemorizadores, particularmente encaminados a disponer de la gente de forma distinta a la que las personas de otro modo dispondrían de sí mismas, eso habría causado la máxima confusión tanto en la ciudad como en los suburbios.

Pero los magistrados, con buen criterio, alentaron a la gente, dieron muy buenas órdenes para regular a los ciudadanos, mantuvieron el buen orden en las calles, e hicieron que en lo posible toda clase de personas pudiera elegir todo.

En primer lugar, el corregidor y los jueces de distrito, el concejo de regidores y un cierto número de miembros del cabildo, o sus suplentes, tomaron una decisión y la publicaron, a saber, que ellos no abandonarían la ciudad, sino que siempre estarían presentes para preservar el buen orden en todos los lugares y para administrar justicia en todas las ocasiones; y también para distribuir la caridad pública entre los pobres; y, en suma, para cumplir lo mejor que pudieran los deberes y responder a la confianza que los ciudadanos habían depositado en ellos.

En cumplimiento de dichas órdenes, el corregidor, los jueces de distrito, etcétera, celebraron consejos todos los días, más o menos, para adoptar las medidas que consideraron necesarias para preservar la paz civil; y aunque trataron a la gente con la mayor suavidad y clemencia posibles, castigaron severamente a toda clase de bellacos presuntuosos como ladrones, desvalijadores, saqueadores de muertos y enfermos; y se publicaron continuamente varias declaraciones del corregidor y del concejo de regidores contra tales individuos.

También todos los alguaciles y guardianes de parroquias fueron conminados a permanecer en la ciudad so pena de graves sanciones, o a delegar en capaces y suficientes encargados que aprobasen los consejeros o miembros del cabildo del barrio, y respecto a los cuales deberían dar garantías; y también garantías, en caso de fallecimiento, de que inmediatamente nombrarían a otros alguaciles para sustituirlos.

Estas cosas hicieron recuperar mucho el ánimo de la población, especialmente al principio de sus temores, cuando se hablaba de una huida en masa tan generalizada que la ciudad habría corrido el riesgo de quedarse totalmente abandonada por sus habitantes, salvo los pobres, y que la campiña sería saqueada y asolada por las multitudes. Los magistrados tampoco fallaron en aportar su concurso tan enérgicamente como lo habían prometido: mi corregidor y los jueces de distrito estuvieron continuamente en las calles y en lugares de máximo peligro, y aunque no les gustaba estar rodeados de demasiada gente, en casos nuevos nunca negaron que nadie se acercara a ellos, y escucharon con paciencia todos sus motivos de queja y agravio. Mi señor corregidor hizo construir a propósito en su sala una tribuna baja, en la que se colocaba, algo apartado de la muchedumbre, durante las audiencias de quejas, para poder estar presente con la mayor seguridad posible.

De modo similar, los funcionarios propiamente dichos, llamados agentes del corregidor, constantemente cumplían sus turnos, ya que estaban de guardia; y si algunos de ellos estaban enfermos o infectados, como sucedió, se empleaba inmediatamente a otros para reemplazarlos hasta que se supiera si vivirían o morirían.

Los jueces de distrito y regidores actuaron de forma igual en sus diversos puestos y funciones a los que se les había destinado, y se designaron funcionarios o agentes judiciales para que recibieran órdenes de los respectivos regidores, de forma que en todos los casos se administraba la justicia sin interrupciones. Por otra parte, una de

sus preocupaciones especiales era hacer respetar las órdenes para la libertad de los mercados, y a este respecto, el corregidor, o uno o ambos representantes, aparecían a caballo todos los días de mercado para comprobar si sus órdenes eran respetadas y si los campesinos gozaban de toda la libertad y el estímulo posibles para acudir a los mercados y para volver a marcharse después; y verificar que por las calles no se veían escenas terroríficas ni se molestaba a los campesinos para aterrorizarlos y quitarles las ganas de venir. Los tahoneros también estaban sujetos a una orden especial, y el maestro del Gremio de Tahoneros era el encargado de verificar, junto con sus ayudantes, el cumplimiento de la orden del Corregidor destinada a ellos; y que se observase la tasa de pan (prescrita cada semana por el corregidor); y todos los tahoneros estaban obligados a tener sus hornos constantemente en marcha, so pena de perder los privilegios de ciudadanos de la villa de Londres.

Gracias a ello, siempre hubo pan en abundancia y al precio habitual, como he dicho antes; y nunca faltaron víveres en los mercados, hasta tal punto que me asombraba muchas veces; y me reprochaba a mí mismo ser tan timorato y cauteloso para salir a la calle, cuando los campesinos venían al mercado valerosa y alegremente, como si en la ciudad no hubiese infección de ninguna clase o como si no hubiese peligro de contagio.

Verdaderamente, una de las acciones más admirables de los magistrados citados fue que las calles se mantuvieron constantemente limpias y libres de toda clase de objetos terroríficos, cadáveres, o cualquier otra cosa indecente o desagradable — salvo cuando alguien moría en la calle súbitamente, como he dicho antes; en tal caso, el cadáver era cubierto con una tela o sábana hasta la llegada de la noche, o llevado hasta el cementerio más próximo—. Todos los trabajos imprescindibles que supusiesen aspectos macabros y que fuesen tanto espantosos como peligrosos, se llevaban a cabo durante la noche; si se trasladaba a personas apestadas, o se enterraban cadáveres, o se quemaban ropas, se hacía de noche; y todos los cadáveres que se arrojaban en las grandes fosas de los diferentes cementerios o camposantos, como ya he mencionado, eran llevados hasta allí por la noche; y todo se cubría y se cerraba antes de la salida del sol. De modo que durante las horas del día no se veía ni se escuchaba la más mínima señal indicadora de la calamidad, excepto la visible desolación de las calles y los apasionados gritos y lamentos que podían escucharse algunas veces, lanzados por las gentes asomadas a sus ventanas, y la gran cantidad de casas y tiendas cerradas que había.

El silencio y el aspecto desierto de las calles no era tan acusado en la ciudad como en las afueras, salvo precisamente durante un período particular cuando, como he dicho, la peste avanzó hacia el este y se propagó por toda la ciudad. Fue ciertamente una misericordiosa disposición de Dios que la peste comenzase primero en uno de los extremos de la villa (como he dicho repetidas veces), de modo que se

propagó gradualmente por las demás zonas, y sólo llegó hasta aquí, es decir, hasta el este, cuando ya había consumido su fuerza en la parte oeste de la villa; así pues, cuando se incrementaba en una dirección, menguaba en la otra. Por ejemplo, comenzó en St. Giles y en el extremo de la ciudad situado del lado de Westminster, y alcanzó su apogeo en dichas zonas hacia mediados de julio; o sea, en St. Giles-in-the-Fields, St. Andrew, Holborn, St. Clement Danes, St. Martin-in-the-Fields, y en Westminster. Llegados los últimos días de julio, la epidemia amainó en esas parroquias, mientras avanzaba hacia el este, arreció prodigiosamente en Cripplegate, St. Sepulcher, St. James, Clarkenwell, St. Bride y Aldersgate. Mientras la peste radicó en todas estas parroquias, la ciudad, y todas las parroquias sitas del lado de la ribera de Southwark, así como Stepney, Whitechappel, Aldgate, Wapping y Ratcliff, apenas fueron tocadas; de modo que las gentes resolvían sus asuntos sin preocuparse, ejercían sus oficios, mantenían abiertas sus tiendas y hablaban libremente unos con otros en toda la ciudad, en los suburbios este y nordeste y en Southwark, casi como si la peste no estuviera presente entre nosotros.

Incluso cuando ya estaban infectados los suburbios norte y noroeste, o sea, Cripplegate, Clarkenwell, Bishopsgate y Shoreditch, el resto todavía seguía estando bastante bien. Por ejemplo, desde el 25 de julio hasta el primero de agosto, la lista de mortalidad para todas las enfermedades fue la siguiente:

St. Giles, Cripplegate	554
St. Sepulcher	250
Clarkenwell	103
Bishopsgate	116
Shoreditch	110
La parroquia de Stepney	127
Aldgate	92
Whitechappel	104
Todas las 97 parroquias situadas dentro de las murallas	228
Todas las parroquias de Southwark	205
Total	1889

Así pues, en breve, durante esa semana murieron, en las dos parroquias de Cripplegate y St. Sepulcher, cuarenta y ocho personas más que en toda la ciudad, todos los suburbios del este y todas las parroquias de Southwark juntas. Fue esta la causa de que se mantuviese, en toda Inglaterra, la reputación de salud de que gozaba la ciudad y especialmente en los condados y mercados próximos desde donde nos llegaba la mayor parte de nuestro suministro de víveres —incluso cuando dicho estado de salud ya había desaparecido—; porque cuando los campesinos entraban en la ciudad por Shoreditch y Bishopsgate, o por Old Street y Smithfield, veían las calles exteriores vacías, y cerradas las casas y las tiendas; y las pocas personas que

transitaban por las calles lo hacían caminando por el centro de las mismas. Mas cuando entraban en la ciudad, el aspecto general era mucho mejor, los mercados y tiendas se hallaban abiertos y las gentes caminaban por las calles normalmente, si bien en menor número que antes; y así se mantuvo hasta fines de agosto y principios de septiembre.

Mas entonces la situación se modificó radicalmente, la peste menguó en las parroquias del oeste y del noroeste, y la infección se centró en la ciudad y en los suburbios del este, y en dirección de Southwark, de manera terrorífica.

Fue entonces cuando la ciudad cobró un aspecto lúgubre, cuando se cerraron las tiendas y se vaciaron las calles. En la Calle Alta, la necesidad obligó a la gente a salir fuera en muchas ocasiones; y a mediodía, podía verse bastante gente allí, mas por las mañanas y por las tardes, todo estaba casi desierto, incluso allí; sí, hasta en Cornhill y Cheapside.

Estas observaciones mías fueron confirmadas plenamente por las listas de mortandad de aquellas semanas, de las que daré a continuación un resumen correspondiente a las parroquias que he mencionado, y que ratifican los cálculos a los que me refiero.

La lista semanal que evidencia esa disminución de las inhumaciones en la parte oeste y norte de la ciudad, fue la siguiente:

Desde el 12 hasta el 19 de septiembre

St. Giles, Cripplegate	456
St Giles-in-the-Fields	140
Clarkenwell	77
St. Sepulcher	214
St. Leonard, Shoreditch	183
La parroquia de Stepney	716
Aldgate	623
Whitechappel	532
Todas las 97 parroquias situadas dentro de las murallas	1493
Todas las parroquias de Southwark	1636
Total	6060

Aquí se produce un extraño cambio en la situación, ciertamente nefasto; y si se hubiese mantenido así durante dos meses más, muy pocas personas habrían permanecido con vida. Mas entonces, como digo, la misericordiosa voluntad de Dios hizo que, cuando la situación había llegado a este punto, las zonas oeste y norte, que habían sido tan horrorosamente azotadas al principio, mejorasen bastante, como se puede apreciar; y cuando las gentes desaparecían aquí, comenzaban a reaparecer allá; las dos semanas siguientes alteraron aún más el panorama; es decir, dando esperanzas

a la parte opuesta de la ciudad. Por ejemplo:

Desde el 19 hasta el 26 de septiembre

St. Giles, Cripplegate	277
St Giles-in-the-Fields	119
Clarkenwell	76
St. Sepulcher	193
St. Leonard, Shoreditch	146
La parroquia de Stepney	616
Aldgate	496
Whitechappel	346
Todas las 97 parroquias situadas dentro de las murallas	1268
Todas las parroquias de Southwark	1390
Total	4927

Desde el 26 de septiembre hasta el 3 de octubre

St. Giles, Cripplegate	196
St Giles-in-the-Fields	95
Clarkenwell	48
St. Sepulcher	137
St. Leonard, Shoreditch	128
La parroquia de Stepney	674
Aldgate	372
Whitechappel	328
Todas las 97 parroquias situadas dentro de las murallas	1149
Todas las parroquias de Southwark	1201
Total	4382

Y entonces, el sufrimiento de la ciudad y de dichas zonas del este y del sur fue total; pues como podéis ver, el mayor peso de la epidemia recaía sobre aquellas zonas; es decir, sobre la ciudad, las ocho parroquias del otro lado del río, junto con las parroquias de Aldgate, Whitechappel y Stepney; y esta fue la época en la que las listas de mortandad se elevaron de la forma tan monstruosa que he indicado antes, y en la que murieron ocho o nueve mil —y, según yo creo— diez o doce mil personas por semana; porque soy de la firme opinión de que nunca se pudieron llevar cuentas exactas del número de cadáveres, por los motivos que ya he expuesto.

Es más, uno de los médicos más eminentes, que ha publicado desde entonces una narración en latín sobre aquellos tiempos y sobre sus observaciones, dice que en una semana murieron doce mil personas; y que tuvo, en especial, cuatro mil que murieron en una sola noche, si bien yo no puedo recordar que hubiese habido ninguna noche

tan notoriamente aciaga en la que muriesen tantas personas. Sin embargo, todo esto atestigua lo que he dicho antes acerca de la inexactitud de las listas de mortalidad, etc., asunto sobre el que volveré más adelante.

Y en este punto, séame permitido entrar nuevamente, aunque pueda parecer una repetición de los acontecimientos narrados, en una descripción de la infortunada situación en que se hallaba la ciudad misma, y el barrio en el cual yo vivía en aquellos tiempos singulares. La ciudad y aquellas otras zonas, pese a la gran cantidad de gente que se había marchado al campo, estaban sumamente pobladas; más atestadas, quizá, porque el pueblo, durante largo tiempo, tuvo el profundo convencimiento de que la peste no entraría en la ciudad, ni en Southwark; no, ni tampoco en Wapping o Ratcliff, en absoluto; es más, la confianza del pueblo en este hecho era tal, que muchos se mudaron de los suburbios del oeste y del norte, yendo a refugiarse a aquellos otros sitios del este y del sur; y, según creo en verdad, llevaron con ellos la peste hasta aquellas zonas, quizás antes de lo que la hubieran recibido de otra manera.

También aquí debo consignar una observación para provecho de la posteridad, referente a la manera en que las gentes se contagiaban unas a otras; especialmente, que las personas sanas recibían inmediatamente la peste, no sólo de las personas enfermas, sino de las personas sanas. Me explicaré: designo como personas enfermas a aquéllas de quienes se sabía que lo estaban, que habían guardado cama, que habían estado sujetas a tratamiento, o que tenían hinchazones y tumores sobre sus cuerpos, etc.; cualquiera podía precaverse de ellas: bien estaban en sus lechos, bien aparecían en público en un estado tal que delataba su enfermedad.

Cuando hablo de personas sanas, me refiero a las que habían sido contagiadas y llevaban la peste con ellos en la sangre, aun cuando su aspecto no acusase los síntomas de ello; es más, incluso cuando ellos mismos no tenían conciencia de estar contagiados, cosa que sucedió con muchos durante varios días. Éstos exhalaban la muerte en todo lugar, y sobre todos cuantos se les acercasen; sus mismas ropas albergaban el contagio, sus manos infectaban todo lo que tocaban, especialmente si eran calientes y sudorosas; y, por lo general, también eran propensos a sudar. Ahora bien, era imposible reconocer a estas personas, y algunas veces, como he dicho, ellas mismas no sabían que estaban contagiadas. Éstas eran las personas que tan a menudo se desplomaban en plena calle, pues muchas veces caminaban por las calles hasta el último minuto, hasta que, repentinamente, sudaban, desfallecían, se sentaban ante una puerta y morían. Ciertamente, al encontrarse tan mal, pugnaban por llegar hasta las puertas de sus propias casas; y en ocasiones, todavía lograban entrar por ellas antes de caer muertos; otras veces, andaban por la ciudad hasta que aparecían sobre ellos las fatídicas señales de la peste, cuando ellos aún no lo sabían, y morían una o dos horas después de haber regresado a sus casas, aunque se hubieran sentido

perfectamente bien mientras estuvieron fuera de ellas. Éstas eran las personas peligrosas; éstas eran aquéllas a las que las personas sanas hubieran debido temer; mas, por otra parte, era imposible reconocerlas.

Y ésta es la causa por la que es imposible evitar la propagación de la peste durante una epidemia, ni siquiera con el mayor celo humano; es decir, que es imposible distinguir a las personas sanas de las infectadas, ni hacer que estas últimas sepan que lo están. Conocí a un hombre que, durante toda la epidemia de 1665 en Londres, se mezclaba libremente con la gente; llevaba consigo un antídoto o cordial que tomaba cuando se sentía ante algún peligro, y tenía un método para reconocer o estar alerta ante cualquier peligro, como realmente jamás vi ni antes ni después de entonces. El hombre tenía una herida en la pierna, y cada vez que se mezclaba con personas que no estuviesen sanas, y la infección comenzaba a afectarle, decía que podía reconocerlo por una señal, a saber, que la herida de su pierna le escocía y se tornaba pálida y blanca; así pues, tan pronto como sentía el escozor de la herida, sabía que era hora de alejarse, o de cuidarse y tomar su bebida, la que siempre llevaba consigo para tal fin. Al parecer, la herida le escocía con frecuencia cuando estaba en compañía de personas que se creían sanas y que así lo parecían las unas a las otras; mas cuando él se levantaba y decía en voz alta: «Amigos, en esta habitación hay alguien que tiene la peste», la reunión se disolvía inmediatamente. Ésta era una señal evidente para todo el mundo de que la peste no podía ser evitada por quienes conversan promiscuamente en una ciudad infectada, cuando hay quienes la llevan sobre sí sin saberlo, y que además la transmiten a los demás cuando todavía no saben que ellos mismos la tienen; y en tal caso, encerrar a los sanos o trasladar a los enfermos no surtirá ningún efecto, a menos que se pueda volver y encerrar a todos aquéllos con quienes el enfermo ha estado mezclado incluso antes de saberse contagiado; y nadie puede saber hasta qué punto retroceder por este camino, ni dónde detenerse; pues nadie sabe cuándo ni dónde puede haber sido contagiado, ni por quién.

Creo que éste es el motivo por el que tantas personas afirmaban que el aire estaba corrompido e infectado, y que no necesitaban ser precavidos en cuanto a las personas con quienes trataban, ya que el contagio estaba en el aire. Los he visto sorprendidos y extrañamente perturbados por este motivo. «Nunca me he acercado a ningún cuerpo infectado», decía la persona atacada por la peste. «No he conversado con nadie más que con personas sanas, y a pesar de ello, he contraído la enfermedad. ¡Estoy convencido de que he recibido un golpe del Cielo!», decía otro, tornándose serio. Nuevamente, exclamaba el primero: «No me he acercado a nadie ni a nada infectado; estoy seguro de que es el aire. Aspiramos la muerte al respirar; y por ello, es obra de Dios; no es posible evitarlo». Y esto fue lo que mucha gente hizo finalmente; mostrarse indiferente ante el peligro, preocupándose cada vez menos por sí mismos, y

ser menos cautelosos hacia el final de la epidemia, cuando ésta estaba en su apogeo, de lo que lo habían sido al principio. Entonces, con una especie de fatalismo oriental, decían que si Dios quería herirles, daba lo mismo que se quedaran en casa o que saliesen a la calle; no podrían liberarse. Así pues, salían temerariamente a la calle, e incluso entraban en casas infectadas y se mezclaban con gentes apestadas; visitaban a enfermos y, en una palabra, se acostaban en el lecho con sus esposas o parientes que estaban contagiados. ¿Y cuál fue la consecuencia? La misma que en Turquía y en aquellos países en los que se hacen semejantes cosas —o sea, que también se contagiaron y que murieron, de a cientos y de a miles.

Estoy lejos de querer menoscabar el temor al castigo de Dios y el respeto reverente a Su providencia que siempre ha de albergar nuestro espíritu en ocasiones semejantes. Indudablemente, la epidemia misma es un azote del Cielo sobre la ciudad, el país, o la nación sobre los que se abate; un mensajero de Su venganza, y un llamamiento vibrante, a esa nación, o país o ciudad, a la humillación y al arrepentimiento, en conformidad con lo que dice el profeta Jeremías, 18, 7-8: «En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles». Es para sugerir impresiones oportunas del reverente temor de Dios a los espíritus de los hombres en semejantes ocasiones, no para menguarlo, por lo que he inscrito estas palabras.

Digo, en consecuencia, que no critico a ningún hombre por creer que la causa inmediata de tales sucesos es la voluntad de Dios, y el mandato y designio de Su providencia; por el contrario, hubo muchas personas que se salvaron después de estar infectadas, que son indicio de una singular y notable Providencia en los casos particulares en que ocurrieron; y estimo mi propia salvación como un hecho casi milagroso, que registro con gratitud.

Mas cuando hablo de la peste como de una enfermedad que surge de causas naturales, debemos considerarla como una plaga que, efectivamente, se propagaba por causas naturales; y no por ser conducida por causas y efectos humanos deja en absoluto de constituir un castigo del Cielo; pues, dado que el Poder Divino ha creado todo el esquema de la naturaleza y mantiene a ésta dentro de sus cauces establecidos, de igual manera el mismo Poder juzga adecuado que Sus propias acciones para con los hombres, tanto las de clemencia como las de castigo, discurran por el camino usual de las causas naturales; y place al Señor actuar a través de causas naturales como instrumento corriente de Su Voluntad, guardando, sin embargo, la facultad de actuar de modo sobrenatural cuando Él lo crea oportuno. Es evidente, pues, que en caso de epidemia no hay ocasión señalada y aparente para una acción sobrenatural, ya que el curso habitual de las cosas está provisto de los medios necesarios y es capaz de producir todos los efectos que el Cielo prescribe con la epidemia. Entre dichas causas

y efectos, éste del transporte oculto del contagio, imperceptible e inevitable, es más que suficiente para cumplir el fiero mandato de la venganza de Dios, sin tener que recurrir a causas sobrenaturales o a milagros.

La penetrante y aguda naturaleza de la enfermedad misma era tal, y el contagio se recibía de un modo tan imperceptible, que mientras estuviésemos en el lugar de la catástrofe no había precaución, por extremada que fuese, que nos pudiera preservar de ella. Mas debe permitírseme creer —y mi memoria guarda tantos ejemplos recientes susceptibles de convencerme de ello, que dudo que nadie pueda resistirse a su evidencia—, he de ser autorizado a creer, digo, que ninguna persona, en toda la nación, fue jamás contagiada de peste de otra manera que el de recibirla por el camino usual del contagio de otra persona; o de las ropas, o por contacto, o por el hedor de alguien que hubiese estado infectado antes.

La forma en que la peste apareció por primera vez en Londres también confirma esta aseveración, o sea, a través de mercancías traídas de Holanda, adonde la peste había llegado procedente del Levante; el primer lugar en el que se manifestó fue una casa situada en Long Acre, adonde dichas mercancías habían sido llevadas y abiertas por primera vez; su propagación, desde aquella casa a otras casas, fue por conducto del trato de las personas enfermas; y contagiando a los funcionarios parroquiales comisionados cerca de las personas fallecidas, etc. Este punto fundamental se encuentra confirmado por el hecho de que la peste se propagó de persona en persona, de casa en casa, y no de otro modo. En la primera casa infectada murieron cuatro personas. Una vecina, al enterarse de que la dueña de la primera casa estaba enferma, fue a visitarla; y volvió a su casa y llevó la peste a su familia; y murió, al igual que toda su familia. Un clérigo, que había sido llamado para orar junto al primer enfermo de la segunda casa, enfermó inmediatamente, según dicen; y murió, junto con varias otras personas de su casa. Fue entonces cuando los médicos comenzaron a considerar la posibilidad de la presencia de una epidemia, cosa que al principio no imaginaron ni remotamente. Mas cuando los médicos fueron enviados a inspeccionar los cadáveres, afirmaron que se trataba ni más ni menos que de la peste, con todas sus características aterradoras; y que amenazaba con una infección universal, puesto que eran muchas las personas que ya habían estado cerca de los enfermos y que se habían contagiado, como cabía suponer, por lo que sería imposible ponerle freno.

En este punto, la opinión de los médicos concordaba con mis observaciones posteriores, es decir, con el hecho de que la peste se propagaba gradualmente, puesto que los enfermos solamente podían contagiar a quienes se aproximasen a ellos; y que un solo hombre que efectivamente haya recibido el contagio, que no lo sepa, y que salga de su casa y vaya a todas partes como si fuese una persona sana, puede transmitir la peste a mil personas; y éstas, a un número proporcionalmente mayor; y todo sin que la persona que transmite la peste, ni las que la reciben, sepan nada del

asunto, sintiendo los efectos quizá sólo después de haber transcurrido varios días.

Por ejemplo, en la época de esta epidemia hubo muchas personas que nunca se percataron de que estaban contagiadas hasta el momento en que, para su indecible sorpresa, vieron que aparecían sobre ellos las señales de la enfermedad; después de lo cual, raramente vivían más de seis horas; porque aquellas manchas que llamaban señales, eran realmente manchas de gangrena o pequeñas protuberancias de carne mortificada, del tamaño de un pequeño penique de plata, y duras como un callo o un trozo de cuerno; de modo que, cuando la enfermedad había llegado hasta tan lejos, sobrevénía la muerte con toda seguridad; y sin embargo, como dije, no sabían que estaban contagiados, ni sentían malestar alguno, hasta que dichas marcas fatídicas aparecían sobre sus cuerpos. Mas todos han de admitir que estaban considerablemente infectados desde antes; y que debían de haberlo estado durante cierto tiempo; y, en consecuencia, su respiración, su transpiración y sus mismas ropas eran vías de contagio desde hacía muchos días.

Esto originó una gran variedad de casos, que los médicos tendrán muchas más ocasiones de recordar que yo; pero sí pude observar o escuchar sobre algunos de ellos, de los que citaré unos cuantos.

Cierto ciudadano que había vivido seguro e intocado hasta el mes de septiembre, cuando el peso de la enfermedad recayó sobre la ciudad más de lo que había hecho antes, estaba muy alegre, y algo demasiado audaz (como creo que lo estaba) al charlar sobre cuán seguro estaba, lo precavido que había sido, y que nunca se había acercado a ningún cuerpo enfermo. Un día, otro ciudadano, un vecino suyo, le dice: «No os confiéis demasiado, señor.... Es difícil saber quién está enfermo y quién está sano, porque vemos a un hombre aparentemente vivito y coleando ahora y dentro de una hora está muerto». El primero le contesta: «Eso es cierto...», porque no era alguien que presumiera de estar seguro, pero que había escapado hacía bastante tiempo —y los hombres, como dije antes, especialmente en la ciudad, comenzaban a ser demasiado confiados por ese motivo—. «Eso es cierto...», dice. «No me siento seguro, pero espero no haber estado en compañía de ninguna persona que pudiese ser un peligro». «¿Que no?», dice el vecino. «¿No estabais anteanoche en la taberna de Bull Head en la calle Gravechurch con el señor tal?». «Así es», contesta el primero. «Sí estuve, pero allí no había nadie del que tuviéramos motivo para pensar que era peligroso». A lo que su vecino no dijo nada más, para no sorprenderlo; pero esto aumentó más su curiosidad, y ante la reticencia del vecino, preguntó muy impaciente: «¿Por qué, no estará muerto...?». El vecino no rompió su silencio, pero alzó la vista al cielo y murmuró algo para sus adentros; entonces el primer ciudadano palideció, y solamente dijo: «Entonces yo también soy hombre muerto», y regresó inmediatamente a su casa, y llamó a un boticario vecino para que le diera algo preventivo, ya que aún no se sentía enfermo; pero el boticario, al descubrirle el

pecho, exhaló un suspiro, y sólo dijo: «¡Mirad hacia el Señor!»; y el hombre murió pocas horas más tarde.

Dejemos que partiendo de un caso como éste cada uno juzgue si los reglamentos de los magistrados, para encerrar a los enfermos o bien separarlos, pueden detener una infección que se propaga de persona a persona incluso cuando se sienten perfectamente bien y no perciben su proximidad, y esto puede ser así durante muchos días.

Puede ser pertinente en este punto preguntarse durante cuánto tiempo uno puede llevar la simiente del contagio antes de que se manifieste de esta forma fatal, y cuánto tiempo puede andar por ahí aparentemente sano, pero siendo contagioso para todos los que se le acerquen. Creo que los médicos más expertos, igual que yo mismo, no pueden dar una respuesta directa a esta pregunta; hay cosas que se les pueden escapar y que un observador corriente puede percibir. La opinión de los médicos extranjeros parece ser que puede estar latente en los espíritus o en los vasos sanguíneos durante un tiempo considerable. ¿Por qué otro motivo impondrían una cuarentena a quienes llegan a sus puertos desde lugares bajo sospecha? Se puede pensar que cuarenta días es un tiempo suficientemente largo para que la naturaleza pueda luchar contra un enemigo tal y derrotarlo o caer vencida. Sin embargo, por mis propias observaciones, no creo que puedan estar infectados de manera que puedan contagiar a otros durante más de quince o dieciséis días como máximo; y por ese motivo, cuando una casa se había cerrado en la ciudad y alguien había muerto de la plaga, pero no parecía que nadie de la familia estuviese enfermo durante los dieciséis o dieciocho días siguientes, no eran tan estrictos y aceptaban que privadamente se fueran; ni tampoco la gente les tenía mucho miedo, más bien pensaban que estarían más fortalecidos al no haber sido vulnerables cuando el enemigo había estado en sus propias casas; mas nosotros hallamos que, algunas veces, el mal había permanecido latente durante un tiempo mayor.

Sobre la base de todas estas observaciones he de decir que, si bien la Providencia pareció disponer que mi conducta fuese distinta, no obstante, mi opinión —que he de manifestar en calidad de prescripción— es que la mejor medicina contra la peste es huir de ella. Sé que las gentes se alientan a sí mismas diciéndose que Dios puede preservarnos en medio del peligro, y abatirnos cuando nos creemos lejos de él; y esto fue lo que hizo que miles de personas permanecieran en la ciudad, gentes cuyas osamentas fueron a parar, a carretadas, a las fosas comunes; y que, de haber huido del peligro, hubieran estado, según creo, libres del desastre; o al menos es probable que se hubieran salvado.

Y si el pueblo acuerda la debida consideración a este factor tan fundamental, en cualquier ocasión de índole idéntica o similar, estoy convencido de que llevaría a las autoridades a tomar medidas completamente distintas para el gobierno del pueblo que

las que tomaron en 1665, o que cualesquiera otras que hayan sido tomadas en el extranjero y de las que oí hablar. En una palabra, pensarían en separar a la gente en grupos más pequeños, alejándolos a tiempo unos de otros y no permitir que una epidemia como ésta, verdaderamente peligrosa para colectividades humanas reunidas, encuentre juntas a un millón de personas, que en aquella ocasión poco faltó para que así fuera, y lo que sería sin duda el caso si alguna vez hiciese su aparición nuevamente.

La peste es como un gran incendio; si en el lugar donde brota hay únicamente unas pocas casas contiguas, sólo puede quemar unas pocas casas; o si comienza en una casa aislada, o como las llamamos, en una casa solitaria, sólo puede quemar esa casa solitaria en la que se origina. Mas si se inicia en una ciudad o villa densamente edificada y consigue tomar cuerpo, allí su voracidad se incrementa; devasta toda la ciudad y consume cuanto se pone a su alcance.

Podría proponer varios esquemas que pueden servir de base al gobierno de esta ciudad, si alguna vez se viera ante el peligro de otro flagelo semejante (Dios no lo permita) para que pueda desembarazarse de la mayoría de las gentes peligrosas que viven en la ciudad; me refiero a los pobres obreros, famélicos y mendicantes, y entre ellos, especialmente a aquellos que en un estado de sitio son llamados bocas inútiles; al desprenderse la ciudad de tales individuos, y al alejarse los ciudadanos acaudalados con sus criados y sus hijos, la ciudad y sus zonas adyacentes se verían evacuadas tan eficazmente que quedaría menos de la décima parte de su población como posible presa de la peste. Mas supongamos que sea una quinta parte, y que salgan doscientas cincuenta mil personas de la ciudad: si la peste las atacase, al vivir diseminadas estarían mucho mejor preparadas para defenderse de la infección y estarían menos expuestas a los efectos de la peste que si la misma cantidad de personas viviese apiñada en una ciudad más pequeña, como por ejemplo, Dublín o Ámsterdam.

Es cierto que cientos, más aún, miles de familias huyeron durante esta última peste, mas muchas de ellas lo hicieron demasiado tarde; y no solamente murieron durante su huida, sino que transportaron con ellas la enfermedad a los lugares a los que fueron, y contagiaron a aquellos entre los que se habían refugiado; lo que trastornó la situación e hizo que el que hubiese podido ser el mejor medio de evitar la epidemia se convirtiese en una causa de la propagación de la peste; y también esto es una evidencia de ello, y me hace regresar al hecho, que sólo había insinuado antes, pero del que he de hablar más detenidamente en este punto, o sea, que los hombres se paseaban aparentemente sanos durante muchos días después de haber entrado la corrupción en sus partes vitales y cuando sus humores estaban tan aprisionados que ya no podían liberarse; y que durante todo el tiempo en que se hallaban en este estado eran un peligro para los demás; digo que esto prueba que ello era así, pues tales gentes inficionaban con la peste las ciudades por las que pasaban y las casas en las

que entraban; fue por ello que casi todas las grandes ciudades de Inglaterra sufrieron la peste, en mayor o menor grado; y en todos los casos decían que tal o cual habitante de Londres había sido quien la llevó hasta ellos.

No debe olvidarse que, al hablar de aquellas personas que eran realmente tan peligrosas, supongo que no tenían ni la más remota noción acerca de su propio estado; porque si hubieran tenido conciencia de cuál era su verdadera condición, hubieran debido ser una especie de asesinos intencionados para salir de la ciudad y mezclarse con gentes sanas (y hubiesen confirmado plenamente las insinuaciones a las que he aludido antes, y que yo consideré falsas: es decir, que las gentes contagiadas eran descuidadas en cuanto al mal que podían causar a los demás, y que eran generalmente propensas a hacerlo; y creo que este factor fue, en parte, el motivo de que la gente pensase de ese modo, aunque confío en que esto no haya sido realmente cierto).

Admito que ningún caso particular es prueba suficiente para definir una conducta general, pero podría nombrar a varias personas, bien conocidas por algunos de sus vecinos y familiares que aún viven, que constituyen ejemplos manifiestos de lo contrario. Un hombre, cabeza de una de las familias de mi vecindario, que había tenido la enfermedad, creyó que la había recibido de un pobre obrero empleado suyo, al que había ido ver a su casa, o a quien había visitado a causa de un trabajo que deseaba que se terminase; y ya mientras estuvo a la puerta de la casa del pobre hombre tuvo ciertas aprensiones, aunque no llegó a descubrirlo del todo; mas al día siguiente, el contagio se evidenció por sí mismo, y se sintió enfermo; entonces, hizo que lo trasladasen inmediatamente a una dependencia que tenía en el patio, en la que había una alcoba encima de un taller (pues el hombre era calderero). Allí yació y allí murió, atendido, no por ninguno de sus vecinos, sino por una enfermera de fuera: y no permitió que su mujer, ni sus hijos, ni sus criados subieran a la habitación para que no se contagiasen —mas les envió su bendición y sus plegarias mediante la enfermera, quien habló con ellos a distancia—; y todo ello por miedo a transmitirles la enfermedad; pues sabía que, de este modo, no podrían contraerla.

En este punto también he de consignar que la peste, tal como creo que sucede con las demás enfermedades, actuaba de maneras distintas sobre personas de constitución diferente; algunas eran abatidas inmediatamente por ella, con violentas fiebres, vómitos, dolores de cabeza insoportables y dolores de espalda, hasta que se volvían rabiosas y enloquecían a causa de tales dolores; otros tenían hinchazones y tumores en el cuello o en la ingle, o en las axilas que, hasta que podían ser abiertos, les causaban padecimientos y torturas insufribles; en tanto que otros, como he mencionado antes, se infectaban lentamente, mientras la fiebre se apoderaba gradualmente de sus espíritus, sin que se percataran de ello, hasta que desfallecían, se desvanecían, y morían sin sentir dolor.

No estoy lo suficientemente capacitado, desde el punto de vista médico, como para tratar de las causas particulares y formas de estos distintos efectos de una misma enfermedad, y de su acción diferente en organismos dispares; tampoco es de mi competencia registrar aquí las observaciones que efectué, puesto que los doctores han estudiado esta cuestión mucho más eficazmente de lo que yo podría hacerlo; y porque mi opinión puede diferir, en algunos puntos, de la de ellos. Sólo relato lo que sé, lo que he oído contar o lo que considero cierto acerca de los casos particulares, y lo que estuvo dentro del ámbito de mis observaciones visuales, y la naturaleza cambiante de la peste tal y como se manifestó en los casos particulares que he referido; mas también puede agregarse lo siguiente: que si bien la primera categoría de aquellos casos, es decir, los atacados de modo visible, era la peor para los propios enfermos en cuanto al dolor que sufrían —me refiero a los que tenían semejantes fiebres, vómitos, cefalalgias, dolores y tumefacciones, porque morían de forma tan horrorosa— los últimos, sin embargo, eran los que padecían el peor estado de la enfermedad; pues los anteriores se recuperaban frecuentemente, en especial cuando las pústulas se abrían; mas los segundos morían inevitablemente; no existía cura ni ayuda posible, lo único que podía sobrevenir era la muerte, de modo irremisible. Y también era la peor para los demás, porque, como dije antes, transmitía la muerte de manera oculta e imperceptible, tanto para ellos como para los demás, aquellos con quienes se reunían, al infiltrarse el agudo veneno dentro de la sangre de una forma imposible de describir ni de imaginar.

Esta forma de contagiar y de ser contagiado, sin que ninguna de las dos personas lo supiese, es un hecho evidente confirmado por dos clases de casos que sucedían con frecuencia en aquellos tiempos; y casi no hay persona viviente que hubiese estado en Londres durante la epidemia de peste que no recuerde varios casos de ambos tipos.

- 1) Padres y madres de familia que iban a todas partes, cual si hubieran estado sanos, creyendo estarlo, hasta que, gradualmente, contagiaban y destruían a sus familias enteras, cosa que jamás habrían hecho si hubieran tenido la más remota sospecha de que estaban enfermos y de que eran un peligro para los demás. Una familia, cuya historia me contaron, se contagió de esta forma por el padre; y la peste comenzó a aparecer en algunos de los miembros de la familia, incluso antes de que él la descubriese sobre sí mismo. Mas al investigar el caso con mayor detenimiento, se vio que había estado contagiado desde hacía cierto tiempo; y tan pronto descubrió que su familia había sido envenenada por él mismo, enloqueció e intentó suicidarse, mas se lo impidieron quienes cuidaban de él; y murió al cabo de unos pocos días.
- 2) El otro caso singular es el de las muchas personas que, habiendo estado sanas, según su leal saber y entender, o según la más detallada observación que podían

hacer de sí mismos durante varios días, sintiendo únicamente una disminución del apetito o una leve indisposición del estómago; más aún, algunas cuyo apetito era intenso y hasta insaciable, y que sólo experimentaban un leve malestar en la cabeza, llamaban a los médicos para saber cuál era la indisposición que los afligía, y descubrían entonces que se hallaban a las puertas de la muerte: las señales afloraban sobre sus cuerpos, o la peste había avanzado hasta llegar a un punto incontenible.

Es muy triste pensar que individuos como el que he mencionado en último lugar habían sido, durante toda una semana, o puede que durante una quincena, mensajeros andantes de la muerte; y cómo habían destruido a aquellos por cuya salvación hubieran dado la vida, exhalando la muerte sobre ellos, tal vez hasta en aquellos momentos en que besaban y abrazaban tiernamente a sus propios hijos. Sin embargo, esto sucedía en verdad con bastante frecuencia, y yo podría dar muchos ejemplos en los que así ocurrió. Cuando el flagelo se abate de ese modo, insensiblemente — cuando la flecha vuela así, invisible, imposible de descubrir—, ¿qué utilidad pueden tener todos los métodos de cierre de las casas o de traslado de las gentes enfermas? Estos métodos solamente se pueden aplicar a los que están enfermos o contagiados de forma visible; mientras que, al mismo tiempo, existen entre ellos miles de personas aparentemente sanas, y que sin embargo llevan continuamente la muerte a todos aquellos con quienes se mezclan.

Esto solía dejar perplejos a nuestros médicos, especialmente a los boticarios y a los cirujanos, quienes no sabían cómo diferenciar a los sanos de los enfermos; todos ellos admitieron este hecho, y el de que muchas gentes llevaban la peste en su misma sangre, y en sus espíritus; y que no eran, en sí mismos, más que carroña ambulante cuya respiración era letal y cuya transpiración era veneno; y cuyo aspecto era, sin embargo, el mismo que el de las demás personas, y ni siquiera ellos mismos lo sabían; digo, que admitieron esto como un hecho cierto, pero que no sabían cómo llegar a evidenciarlo.

Mi amigo el doctor Heath opinaba que esto se podía llegar a saber por el olor de la respiración; mas, como bien decía, ¿quién se atrevería a oler ese aliento para informarse? Pues, para saberlo, uno tendría que aspirar el hedor de la peste dentro de su propio cerebro para poderlo distinguir. He oído decir que otros opinaban que el fenómeno podría reconocerse haciendo espirar a la persona en cuestión sobre un trozo de vidrio sobre el cual, al condensarse el aliento, podían verse a través de un microscopio seres vivientes de formas extrañas, monstruosas y terroríficas, tales como dragones, reptiles, serpientes y demonios horribles de contemplar. Mas pongo en tela de juicio la veracidad de este hecho, y según yo recuerdo, no teníamos en aquellos tiempos microscopios con los que se pudieran hacer tales experimentos.

Otro sabio opinaba que el aliento de una persona enferma envenenaría y mataría

instantáneamente a un pájaro; no sólo a un pájaro pequeño, sino incluso a un gallo o a una gallina; y que, aunque no matase inmediatamente a estos últimos, les produciría garrotillo, que es como lo llaman; concretamente, si ponían huevos en cualquier momento, éstos estarían todos podridos. Pero son opiniones que nunca fueron confirmadas por experimentos, y tampoco supe que otros las hubieran comprobado; así pues, las menciono tal y como las he oído contar, con esta sola observación, a saber, que a mi juicio, tienen muchas probabilidades de ser ciertas.

Hubo quienes propusieron que dichas personas enfermas soplasen fuertemente sobre agua caliente, y decían que dejarían sobre la misma una espuma inhabitual, o sobre varias otras cosas, especialmente tales que fuesen de una sustancia viscosa y aptas para contener espuma y mantenerla.

Mas de todo ello he descubierto que la naturaleza de esta peste fue tal, que era de todo punto imposible descubrirla o evitar por ningún medio humano su propagación de unas personas a otras.

Hubo ciertamente un problema que no he podido resolver hasta la fecha, y al que sólo puede darse respuesta de una única manera, según mi entender, y que es el siguiente: la primera víctima de la peste murió alrededor del 20 de diciembre de 1664, en Long Acre o cerca de ese lugar; de ahí que se dijese que la primera persona contrajo la infección por un bulto de géneros de seda importado de Holanda, que fue abierto por primera vez en dicha casa.

Mas luego, no oímos decir que hubiese muerto ninguna otra persona a causa de la peste, ni que la peste estuviese en dicho lugar, hasta el 9 de febrero, lo que ocurrió unas siete semanas más tarde, cuando fue enterrada otra persona de la misma casa. Luego, la peste se calmó y estuvimos muy tranquilos durante un largo tiempo, pues no se apuntó a nadie más en la lista semanal como muerto a causa de la peste hasta el 22 de abril, que fue cuando enterraron a otros dos, no ya de la misma casa pero sí de la misma calle; y según puedo recordar, procedían de la casa vecina a la primera. Esto sucedió nueve semanas más tarde; y luego, no hubo más muertes durante una quincena; y después la enfermedad brotó en varias calles y se diseminó por todas partes. Ahora bien, la pregunta que parece plantearse es la siguiente: ¿dónde reposaron los gérmenes de la enfermedad durante todo ese tiempo que transcurrió? ¿Por qué la peste se detuvo durante todo ese tiempo, reapareciendo luego? O bien la enfermedad no apareció inmediatamente por contagio de un cuerpo a otro, o bien, si lo hizo, un cuerpo es capaz de permanecer contagiado sin que la enfermedad se evidencie durante muchos días, y aun varias semanas; ni siquiera durante una cuarentena de días solamente, sino una sesentena; no sólo cuarenta días, sino sesenta días o más.

Es cierto que el invierno fue muy frío y hubo una prolongada helada que duró tres meses, como dije al principio y como recuerdan muchos de los que todavía viven; y

eso, según dicen los doctores, puede poner freno a la peste; mas aquí los sabios han de permitirme alegar que, si la enfermedad, según su idea, estaba congelada, habría vuelto cual río congelado a su corriente y caudal normal al deshelarse (siendo así que el principal retroceso de la enfermedad, que se produjo entre febrero y abril, sucedió después de haberse roto el hielo, cuando el tiempo era templado y cálido).

Sin embargo, hay otro medio de resolver esta dificultad, que creo que proporcionarán mis propios recuerdos de lo acaecido; y es que el hecho no está reconocido, o sea, que nadie murió de peste durante esos amplios intervalos, es decir, entre el 20 de diciembre y el 9 de febrero, y desde este día hasta el 22 de abril. Las listas semanales son la única evidencia de tales afirmaciones; y aquellas listas no eran lo suficientemente dignas de crédito, al menos no del mío, como para sustentar una hipótesis o resolver una cuestión de tanta importancia como ésta; ya que en aquellos tiempos opinábamos, y creo que con mucho fundamento, que el fraude era imputable a los funcionarios parroquiales, investigadores y personas encargadas de informar acerca de la cantidad de personas muertas y de las enfermedades que habían sido la causa de su muerte; y como las gentes no deseaban, al principio, que sus vecinos creyesen que sus casas estaban infectadas, daban dinero para conseguir que las personas muertas apareciesen como fallecidas a causa de otras enfermedades, o lo conseguían de alguna otra manera; y tengo conocimiento de que esto se practicó luego en muchos lugares; hasta creo poder decir que en todos los sitios adonde llegó la peste, como se podrá apreciar por la ingente cantidad de personas registradas en las listas semanales bajo conceptos diferentes durante la época de la epidemia. Por ejemplo, en los meses de julio y agosto, cuando la peste estaba llegando a su punto culminante, era corriente encontrar en las listas la cifra de mil a mil doscientos, y hasta casi mil quinientos muertos por semana, atribuidos a otras enfermedades. En realidad, no eran las cifras de dichas enfermedades las que se habían incrementado hasta tal punto, sino que muchas familias y casas, en las que en verdad estaba la peste, consiguieron que sus muertos figurasen como muertos por otras enfermedades, para evitar que sus casas fueran cerradas. Por ejemplo:

Desde el 18 de julio hasta el 25 de julio	942
Desde el 25 de julio hasta el 1 de agosto	1004
Desde el 1 de agosto hasta el 8 de agosto	1213
Desde el 8 de agosto hasta el 15 de agosto	1439
Desde el 15 de agosto hasta el 22 de agosto	1331
Desde el 22 de agosto hasta el 29 de agosto	1394
Desde el 29 de agosto hasta el 5 de septiembre	1264
Desde el 5 de septiembre hasta el 12 de septiembre	1056
Desde el 12 de septiembre hasta el 19 de septiembre	1132
Desde el 19 de septiembre hasta el 26 de septiembre	927

Era indudable que la mayor parte de éstos, o una buena parte de los mismos, había muerto de peste; mas los funcionarios habían sido inducidos a registrarlos como figuran aquí arriba; y las cifras adjudicadas a algunas enfermedades en particular, fueron las siguientes:

	Del 1 al 8 de ag.	Del 8 al 15 de ag.	Del 15 al 22 de ag.	Del 22 al 29 de ag.	Del 29 de ag. al 8 de sep.	Del 5 al 12 de sep.	Del 12 al 19 de sep.	Del 19 al de 26 de sep.
Fiebre	314	353	348	383	364	332	309	268
Tabardillo pintado	174	190	166	165	157	97	101	65
Indigestión	85	87	74	99	68	45	49	36
Dientes	90	113	111	133	138	128	121	112
	663	743	699	780	727	602	580	481

Había algunos otros conceptos que guardaban proporción con los anteriores, y que, como es fácil darse cuenta, se habían incrementado por el mismo motivo, tales como edad avanzada, consunción, vómitos, gripes, etcétera, muchos de los cuales eran, indudablemente, casos de personas apestadas; mas como para las familias era de la máxima importancia que no se supiese que estaban infectadas, si era posible evitarlo, tomaban todas las medidas imaginables para que el hecho no se divulgase; y si alguna persona moría en la casa procuraban que los examinadores y los investigadores informasen de que había muerto a causa de alguna otra enfermedad.

Esto, como digo, explica el largo intervalo que transcurrió entre la muerte de las primeras personas que se inscribieron en las listas como muertas de peste y el momento en que la epidemia se propagó abiertamente y su presencia ya no pudo ser ocultada.

Por otra parte, las mismas listas semanales de aquellos tiempos delatan la verdad de forma inequívoca, puesto que, aún cuando no se hacía mención alguna a la peste, y ningún incremento era aparente después de haber sido mencionada, hubo sin embargo un incremento de aquellas enfermedades que más se parecían a la peste; por ejemplo, hubo ocho, doce, diecisiete casos de tabardillo pintado en una semana, cuando no se citaba ninguno, o muy pocos, de peste; siendo así que, anteriormente, los casos semanales habituales para dicha enfermedad eran de uno, tres o cuatro. De un modo similar, como he apuntado antes, las inhumaciones semanales se incrementaron en especial en dicha parroquia y en las adyacentes más que en ninguna otra, si bien no aparecía ninguna persona anotada como apestada; todo ello nos indica que la peste fue pasando de hombre a hombre, y que la continuidad de la epidemia se mantuvo, aunque entonces nos pareciese que había cesado, y que había reaparecido luego de manera sorprendente.

También pudo haber sucedido que la infección quedase en otras porciones del mismo bulto de mercancías que entró primero, y que quizá no fueron abiertas; o al menos, no del todo; o bien en las ropas de la primera persona contagiada; pues me resisto a creer que un ser humano pueda albergar el contagio de forma fatal y en

grado mortal durante nueve semanas consecutivas, conservando un estado de salud tan normal que no lo descubriese; no obstante, aunque así fuese, este argumento refuerza lo que estoy diciendo; o sea, que la infección es retenida por cuerpos que, aparentemente, se encuentran sanos, siendo transmitida por ellos a las personas con quienes tratan, aun cuando ninguna de ellas lo sepa.

En aquellos tiempos la confusión por este motivo era muy grande, y cuando las gentes comenzaron a convencerse de que el contagio se recibía de esta manera tan sorprendente, de personas en apariencia sanas, comenzaron a mostrarse extremadamente hurañas y precavidas con cualquiera que se les aproximase. Cierta vez, en un día de fiesta, no recuerdo si era sábado, en la iglesia de Aldgate, en un banco lleno de gente, una mujer imaginó haber percibido un mal olor. Inmediatamente supuso que la peste estaba allí, en el banco; y susurró sus sospechas al oído de la persona contigua, se levanto y se marchó. Rápidamente, el rumor fue pasando de boca en boca, hasta el final; y todos, al igual que los fieles de los dos o tres bancos próximos, salieron de la iglesia sin que ninguno de ellos supiera qué los dañaba, ni quién era el causante del daño.

Esto tuvo como consecuencia que todos se llenasen la boca con un preparado u otro, según lo aconsejaban las viejas, alguno prescrito quizás por médicos, a fin de evitar el contagio dimanante de la respiración de los demás; hasta el punto de que, si llegábamos a ir a una iglesia abarrotada de gente nos encontrábamos en la entrada con una mezcla de olores mucho más penetrante, aunque quizá no tan saludable, que la que se podía encontrar en una botica o una droguería. En una palabra, toda la iglesia era como una redoma de olores; en un rincón, todo eran perfumes; en otro, aromáticos, balsámicos y variedad de drogas y hierbas; más allá, sales y extractos, pues cada cual estaba provisto para su propia preservación de lo que creía más eficaz. Sin embargo, he podido comprobar que más tarde, cuando las gentes fueron poseídas por la creencia, o mejor dicho, por el convencimiento de que la infección era transportada por personas aparentemente sanas, las iglesias y casas de congregación se veían mucho menos concurridas que antes. Porque ha de decirse en honor de la población de Londres, que durante toda la época de la pestilencia, nunca se cerraron totalmente las iglesias ni los lugares de congregación, ni el pueblo faltó nunca al culto público del Señor, excepto en algunas parroquias, durante el tiempo en que la violencia de la peste estuvo especialmente orientada hacia ellas, pero aun entonces, sólo faltó mientras dicha situación se mantuvo.

Por cierto, nada hubo tan extraño como ver el valor con que las gentes acudían a los servicios religiosos públicos, aún durante el tiempo en que tenían miedo de salir de sus casas en cualquier otra circunstancia; esto, quiero decir, antes de que llegase la época de la desesperanza que ya he mencionado. Ello es una prueba de la gran densidad de población de la ciudad en aquellos tiempos, a pesar de la enorme

cantidad de gente que había huido al campo tras la primera alarma, y de los que habían escapado a los montes y bosques cuando se sintieron más aterrorizados por el extraordinario auge de la epidemia. Pues fue asombroso ver a las multitudes apiñadas en las iglesias los días de oficio, especialmente en aquellas partes de la ciudad en las que la furia de la peste había remitido, o donde no había llegado todavía a su punto álgido. Mas pronto volveré a hablar de este aspecto. Regreso ahora al tema de las gentes que se contagiaban unas a otras al principio, antes de que el pueblo tomase conciencia de las verdaderas características de la epidemia. La gente sólo rehuía a quienes ya estaban realmente enfermos, a hombres con gorros sobre la cabeza y paños alrededor del cuello, que era el caso de quienes tenían hinchazones en esas partes del cuerpo. Tales individuos inspiraban realmente terror; mas cuando veíamos a un caballero bien vestido, con su banda sobre el pecho y sus guantes en las manos, su sombrero sobre la cabeza y bien peinada la cabellera, no sentíamos el menor recelo; y las gentes se trataron libremente unas a otras durante mucho tiempo, especialmente con sus vecinos y las personas a las que conocían. Mas cuando los médicos nos aseguraron que el peligro podía provenir tanto de los sanos (es decir, de los que estaban aparentemente sanos) como de los enfermos, y que las personas que se creían completamente libres de la enfermedad eran a menudo las más peligrosas; y ello se divulgó tanto que el pueblo tomó conciencia del hecho, y de las razones que lo motivaban, entonces, como digo, comenzaron a recelar de todo el mundo, y muchísimas personas se encerraron y no tuvieron trato con nadie en absoluto, ni permitieron que entrase en sus casas nadie que hubiese estado mezclado con el pueblo, ni que se les acercasen —al menos no hasta una distancia que los pusiese al alcance de su aliento o de cualquier hedor que pudiesen expeler—; y cuando se veían obligados a hablar a distancia con desconocidos, siempre llevaban preservativos en la boca y entre sus vestidos para repeler el contagio y mantenerlo alejado.

Debe admitirse que cuando las gentes empezaron a utilizar estas precauciones estuvieron menos expuestas al peligro, y la peste ya no irrumpía en estas casas con la vehemencia con que lo había hecho anteriormente en otras; y así, se salvaron miles de familias (hablando con la debida reserva frente a los designios de la Divina Providencia) gracias a dichas medidas.

Mas era imposible hacer entrar nada en la cabeza de los pobres, que iban de un lado a otro manifestando su habitual fogosidad de ánimo, gritando y lamentándose cuando estaban poseídos, pero alocadamente descuidados de sí mismos, temerarios y obstinados cuando estaban sanos. Si podían hallar empleo, aceptaban cualquier trabajo, así fuese el más peligroso y el más expuesto al contagio; y si se les preguntaba por qué lo hacían, respondían: «Debo confiar en Dios; si muero, habrá quien se encargue de mí, y habré terminado», y cosas análogas. O bien: «¿Qué voy a hacer? No puedo morirme de hambre. Me da igual tener la peste que perecer de

privación. No tengo trabajo; ¿qué otra cosa podría hacer? Tengo que trabajar o mendigar». Ya fuese enterrando a los muertos, o cuidando de los vivos, o vigilando casas cerradas, que eran todos trabajos terriblemente arriesgados, su actitud era casi siempre la misma. Ciertamente es que la necesidad era suficiente motivo de justificación y que no había nada mejor; mas su manera de hablar era semejante en extremo, mientras que sus necesidades no eran las mismas. Esta conducta temeraria de los pobres fue lo que propagó la peste entre ellos del modo más fulminante; y este hecho, sumado a la situación miserable en que se hallaban cuando enfermaban, fue la causa de que murieran a montones; pues no puedo decir que haya observado ni un ápice más que antes de frugalidad entre ellos —me refiero a los pobres que trabajaban— mientras estuvieron todos sanos y ganando dinero, sino que siguieron siendo tan derrochadores, extravagantes y despreocupados del mañana como siempre lo habían sido; de modo que, cuando caían enfermos, inmediatamente se hallaban en la mayor miseria, tanto por la necesidad como por la enfermedad, tanto por falta de comida como por la falta de salud.

He tenido muchas ocasiones de ser testigo ocular de esta miseria de los pobres; y algunas veces, también de la caritativa ayuda que recibían diariamente de algunas personas piadosas que les enviaban tanto comida y medicamentos como otras ayudas, según sus necesidades; y constituye ciertamente una deuda de reconocimiento a la ecuanimidad del pueblo de aquellos tiempos el consignar aquí que no sólo grandes sumas, muy grandes sumas de dinero, fueron enviadas al Corregidor y a los regidores para la asistencia y sostén de las pobres gentes apestadas, sino que muchos particulares distribuyeron diariamente considerables cantidades de dinero a tal fin, y enviaban a personas para que averiguasen la situación de determinadas familias apestadas y en desgracia, a las que socorrían; más aún, algunas damas caritativas tomaron tan a pecho estas buenas obras, y era tal su confianza en la protección de la Providencia por causa de esta gran obra que realizaban, que iban personalmente a distribuir limosnas entre los pobres, e incluso visitaban a familias, aunque estuviesen enfermas e infectadas, en sus mismas casas, y contrataban enfermeras para que cuidasen de los que requerían atención, y llamaban a boticarios y a cirujanos; a los primeros para que proveyesen las drogas, emplastos y demás cosas que los enfermos necesitaban; y a los segundos, para que cortasen con sus lancetas las hinchazones y tumores y los curasen, donde era necesario; y socorrían a los pobres aliviándolos, y también rezaban por ellos.

No me atrevo a afirmar, como lo hacen algunos, que no sucumbió a la calamidad ninguna de dichas almas caritativas; mas sí puedo decir que no conocí a ninguna de ellas que hubiera muerto de peste, lo que menciono para alentar a otros en caso de desgracia similar; y es indudable que si quienes dan a los pobres, dan al Señor, y Él les reembolsará, aquellos que arriesgan sus vidas para dar a los pobres, y para

confortarlos y socorrerlos en una desgracia semejante, pueden confiar en recibir protección en sus obras. No puedo abandonar este tema sin antes decir que esta caridad fue tan notoria no sólo en unos pocos, sino que la caridad de los ricos, tanto en la ciudad como en los suburbios y en el campo, fue tan grande que, en una palabra, dicha caridad salvó y sostuvo a muchísimas personas que de otro modo habrían perecido inevitablemente de hambre y de peste; y si bien nunca llegué a conocer con exactitud —y no creo que nadie lo haya conseguido tampoco— la magnitud de tales contribuciones, creo no obstante, según oí decir a un hombre que estudió detenidamente esta cuestión, que no fueron miles de libras, sino centenares de miles de libras las que se donaron para el socorro de los pobres de esta desgraciada y angustiada ciudad; es más, un hombre me aseguró que él podría sumar más de cien mil libras por semana; las que fueron distribuidas por los ministriles en las sacristías parroquiales, por el corregidor y los regidores en los distintos barrios y distritos, y por órdenes especiales de la Corte y de los jueces en las zonas en que éstos residían, sin contar con la ayuda privada distribuida por manos caritativas de la manera que he relatado; y esto continuó así durante muchas semanas consecutivas.

Reconozco que es una suma de dinero muy elevada; pero si es cierto que sólo en la parroquia de Cripplegate se distribuyeron 17 800 libras en una semana para ayuda de los pobres, como he oído decir, lo que, sinceramente, creo que fue cierto, lo anterior no puede dejar de ser verosímil.

Entre las numerosas y memorables buenas providencias que auxiliaron a esta gran ciudad, y entre las que habría aún muchas otras dignas de mención, es indudable que debe consignarse el hecho de que pluguiese a Dios conmover los corazones de las gentes en todos los lugares del reino para que contribuyesen al auxilio y sostén de los pobres de Londres, hecho cuyas buenas consecuencias se hicieron sentir de muchas maneras, especialmente preservando la vida y devolviendo la salud a tantos miles de ellos; y evitando que muchos miles de familias pereciesen y muriesen de hambre.

Y ahora que estoy hablando de la misericordiosa disposición de la Providencia en aquel tiempo calamitoso, no puedo menos que referirme una vez más, aunque ya lo he mencionado varias veces por otras razones, al progreso de la epidemia; de cómo se inició en uno de los extremos de la ciudad, y avanzó lenta y gradualmente de un lugar a otro, como una negra nube que pasa sobre nuestras cabezas y que, a medida que enturbia y oscurece el aire en un extremo, clarea en el opuesto; así, mientras la peste avanzaba furiosa de oeste a este, a medida que se incrementaba en el este, decrecía en el oeste; gracias a ello, aquellas partes de la ciudad que no habían sido alcanzadas todavía, o aquellas que ya habían sido abandonadas por el azote, en las que éste había consumido su violencia, fueron eximidas para que pudieran auxiliar a las demás; si, por el contrario, la peste se hubiese propagado simultáneamente a toda la ciudad y a los suburbios, haciendo iguales estragos en todas partes —como lo ha hecho en

ocasiones posteriores en algunos lugares del extranjero—, toda la población se hubiese visto aniquilada, y habrían muerto veinte mil almas por día, como dicen que sucedió en Nápoles; y las gentes no se habrían podido auxiliar mutuamente.

Porque debe observarse que en los lugares en los que la peste alcanzaba su punto culminante, la población estaba en una situación verdaderamente desastrosa y sumida en una indecible consternación. Mas poco antes de que la peste llegase al lugar, o luego, cuando ya había pasado, las gentes se tornaban completamente distintas; y no puedo menos que admitir que en aquellos tiempos existía entre nosotros, en gran medida, ese ánimo propio del género humano, es decir, el de olvidar que hemos sido salvados una vez que el peligro ha pasado. Mas volveré a hablar nuevamente sobre este tema.

No debo olvidar en este punto el hacer algunas observaciones acerca del comercio durante la época de esta calamidad pública, tanto en lo que respecta al comercio exterior como a nuestro comercio interior.

En cuanto al comercio exterior, es poco lo que ha de decirse. Todas las naciones comerciantes de Europa tenían miedo de nosotros; ningún puerto de Francia, Holanda, España o Italia hubiera admitido nuestros barcos ni mantenido correspondencia con nosotros; por cierto que estábamos en malas relaciones con los holandeses, y estábamos embarcados en una cruenta guerra con ellos, aunque nos hallábamos en malas condiciones para luchar fuera, teniendo enemigos tan atroces en casa.

En consecuencia, nuestros mercaderes estaban totalmente inactivos; sus barcos no podían ir a ningún sitio; es decir, a ningún sitio del extranjero; sus manufacturas y mercancías —o sea, nuestros productos eran rechazados por los demás países—. Estaban tan aterrorizados ante nuestras mercancías como ante nuestros hombres; y, por cierto, que tenían motivo para ello, porque nuestras manufacturas de lana eran tan retentivas de la infección como el cuerpo humano, y si eran embaladas por personas apestadas, habrían albergado la peste; y el contacto con ellas hubiese pasado a ser tan peligroso como tocar a un hombre infectado; por ello, cuando algún buque inglés llegaba a un país extranjero, si bajaban las mercancías a tierra, siempre hacían abrir y orear los fardos en un lugar destinado ex profeso para ello. Mas si el barco procedía de Londres, no permitían su entrada en puerto; y menos aún, que descargase sus mercancías bajo ningún concepto; y esta severa medida fue aplicada especialmente en España y en Italia. En Turquía y en las islas del Archipiélago, que es como se las llama, tanto las pertenecientes a los turcos como las pertenecientes a los venecianos, allí no eran tan estrictos. Al principio no hubo ninguna obstrucción en absoluto, y cuatro buques que estaban entonces anclados en el río estibando para Italia —o sea, para Liorna y Nápoles—, al haberseles rehusado el producto, como suele decirse, siguieron hasta Turquía, y fueron admitidos libremente para que descargaran sus

mercancías sin ninguna dificultad; sólo que cuando llegaron allí, parte del cargamento no era apto para la venta en aquel país; y como otras mercancías estaban consignadas a mercaderes de Liorna, los capitanes de los barcos no tenían derecho ni órdenes pertinentes para disponer de ellas; de modo que los mercaderes sufrieron muchas molestias. Mas esto no fue sino lo que exigía la necesidad de la situación, y habiendo recibido notificación del hecho los mercaderes de Liorna y de Nápoles, enviaron desde allí a buscar la mercancía que estaba especialmente consignada a aquellos puertos, e hicieron traer de vuelta, en otros barcos, los productos inadecuados para los mercados de Esmirna y Alejandreta.

Las dificultades fueron todavía mayores en España y en Portugal, pues allí no permitieron por ningún concepto que nuestros barcos, especialmente los procedentes de Londres, entrasen en ninguno de sus puertos, ni muchísimo menos que descargasen la mercancía. Se informó que uno de nuestros barcos había descargado su mercancía clandestinamente, entre la que había fardos de tela inglesa, algodón, paño buriel, y productos similares; los españoles hicieron quemar toda la mercancía, y castigaron con la pena de muerte a las personas responsables de su traslado a tierra. Creo que esto fue cierto en parte, aunque no puedo afirmarlo con seguridad, aunque no es improbable en absoluto, puesto que el peligro era verdaderamente muy grande al ser tan violenta la epidemia en Londres.

También he oído decir que la peste fue llevada a aquellos países por algunos de nuestros barcos, especialmente al puerto de Faro, en el Reino del Algarve, perteneciente al rey de Portugal; y que varias personas murieron allí por esa causa; mas este dato no ha sido confirmado.

Por otra parte, pese a la esquividad de los españoles y portugueses, es cierto, sin lugar a dudas, que la peste (como ya se ha dicho) se mantuvo al principio fundamentalmente en el extremo de la ciudad más próximo a Westminster, y que la zona mercantil de la villa (o sea, la ciudad y la zona próxima al agua) estuvo completamente sana por lo menos hasta comienzos de julio, y los barcos del río, hasta principios de agosto, ya que hasta el primero de julio sólo habían muerto siete personas dentro de la ciudad misma, y sólo sesenta en los Liberties, y nada más que una en todas las parroquias de Stepney, Aldgate y Whitechapel; y solamente dos en las ocho parroquias de Southwark. Mas esto no se tomaba en consideración en el extranjero, pues se había difundido la mala noticia de que la ciudad de Londres estaba infectada de peste; y no se preguntaban cómo avanzaba la infección, ni en qué parte de la ciudad había estallado, ni hasta dónde se había extendido.

Además, una vez que la peste comenzó a propagarse, se incrementó tan rápidamente, y las listas de mortalidad aumentaron de un modo tan repentino, que era inútil tratar de disimular el informe que de ella se hacía, o intentar hacer creer a la gente en el extranjero que la situación era menos desastrosa de lo que en realidad era;

las cifras de las listas de mortalidad eran una prueba más que suficiente, y el que murieran de dos mil a tres o cuatro mil personas por semana, bastaba para alarmar a todos los países comerciantes del mundo; y los tiempos que siguieron fueron tan horribles en la ciudad misma, que pusieron a todo el mundo en guardia contra la peste.

También podéis estar seguros de que las noticias difundidas sobre estas cosas nada perdieron durante su transporte. La peste ya fue por sí misma terrible, y muy grande la miseria del pueblo, como habréis podido colegir de lo que he dicho. Pero el rumor fue infinitamente mayor, y no es de extrañar que nuestros amigos extranjeros (en especial, tal como habían oído decir allí los corresponsales de mi hermano, o sea, en Portugal y en Italia, principales países con los que comerciaba) dijese que en Londres morían veinte mil personas por semana; que los cadáveres yacían insepultos a montones; que los vivos eran incapaces de enterrar a los muertos, ni los sanos de cuidar de los enfermos; que todo el reino estaba infectado por igual, de forma que era una enfermedad tan general que jamás se había visto cosa semejante en esta parte del mundo; y les costó trabajo creernos cuando les informamos acerca de cómo habían transcurrido las cosas en la realidad, y de que no murió más que una décima parte de la población, que hubo quinientas mil personas que permanecieron en la ciudad durante todo el tiempo de la epidemia; que ahora las gentes comenzaban a caminar otra vez por las calles, y que los que habían huido volvían; y que no se notaba que en las calles la muchedumbre fuese menor que habitualmente, salvo que cada cual echaba de menos a algún pariente o vecino, etcétera. Digo que no podían creer todas estas cosas; y si ahora preguntaseis al respecto en Nápoles, o en otras ciudades de la costa de Italia, os dirían que hubo hace muchos años una infección horrorosa en Londres, durante la cual murieron veinte mil personas por semana, etc., del mismo modo en que a nosotros, en Londres, nos dijeron que había habido una epidemia de peste en Nápoles en el año 1656, en la que morían veinte mil personas por día, de lo cual tengo pruebas fehacientes de que es totalmente falso.

Pero estas noticias extravagantes eran altamente perjudiciales para nuestro comercio, así como falsas e injuriosas en sí mismas, ya que transcurrió mucho tiempo desde la desaparición de la peste hasta el momento en que nuestro comercio pudo rehacerse en aquellas regiones del mundo; y los flamencos y los holandeses (más especialmente estos últimos) sacaron mucho provecho de ello, teniendo el mercado entero para ellos solos, e incluso comprando nuestros productos en diversas partes de Inglaterra en las que no había peste y llevándolos a Holanda y a Flandes, desde donde los volvían a transportar a España y a Italia como si fuesen productos suyos.

Mas algunas veces fueron descubiertos y castigados; es decir, sus mercancías fueron confiscadas, y también sus barcos; pues si era cierto que nuestros productos estaban infectados al igual que nuestro pueblo, y que era peligroso tocar los bultos o

abrirlos y recibir su olor, esas gentes, con dicho comercio clandestino, no sólo corrían el peligro de llevar la peste a su propio país, sino que también podían contagiar a las naciones a las que llevaban dichas mercancías, lo cual, teniendo en cuenta el número de vidas que tal proceder puede destruir, debería ser un comercio en el que ningún hombre honrado podría permitirse participar.

No afirmo que aquellas gentes hubieran producido daño alguno, me refiero a esta clase de daño. Mas dudo en expresarme con las mismas reservas al referirme a nuestro propio país; porque tanto por medio de nuestra gente de Londres, como mediante el comercio que hacía necesario tratar con toda clase de gentes en cada región y en cada ciudad importante, por dichos medios, como digo, la peste llegó, tarde o temprano, a todos los rincones del reino, tanto a Londres como a todas las ciudades y villas importantes, especialmente las ciudades comerciantes e industriales y los puertos marítimos; de modo que, tarde o temprano, todos los lugares importantes de Inglaterra fueron visitados por la peste, y en algunos sitios el reino de Irlanda, aunque no de forma tan general. En cuanto a lo que sucedió en Escocia, no he tenido la oportunidad de averiguarlo.

Es digno de mención el hecho de que, mientras la peste hacía estragos en Londres, los puertos exteriores, como se les llama, se beneficiaron con un comercio muy considerable, especialmente el dirigido hacia los países próximos y hacia nuestras propias colonias. Por ejemplo, las ciudades de Colchester, Yarmouth y Hull, de un lado de Inglaterra, exportaban a Holanda y a Hamburgo los productos de las regiones adyacentes, hasta varios meses después de haberse paralizado totalmente el comercio con Londres; de manera análoga, las ciudades de Bristol y Exeter, con el puerto de Plymouth, tuvieron las mismas ventajas orientadas hacia España, las Islas Canarias, Guinea y las Indias Occidentales; y especialmente hacia Irlanda; mas como la peste, después de haber llegado en Londres a su punto culminante en agosto y septiembre, se propagó en todas direcciones, llegó, antes o después, a todas o a casi todas aquellas ciudades y villas; entonces, el comercio se paralizó completamente — como tendré ocasión de detallar cuando hable de nuestro comercio interior—.

Sin embargo, ha de observarse una circunstancia: en cuanto a los navíos entrantes procedentes del extranjero (podéis estar seguros de que fueron muchos los que llegaron), unos, que habían estado fuera en diversas regiones del globo durante mucho tiempo, otros, que al zarpar no sabían nada de la peste, o al menos, no sabían que era tan terrible, todos estos barcos, como digo, subieron alegremente por el río y descargaron sus mercancías tal y como estaban obligados a hacerlo, con excepción de los meses de agosto y septiembre, cuando la peste radicaba principalmente debajo del puente, y nadie se atrevió a ocuparse en negocios durante cierto tiempo. Pero como esta situación se mantuvo sólo durante unas pocas semanas, los barcos que estaban de regreso, especialmente aquellos cuyo cargamento no era de tipo perecedero, anclaron

durante cierto tiempo en la Laguna,^[11] o tramo de agua fresca del río, incluso aguas abajo hasta el río Medway, en el que entraron varios de ellos; y otros anclaron en el Note, y en el Hope, antes de Gravesend. De modo que, para finales de octubre, había reunida una flota tan grande de navíos de regreso como no se vio nada comparable durante muchos años.

Hubo dos clases particulares de comercio que se realizaron por agua durante todo el tiempo que duró la epidemia, con poca o ninguna interrupción, para beneficio y confort de las pobres y angustiadas gentes de la ciudad: el comercio de cabotaje de grano y el comercio de carbones de Newcastle.

El primero de ellos era llevado a cabo principalmente por barcos pequeños desde el puerto de Hull y otros lugares situados sobre el Humber, gracias a lo cual se trajeron grandes cantidades de grano desde Yorkshire y Lincolnshire. La otra parte de este comercio de cereales provenía de Lynn, en Norfolk, de Wells y Burnham, y de Yarmouth, todos en el mismo condado; la tercera rama procedía del río Medway, de Milton, Ferveham, Margate y Sandwich, así como de todos los demás sitios y puertos pequeños que rodean la costa de Kent y de Essex.

También existía un movimiento mercantil considerable desde la costa de Suffolk, con grano, mantequilla y queso; estos barcos mantenían una actividad constante y subían ininterrumpidamente hasta el mercado que todavía se conoce con el nombre de Bear Key, donde abastecían a la ciudad con grano abundante, cuando el transporte terrestre comenzó a decaer, y cuando la gente de muchos lugares del campo empezó a cansarse de acudir a la ciudad.

También esto se debió, en gran medida, a la prudencia y a la gestión del corregidor, quien puso tal cuidado en conseguir que los patrones y marineros estuviesen fuera de peligro cuando venían, haciendo que su grano fuese adquirido cuando faltasen compradores (lo que, sin embargo, sucedió pocas veces), y haciendo que los factores de cereales descargasen y liberasen inmediatamente los barcos cargados con grano, que muy rara vez tuvieron ocasión de bajar a tierra, pues siempre se les subía el dinero a bordo, habiéndolo puesto previamente en un cubo que contenía vinagre para evitar el contagio.

El segundo comercio era el de carbones, que se efectuaba desde Newcastle-upon-Tyne, y sin el cual la ciudad hubiese sufrido grandes penurias; porque en ese entonces se quemaban enormes cantidades de carbón, no sólo en las calles, sino en las casas y moradas de familias particulares, incluso durante todo el verano y cuando el tiempo era más caluroso; lo que se realizaba por consejo de los médicos. Cierto es que algunos se oponían a esta práctica y decían que mantener calientes las casas y las habitaciones era una forma de propagar la enfermedad, que ya era, de por sí, una fermentación y una fuente de calor en la sangre; que se sabía de ella que se propagaba y se incrementaba en tiempo caluroso y que menguaba cuando hacía frío; por ello,

alegaban que todas las enfermedades contagiosas se tornan peores con el calor, debido a que el contagio se alimenta y gana fuerzas en tiempo caluroso y se propaga —como efectivamente sucedía— en tiempo caluroso.

Otros reconocían que, efectivamente, el clima caluroso puede propagar la peste, pues el tiempo bochornoso y cálido llena el aire con bichos y alimenta a innumerables cantidades de seres ponzoñosos que se multiplican en nuestros alimentos, en las plantas, y hasta en nuestros cuerpos, y cuya fetidez puede ser suficiente para propagar la pestilencia; también, que el calor contenido en el aire, o calor del tiempo, como lo llamamos comúnmente, causa la languidez y el desfallecimiento de los cuerpos, agota los espíritus, abre los poros y nos transforma en fácil presa del contagio, o de cualquier influencia satánica, sea de vapores nocivos y pestilentes o de cualquier otra sustancia transportada por el aire; pero que el calor del fuego, y señaladamente, el del fuego de carbón encendido en nuestros hogares, o cerca de nosotros, ejercía un efecto completamente opuesto; porque ese fuego no era de la misma clase, sino rápido e impetuoso, que no tiende a alimentar, sino a consumir y a disipar todos aquellos vapores nocivos que la otra clase de calor, en vez de separar y quemar, más bien exhala y estanca. Además, se alegaba que las partículas sulfurosas y nitrosas que frecuentemente se hallan en el carbón, junto con la sustancia bituminosa que arde, contribuyen a limpiar y a purgar el aire y a hacerlo sano y seguro de respirar después de que las partículas nocivas han sido dispersadas y quemadas.

Esta última opinión prevalecía en aquellos tiempos, y he de reconocer que había buenos motivos para ello; la experiencia de los ciudadanos confirmó esta creencia, ya que hubo muchas casas que mantuvieron constantemente fuegos encendidos en las habitaciones y que nunca fueron infectadas en absoluto; y he de añadir a ello mi propia experiencia, puesto que he verificado que mantener encendidos buenos fuegos conservaba nuestras habitaciones fragantes y saludables; y creo firmemente que eso ayudó a toda nuestra familia a permanecer sana, más de lo que lo habría estado de otro modo.

Mas vuelvo al carbón como objeto de comercio. Hubo no pocas dificultades para conseguir mantener este comercio en marcha, principalmente porque en aquellos tiempos estábamos en plena guerra con los holandeses, y al principio los corsarios holandeses capturaron a muchos de nuestros barcos carboneros, lo que hizo que el resto fuese más precavido y que esperasen hasta unirse para navegar juntos formando flotas. Mas después de cierto tiempo, los corsarios tuvieron miedo de atacarlos, o bien fueron sus amos, los Estados, quienes tuvieron miedo de que lo hiciesen y se lo prohibieron, no fuese que llevasen la peste; esto hizo que lo pasaran mucho mejor.

Para seguridad de aquellos comerciantes del norte, el corregidor ordenó que no entrase en la Laguna más que una cierta cantidad de barcos carboneros al mismo

tiempo, y ordenó que las barcazas y otras embarcaciones pequeñas provistas por los tratantes en maderas (o sea, tenedores de muelles y vendedores de carbón), bajasen por el río hasta Deptford y Greenwich, y aún un poco más abajo, y transbordasen el carbón.

Otros descargaban grandes cantidades de carbón en sitios especiales donde los barcos podían acostar, como por ejemplo, en Greenwich, Blackwall y otros lugares, dejando formadas enormes pilas como si fuesen a conservarse para la venta; mas era recogido luego, una vez que los barcos que lo habían traído se hallaban lejos, de modo que los marinos no tenían comunicación con los hombres del río, y ni siquiera se les acercaban.

No obstante, todas estas precauciones no pudieron impedir que la peste llegase hasta los carboneros, es decir, a los barcos, por lo que muchos marinos murieron de ella; y lo que fue aún peor, es que la llevaron con ellos hasta Ipswich y Yarmouth, hasta Newcastle-upon-Tyne y otros lugares costeros en los que, particularmente en Newcastle y en Sunderland, causó la muerte de muchas personas.

El hecho de que se hicieran tantos fuegos, como dije, requería ciertamente una enorme cantidad de carbón; y cuando se produjeron una o dos interrupciones en la llegada de los barcos, no recuerdo si a causa del mal tiempo o de alguna interceptación por parte de los enemigos, el precio del carbón subió excesivamente, hasta cuatro libras el *chalder*,^[12] pero pronto disminuyó cuando los barcos volvieron a entrar; y como luego tuvieron mayor libertad de paso, el precio se mantuvo muy razonable durante todo el resto de aquel año.

Los fuegos públicos que se encendieron en aquellas ocasiones, según he calculado, habrían costado necesariamente a la ciudad unos doscientos *chalders* de carbón por semana si se hubiesen mantenido, lo que, por cierto, era una cantidad muy elevada; mas como se creyó necesario hacerlo, no se escatimaron medios. Sin embargo, como algunos de los médicos se opusieron a esta práctica, no se mantuvieron encendidos durante más de cuatro o cinco días. Los fuegos estaban dispuestos de la siguiente manera:

Uno ardía en el edificio de Aduanas, uno en Billingsgate, uno en Queenhith y uno en Three Cranes; uno en Blackfriars y uno en la puerta de Bridewell; uno en la esquina de Leadenbal Street y Gracechurch; uno en la puerta norte y otro en la puerta sur de la Real Bolsa de Comercio; uno en la Casa Consistorial y uno a la puerta de Blackwell Hall; uno a la puerta de la sede del corregidor en St. Helen, uno en la entrada este de St. Paul y uno a la entrada de la iglesia de Bow. No recuerdo si los había a las puertas de la ciudad, mas sí recuerdo que había uno al pie del puente al lado de la iglesia de St. Magnus.

Sé que luego hubo quienes combatieron el sistema y dijeron que, por causa de dichos fuegos había muerto un mayor número de personas; mas estoy convencido de

que los que tal cosa afirman no presentan prueba alguna que lo demuestre, ni yo puedo creerlo en modo alguno.

Resta por retratar la situación del comercio interior en Inglaterra durante esta época espantosa, especialmente en lo referente a las manufacturas y al comercio en la ciudad. Cuando la peste hizo su aparición el pueblo se asustó mucho, como es fácil de suponer, y se produjo una paralización general de todas las actividades excepto en el ramo de víveres y efectos imprescindibles para la subsistencia; pero incluso en este ramo, como había gran cantidad de personas que habían escapado de la ciudad y muchos que estaban enfermos, además de los que murieron, el consumo de víveres en la ciudad no superaba las dos terceras partes de la cantidad habitual, si es que puede decirse que sobrepasaba la mitad.

Dios dispuso que tuviéramos un año de abundancia en cereales y frutas, mas no en forraje ni pastos, por lo que el pan era barato gracias a la abundancia de grano. La carne era barata, debido a la falta de pastos; pero por el contrario, la mantequilla y los quesos eran caros, y por la misma razón; y el forraje se vendía en el mercado situado detrás de Whitechapel Bars a cuatro libras la carga. Pero esto no afectaba a los pobres. Había una enorme abundancia de toda clase de frutas, tales como manzanas, peras, ciruelas, cerezas, uvas, que eran aún más baratas debido a la escasez de gente; mas ello fue la causa de que los pobres las comieran en exceso, lo que les produjo diarreas, cólicos intestinales, indigestiones, etcétera, lo que frecuentemente contribuía a que contrajesen la peste.

Pero vuelvo a la cuestión del comercio. En primer lugar, al estar interrumpidas las exportaciones, o al menos verse muy dificultadas, se produjo lógicamente un paro general de las manufacturas que habitualmente se traían para ser exportadas; y si bien algunas veces los mercaderes extranjeros insistían en solicitar mercancías, era poco lo que se enviaba, ya que la navegación estaba vigilada de una manera tan general, que los barcos ingleses no eran admitidos, como ya dije, en ninguno de los puertos extranjeros.

Esto paralizó la fabricación de productos destinados a la exportación en casi toda Inglaterra, salvo en algunos puertos exteriores; e incluso allí se paralizó pronto toda actividad, ya que todos ellos padecieron la peste más tarde. Pero aunque esto se dejó sentir en toda Inglaterra, hubo algo que fue aún peor: todo intercambio comercial del consumo interno de productos, especialmente los que solían circular a través de las manos de los londinenses, cesó inmediatamente, al estar paralizado el comercio en la ciudad.

Todos los artesanos de la ciudad, mercaderes y mecánicos, estaban, como he dicho antes, sin trabajo; eso originó el despido de innumerables jornaleros y obreros de todas clases, pues en tales actividades no se hacía más que lo absolutamente indispensable.

Esto fue la causa de que multitud de personas solas en Londres quedasen en la indigencia, así como aquellas familias cuya subsistencia dependía del trabajo del cabeza de familia; esto, como digo, los sumió en la mayor miseria; y debo reconocer, en honor de la población de la ciudad de Londres, honor que perdurará durante muchas generaciones, mientras estos hechos sean recordados, que supieron proveer, con su caritativa ayuda, a las necesidades de tantos miles de pobres que estaban en la miseria y que habían caído enfermos; de modo que bien se puede afirmar con toda certeza que nadie pereció de privación, al menos nadie de cuya situación los magistrados tuviesen noticia.

Este estancamiento de nuestro comercio de productos manufacturados en el resto del país hubiese creado dificultades mucho mayores a la población, si no hubiese sido porque los patronos, pañeros y demás comerciantes continuaron fabricando sus productos, hasta el límite de sus reservas y de sus fuerzas, para seguir dando trabajo a los pobres, y en la creencia de que, cuando la enfermedad remitiese, habría una gran demanda, que estaría en proporción con el decaimiento de su negocio en aquella época. Mas como los únicos que podían hacer esto eran los patronos ricos, y había muchos que eran pobres e incapaces de sostenerse, la industria inglesa sufrió un duro golpe, y los pobres de todas las regiones de Inglaterra sufrieron penurias sólo a causa de la calamidad que se había abatido sobre la ciudad de Londres.

Bien es verdad que el año siguiente trajo consigo una compensación total mediante otra terrible calamidad que sufrió la ciudad, de forma que ésta empobreció y debilitó al país con una calamidad, y mediante otra distinta, igualmente terrible en su género, enriqueció al país y lo resarcó; pues en el año que siguió a esta terrible epidemia, el incendio de Londres consumió una incalculable cantidad de mobiliario y de bártulos, ropas y vestidos y otros enseres, además de arrasar los almacenes completos llenos de mercancías y manufacturas procedentes de todos los rincones de Inglaterra. Fue increíble la actividad mercantil que esto generó en todo el reino, para satisfacer las necesidades del consumo y reponer dichas pérdidas; así pues, en una palabra, todas las manos útiles de la nación fueron puestas a trabajar; y durante varios años fueron insuficientes para abastecer los mercados y responder a la demanda. También los mercados extranjeros estaban carentes de nuestros productos debido a la paralización del comercio originada por la peste y que duró hasta que se permitió reiniciar nuevamente el libre comercio; y al producirse simultáneamente la prodigiosa demanda interna, se contribuyó a dar rápida salida a todo tipo de productos; de modo que jamás se conoció actividad tan intensa en toda Inglaterra como durante los siete años que siguieron a la peste y al incendio de Londres.

Me resta decir algunas palabras acerca del aspecto clemente de este terrible castigo. Durante la última semana de septiembre, la peste había alcanzado su punto crítico, y comenzó a remitir. Recuerdo que mi amigo el doctor Heath, que había

venido a visitarme la semana anterior, dijo que la violencia de la peste se mitigaría al cabo de unos pocos días; mas cuando vi la lista semanal de aquella semana, cuya cifra fue la más elevada de todo el año, al registrar 8297 muertos de todas las enfermedades, lo contradije y le pregunté por qué motivos pensaba que la enfermedad remitiría. Sin embargo, su respuesta no era una hipótesis, como ya había supuesto. «Veréis», dijo, «según la cantidad de gente que está actualmente enferma y apestada, hubiera debido haber veinte mil muertos la semana pasada en lugar de ocho mil, si el inveterado contagio mortal hubiese sido igual al que existía dos semanas antes; pues entonces, mataba generalmente en dos o tres días; y ahora lo hace en ocho o diez días; y hace dos semanas, no se recuperaba más de la quinta parte de los enfermos, mientras que he observado que ahora, la proporción de los que perecen no sube de dos quintos. Y tomad nota de lo que os digo: la lista siguiente será mejor, y veréis que se recobra mucha más gente que antes; porque si bien hay ahora muchísimos contagiados por todas partes, y son otros tantos los que enferman diariamente, no morirán tantos como hasta ahora, pues la malignidad de la epidemia ha mermado»; agregó que abrigaba la esperanza, es más, creía, que la enfermedad había pasado su punto crítico y que se estaba desvaneciendo; y sucedió tal y como él lo había dicho, pues la lista siguiente, la última de septiembre, registró casi dos mil muertos menos.

Ciertamente, la peste seguía haciendo estragos espantosos, y la lista de la semana siguiente registró 6460 muertos, y una semana después, 5720, pero la observación de mi amigo era exacta; y, al parecer, la gente se recuperaba más rápidamente y en mayor cantidad que antes; y en verdad, si así no hubiese sido, ¿cuál habría llegado a ser la situación de la villa de Londres? Pues, según mi amigo, había en aquel entonces unas 60 000 personas contagiadas, de las que 20 477 murieron, y casi 40 000 se recuperaron; mientras que si la mortandad anterior se hubiera mantenido, probablemente hubieran muerto 50 000 personas, o más; y hubieran enfermado otras 50 000; pues, en una palabra, toda la masa de la población comenzaba a enfermar; y parecía como si nadie fuese a escapar.

Mas esta observación de mi amigo se confirmó plenamente algunas semanas más tarde, pues la disminución continuó; y en una semana de octubre la cifra de muertos disminuyó en 1843 personas, de modo que el número de muertos de peste era sólo de 2665; y durante la semana siguiente, se redujo en otras 1143 personas; y sin embargo, se veía claramente que había muchísimas personas enfermas, muchas más que de ordinario; y cada día caían enfermas muchas personas, pero (como ya se ha dicho) la malignidad de la epidemia había menguado.

El carácter precipitado de nuestro pueblo es tal (no es de mi incumbencia el averiguar si es igual en todo el mundo, mas así lo he observado aquí señaladamente), que, así como ante la primera alarma de infección se apartaron unos de otros y huyeron de las casas ajenas y de la ciudad poseídos de un terror inenarrable y, según

pude apreciar, innecesario, así ahora, al difundirse la noticia de que la peste ya no era tan violenta como antes y que, si se contraía, ya no era necesariamente mortal, y al ver todos los días que muchísimas personas enfermaban realmente y se recobraban luego, adquirieron un valor tan temerario y se volvieron tan descuidados de sí mismos y del peligro de contagio, que tenían a la peste en menos que a una fiebre corriente. No sólo se reunían alegremente con quienes tenían tumores y carbuncos que estaban supurando, y que por consiguiente, eran contagiosos, sino que hasta comían y bebían con ellos, y hasta iban a sus casas para visitarlos, y aún entraban en las mismísimas alcobas en las que yacían enfermos.

Según mi punto de vista esto era irracional. Mi amigo el doctor Heath reconocía que la enfermedad era tan contagiosa como siempre y que no se había reducido el número de los que enfermaban, sólo que muchos de ellos ya no morían. Pero yo creo que mientras muriesen muchos, y la enfermedad misma fuese tan terrible, y las llagas y tumefacciones tan dolorosas, y el peligro de muerte no estuviese excluido de las características de la enfermedad, aunque no fuese tan frecuente como antes, todas estas cosas, junto con la pesadez de la cura y la índole repugnante de la enfermedad, así como muchas otras consideraciones, debían de ser suficientes como para disuadir a todo ser viviente de mezclarse con las gentes enfermas, y para hacerles desear ser preservados del contagio con la misma ansiedad que antes.

Más aún, había otro factor que hacía que fuese aterrador el contraer la enfermedad, y era el ardor atroz que producían los cáusticos aplicados por los cirujanos sobre las tumefacciones para hacer que se abriesen y supurasen, sin lo cual el peligro de muerte era muy grande, incluso durante la fase final de la epidemia. Igualmente, el tormento inaguantable de las hinchazones que, si bien podía no llegar a enfurecer y enloquecer a las gentes como lo había hecho antes, y acerca de lo cual he relatado ya varios casos, sometían sin embargo al paciente a una tortura indecible; y los que tuvieron la peste, aunque escaparon con vida, se quejaron amargamente acusando a quienes les habían dicho que ya no existía peligro; y se arrepintieron tristemente de su temeridad y de su precipitación en haberse puesto al alcance del mal.

Tampoco terminó aquí esta irreflexiva conducta de las gentes, y muchos de los que habían abandonado sus precauciones padecieron la peste aún más duramente; y aunque muchos escaparon con vida, no pocos murieron; y, por último, esta conducta tuvo otra consecuencia desgraciada, pues hizo que la disminución del número de inhumaciones fuese mucho más lenta de lo que hubiera sido de otra manera. Pues cuando la noticia de que la peste menguaba se difundió con la rapidez de un relámpago por toda la ciudad tan pronto como apareció la primera gran disminución en las listas de mortalidad, ya las dos listas siguientes no disminuyeron en la misma proporción; creo que el motivo de ello fue la imprudencia de las gentes que se

expusieron precipitadamente al peligro, abandonando todas sus precauciones y cuidados anteriores y el recato que acostumbraban a emplear, confiando en que no serían alcanzados por la peste —o que, si llegaban a contraerla, ya no morirían—.

Los médicos contrarrestaron este ánimo irreflexivo de las gentes con todas sus fuerzas, y publicaron impresos que se distribuyeron por toda la ciudad y los suburbios, aconsejando a las gentes que continuaran recluidas y que siguiesen utilizando las mayores precauciones en su conducta diaria, a pesar de la disminución de la fuerza de la epidemia, atemorizándolas con el peligro de que se produjese una recaída en toda la ciudad; y diciéndoles que la tal recaída podría ser aún más peligrosa y fatal que todo el castigo que ya habían sufrido; todo ello con gran profusión de argumentos, que son demasiado numerosos como para ser repetidos aquí, para demostrar y explicar la naturaleza de dicho peligro.

Mas todo fue en vano; las audaces criaturas estaban tan poseídas de la primera alegría y tan sorprendidas por la satisfacción de observar que las cifras de las listas semanales habían bajado mucho, que eran incapaces de volver a sentir terrores nuevos, y sólo querían creer en que la amargura de la muerte ya había pasado; y tratar de convencerlos era como clamar en el desierto; abrían sus tiendas, callejeaban por todas partes, resolvían negocios, charlaban con quienquiera que se cruzase en su camino, tuviesen algún asunto con ellos o no lo tuviesen, sin importarles su estado de salud ni sentir recelo por cualquier peligro que pudieran representar, ni en el caso de que supiesen que estaban enfermos.

Esta conducta imprudente costó la vida a muchos que se habían encerrado y recluido aislándose de todo contacto humano y que, gracias a ello y a la Divina Providencia, habían sido preservados durante el auge de la infección.

Esta conducta precipitada y alocada del pueblo, como digo, hizo que finalmente los clérigos los previnieran contra ella, y les advirtieran del desatino y del peligro que entrañaba; y esto puso un leve freno a esa conducta; y las gentes volvieron a ser más cautelosas. Mas toda la situación tuvo una consecuencia que no pudo ser frenada, pues como el primer rumor se había propagado, no sólo por la ciudad, sino por el país entero, produjo efectos similares, y las gentes estaban tan cansadas de haber estado lejos de Londres durante tanto tiempo, y tan impacientes por volver a sus casas, que afluyeron a la ciudad sin miedo ni previsión de ninguna clase; y comenzaron a mostrarse en las calles como si todo peligro hubiese desaparecido. Fue ciertamente sorprendente el observarlo, pues si bien seguían muriendo de 1000 a 1800 personas cada semana, la gente volvía a la ciudad como si todos sus habitantes estuviesen sanos.

La consecuencia de ello fue que las listas volvieron a incrementarse en cuatrocientos muertos durante la primera semana de noviembre; y si he de dar crédito a las afirmaciones de los médicos, durante esa semana enfermaron más de tres mil

personas, la mayoría recién llegados.

Un tal John Cock, barbero de St. Martin-le-Grand, fue ejemplo señalado de ello; me refiero al precipitado regreso de la gente cuando la peste menguó. Este John Cock había abandonado la ciudad cerrando su casa y marchándose con toda su familia al campo, al igual que lo habían hecho otros muchos; y al ver que la peste había menguado tanto que en noviembre sólo enterraron por semana a novecientas cinco personas en total, decidió volver a su hogar. Su familia constaba de diez personas; es decir, él mismo, su mujer, cinco hijos, dos aprendices y una criada. No había transcurrido una semana desde su regreso al hogar, cuando, una vez reabierto su negocio y reanudado el trabajo, la peste irrumpió en su casa; y antes de que hubiesen transcurrido cinco días, todos menos uno habían muerto; es decir, él mismo, su mujer, los cinco hijos y los dos aprendices; sólo la muchacha quedó con vida.

Pero la clemencia del Señor fue mayor de lo que cabía esperar; pues la malignidad de la epidemia (como he dicho) estaba consumida, la peste se había debilitado y el invierno llegó a pasos agigantados; y el aire era diáfano y frío, con agudas heladas; y cuando el tiempo se volvió cada vez más frío, la mayoría de los que habían caído enfermos se recobraron; y la ciudad fue sanando gradualmente. Es verdad que la peste volvió en diciembre y que las listas aumentaron en cien personas; mas luego la epidemia desapareció nuevamente, de modo que en muy poco tiempo las cosas volvieron a su cauce original. Y era maravilloso ver cuán populosa había vuelto a ser la ciudad, tan repentinamente que un extraño no habría echado de menos a los que habían perecido. Tampoco faltaban habitantes para las casas; eran muy pocas las casas vacías que podían verse, o si las había, no faltaban inquilinos para habitarlas.

Desearía poder decir que los modales de la gente habían adquirido, al igual que la ciudad, un nuevo aspecto. No dudo de que hubiese muchos que habían guardado un sincero reconocimiento por su liberación, y que estaban profundamente agradecidos al Supremo Hacedor que les había protegido en tiempos tan azarosos; sería muy duro juzgar de otro modo a una ciudad tan populosa, en la cual las gentes eran tan devotas, como lo demostraron aquí durante el azote de la peste; mas exceptuando algunos casos que podían encontrarse en familias e individuos particulares, debe confesarse que las costumbres de las gentes eran las mismas que tenían antes; y era muy poca la diferencia que podía apreciarse.

No faltó quienes dijeron que las cosas estaban peor que antes; que la conducta de la gente había empeorado desde aquel mismo instante; que el pueblo, como marinos tras una tormenta, insensibilizado por el peligro que había corrido, era más perverso y más estúpido, más desvergonzado y empedernido en sus vicios e inmoralidades de lo que lo había sido antes; pero yo no voy a llevar las cosas tan lejos. Sería necesario un relato bastante extenso para detallar todas las etapas a través de las cuales la situación

de la ciudad volvió a retomar su cauce natural.

Algunos lugares de Inglaterra estaban entonces infectados tan violentamente como lo había estado Londres: las ciudades de Norwich, Peterborough, Lincoln, Colchester y otras más, estaban siendo visitadas por la peste; y los magistrados de Londres comenzaron a fijar normas para nuestras relaciones con dichas ciudades. Es cierto que no podíamos pretender prohibir a sus habitantes que viniesen a Londres, pues era imposible reconocerlos uno por uno; así pues, luego de varias deliberaciones, el corregidor y el concejo de regidores hubieron de renunciar a la idea. Lo único que pudieron hacer fue advertir al pueblo de que no alojase en sus casas a ninguna persona de la cual supiesen que procedía de aquellos lugares, y que tampoco tuvieran trato con ellas.

Mas igual hubieran podido hablarle al aire, pues el pueblo de Londres se consideraba tan inmune a la peste, que estaba más allá de cualquier advertencia; parecían confiar en que el aire estaba renovado, y en que era como un hombre que hubiese tenido la viruela, incapaz de ser contagiado otra vez. Esto hizo revivir la antigua idea de que la infección estaba en el aire y que no era verdad que los enfermos contagiasen a las personas sanas, y esta ridiculez estaba tan arraigada en la mente del pueblo que la gente se reunía promiscuamente, los sanos con los enfermos. Ni siquiera los mahometanos, imbuidos de la doctrina de la predestinación, que pase lo que haya de pasar, hubiesen podido ser más obstinados que el pueblo de Londres; los que estaban completamente sanos y salían procedentes del aire saludable, como lo llamábamos, para volver a la ciudad, entraban despreocupadamente en las mismas casas y alcobas, es más, incluso en los mismos lechos de aquellos que padecían la enfermedad y todavía no se habían recobrado.

Ciertamente, algunos de ellos pagaron con sus vidas su audaz imprudencia; e innumerables fueron los que cayeron enfermos; y los médicos tuvieron más trabajo que nunca, sólo que con la diferencia de que eran más los que se recobraban entre sus pacientes; es decir, más de los que se recobraban generalmente; pero indudablemente había más personas contagiadas y enfermas ahora, cuando no morían más de mil o mil doscientas por semana, que las que había habido cuando morían cinco o seis mil por semana, por el total descuido de las gentes en aquel tiempo con respecto a su salud y al peligro de infección; y por su mala voluntad en aceptar y seguir el consejo de quienes les daban consejos por su propio bien.

Habiendo retornado las gentes a la ciudad de una manera general, era extraño constatar que, cuando preguntaban por sus amigos, encontraban que familias enteras habían sido barridas de un modo tan completo, que no quedaba memoria de ellas, ni podía encontrarse a nadie que poseyera o exhibiese títulos que le facultasen para reclamar lo poco que habían dejado; pues en tales casos, lo que se podía hallar había sido saqueado y robado, y luego había desaparecido en una u otra forma.

Se dijo que tales efectos abandonados pasaron a ser propiedad del rey, en calidad de heredero universal; ante lo cual se nos dijo, y creo que fue cierto en parte, que el rey los cedió al corregidor y al concejo de regidores de Londres, para que fuesen distribuidos entre los pobres, de los que había muchísimos. Porque ha de decirse que, si bien las necesidades de socorro y los casos de miseria fueron mucho más numerosos durante la fase virulenta de la epidemia que ahora, cuando ésta ya había pasado, la miseria de los pobres era más acusada ahora que entonces, porque todas las compuertas de la caridad pública estaban cerradas. Las gentes supusieron que la principal causa para ejercer la caridad había pasado y cerraron sus bolsas; aunque muchos casos particulares seguían siendo conmovedores y muy grande la miseria de los pobres.

Si bien la salud había retornado en gran medida a la ciudad, el comercio exterior siguió detenido y los extranjeros tampoco admitieron la entrada de nuestros barcos en sus puertos durante cierto tiempo. En lo que respecta a los holandeses, las diferencias habidas entre nuestra Corte y ellos habían hecho que estallase una guerra el año anterior, de modo que nuestro comercio en esa dirección estaba totalmente interrumpido: pero España y Portugal, Italia y Berbería, así como Hamburgo y los puertos del Báltico, fueron todos cautelosos en su trato con nosotros durante mucho tiempo; y tardaron varios meses en restaurar el comercio.

Como la peste se había llevado a tanta gente, como he dicho, muchas, si no todas las parroquias exteriores se vieron obligadas a construir nuevos cementerios, salvo los de Bunhill Fields que he mencionado, algunos de los cuales se conservaron y se han seguido utilizando hasta el día de hoy.

Mas hubo otros (confieso que lo menciono con reproche) que fueron desechados y transformados para otros usos, y luego se construyeron edificios sobre ellos; los cadáveres fueron revueltos, profanados y desenterrados, algunos incluso antes de que la carne se hubiese podrido y desaparecido de los huesos, y trasladados a otros lugares como si se hubiese tratado de estiércol o de basura. Algunos de los cementerios que he podido observar personalmente, fueron los siguientes:

- 1) Un solar situado detrás de Goswell Street, cerca de Mount Mill, resto de las antiguas líneas de fortificaciones de la ciudad, en el que se enterró promiscuamente a muchas personas de las parroquias de Aldersgate, Clerkenwell, y hasta de las afueras de la ciudad. Este solar fue luego transformado en huerto medicinal; y más tarde, se construyó sobre él.
- 2) Un solar situado inmediatamente encima de Black Ditch, como se llamaba entonces el lugar, al final de Holloway Lane, en la parroquia de Shoreditch. Allí se levantó una cerca para guardar cochinos y para otros usos vulgares, pero está completamente abandonado como camposanto.

3) El extremo superior de Hand Alley, en Bishopsgate Street, que en ese entonces era una verde pradera, fue cercado especialmente para la parroquia de Bishopsgate, si bien muchos de los carros de las afueras de la ciudad también llevaron allí a sus muertos, particularmente los procedentes de la parroquia de Todos los Santos, en la muralla. Menciono este lugar con gran tristeza. Según recuerdo, fue dos o tres años después de que la peste hubo cesado, cuando sir Robert Clayton se hizo dueño de aquel solar. Se dijo, y no sé hasta qué punto era cierto, que había pasado a poder del rey por ausencia de herederos, pues todos los que hubieran tenido algún derecho sobre él, habían sido llevados por la pestilencia; y que sir Robert Clayton obtuvo la propiedad de manos del rey Carlos II. Sea cual fuere la forma en que lo obtuvo, lo cierto era que por orden suya se había autorizado construir sobre el solar, o se había construido sobre él. La primera casa construida fue una casa grande y hermosa, que aún hoy se mantiene en pie, cuya fachada está orientada a la calle llamada ahora pasaje Hand —la que, aunque se la llama Pasaje, es tan ancha como una calle—. Las casas alineadas con ella, hacia el norte, están construidas sobre el mismísimo terreno en que fueron enterradas las pobres gentes; y cuando abrieron el suelo para levantar los cimientos, fueron desenterrados los cadáveres, algunos de los cuales podían reconocerse claramente, y se distinguían los cráneos de las mujeres por sus largos cabellos, y en otros, la carne putrefacta no había desaparecido totalmente; y hubo quienes dijeron que ello entrañaba un peligro de regreso de la peste; después de lo cual, llevaron los cadáveres, tan pronto como eran desenterrados, a otro lugar del mismo solar y los arrojaron dentro de un profundo foso excavado al efecto, que aún puede encontrarse, pues no se ha construido nada sobre él, sino que por allí cruza un pasaje que conduce a otra casa situada en el extremo superior de Rose Alley, frente a la entrada de una casa de congregación construida hace ya muchos años; y el lugar está separado por una valla del resto del pasaje, en una pequeña esquina; allí reposan los huesos y los restos de cerca de dos mil cuerpos humanos, que fueron transportados a su sepultura por los carros de los muertos durante el año de la peste.

4) También había un camposanto en Moorfields, entrando por la calle que ahora se llama Old Bethlem, y que ha sido muy ampliado, si bien no fue llenado completamente en aquella ocasión.

[N. B.: El autor de este diario yace enterrado en ese mismo cementerio, por su expresa voluntad, pues allí había sido inhumada una hermana suya algunos años antes.]

5) La parroquia de Stepney, que se extendía desde el este hasta el norte de Londres, y que llegaba hasta el mismo borde del Cementerio de Shoreditch, tenía un solar destinado a enterrar a sus muertos que se hallaba cerca de dicho cementerio y que, por ese motivo, fue mantenido abierto y se incorporó más tarde, según supongo, al citado cementerio. También tenían otros dos camposantos en Spittlefields, uno en el que más tarde se ha construido una capilla o tabernáculo para tranquilidad de esta extensa parroquia; y otro, en Petticoat Lane.

Hubo, por lo menos, otros cinco solares utilizados por la parroquia de Stepney en aquellos aciagos tiempos: uno, donde hoy se levanta la iglesia parroquial de St. Paul, Shadwell; y otro, donde se levanta actualmente la iglesia parroquial de St. John en Wapping, ninguna de las cuales tenía rango de parroquia en aquella época, sino que pertenecían a la parroquia de Stepney.

Podría nombrar muchos más, pero como fueron éstos los que yo conocí personalmente, creí que esta circunstancia haría útil citarlos. Por todo ello, puede observarse que durante aquel tiempo de desgracia la mayoría de las parroquias exteriores se vieron obligadas a habilitar nuevos camposantos para poder enterrar a la enorme cantidad de gente que murió en un período de tiempo tan corto; pero ¿por qué no se puso cuidado en mantener dichos sitios separados, sin darles otro uso, para que los cuerpos pudiesen descansar en paz? No puedo dar respuesta a esta pregunta, y reconozco que me parece incorrecto que no se haya planteado. No sé a quién corresponde dedicar el reproche.

Hubiera debido mencionar el hecho de que los cuáqueros también tenían en aquella época un camposanto separado expresamente para ellos, y que todavía utilizan; y también tenían un carro de muertos propio para transportar a sus muertos desde sus casas; y la mujer del famoso Solomon Eagle, quien, como ya he mencionado, corriendo desnudo por las calles, vaticinaba que la peste era el juicio del Cielo, murió el día siguiente a la aparición de la peste; y la llevaron entre los primeros al nuevo cementerio de los cuáqueros en su propio carro de los muertos.

Hubiera podido abarrotar esta narración con muchos más sucesos notables que tuvieron lugar durante la época de la peste, especialmente con lo ocurrido entre el corregidor y la Corte, que entonces estaba en Oxford; y con las directivas que, de tiempo en tiempo, recibía del Gobierno para orientar su conducta en esa crítica ocasión. Mas la Corte se preocupó realmente tan poco, y lo poco que hicieron tuvo tan poca importancia, que no creo que merezca ser mencionado aquí, salvo el hecho de haber dispuesto que se hiciese un ayuno mensual en la ciudad y el de haber enviado la ayuda real para los pobres, cosas que ya he referido antes.

Se hicieron amargos reproches a aquellos médicos que habían abandonado a sus pacientes durante la epidemia; y ahora, cuando volvieron a la ciudad, nadie empleaba

sus servicios. Eran llamados desertores, y con frecuencia se fijaban sobre sus puertas carteles con la inscripción: «Aquí hay un doctor para arrendar», de modo que muchos de aquellos médicos tuvieron que resignarse a quedar inactivos, o mudarse de casa y establecerse en lugares nuevos y entre gente desconocida. En el clero la situación fue análoga; y por cierto que el pueblo se mostró muy insultante para con los clérigos, escribiendo versos y reflexiones escandalosas sobre ellos y colocando carteles a la puerta de las iglesias, que decían: «Se alquila púlpito», o a veces: «Se vende», lo que era aún peor.

Entre nuestras desgracias menciono también el hecho de que cuando cesó la infección no cesase también el espíritu de contienda y disputa, de difamación y de censura que había sido, en verdad, el factor más perturbador de la paz de la nación. Se dijo que era el resto de las antiguas animosidades lo que últimamente nos había arrastrado a todos al desorden y a la lucha sangrienta. Mas como la pasada Ley de Indemnizaciones había abolido la disputa misma, el Gobierno instó a mantener la paz familiar e individual, en toda ocasión y en la nación entera.

Pero no había sido posible conseguirlo; y especialmente cuando la epidemia de peste cesó en Londres, cuando cualquiera que hubiese visto la situación en que había estado el pueblo y el amor fraternal que se habían prodigado unos a otros en aquellos tiempos, prometiendo tener una mayor caridad en el futuro y no dar lugar a más reproches; quienquiera que lo hubiese visto, como digo, habría creído que las gentes se reencontrarían al fin, animadas de un espíritu nuevo. Pero, como digo, esto no se pudo lograr. Las disputas continuaron: la Iglesia y los presbiterianos permanecieron inconciliables. Tan pronto como desapareció la peste, los predicadores disidentes desposeídos que habían subido a los púlpitos abandonados por los beneficiados que se habían marchado, no podían esperar sino que cayesen sobre ellos y los hostigasen con sus leyes penales; aceptaron que predicasen mientras estaban enfermos, pero tan pronto como se recobraron, los persiguieron de nuevo; incluso nosotros, que pertenecíamos a la Iglesia, encontrábamos que este trato era muy injusto, y no podíamos aprobarlo de ningún modo.

Pero era cosa del Gobierno y no lo podíamos evitar; sólo podíamos decir que el hecho no era de nuestra incumbencia ni afectaba a nuestra responsabilidad, aunque lo lamentábamos.

Por otra parte, los disidentes reprochaban a aquellos ministros de la Iglesia haber desertado de su puesto y abandonado al pueblo en medio del peligro, cuando más necesitaba ser confortado, etc.; pero no podíamos aprobar esto por ningún concepto, pues no todos los hombres tienen la misma fe ni el mismo valor; y las Escrituras nos ordenan juzgar a las personas caritativamente y sin severidad.

La peste es un enemigo formidable; no todos los hombres son lo bastante fuertes ni están lo suficientemente preparados como para resistir los horrores con que está

armada. Es muy cierto que muchos clérigos que lo pudieron hacer se marcharon y huyeron para salvar sus vidas; mas también es cierto que gran cantidad de ellos permanecieron en la ciudad; y que muchos sucumbieron en medio de la calamidad y en el cumplimiento de su deber.

Es cierto que algunos de los ministros despedidos de los disidentes se quedaron, y su valor es digno de alabanza y aprecio —pero no fueron muy numerosos: no puede decirse que permanecieron en su totalidad, como tampoco puede decirse del clero de la Iglesia que se marchasen todos—. Tampoco los que se marcharon lo hicieron todos sin dejar en su puesto a sacerdotes y otros para que cumpliesen los oficios necesarios y visitasen a los enfermos, en la medida en que esto fuese practicable: así pues, en su conjunto, ambas partes podían haber hecho gala de indulgencia, al considerar que tiempos como los que habíamos vivido en el año 1665 no pueden compararse a ninguna otra época de la historia; y que en pruebas semejantes el coraje más intrépido puede flaquear. Yo no hablé de esta cuestión, sino que preferí consignar el valor y el celo religioso de hombres pertenecientes a ambas partes, quienes arriesgaron sus vidas en servicio de los pobres sumidos en la desgracia, sin recordar que nadie hubiese faltado a su obligación en ninguno de los dos partidos. Mas la falta de moderación surgida entre nosotros me ha obligado a abordar el tema: algunos de los que permanecieron en la ciudad no sólo se jactaban ostentosamente de ello, sino que escarnecían a los que habían huido, tildándolos de cobardes, de desertores de la congregación y de mercenarios, etc. Sugiero a la caridad de todas las personas honradas que reflexionen seriamente acerca de los horrores de aquellos tiempos; quienquiera que así lo hiciere, verá que no hay fuerza humana corriente capaz de soportarlos. No era como estar a la cabeza de un ejército, ni la carga de un cuerpo de caballería en el campo de batalla, sino que era la carga de la misma Muerte montada sobre su pálida cabalgadura; quedarse era morir, y no era posible pensar de otro modo, especialmente al ver cómo se presentó la situación a finales de agosto y principios de septiembre y según lo que razonablemente podía esperarse entonces; porque nadie esperaba ni creía que la enfermedad remitiría tan repentinamente, disminuyendo inmediatamente en dos mil el número de muertos en una semana, siendo así que había multitud de gentes enfermas; y fue entonces cuando se marcharon muchos de los que hasta ese momento habían permanecido en la ciudad.

Además, si Dios fortaleció a unos más que a otros, ¿era acaso una razón para alardear de su capacidad para soportar el golpe y de vituperar a quienes no tuvieron el mismo don y sostén, en lugar de hacer acto de humildad y de estar agradecidos por haber podido ser más útiles que sus hermanos?

Creo que cabe mencionar el honor de tales hombres, médicos y clérigos, cirujanos, boticarios, magistrados y funcionarios de todas clases, así como todas las gentes útiles que arriesgaron sus vidas en el cumplimiento de su deber, como

indudablemente lo hicieron hasta el límite de sus fuerzas todos los que permanecieron; y varios de ellos no solamente arriesgaron la vida, sino que la perdieron en esa triste ocasión.

Una vez intenté hacer una lista con todos ellos, me refiero a los que murieron de esa manera, ejerciendo todas aquellas profesiones y empleos, como yo digo, en el camino del deber; mas es imposible para un particular confirmar la veracidad de los detalles. Sólo recuerdo que murieron dieciséis clérigos, dos regidores, cinco médicos y trece cirujanos, dentro de la ciudad y en los suburbios, antes de principios de septiembre. Mas como entonces llegó la gran crisis y el punto culminante de la epidemia, como ya dije, la lista no puede estar completa. En cuanto a los funcionarios de categoría inferior, creo que murieron cuarenta y seis alguaciles y tenientes en las dos parroquias de Stepney y Whitechapel; mas no pude continuar mi lista, pues cuando se abatió sobre nosotros la ola más violenta de la peste, en septiembre, nos impidió totalmente llevar las cuentas. Los hombres ya no morían por números o cifras. Hubieran podido publicar una lista semanal de mortalidad indicando siete u ocho mil muertos, o cuantos hubieran querido anotar; lo cierto era que morían a montones y eran enterrados a montones, es decir, sin que se llevase cuenta alguna. Y si he de dar crédito a algunas personas que estuvieron en la calle más tiempo que yo y que estaban más familiarizadas con aquellas cosas que yo mismo —aunque yo salía bastante más de lo que podía esperarse de quien no tuviese asuntos que le obligasen a ello—, digo, si he de creerles, que durante aquellas tres primeras semanas de septiembre se enterraron cerca de veinte mil cadáveres por semana. Ellos afirman que es cierto; sin embargo, yo prefiero atenerme a las cifras oficiales; siete y ocho mil muertos por semana son suficientes para justificar todo lo que he dicho acerca del horror de aquellos tiempos; y es tanto para satisfacción del que escribe como del que lo lee, poder decir que todo fue consignado con moderación y antes dentro de los límites de la realidad que fuera de ellos.

Por todos estos motivos, digo que hubiera deseado que, una vez recobrados, nuestra conducta hubiese sido más caritativa y amable en memoria de la calamidad pasada, sin que nos envaneciéramos de nuestro arrojo al quedarnos, como si todos los hombres que huyen del castigo de Dios fuesen cobardes, o como si aquellos que se quedan no debiesen a veces su arrojo a la ignorancia y al menosprecio del castigo enviado por su Creador, lo que es una especie de desesperación criminal, y no verdadero valor.

No puedo menos que consignar que los funcionarios civiles, tales como alguaciles, tenientes de distritos, empleados del corregidor y funcionarios parroquiales, en cuyas funciones entraba el hacerse cargo de los pobres, cumplieron en general con sus obligaciones y dieron pruebas de tanto valor como el que más; y con mayor coraje aún, pues su trabajo implicaba mayores peligros y se desarrollaba

principalmente entre los pobres, quienes eran más susceptibles de estar contagiados; y que cuando eran alcanzados por la peste se veían en la situación más lamentable de todas. Debe añadirse también, que gran número de ellos murió; por cierto, era imposible que hubiera sido de otra manera.

No he dicho ni una palabra acerca de las medicinas o preparados que utilizábamos generalmente durante esta terrible época —me refiero a quienes, como yo, salían con frecuencia y transitaban por las calles—; se puso mucho de ello en los libros y escritos de nuestros medicastros, de los que ya he hablado bastante. Puede añadirse, sin embargo, que el Colegio de Médicos publicaba diariamente diversas recetas que habían elaborado en el curso de su experiencia profesional; y que, al poder conseguirse impresas, no daré aquí por ese motivo.

No puedo evitar consignar una historia: lo que le sucedió a uno de los curanderos, quien pregonaba que él poseía un preservativo infalible contra la peste; y que todo el que lo llevase consigo no sería contagiado nunca ni estaría expuesto a la infección. Este hombre, que —podemos suponerlo lógicamente— no salía a la calle sin llevar un poco de su excelente preservativo en el bolsillo, contrajo sin embargo la enfermedad y murió al cabo de los dos o tres días.

No pertenezco a la categoría de los que aborrecen o desprecian las medicinas; por el contrario, he mencionado con frecuencia el respeto que sentía por las prescripciones de mi amigo personal el doctor Heath; mas he de reconocer que fue poco o nada lo que utilicé —excepto, como ya he dicho, el llevar conmigo un fuerte preparado perfumado para el caso de que topase con hedores ofensivos o me acercase demasiado a un cementerio o a un cadáver—.

Tampoco hice lo que sé que algunos hicieron: mantener el espíritu siempre confortado y caliente con cordiales y con vino y bebidas similares; a los que, según pude comprobar, un sabio médico se acostumbró de tal manera, que ya no pudo prescindir de ellos cuando la peste hubo desaparecido; se convirtió, pues, en un borrachín para el resto de su vida.

Recuerdo que mi amigo el doctor solía decir que existía una serie de preparados y drogas de cierto tipo que eran indudablemente útiles en caso de infección; y de las cuales, o con las cuales, los médicos pueden preparar una variedad infinita de medicinas, al igual que los campaneros pueden producir varios cientos de rondós musicales diferentes modificando el orden y el sonido de tan sólo seis campanas; y que todos estos preparados eran realmente muy eficaces: «Por eso», decía, «no me sorprende que en esta calamidad se ofrezca una cantidad tan enorme de medicina y que cada médico prescriba y prepare alguna cosa distinta, según le indique su buen criterio o su experiencia; pero», dijo mi amigo, «si se examinasen todas las prescripciones de todos los médicos de Londres, se hallaría que constan de las mismas cosas, y que las únicas variaciones son las que dicta la imaginación de cada

doctor; así pues —siguió diciendo—, cada hombre, teniendo en cuenta su propia constitución y su forma de vida, así como las características de su enfermedad, puede prescribir sus propias medicinas a partir de las drogas y preparados corrientes. Sólo que», dijo, «algunos recomiendan como mejor una cosa, y otros, otra. Algunos creen que esa *pill. ruff.*, que se llama píldora antipeste, es el mejor preparado que se pueda hacer; otros creen que la triaca de Venecia es suficiente por sí sola para resistir al contagio; y yo», dijo, «creo en las dos cosas, o sea, que la última es buena para ser tomada antes, a fin de evitar el contagio; y la primera, para echarlo fuera una vez que se ha pillado». Con arreglo a esta opinión, tomé triaca de Venecia varias veces, sudando luego saludablemente; y me sentí todo lo fortificado que se puede estar contra la peste mediante el poder de una medicina.

En cuanto a los charlatanes y curanderos, de los que la ciudad estaba plagada, no hice caso a ninguno de ellos; y desde entonces he observado a menudo que durante los dos años siguientes a la peste apenas escuché hablar de ellos en la ciudad. Algunos imaginaban que habían sido barridos por la peste y decían que era una señal particular de la venganza de Dios contra ellos por haber conducido a los pobres al abismo de la destrucción, nada más que por el beneficio de un poco de dinero que consiguieron de ellos; mas yo no puedo ir tan lejos en mis afirmaciones. Es cierto que muchos de ellos murieron —yo mismo he tenido noticia de numerosos casos—, mas dudo que todos ellos hayan perecido. Creo, más bien, que huyeron al campo y prosiguieron ejerciendo sus prácticas entre las gentes de allí, quienes tenían la aprensión de la infección antes de que hubiese llegado hasta ellos. Sin embargo, es cierto que durante mucho tiempo ni uno solo de ellos reapareció en Londres ni en los alrededores de la ciudad. Hubo varios doctores que publicaron escritos en los que recomendaban sus preparaciones medicinales para depurar el cuerpo, como decían, después de la peste; y necesarias, según afirmaban, para aquellos que hubieran tenido la peste y se hubieran curado de ella; y he de reconocer que estoy convencido de que la opinión de los médicos más eminentes de aquella época era que la peste constituía, por sí misma, una purga suficiente; y que los que habían escapado a la muerte no necesitaban ya medicamentos para depurar sus cuerpos de ninguna otra cosa, pues los tumores y llagas supurantes que estaban rotos y se mantenían abiertos por orden de los médicos, los habían depurado ya lo suficiente; y que así se eliminaban eficazmente todas las demás enfermedades o posibles causas de enfermedades; y como los médicos expresaban estas opiniones dondequiera que fuesen, los charlatanes no prosperaban.

Después de que la peste remitiera, se produjeron varias pequeñas alarmas, aunque no sé si no fueron inventadas para aterrorizar y alborotar al pueblo, como supusieron algunos; lo cierto es que varias veces nos dijeron que la peste volvería en tal o cual fecha; y el famoso Solomon Eagle, el cuáquero desnudo a quien he aludido antes,

profetizaba malas nuevas a diario; y varios otros nos decían que Londres no había sido lo suficientemente castigada y que faltaban por venir azotes todavía más amargos e implacables. Si se hubiesen contentado con esto, o hubiesen entrado en detalles, diciéndonos que la ciudad había de ser destruida por el fuego al año siguiente, en tal caso, cuando hubiéramos visto que esto sucedía efectivamente, no habríamos podido ser tachados de crédulos por haber hecho caso a sus espíritus proféticos; al menos, los habríamos admirado y habríamos sido más formales en nuestras preguntas acerca del significado de sus profecías y del origen de su presciencia. Mas como generalmente nos decían que la peste volvería a abatirse sobre nosotros, desde aquel momento ya no nos preocupamos por ellos; sin embargo, aquellos frecuentes clamores nos causaban constantemente alguna clase de inquietud; y si alguna persona moría repentinamente, o si en algún momento aumentaban los casos de tabardillo pintado, nos alarmábamos muy pronto; y mucho más, si era el número de muertos de peste el que se incrementaba, ya que hacia los últimos días del año, todavía fluctuaba entre doscientos y trescientos. En cualquiera de estas ocasiones, como digo, nuestra inquietud renacía.

Los que recuerdan a la villa de Londres antes del incendio, recordarán que en aquel entonces no existía el lugar que hoy llamamos Newgate Market, sino que en mitad de la calle que actualmente llamamos Blowbladder Street, cuyo nombre le venía de los carniceros, quienes solían matar y despellejar allí las ovejas (y que, al parecer, tenían la costumbre de inflar la carne con tubos para que aparentase ser más gruesa y grasa de lo que era, por lo que fueron castigados en aquel lugar por el corregidor), como digo, desde el final de la calle, hacia Newgate, había dos largas hileras de mataderos en los que vendían carne.

Fue en aquel mercado donde murieron súbitamente dos personas mientras estaban comprando carne; ello dio pábulo al rumor de que toda la carne estaba infectada; cosa que, aunque espantó al pueblo y arruinó el mercado durante dos o tres días, luego se vio claramente que era una suposición completamente falsa. Mas nadie puede ser responsable por tener miedo, cuando éste se posesiona del espíritu.

Sin embargo, al mantener el tiempo invernal, Dios quiso restablecer la salud de la ciudad de forma tal, que en el mes de febrero siguiente la enfermedad había desaparecido totalmente; y entonces ya no nos asustábamos otra vez tan fácilmente.

Seguía existiendo un problema entre los sabios, que también sembró un poco de confusión en el pueblo: y era la manera en que había que purificar las casas y los objetos que la peste había tocado, y de hacer nuevamente habitables las casas que habían quedado vacías durante la epidemia. Los médicos prescribieron multitud de perfumes y preparaciones, unos de una clase y otros de otra, con los que las gentes que les hicieron caso incurrieron en un gasto grande y, en mi opinión, innecesario; y los más pobres, que sólo abrieron de par en par sus ventanas día y noche y que

quemaron azufre, brea, pólvora y sustancias similares, lo hicieron tan bien como el mejor; es más, las gentes impacientes que, como he dicho antes, volvieron a sus casas apresuradamente y sin preocuparse del peligro, encontraron pocos o ningún desperfecto en sus casas y enseres; y poco o nada hicieron con ellos.

En general, no obstante, las personas prudentes y cautelosas tomaron algunas medidas para orear y purificar sus casas; y quemaron perfumes, incienso, benjuí, resma y azufre en sus habitaciones cerradas, y dejaban luego que el aire arrastrase todo ello hacia afuera mediante una explosión de pólvora; otros encendieron grandes fuegos, día y noche, durante varios días y noches consecutivos; de esta forma, dos o tres personas se complacieron en incendiar sus casas, purificándolas eficazísimamente al dejarlas arrasadas hasta los cimientos; señaladamente, una en Ratcliff, una en Holborn y una en Westminster; aparte de dos o tres casas que se incendiaron, en las que, por fortuna, el fuego pudo ser apagado antes de que las arrasara totalmente; y el sirviente de un ciudadano, creo que fue en Thames Street, llevó tanta pólvora a la casa de su amo, para purificarla de la infección, y la manipuló tan alocadamente, que hizo saltar por los aires una parte del tejado. Mas no había llegado todavía la hora en que la ciudad había de ser purificada por el fuego; aunque tampoco estaba lejos; pues antes de que hubiesen transcurrido otros nueve meses, pude contemplar las cenizas de la ciudad; ocasión en la que, según pretenden algunos de nuestros filósofos charlatanes, fueron destruidos por completo los gérmenes de la peste; idea demasiado descabellada como para tratar aquí de ella; porque, si la simiente de la peste hubiese permanecido en las casas y sólo hubiese podido ser aniquilada por el fuego, ¿cómo es posible, entonces, que no hubiese vuelto a brotar luego, siendo así que pueden verse tantos y tantos edificios en los suburbios, todos ellos situados en las grandes parroquias de Stepney, Whitechapel, Aldgate, Bishopsgate, Shoreditch, Cripplegate y St. Giles, a las que el incendio nunca llegó y en las que la peste hizo los más violentos estragos, casas que permanecen en el mismo estado en que se hallaban anteriormente?

Pero para consignar las cosas tal y como yo las he observado, diré que las gentes más cautelosas de lo corriente respecto a su salud tomaron medidas especiales para lo que llamaban aclimatación de sus casas; y consumieron para ello gran abundancia de sustancias costosas, de las que únicamente puedo decir que, no sólo aclimataron aquellas casas, como ellos querían, sino que llenaron el aire con olores muy saludables y agradables de los que se beneficiaron otros ciudadanos, tanto como aquellos que habían corrido con el gasto de dichas medidas.

Y finalmente, aunque los pobres retornaron a la ciudad precipitadamente, como he dicho antes, he de decir que los ricos no lo hicieron tan de prisa. Ciertamente, los hombres de negocios volvieron, pero muchos de ellos no trajeron a sus familias hasta que llegó la primavera y vieron que podían confiar en que la peste no reaparecería.

La Corte llegó poco después de Navidad, mas los nobles y los gentilhombres no volvieron tan pronto, excepto aquellos que dependían de la Corte o los que tenían algún cargo en la administración.

He debido consignar aquí el hecho de que se pudo observar claramente que la peste nunca llegó a bordo de la flota, a pesar de la violencia con que azotó a Londres y a otros lugares del país; sin embargo, había habido durante un tiempo una asombrosa leva de marineros para la flota, en el río e incluso en las calles de la ciudad. Mas esto había ocurrido al principio del año, cuando la epidemia apenas había comenzado y no había llegado en absoluto a esa parte de la ciudad en la que generalmente reclutan a los marinos; y aunque en aquel entonces la guerra con los holandeses no era en absoluto del agrado de las gentes, y los marineros se alistaban con una especie de repugnancia, y se quejaban muchos de ellos de haber sido obligados a entrar en el servicio por la fuerza, eso fue, en aquella ocasión, una compulsión afortunada para varios de ellos, que probablemente hubieran perecido en la calamidad general y quienes, después de cumplido el servicio de verano, aunque tuviesen motivo para lamentarse de la desgracia sufrida por sus familiares, muchos de los cuales estaban bajo tierra para cuando ellos volvieron, podían, sin embargo, estar agradecidos por haber sido arrastrados lejos del alcance de la peste, aunque hubiese sido en contra de su voluntad. Por cierto, que sostuvimos una guerra cruenta con los holandeses aquel año y que los derrotamos en una gran batalla naval, si bien perdimos muchísimos hombres y algunos barcos. Mas como he dicho, la peste no llegó hasta la flota; y cuando los barcos volvieron a anclar en el río, la virulencia del azote comenzaba a decrecer.

Me agradaría poder concluir la narración de los sucesos de aquel triste año con algunos ejemplos; me refiero a la gratitud a Dios, nuestro preservador, por habernos liberado de esta espantosa calamidad. Ciertamente, las circunstancias de la liberación, así como la naturaleza del terrible enemigo del que fuimos liberados, constituyeron un llamamiento a la gratitud de toda la nación. Las circunstancias de la liberación fueron muy notables, como ya he mencionado parcialmente; en especial, la situación horrorosa en que todos nos hallábamos cuando, para sorpresa de toda la ciudad, la esperanza de que la epidemia se detuviese trajo nuevamente el júbilo a nuestros corazones.

Sólo la intervención directa de Dios, sólo Su poder omnipotente, podía haberlo realizado. La peste desafiaba toda medicina; la muerte segaba vidas en todas las esquinas; y si hubiese proseguido su marcha devastadora, pocas semanas le habrían bastado para asolar toda la ciudad, y no dejar alma viviente en ella. En todas partes los hombres comenzaban a desesperar; todos los corazones desfallecían de terror; las gentes se tornaban desesperadas por la angustia de sus almas; y el horror de la muerte se reflejaba en los rostros y en el aspecto de las personas.

En el mismísimo instante en que bien hubiéramos podido decir: *Vana es la voluntad del hombre*, como digo, en ese preciso instante, plugo a Dios hacer que la furia del mal menguase por sí misma, y nos causase la más agradable de las sorpresas. Y cuando la malignidad de la peste se redujo, como he dicho, aunque infinidad de personas continuaban enfermas, murieron, sin embargo, muchos menos; y la primera lista semanal se redujo en 1843 muertos; ¡cifra enorme, por cierto!

Es imposible narrar el cambio que se produjo en el ánimo de las gentes aquel miércoles por la mañana, cuando se publicó la lista semanal. Hubiera podido percibirse en sus semblantes una oculta sorpresa y una sonrisa de gozo. Los que, poco antes, no hubieran caminado juntos por una misma acera, se estrechaban ahora las manos en la calle. Allí donde las calles no eran demasiado anchas, abrían las ventanas y llamaban de una casa a otra; y se preguntaban unos a otros cómo se encontraban, y si habían oído la buena nueva de que la peste había remitido. Algunos, al escuchar que decían buenas nuevas, se volvían y preguntaban: «¿Qué buenas nuevas?»; y cuando les contestaban que la peste había menguado y que las listas habían disminuido en casi dos mil muertos, exclamaban: «¡Alabado sea el Señor!», y lloraban de alegría, diciendo que no lo habían sabido hasta entonces; y el júbilo de las gentes era desbordante, pues era como si la vida les fuese devuelta desde la sepultura. Podría relatar casi tantas extravagancias cometidas en la exaltación de la alegría como las que habían hecho cuando estaban sumidos en la tristeza; mas ello sería menoscabar la importancia de aquellos momentos.

Confieso que yo mismo me sentía muy abatido poco antes de que llegaran las buenas noticias; ya que la ingente cantidad de personas que había caído enferma esa semana, o en las últimas semanas, aparte de los que murieron, era tal, y los lamentos eran tan desgarradores en toda la ciudad que el solo hecho de confiar en salvarse hubiese sido actuar en contra del propio raciocinio; y en toda la vecindad apenas había más casa que la mía que no estuviese infectada de modo que, si el curso ascendente de la epidemia hubiese continuado, pronto no habría quedado nadie sano en todo el vecindario. Por cierto que el estrago que la peste había causado durante las tres últimas semanas fue increíble, porque si he de creer a una persona cuyos cálculos encontré siempre bien fundados, hubo no menos de treinta mil muertos y cerca de cien mil personas que enfermaron en aquellas tres semanas; ya que el número de los que habían caído enfermos era sorprendentemente elevado, verdaderamente pasmoso, y todos los que habían sido fortalecidos por su valor durante todo el tiempo anterior, sucumbieron ahora.

En medio de la mayor zozobra, y cuando la situación de la ciudad de Londres era en verdad calamitosa, en ese preciso instante, Dios quiso desarmar al enemigo, como si fuese por su propia mano, arrancándole el veneno del aguijón. Fue maravilloso: hasta los médicos mismos quedaron asombrados de ello. Dondequiera que hiciesen

sus visitas, encontraban a sus pacientes mejorados; bien habían sudado favorablemente, bien los tumores se habían abierto o los carbuncos se deshinchaban y cambiaban de color las inflamaciones que los rodeaban; o bien la fiebre había desaparecido; o se habían mitigado los dolores de cabeza; o había algún otro síntoma favorable; de modo que a los pocos días todos se estaban recuperando, familias enteras que habían yacido enfermas y que habían tenido a sacerdotes rezando a su lado, y que habían esperado la llegada de la muerte en cada instante, habían revivido y sanado; y ninguno de ellos murió.

Y esto no fue producido por el hallazgo de ninguna nueva medicina, ni por ningún nuevo método de curación descubierto; tampoco por la experiencia que hubiesen adquirido los médicos y cirujanos en la operación; sino que era, indudablemente, la obra secreta e invisible de Aquel que primero nos había enviado esta enfermedad como castigo; dejó al sector ateo de la humanidad que califique mis palabras como le plazca; no me las dicta el entusiasmo; el hecho fue reconocido en aquel entonces por todo el género humano. La peste estaba debilitada y su malignidad, consumida. Y venga de donde venga, y digan lo que digan los filósofos que buscan la causa de ello en la naturaleza, para desmerecer el agradecimiento que deben a su Hacedor, aquellos médicos que tenían una pizca de fe en sus conciencias se vieron obligados a confesar que todo era sobrenatural, que era extraordinario y que era imposible explicar sus causas.

Si yo dijese que esto es una evidente intimación a la gratitud de todos nosotros, especialmente de los que padecemos el terror de la propagación de la peste, quizás alguien pueda sentirse inclinado a creer, una vez que la significación del hecho ha pasado, que es una oficiosa gazmoñería religiosa que predica un sermón en lugar de escribir una historia; y que presumo de maestro en lugar de consignar mis observaciones de los acontecimientos; y esto es lo que me retiene de continuar tratando este tema de la forma en que, de otra manera, lo hubiese hecho. Mas si fueron diez los leprosos curados y sólo uno el que volvió para dar las gracias, yo deseo ser como ese uno, y dar las gracias por mí mismo.

Tampoco negaré que en aquella época hubiese muchas personas que, según todas las apariencias, estaban agradecidas; pues sus bocas estaban cerradas, incluso las de aquellos cuyos corazones no fueron conmovidos durante mucho tiempo. Pero la impresión fue tan profunda entonces, que era imposible resistirla; no, ni siquiera las peores gentes pudieron hacerlo.

Habitualmente se veía en la calle a gentes que no estaban al corriente de nada y que manifestaban su sorpresa. Yendo un día a través de Aldgate, con una muchedumbre que iba y venía por todas partes, vi salir a un hombre del extremo de los Minories; miró un poco calle arriba y calle abajo y alzó las manos, asombrado. «¡Santo Dios, qué ha ocurrido aquí! La semana pasada pasé por este sitio y apenas si

se veía a alguien». Pude oír que otro hombre agregaba: «Es todo maravilloso; es un sueño». «Alabado sea el Señor», dijo un tercero, «y démosle gracias a Él, pues todo es obra Suya; la ayuda y el saber humanos habían tocado a su fin». Estos hombres no se conocían entre sí. Pero tales saludos podían oírse en la calle con frecuencia todos los días; y pese a su comportamiento disoluto, la plebe recorría las calles dando gracias a Dios por haberlos salvado.

Fue entonces, como dije antes, cuando las gentes abandonaron todas las precauciones, y demasiado pronto. Ciertamente, ya no nos infundía miedo pasar al lado de un hombre que tuviese un gorro blanco sobre la cabeza, o una tela arrollada alrededor del cuello, o que cojease por las llagas que tenía en la ingle (todo lo cual había sido aterrador en sumo grado hasta hacía una semana). Pero ahora la calle estaba atestada de ellos; y esas pobres criaturas convalecientes —hagámosles justicia—, eran muy sensibles a su inesperada salvación; y sería muy injusto para con ellas si yo no admitiese que muchos de ellos estaban realmente agradecidos. Mas he de confesar que, para el común de las gentes, puede decirse de ellas, sin faltar a la verdad, lo que se dijo de los hijos de Israel después de que fueran liberados de las huestes del Faraón, cuando atravesaron el mar Rojo, volvieron la mirada y vieron a los egipcios arrollados por el agua: que alabaron Su nombre, mas pronto olvidaron Sus obras.

He de detenerme aquí. Podría achacárseme el ser severo, y quizás injusto, si abordo el desagradable trabajo de atacar la ingratitud, sea cual fuere su causa, y la reaparición de toda clase de perversidades entre nosotros, de las que tantas he visto con mis propios ojos. Por ello, concluiré la narración de los sucesos de aquel año calamitoso con un verso mío, tosco pero sincero, que compuse al final de mi diario, el mismo año en que éste fue escrito:

*Terrible peste a Londres asoló
en mil seiscientos sesenta y cinco.
Cien mil almas se llevó,
¡pero yo sobrevivo!*

H. F.



DANIEL DEFOE nació en Londres, probablemente en la parroquia de St. Giles Cripplegate, en torno a 1660. Su padre era miembro del gremio de carniceros y además se dedicaba a fabricar velas con el sebo de los animales sacrificados.

Defoe tuvo una educación desordenada, viajó por Europa y Escocia e intentó abrirse paso como empresario, sin éxito. Hacia 1700 se estableció en Londres, tratando de vivir como periodista y libelista. En 1703, debido a un panfleto que escribió, titulado «El Camino más corto con los Disidentes», fue condenado a ser expuesto en la picota. La publicación de su poema «Himno a la Picota» provocó, sin embargo, que el público congregado alrededor del propio poste le lanzara flores en lugar de objetos dañinos y nocivos, y que bebiera a su salud.

Partidario en principio de los *whig*, se pasó al partido *tory*, al que más tarde traicionaría convirtiéndose en agente secreto al servicio del gobierno *whig*. En 1704 fundó y dirigió *The Review*, donde expresó sus excepcionales cualidades como periodista (se le considera uno de los fundadores del periodismo moderno).

Poco después de cumplir sesenta años se alejó de la actividad pública para escribir, en poco tiempo, las novelas que le reportarían fama y reconocimiento. Su *Robinson Crusoe* (1719), novela basada en la historia real del naufragio del marinero escocés Alexander Selkirk, le acarreó un éxito tan inmediato que Defoe se apresuró a escribir su continuación, *Últimas aventuras de Robinson Crusoe*, muy inferior, sin embargo, al primer libro en inspiración y fuerza representativa. En 1720 aparecerían las *Memorias de un caballero* y *El capitán Singleton*, y en 1722 *El coronel Jack*. En

1722 llega la segunda de sus obras maestras, el *Diario del año de la peste*, en el que Defoe evoca, mediante el artificio del diario de un testigo de ese acontecimiento, el flagelo de la peste que sacudió a Londres entre 1664 y 1666. Otra de las novelas inmortales de Defoe, *Moll Flanders* (1722), constituye un gran retrato de una mujer de vida aventurera y la primera novela de costumbres de la historia de la literatura inglesa.

Daniel Defoe falleció en 1731, probablemente mientras vivía en la clandestinidad, huyendo de sus acreedores. Recibió sepultura en Bunhill Fields, Londres.

Notas

[1] Tifus exantemático. (*Salvo que se indique, todas las notas son del traductor*). <<

[2] Aceldama: literalmente «el campo de la sangre». El cementerio de los pobres, comprado con el dinero que Judas obtuvo de su traición a Jesucristo y empleado para la inhumación de los forasteros, Mateo, 18, 8. <<

[3] Se creía que Roger Bacon, el filósofo medieval, había creado una cabeza así, capaz de profetizar. <<

[4] Históricamente, fue una bruja de poderes proféticos que vivió en Yorkshire en el siglo xv. Presuntamente predijo el Gran Incendio de Londres. <<

[5] La profundidad de seis pies para las sepulturas se ha conservado siempre desde entonces. Anteriormente era más bien arbitraria. <<

[6] Enclave de la metrópoli en la que no tenían validez los autos reales. <<

[7] Al parecer, John estaba dentro de la tienda, pero salió, al oír que llamaban, y echándose el arma al hombro, les habló como si él hubiera sido el centinela destacado allí para montar guardia por algún oficial que era su superior. *(Nota del autor)*. <<

[8] Esto atemorizó tanto al alguacil y a las gentes que con él estaban, que cambiaron el tono inmediatamente. (*Nota del autor*). <<

[9] No tenían con ellos más que un solo caballo. (*Nota del autor*). <<

[10] En este punto, llamó a uno de sus hombres y le pidió que ordenara al capitán Richard y a su gente que marcharan por la parte inferior del lado de las marismas, para reunirse con ellos en el bosque; acción que era simulada, ya que no existía el tal capitán Richard ni grupo similar alguno. *(Nota del autor)*. <<

[11] Se denomina Laguna a aquella parte del río en la que descansan los barcos cuando vuelven a casa, y comprende todo el tramo del río, a ambos lados del agua, que va desde la Torre hasta la punta de Cuckold y Limehouse. (*Nota del autor*). <<

[12] Treinta y seis fanegas, equivalentes a unas dos mil ochocientas libras de peso. <<